

BIBLIOTECA HISTORICA DE LA IBERIA
TOMO II.

CONQUISTA DE MÉXICO

SEGUNDA PARTE

DE LA

CRONICA GENERAL DE LAS INDIAS

POR

FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA.

''

.....
TOMO II.
.....

MÉXICO

IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y C³

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

—
1870

SEGUNDA PARTE

DE LA CRÓNICA GENERAL DE LAS INDIAS

QUE TRATA

DE LA CONQUISTA DE MÉXICO.

LOS ESPAÑOLES QUE SACRIFICARON EN TEZCUCO.

Iba Cortés ganando de cada día fuerzas y reputación, y acudían á él todos los que no eran de la parcialidad de Culúa y muchos que lo eran; y así, á dos días de como hizo señor de Tezeuco á don Fernando, vinieron los señores de Huaxuta y Cuahutichan, que ya eran amigos, á decirle que venía sobre ellos todo el poder de mexicanos; que si llevarían sus hijos y haciendas á la sierra, ó los traerían á do él estaba: tanto era su temor. Él los esforzó, y rogó que se estuviesen quedos en sus casas y no tuviesen miedo, sino apercebimiento y espías; que de que los enemigos viniesen holgaba él; por

eso, que le avisasen, y verian cómo los castigaba. Los enemigos no fueron á Huaxuta, como se pensaba, sino á los tamemes de Tlaxcallan, que andaban proveyendo á los españoles. Salió á ellos Cortés con dos tiros, con doce de caballo y docientos infantes y muchos tlaxcaltecas. Peleó y mató pocos porque se acogian á la agua; quemó algunos pueblos do se recogian los de México, y tornóse á Tezcuco. Al otro dia vinieron tres pueblos de los más principales de aquella comarca á le pedir perdón y á rogarle no los destruyese, y que no acogieran más á hombre de Culúa. Por esta embajada hicieron castigo en ellos los de México, y muchos parecieron despues descalabrados delante de Cortés para que los vengase. Tambien enviaron los de Chalco por socorro, que los destruían mexicanos; mas él como queria enviar por los bergantines, no se lo podia dar de españoles, sino remitirlos á los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Huacacholla y á otros amigos, y darles esperanza que presto iria él. No estaban ellos nada contentos con la ayuda de aquellas provincias, sin españoles; pero todavía pidieron cartas para que lo hiciesen. Estando en esto, llegaron hombres de Tlaxcallan á decir á Cortés cómo estaban acabados los bergantines, y si habia menester gente, porque de poco acá habian visto mas ahumadas y señales de guerra que nunca. El entónces los puso con los de Chalco, y les rogó dijese de su parte á los señores y capitanes que

olvidasen lo pasado y fuesen sus amigos y les ayudasen contra mexicanos, que en ello le harían muy gran placer; y de allí adelante fueron muy buenos amigos, y se ayudaron unos á otros. Vino asimismo de la Veracruz un español con nueva que habían desembarcado treinta españoles, sin los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traían mucha pólvora y ballestas y escopetas. Por lo cual hicieron alegrías los nuestros, y luego envió Cortés á Tlaxcallan por los bergantines á Sandoval con docientos españoles y con quince de caballo. Mandóle que de camino destruyese el lugar que prendió trecientos tlaxcaltecas y cuarenta y cinco españoles con cinco caballos, cuando estaba México cercado; el cual lugar es de Tezcucó y alinda con tierra de Tlaxcallan. Bien quisiera castigar sobre el mismo caso á los de Texcucó, sino que no estaba en tiempo ni convenia por entónces; en mayor pena merecian que los otros, porque los sacrificaron y comieron, y derramaron la sangre por las paredes, haciendo señales con ella mesma cómo era de españoles. Desolieron tambien los caballos, curtieron los cueros con sus pelos, y colgáronlos con las herraduras que tenían, en el templo mayor, y cabe ellos los vestidos de España por memoria. Sandoval fué allá determinado de combatir y asolar aquel lugar, así porque se lo mandó Cortés, como porque halló ántes un poco de llegar á él, escrito de carbon en una casa: «Aquí estuvo preso

6

el sin ventura de Juan Juste; » que era un hidalgo de los cinco de caballo. Los de aquel lugar, aunque eran muchos, lo dejaron y huyeron en viendo españoles sobre sí. Ellos les fueron detrás siguiendo; mataron y prendieron muchos, especial niños y mujeres, que no podían andar, y que se daban por esclavos y á misericordia. Viendo pues tan poca resistencia, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, hubieron compasión los españoles, y ni mataron la gente ni destruyeron al pueblo; ántes llamaron los hombres y perdonáronlos, con juramento que hicieron de servirlos y serles leales; y así se vengó la muerte de aquellos cuarenta y cinco españoles. Preguntados cómo tomaron tantos cristianos sin que se defendiesen ni escapase hombre de todos ellos, dijeron que se habían puesto en celada muchos delante un mal paso una cuesta arriba, que tenía estrecho el camino, donde por detrás los acometieron; y como iban uno á uno y los caballos de diestro, y no se podían rodear ni aprovechar de las espadas, los prendieron ligeramente á todos, y los enviaron á Tezcuco, donde, como arriba dije, fueron sacrificados en venganza de la prision de Cacama.

CÓMO TRAJERON LOS BERGANTINES A TEZCUCO LOS
DE TLAXCALLAN.

Reducidos y castigados los que prendieron á los españoles, caminó Sandoval para Tlaxcallan, y á la raya de aquella provincia topó con los bergantines; la tablazon y clavazon de los cuales traían ocho mil hombres áuestas. Venian en su guarda veinte mil soldados, y otros dos mil con vituallas y para servicio de todos. Como Sandoval llegó, dijeron los carpinteros españoles que pues entraban ya en tierra de enemigos y no sabian lo que les podia acontecer, que fuese delante la ligazon y atrás la tablazon, por ser cosa de más peso y embarazo. Todos dijeron que era bien, y que se hiciese así, salvo es Chichimecatetl, señor muy principal, hombre esforzado, y capitán de diez mil que llevaban la delantera y cargo de la tablazon; el cual tenia por afrenta que le echasen atrás, yendo él delantero. Sobre esto dijo buenas cosas; mas en fin, se hubo de mudar y quedar en retaguardia. Teutipil y Teutecatl y los otros capitanes, señores tambien principales, tomaron la vanguardia con otros diez mil. Pusiéronse en medio los tamemes y los que llevaban la fusta y aparejo de los bergantines. Delante destes dos capitanes iban cien españoles y ocho de caballo, y tras de

toda la gente Sandoval con los otros españoles y siete caballos; y si Chichimecatetl estuvo recio de primero, más lo estuvo porque no quedasen con él los españoles, diciendo que ó no le tenían por valiente ó por leal. Concertados pues los escuadrones de la manera que oistes, caminaron por Tezcucó á las mayores voces, chiflos y relinchos del mundo, y gritando: «¡Cristianos, cristianos! ¡Tlaxcallan, Tlaxcallan y España!» Al cuarto día entraron en Tezcucó por ordenanza al són de muchos atabales, caracoles y otros tales instrumentos de música. Pusieronse para entrar penachos y mantas limpias, y ciertamente fué gentil entrada; que como era lucida gente, pareció bien, y como eran muchos, tardaron seis horas á entrar, sin quebrar el hilo; tomaban dos leguas de camino. Cortés les salió á recibir, dió las gracias á los señores, y aposentó toda la gente muy bien.



LA VISTA QUE DIÓ CORTES A MEXICO.

Reposaron cuatro días, y luego mandó Cortés á los nuestros que armasen y clavasen los bergantines apriesa, y que se hiciese una zanja entretanto para los echar por ella á la laguna sin peligro de que-

brarse primero; y porque traían gran gana de toparse con los de México, salió con ellos y con veinte y cinco caballos y trecientos españoles, en que habia cincuenta escopeteros y ballesteros: llevó tambien seis tiros. A cuatro leguas de allí topó con un gran escuadron de enemigos, en el cual rompieron los de caballo; acudieron luego los de pié y desbarataronlo; fueron en el alcance los tlaxcaltecas y mataron cuantos pudieron. Los españoles, como era tarde, no fueron, sino asentaron su real en el campo, y durmieron aquella noche con cuidado y aviso, porque habia por allí muchos de Culúa. Como fué de dia echaron camino de Xaltoca; y Cortés no dijo dónde iba, que se recelaba de muchos de Tezcucoco que venian con él no avisasen á los enemigos. Llegaron á Xaltoca, lugar puesto en la laguna y que por la tierra tiene muchas acequias anchas, hondas y llenas de agua, á no poder pasar los caballos. Los del pueblo les daban grita, y se burlaban de verlos andar por aquellos arroyos; tirábanles flechas y piedras. Los españoles de pié, saltando y como mejor pudieron, pasaron las acequias, combatieron el lugar, entraron, aunque con mucho trabajo, echaron fuera los vecinos á cuchilladas y quemaron buena parte de las casas. No pararon allí sino fuéronse á dormir una legua adelante: tiene Xaltoca por armas un sapo. Otra noche durmieron en Huatullan, lugar grande; mas despoblado, de miedo. Pasaron otro dia por Tenanioacan y Accapuzalco

sin resistencia, y llegaron á Tlacopan, que estaba fuerte de gente y de fosos con agua; mas, aunque algo se defendió, entraron dentro, mataron muchos y lanzaron fuera á todos; y como sobrevino la noche, recogieron con tiempo á una muy gran casa, y en amaneciendo se saqueó el lugar y se quemó casi todo, en pago del daño y muerte de algunos españoles que hicieron cuando salían huyendo de México. Seis dias estuvieron los nuestros allí, que ninguno pasó sin escaramuzar con los enemigos, y muchos con gran rebato, y con tanta grita, segun lo han de costumbre, que espantaba oirlos. Los de Tlaxcallan, que se querian mejorar con los de Culúa, hacian maravillas peleando, y como los contrarios eran valientes, habia qué ver; especial cuando se desafiaban uno á uno ó tantos á tantos. Pasaban entre ellos grandes razones, amenazas é injurias, que quien los entendia moria de risa. Salían de México por la calzada á pelear, y por coger en ella los españoles, fingian huir. Otras veces los convidaban á la ciudad, diciendo: « Entrad, hombres, á holgaros. » Unos decian: « Aquí moriréis como antaño; » « otros, íos á vuestra tierra, que no hay otro Moteczuma que haga á vuestro sabor. » Llegóse Cortés un dia entre semejantes pláticas á una puente que estaba alzada; hizo señas de habla, y dijo: « Si está ahí el señor, quiérole hablar. » Respondieron: « Todos los que veis son señores; decid lo que quereis; » y como no estaba,

calló, y ellos lo deshonraron. Tras esto, les dijo un español que los tenían cercados y se morirían de hambre; que se diesen. Replicaron que no tenían falta de pan; pero que cuando la tuviesen, comerían de los españoles y tlaxcaltecas que mataban; y arrojaron luego ciertas tortas de centli, diciendo. « Comed vosotros si teneis hambre; que nosotros ninguna, gracias á nuestros dioses; y tiraos de ahí, si no, moriréis; » y luego comenzaron á gritar y á pelear. Cortés, como no pudo hablar con Guahutimocin, y porque todos los lugares estaban sin gente, tornóse para Tezcucó casi por el camino que vino. Los enemigos, que le vieron volver así, creyeron que de miedo, y juntáronse infinitos dellos á darle carga, y diéronsela bien cumplidamente. Él quiso un dia castigar su locura, y envió delante todo el ejército y la infantería española, con cinco de caballo; hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada al un lado del camino y cinco al otro, y tres en otra parte, y él escondióse con los demás entre unos árboles. Los enemigos, como no vieron caballos, arremeten desmandados á nuestro escuadron. Salió Cortés, y en pasando y diciendo: « Santiago y á ellos; Sant Pedro y á ellos; » que era la señal para los de caballo, y como los tomaron de través y por las espaldas, alanceáronlos á placer. Desbaratáronlos á los primeros golpes, siguiéronlos dos leguas por un buen llano, y mataron muy muchos; y con tal victoria entraron

y durmieron en Alcolman, dos leguas de Tezcuco. Los enemigos quedaron tan hostigados de aquella emboscada, que no parecieron en hartos días; y aquellos señores de Tlaxcallan tomaron licencia para tornarse, y fuéronse muy ufanos y victoriosos, y los suyos ricos, cargados de sal y ropa, que habían habido en la vuelta de la laguna.

LA GUERRA DE ACCAPICHTLAN.

Viendo mexicanos que les iba mal con españoles, habíanlas con los de Chalco, que era tierra muy importante; y en el camino para Tlaxcallan y á la Veracruz. Los de Chalco llamaron á los de Huexocinco y Huacacholla que les ayudasen; y pidieron á Cortés españoles. Él les envió trecientos, y quince caballos, con Gonzalo de Sandoval; el cual fué, y en llegando concertó de ir á Huestepec donde estaba la guarnicion de Culúa, que hacia el mal. Antes que allá llegasen le salieron al encuentro aquellos de la guarnicion, y pelearon. Mas no pudiendo resistir la furia de los caballos ni las cuchilladas, se metieron en el lugar, y los nuestros tras ellos; los cuales mataron allá dentro muchos, y á los demás vecinos echaron fuera, que como no te-

nian allí mujeres ni hacienda que defender, no reparaban. Los españoles comieron, y dieron de comer á los caballos, y los amigos buscaban ropa por las casas. Estando así oyeron el ruido y grita que traían los contrarios por las calles y plaza del pueblo. Salieron á ellos, pelearon, y á puras lanzadas los echaron otra vez fuera y los siguieron una gran legua, donde hicieron gran matanza. Dos dias estuvieron allí los nuestros, y luego fueron á Accapichtlan, do tambien habia gente de México. Requiriéronles con la paz; mas ellos, como estaban en lugar alto y fuerte, y malo para caballos, no escucharon; ántes tiraban piedras y varas, amenazando á los de Chalco. Los indios nuestros amigos, aunque eran muchos, no osaban acometer. Los españoles arremetieron llamando Santiago, y subieron al lugar y tomáronlo por mas fuerte y defendido que fué. Es verdad que quedaron muchos de ellos heridos de piedras y varas. Entraron tras ellos los de Chalco y sus aliados, y hicieron grandísima carnicería de los de Culúa y vecinos. Otros muchos se despeñaron á un rio que por allí pasa. En fin, pocos escaparon de la muerte; y así, fué señalada victoria esta de Accapichtlan. Los nuestros padescieron este dia muy gran sed, así del calor y trabajo del pelear, como porque aquel rio estuvo tinto en sangre; y no pudieron beber dél por un buen espacio de tiempo, y no habia otra agua. Sandoval se volvió á Tezcuco, y los otros cada uno á

su casa. Mucho sintieron en México la pérdida de tantos hombres y tan fuerte lugar, y tornaron á enviar sobre Chalco nuevo ejército, mandándole diese batalla ántes que españoles lo supiesen. Aquel ejército se dió tanta priesa en hacer lo que Cuahutimocin le mandara, que no dió lugar á sus enemigos de esperar socorro de Cortés, como lo pedian y esperaban. Mas los de Chalco se juntaron todos, aguardaron la batalla, y gentilmente la vencieron con ayuda de vecinos. Mataron muchos mexicanos, y prendieron cuarenta, entre los cuales fué un capitan, y alanzaron de su tierra los enemigos. Tanto por mayor se tuvo esta victoria, cuanto menos se pensaba. Gonzalo de Sandoval tornó con los mismos españoles que primero á Chalco. Dióse priesa por llegar ántes que la batalla se diese; mas cuando llegó, ya era dada y vencida; y así, se volvió luego con los cuarenta prisioneros. Con estas victorias de Chalco quedó libre y seguro el camino de México á la Veracruz, y luego vinieron á Tezcuco los españoles y caballos que arriba dije, y trujeron muchas ballestas, escopetas, pólvora y pelotas, y otras cosas de España, de que nuestro ejército recibió tanto placer, cuanta necesidad tenia; y dijeron cómo habian llegado otras tres naos con alguna gente y caballos.

EL PELIGRO QUE LOS NUESTROS PASARON EN TOMAR
DOS PEÑOLES.

Cortés se informó de aquellos cuarenta presos que trajo Sandoval, de las cosas de México y de Cuahutimoc, y entendió dellos la determinacion que tenían para defenderse y no ser amigos de cristianos; y pareciéndole larga y dificultosa guerra, quisiera con ellos ántes paz que enemistad; y por descansar, y no andar cada dia en peligro, rogóles que fuesen á México á tratar paces con Cuahutimoc, pues él no los queria matar ni destruir, pudiéndolo hacer. Ellos no osaban ir con tal mensaje, sabiendo la enemiga que su señor le tenia. Mas tanto les dijo, que acabó con dos que fuesen; los cuales le pidieron cartas, no porque allí las habian de entender, sino para crédito y seguro. Él se las dió, y cinco de caballo que los pusieron en salvo. Mas poco aprovechó, ca nunca tuvo respuesta, ántes cuanto él más pedia paz, más la rehusaban ellos, pensando que de flaqueza lo hacia; y por tomarle las espaldas fueron mas de cincuenta mil á Chalco. Los de aquella provincia avisaron dello á Cortés pidiéndole socorro de españoles, y enviáronle un paño de algodón pintado de los pueblos y gente que sobre ellos venia, y los caminos que traían. Él les

dijo que iría en persona de allí á diez dias; que ántes no podía, por ser viérnes Santo, y luego la Pascua de su Dios. Desta respuesta quedaron tristes, pero aguardaron. Al tercero dia de Pascua vinieron otros mensajeros á dar priesa por socorro, que entraban ya por su tierra los enemigos. En este medio tiempo se dieron los pueblos de Accapan, Mixalcinco, Nautlan, y otros sus vecinos. Dijeron que nunca habian muerto español, y trajeron por presente ropa de algodón. Cortés los recibió, trató y despidió alegremente y en breve, porque estaba de partida para Chalco, y luego se partió con treinta de caballo y trecientos compañeros, de que hizo capitan á Gonzalo de Sandoval. Llevó asimismo veinte mil amigos de Tlaxcallau y Tezcuco. Fué á dormir á Tlamanalco, donde, por ser frontera de México, tenian su guarnicion los de Chalco. Al otro dia se le juntaron mas de otros cuarenta mil, y al siguiente supo cómo los enemigos le esperaban en el campo. Oyó misa, fué para ellos, y dos horas despues de medio dia llegó á un peñol muy alto y agro, en cuya cumbre estaban infinitas mujeres y niños, y á las haldas mucha gente de guerra, que en descubriendo el ejército de españoles, hicieron de lo alto ahumadas, y dieron tantos alaridos las mujeres, que fué cosa maravillosa, y los hombres, que mas á lo bajo estaban, comenzaron á tirar varas, piedras y flechas, con que luego hicieron daño en los que cerca llegaron, y que, des-

calabrados, se hicieron atrás. Combatir tan fuerte cosa era locura, retirarse parescia cobardía; y por no mostrar poco ánimo, y por ver si de miedo ó hambre se darian, acometieron el peñol por tres partes. Cristóbal del Corral, alférez de setenta españoles de la guarda de Cortés, subió por lo mas agro. Juan Rodriguez de Villafuerte con cincuenta por otra, y Francisco Verdugo con otros cincuenta por otra. Todos estos llevaban espadas y ballestas ó escopetas. Dende á un rato hizo señal una trompeta, y siguieron á los primeros Andrés de Mojaraz y Martin de Hircio, con cada cuarenta españoles, de que tambien eran capitanes, y Cortés con los demás. Ganaron dos vueltas del peñon, y bajáronse hechos pedazos, ca no se podian tener con las manos y piés, cuanto mas pelear y subir: tanto era de áspera la subida. Murieron dos españoles y quedaron heridos mas de veinte; y todo fué con pied ras y pedazos de los cantos que de arriba arrojaban y se quebraban; y aun si los indios tuvieran algun ingenio, no dejaran español sano. Ya cuando los nuestros dejaron el peñol y se remolinaron para hacerse fuertes, habian venido tantos indios en socorro de los cercados, que cubrian el campo, y tenian semblante de pelear; por lo cual Cortés y los de caballo, que estaban á pié, cabalgaron y arremetieron á ellos en lo llano, y á lanzadas los echaron dél. Mataron allí y en el alcance, que duró hora y media, muchos. Los de caballo, que mas los siguieron, vie-

ron otro peñol no tan fuerte ni con tanta gente, aunque con muchos lugares al rededor. Cortés se fué con todos los suyos á dormir allá aquella noche, pensando cobrar la reputacion que al dia perdió, y por beber, que no habian hallado agua aquella jornada. Los del peñol hicieron la noche muy gran ruido con bocinas, atabales y gritería. A la mañana miraron los españoles lo flaco y fuerte del peñol, y era todo él harto recio de combatir y tomar; pero tenia dos padrastrós cerca, en que estaban hombres con armas. Cortés dijo que le siguiesen todos, que queria tentar los padrastrós; y comenzó á subir á la sierra. Los que los guardaban los dejaron, y se fueron al peñol, pensando que los españoles iban á combatirlo, por socorrerlo; y como él vió el desconcierto, mandó á un capitan que fuese con cincuenta compañeros y tomasen el mas agro y cercano padrastro; y él con los demás arremetió al peñol; ganóle una vuelta, y subió bien alto; y un capitan puso su bandera en lo mas alto del cerro y disparó las ballestas y escopetas que llevaba, con que hizo mas miedo que daño; ca los indios se maravillaron, y soltaron luego las armas en el suelo, que es señal de rendirse, y diéronse. Cortés les mostró alegre rostro, y mandó que no se les hiciese mal ni enojo. Ellos, viendo tanta humanidad, enviaron á decir á los del otro peñol que se diesen á los españoles, que eran buenos, y tenian alas para subir donde querian. Por estas razones, ó por

la falta que de agua tenían, ó por irse seguros á sus casas, vinieron luego á darse á Cortés y á pedir perdón por los dos españoles que mataran. Él los perdonó de grado, y holgó mucho que se le diesen aquellos que con victoria estaban, porque era ganar mucha fama con los de aquella tierra.

LA BATALLA DE XOCHMILCO.

Estuvo allí dos dias; envió los heridos á Tezcucó, y él partióse para Huaxtepec, que tenía mucha gente de Culúa en guarnición. Durmió con todo su ejército en una casa de placer y huerta que tiene una legua, y está de piedra muy bien cercada y que la atraviesa por medio un gentil río. Los del lugar huyeron como fué día, y los nuestros corrieron tras ellos hasta Xilotepec, que estaba descuidado de aquel sobresalto. Entraron, mataron algunos y tomaron muchas mujeres, mochos y viejos que huir no pudieron. Esperó Cortés dos dias á ver si venía el señor; y como no vino, puso fuego al lugar: estando allí se le dieron los de Yautepec. De Xilotepec fué á Coahuauac, lugar fuerte y grande, cercado de barrancas hondas: no tiene entrada para caballos sino por dos partes, y aquellas con puentes levadizas; por el camino que los nuestros fueron no podían entrar á

caballo sin arrodar legua y media, que era muy gran trabajo y peligro. Estaban tan cerca, que hablaban con los del lugar, y tirábanse unos á otros piedras y saetas. Cortés les requirió de paz; ellos respondieron de guerra. Entre estas pláticas pasó el barranco un tlaxcalteca sin ser visto, por un paso muy peligroso pero muy secreto; pasaron tras él cuatro españoles, y luego otros muchos, siguiendo todos las pisadas del primero: entraron en el lugar, llegaron adonde estaban los vecinos peleando con Cortés, y á cuchilladas los hicieron huir. Atónitos de ver que les habian entrado, que lo tenían por imposible, huyeron con esto á la sierra, y ya cuando el ejército entró estaba quemado lo más del lugar. A la tarde vino el señor con algunos principales á darse, ofreciendo su persona y hacienda contra mexicanos. De Coahunauac fué Cortés á dormir, siete leguas, á unas estancias por tierra despoblada y sin agua. Pasó mal dia el ejército, de sed y trabajo; al otro dia llegó á Xochmilco, ciudad muy gentil y sobre la laguna dulce; los vecinos y otra mucha gente de México alzaron las puentes, rompieron las acequias y pusiéronse á defenderla, creyendo que podrian por ser ellos muchos y el lugar fuerte. Cortés ordenó su hueste, hizo apeaar los de caballo, llegó con ciertos compañeros á probar si ganaria la primera albarrada; y tanta priesa dió á los enemigos con escopetas y ballestas, que aunque muchos eran, la desampararon y se fueron mal heridos. Como ellos

la dejaron, se arrojaron españoles al agua; pasaron, y en media hora que pelearon, habian ganado la principal y mas fuerte puente de la ciudad. Los que la defendian se recogieron al agua en barcas; y pelearon hasta la noche, unos demandando paz, otros guerra, y todo era ardid para entretanto alzar su ropilla y que les viniese socorro de México, que no estaba de allí más de cuatro leguas, y quebrar la calzada por do los nuestros entraron. Cortés no podia pensar al principio por qué unos pedian paz y otros no; pero luego cayó en la cuenta, y con los caballos dió en los que rompian la calzada, desbaratólos; huyeron, solió tras ellos al campo y alanceó muchos. Eran tan valientes, que pusieron en aprieto á los nuestros; porque muchos dellos esperaban un caballo con sola espada y rodela, y peleaban con el caballero; y si no por un tlaxcalteca, prendian aquel dia á Cortés, que cayó su caballo, de cansado, como habia gran pieza que peleaba. Llegó en esto la infantería española, y huyeron los enemigos. En la ciudad mataron dos españoles que se desmandaron solos á robar. No siguieron el alcance, sino tornáronse luego al lugar á descansar y cerrar lo roto de la calzada con piedras y adobes. Como en México se supo esto, envió Cuahutimoc un gran batallon de gente por tierra, y dos mil barcas por agua, con doce mil hombres dentro, pensando tomar los españoles á manos en Xochmilco. Cortés se subió á una torre para ver la

gente, y con qué orden venia, y por dónde combatirían la ciudad; maravillóse de tanto barco y gente, que cubrían agua y tierra. Repartió los españoles á la guarda y defensa del pueblo y calzada, y él salió á los enemigos con la caballería y con seiscientos tlaxcaltecas, que partió en tres partes, á los cuales mandó que, rompiendo el escuadron de los contrarios, se recogiesen á un cerro que les mostró, média legua léjos. Venian los capitanes de México delante con espadas de fierro, esgrimiendo por el aire, y diciendo: «Aquí os mataremos, españoles, con vuestras propias armas.» Otros decian: «Ya murió Moteczuma; no tenemos á quien temer para no comeros vivos.» Otros amenazaban á los de Tlaxcallan; y en fin, todos decian muchas injurias á los nuestros, y apellidando «México, México, Tenuchtitlan, Tenuchtitlan,» andaban aprieta. Cortés arremetió á ellos con sus caballos, y cada cuadrilla de los de Tlaxcallan por su parte, y á puras lanzadas los desbarató; mas luego se ordenaron. Como vió su concierto y ánimo, y que eran muchos, rompió por ellos otra vez; mató algunos, y recogióse hácia el cerro que concertó; mas porque lo tenían ya tomado los contrarios, mandó á parte de los suyos que subiesen por detrás, y él rodeó lo llano. Los que arriba estaban huyeron de los que subian y dieron en los caballos, á cuyos piés murieron en chico rato quinientos dellos. Descansó Cortés allí un poco; envió por cien españoles, y como vinie-

ron, peleó con otro gran escuadron de mexicanos que venia detrás; desbaratólo tambien, y metióse en el lugar porque le combatian por tierra y agua reciamente, y con su llegada se retiraron. Los españoles que lo defendian mataron muchos contrarios, y tomaron dos espadas de las nuestras; viéronse en peligro, porque los apretaron mucho aquellos capitanes mexicanos y porque se les acabaron las saetas y almacen. Apénas se habian estos ido, cuando entraron otros por la calzada con los mayores gritos del mundo. Fueron á ellos los nuestros, y como hallaron muchos indios y mucho miedo, entraron por medio dellos con los caballos, y echaron infinitos al agua y á los demás fuera de la calzada, y así se pasó aquel dia. Cortés hizo quemar la ciudad, excepto donde posaban los suyos; estuvo allí tres dias, que ninguno dejó de pelear; partióse al cuarto, y fué á Culuacan, que está dos leguas; saliéronle al camino los de Xochmilco, mas él los castigó. Estaba Culuacan despoblada, como otros muchos lugares de la laguna; mas porque pensaba poner por allí cerco á México, que hay legua y média de calzada, se estuvo dos dias derrocando ídolos, y mirando el sitio para el real y donde poner los bergantines, que tuviesen buena guarida. Dió vista á México con docientos españoles y cinco de caballo; combatió una albarrada; y aunque se la defendieron reciamente, la ganó; mas hiriéronle muchos españoles. Tornóse, con tanto, para Tezcu-

co, porque ya habia dado vuelta á la laguna y visto la disposicion de la tierra. Otros encuentros tuvo con los de Culúa, donde murieron muchos indios de una y otra parte; pero lo dicho es lo principal.



DE LA ZANJA QUE CORTES HIZO PARA ECHAR LOS
BERGANTINES AL AGUA.

Cuando Cortés á Tezcucó llegó, halló muchos españoles nuevamente venidos á seguirle en aquella guerra que con grandísima fama comenzaba, los cuales habian traído muchas armas y caballos, y decian cómo todos los otros que en las islas estaban, morian por venir á serville; mas que Diego Velazquez lo impidia á muchos. Cortés les hacia todo placer y les daba de lo que tenia. Venian asimismo de muchos pueblos á ofrescerse, unos por miedo de no ser destruidos, otros por odio que á mexicanos tenian; y desta manera tenia Cortés buen número de españoles y grandísima abundancia de indios. El capitan de Segura de la Frontera envió á Cortés una carta que habia recebido de un español, la cual en suma contenia:

«Nobles señores: dos ó tres veces os he escrito, y no he habido respuesta; creo ni desta la terné.

Los de Culúa andan por esta tierra haciendo guerra y mal; hannos acometido, hémoslos vencido; esta provincia desea ver á Cortés y dársele; tiene necesidad de españoles; enviadle treinta.»

No le envió Cortés los treinta españoles que pedia, porque luego queria poner cerco á México; mas respondió dándole gracias y esperanza que presto se verian. Era aquel español uno de los que Cortés enviara á Chinanta desde México un año habia, á calar los secretos de la tierra, y á descubrir oro y hacer granjerías, á quien el señor de aquella provincia hiciera capitan contra los de Culúa, sus enemigos, que le daban guerra por tener españoles consigo desde que Moteczuma murió; empero él quedaba siempre vencedor por industria y esfuerzo deste español, el cual, como supo que habia españoles en Tepeacac, escribió las veces que la carta dice, mas ninguna se dió sino ésta. Mucho se alegraron los nuestros por estar vivos aquellos españoles, y Chinanta de su parte, y alababan á Dios de las mercedes que les hacia: no hablaban sino en cómo habian escapado estos españoles, pues cuando fueron echados de México por fuerza, habian matado indios á todos los otros que en granjerías y minas estaban. Apresuraba Cortés el cerco, forneciéndose de lo necesario para él, haciendo pertrechos para escalar y combatir, y acarreando vituallas: dió muy gran priesa en clavar y acabar los bergantines, y una zanja para los echar á la laguna. Era la zanja

larga cuanto média legua, ancha doce piés y más, y dos estados honda donde ménos; que tanto fondo era menester para igualar con el peso del agua de la laguna, y tanto ancho para caber los bergantines. Iba toda ella chapada de estacas, y encima su valladar. Guióse por una acequia de regadío que los indios tenian: tardóse en hacer cincuenta dias: hicieronla cuatrocientos mil hombres, que cada dia destes cincuenta trabajaban en ella ocho mil indios de Tezcuco y su tierra; obra digna de memoria. Los bergantines se calafetearon con estopa y algodón, y á falta de sebo y saín aceite, que pez ya dije cómo la hicieron; los brearon, segun algunos, con saín de hombre; no que para esto los matasen, sino de los que en tiempo de guerra mataran: inhumana cosa y ajena de españoles. Indios, que acostumbrados de sus sacrificios, son crueles, abrian el cuerpo muerto y le sacaban el saín. Como los bergantines estuvieron en agua, hizo Cortés alarde, y halló novecientos españoles, los ochenta y seis con caballos, los ciento y deciocho con ballestas y escopetas, y los demás con picas y rodelas ó alabardas, sin las espadas y puñales que cada uno traía. Tambien llevaban algunos cosoletes, y muchos corazas y jacos. Halló asimismo tres tiros gruesos de fierro colado, y quince pequeños de bronce, con diez quintales de pólvora y muchas pelotas. Tanta fué la gente, armas y municion de España con que Cortés cercó á México, el mas grande y fuerte lu-

gar de las indias y Nuevo-Mundo. Puso en cada bergantín un tirillo, y los otros fueron para el ejército. Hizo pregonar de nuevo las ordenanzas de guerra, rogando á todos que las guardasen y cumpliesen, y díjoles, mostrando con el dedo los bergantines que estaban en la zanja metidos:

«Hermanos y compañeros míos: ya veis acabados y puestos á punto aquellos bergantines, y bien sabéis cuánto trabajo nos cuesta, y cuánta costa y sudor á nuestros amigos hasta haberlos puesto allí: muy gran parte de la esperanza que tengo de tomar en breve á México está en ellos, porque con ellos, ó quemarémos presto todas las barcas de la ciudad, ó las acorralarémos allá dentro en las calles; con lo cual harémos tanto daño á los enemigos, cuanto con el ejército de tierra; ca ménos pueden vivir sin ellas que sin comer: cien mil amigos tengo para sitiar á México, que son, segun ya conosceis, los más diestros y valientes hombres destas partes; para que no vos falte la comida está proveido cumplidísimamente: lo que á vosotros toca es pelear como soleis, y rogar á Dios por salud y vitoria, pues es suya la guerra.»

EL EJERCITO DE CORTES PARA CERCAR A MEXICO.

Hizo luego al siguiente dia mensajeros á las provincias de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla,

Chalco y otros pueblos, para que todos viniesen dentro de diez días á Tezcucó con sus armas y los otros aparejos necesarios al cerco de México, pues los bergantines eran acabados ya, y estaba todo lo al á punto, y los españoles tan ganosos de verse sobre aquella ciudad, que no esperaban una hora más de aquel tiempo que de plazo les daba. Ellos, porque no se pusiese el cerco en su ausencia, vinieron luego como les fué mandado, y entraron por ordenanza más de sesenta mil hombres, la más lucida y armada gente que podía ser, según el uso de aquellas partes. Cortés les salió á ver y recibir, y los aposentó muy bien. El segundo día de pascua de Espíritu Santo salieron todos los españoles á la plaza, y Cortés hizo tres capitanes como maestros de campo, entre los cuales repartió todo el ejército. A Pedro de Albarado, que fué uno, dió treinta de caballo, ciento y setenta peones, dos tiros de artillería y más de treinta mil indios, con los cuales pusiese real en Tlacopan. Dió á Cristóbal de Olid, que era el otro capitán, treinta y tres españoles á caballo, ciento y ochenta peones, dos tiros y cerca de treinta mil indios, con que estuviese en Culucan. A Gonzalo de Sandoval, que fué el otro maestro de campo, dió veinte y tres caballos, ciento y setenta peones, dos tiros y más de cuarenta mil hombres de Chalco, Chololla, Huexocinco y otras partes, con que fuese á destruir á Iztacpalapan y luego á tomar asiento do mejor le pareciese para

real. En cada bergantín puso un tiro, seis escopetas ó ballestas, y veinte y tres españoles, hombres casi los más diestros en mar. Nombró capitanes y veedores dellos, y él quiso ser el general de la flota; de lo cual algunos principales de su compañía que iban por tierra murmuraron, pensando que corrian ellos mayor peligro; y así, le requirieron que se fuese con el ejército y no en la armada. No curó Cortés de tal requerimiento, porque allende de ser más peligroso pelear por agua, convenia poner mayor cuidado en los bergantines y batalla naval, que no habian visto, que en la de tierra, pues se habian hallado en muchas; y así, se partieron Albarado y Cristóbal á 10 de Mayo y fueron á dormir á Acolman, donde tuvieron entrambos gran diferencia sobre el aposento; y si Cortés no enviara luego aquella noche una persona que los apaciguó, hubiera mucho escándalo y aun muertes. Durmieron el otro dia en Xilotepec, que estaba despoblada. Al tercero entraron bien temprano en Tlacopan, que tambien estaba, como todos los pueblos de la casta de la laguna, desierto. Aposentáronse en las casas del señor, y los de Tlaxcallan dieron vista á México por la calzada, y pelearon con los enemigos hasta que la noche los despartió. Otro dia, que se contaron 13 de Mayo, fué Cristóbal de Olid á Chapultepec, quebró los caños de la fuente y quitó el agua á México, como Cortés se lo mandara, á pesar de los contrarios que reciamente se lo defendian pe-

leando por agua y tierra. Muy gran daño recibieron en quitarles esta fuente, que, como en otro lugar dije, bastecia la ciudad. Pedro de Albarado entendi6 en adobar los malos pasos para caballos, aderezando puentes y atapando acequias; y como habia mucho que hacer en esto, gastaron all6 tres dias, y como peleaban con muchos, quedaron heridos algunos espa6oles y muertos hartos indios amigos, aunque ganaron ciertas puentes y albarradas. Qued6se Albarado all6 en Tlacopan con su guarnicion, y Crist6bal de Olid fu6se 6 Culuacan con la suya conforme 6 la instruccion que de Cort6s llevaban. Hici6ronse fuertes en las casas de los se6ores de aquellas ciudades, y cada dia, 6 escaramuzaban con los enemigos, 6 se juntaban 6 correr el campo y 6 traer 6 sus reales centli, fruta y otras provisiones de los pueblos de la sierra, y en esto pasaron toda una semana.



LA BATALLA Y VICTORIA DE LOS BERGANTINES CONTRA
LOS ACALLES.

El rey Cuahutimoc, luego que supo c6mo Cort6s tenia ya sus bergantines en agua y tan gran ej6rcito para sitiarse 6 M6xico, junt6 los se6ores y capitanes de su reino 6 tratar del remedio. Unos le

incitaban á la guerra, confiados en la mucha gente y fortaleza de la ciudad; otros, que deseaban la salud y bien público, y que fueron de parecer que no sacrificasen los españoles cativos, sino que los guardasen para hacer las amistades, aconsejaban la paz. Otros dijeron que preguntasen á los dioses lo que querian. El rey, que se inclinaba mas á la paz que á la guerra, dijo que habria su acuerdo y plática con sus ídolos, y les avisaria de lo que consultase con ellos; y á la verdad él quisiera tomar algun buen asiento con Cortés, temiendo lo que despues le vino; empero, como vió los suyos tan determinados, sacrificó cuatro españoles que aun tenian vivos y enjaudados á los dioses de la guerra, y cuatro mil personas, segun dicen algunos; yo bien creo que fueron muchas, mas no tantas. Habló con el diablo en figura de Vitcilopuchtli; el cual le dijo que no temiese á los españoles, pues eran pocos, ni á los otros que con ellos venian, por quanto no perseverarian en el cerco; y que saliese á ellos y los esperase sin miedo ninguno; ca él ayudaria y mataria sus enemigos. Con esta palabra que del diablo tuvo, mandó Cuahutimocin quitar luego las puentes, hacer baluartes, velar la ciudad y armar cinco mil barcas; y con esta determinacion y aparejo estaba, cuando llegaron Cristóbal de Olid y Pedro de Albarado á combatir las puentes y á quitar el agua á México; y no los temia mucho; ántes los amenazaban de la ciudad, diciendo que contenta-

rian los dioses con su sacrificio, y hartarian con la sangre las culebras, y con la carne los tigres, que ya estaban cebados con cristianos. Decian tambien á los de Tlaxcallan: « ¡Ah cornudos, ah esclavos, oh traidores á vuestros dioses y rey; no vos quereis arrepentir de lo que haceis contra vuestros señores; pues aquí moriréis mala muerte; ca ó vos matará la hambre ó nuestros cuchillos, ó vos prenderémos y comerémos, haciendo de vosotros el mayor sacrificio y banquete que jamás en esta tierra se hizo; en señal y voto de lo cual os arrojamos allá esos brazos y piernas de hombres propios vuestros, que por alcanzar victoria sacrificamos; y despues iremos á vuestra tierra, asolaremos vuestras casas, y no dejaremos casta de vuestro linaje.» Los tlaxcaltecas burlaban mucho de tales fieros, y respondian que les valdria mas darse que resistir á Cortés, pelear que bravear, callar que injuriar á otros mejores; y si querian algo, que saliesen al campo; y que tuviesen por muy cierto ser llegado el fin de sus bellaquerías y señorío, y aun de sus vidas. Era mucho de ver estas y semejantes hablas y desafios que pasaban entre los unos indios y los otros. Cortés, que tenia viso desto y de lo que mas cada dia pasaba, envió delante á Gonzalo de Sandoval á tomar á Iztacpalapan, y él embarcóse para ir tambien allá. Sandoval comenzó á combatir aquel lugar por una parte, y los vecinos, con temor ó por meterse en México, á salirse por otra y

á recogerse á las barcas. Entraron los nuestros y pusiéronle fuego. Llegó Cortés á la sazón á un peñol grande, fuerte, metido en agua, y con mucha gente de Culúa, que en viendo venir los bergantines á la vela hizo ahumadas; y que en teniéndolos cerca les dió grita y les tiró muchas flechas y piedras. Saltó Cortés en él con hasta ciento y cincuenta compañeros; combatiólo, ganóle las albarradas, que para mejor defensa tenían hechas. Subió á lo alto, pero con mucha dificultad, y peleó arriba de tal suerte, que no dejó hombre á vida, excepto mujeres y niños. Fué una muy hermosa victoria, aunque fueron heridos veinticinco españoles, por la matanza que hubo, por el espanto que á los enemigos puso y por la fortaleza del lugar. Ya en esto habia tantos humos y fuegos al rededor de la laguna y por la sierra, que parecia ardersse todo. Y los de México, entendiendo que los bergantines venian, salieron en sus barcas, y ciertos caballeros tomaron quinientas de las mejores, y adelantáronse para pelear con ellos, pensando vencer, y si no, tentar á lo ménos qué cosa eran navíos de tanta fama. Cortés se embarcó con el despojo, y mandó á los suyos estar quedos y juntos, por mejor resistir, y porque los contrarios pensasen que de miedo, para que sin órden ni concierto acometiesen y se perdiesen. Los de las quinientas barcas caminaron á mucha priesa; mas repararon á tiro de arcabuz de los bergantines á esperar la flota; que les pa-

resció no dar batalla con tan pocas y cansadas. Llegáronse poco á poco tantas canoas, que henchian la laguna. Daban tantas voces, hacian tanto ruido con atabales, caracoles y otras bocinas, que no se entendian unos á otros; y decian tantas villanías y amenazas, como dicho habian á los otros españoles y tlaxcaltecas. Estando pues así, cada cual armada con semblante de pelear, sobrevino un viento terral por popa de los bergantines, tan favorable y á tiempo, que pareció milagro. Cortés entónces, alabando á Dios, dijo á los capitanes que arremetiesen juntos y á una, y no parasen hasta encerrar los enemigos en México, pues era nuestro Señor servido darles aquel viento para haber victoria, y que mirasen cuánto les iba en que la primera vez ganasen la batalla, y las barcas cobrasen miedo á los bergantines del primer encuentro. En diciendo esto embistieron en las canoas, que con el tiempo contrario ya comenzaban de huir. Con el ímpetu que llevaban, á unas quebraban, á otras echaban á fondo; y á los que alzaban y se defendian, mataban. No hallaron tanta resistencia como al principio pensaban; y así, las desbarataron presto. Siguiéronlas dos leguas, y acorraláronlas dentro la ciudad. Prendieron algunos señores, muchos caballeros y otra gente. No se pudo saber cuántos fueron los muertos, mas de que la laguna parescia de sangre. Fué señalada victoria, y estuvo en ella la llave de aquella guerra, porque los nues-

tros quedaron señores de la laguna, y los enemigos con gran miedo y pérdida. No se perdieran así, sino por ser tantas, que se estorbaban unas á otras; ni tan presto sino por el tiempo. Albarado y Cristóbal de Olid, como vieron la rota, estrago y alcance que Cortés hacia con los bergantines en las barcas, entraron por la calzada con sus haces. Combatieron y tomaron ciertas puentes y albarradas, por mas recio que se defendian; y con el favor de los bergantines que les llegó corrieron los enemigos una legua, haciéndoles saltar en la laguna á la otra parte, que no habia fustas. Tornáronse con esto, mas Cortés pasó adelante; y como no parecian canoas, saltó en la calzada que va de Iztacpalapan, con treinta españoles, combatió dos torres pequeñas de ídolos con sus cercas bajas de cal y canto, á do le recibió Moteczuma. Ganólas, aunque con harto peligro y trabajo; ca los que dentro estaban eran muchos y las defendian bien. Hizo luego sacar tres tiros para ojear los enemigos, que cubrian la calzada y que estaban muy rehacios y recios de echar. Tiraron una vez, y hicieron mucho daño; mas como se quemó la pólvora por descuido del artillero, y por ya la puesta del sol, cesaron de pelear los unos y los otros. Cortés, aunque otra cosa tenia pensada y acordada con sus capitanes, se quedó allí aquella noche. Envió luego por pólvora al real de Gonzalo de Sandoval, y por cincuenta peones de su guarda, y por la mitad de la gente de Culhuacan.

CÓMO PUSO CORTÉS CERCO A MEXICO.

Estuvo Cortés aquella noche á tan gran peligro como temor, porque no tenia mas de cien compañeros, ca los otros en los bergantines eran menester, y porque hácia la media noche cargaron sobre él mucha cantidad de enemigos en barcas y por la calzada, con terrible grita y flechería; pero mas fué el ruido que las nueces, aunque fué novedad, porque no acostumbran pelear á tal hora. Dicen algunos que por el daño que recibian con los tiros de los bergantines se volvieron; á la que amanecía llegaron á Cortés ocho de caballo, y hasta ochenta peones de los de Cristóbal de Olid, y los de México comenzaron luego á combatir las torres por agua y tierra, con tantos gritos y alaridos como suelen: salió Cortés á ellos, corriólos la calzada adelante, y ganóles una puente con su baluarte, y hízoles tanto daño con los tiros y caballos, que los encerró y siguió hasta las primeras casas de la ciudad; y porque recibia daño y le herian muchos desde las canoas, rompió un pedazo de la calzada por junto á su real para que pasasen cuatro bergantines de la otra parte; los cuales, á pocas arremetidas, acorralaron las canoas á las casas, y así quedó señor

de ambas lagunas. Otro día partió Gonzalo de Sandoval de Iztacpalapan para Culhuacan, y de camino tomó y destruyó una pequeña ciudad que está en la laguna, porque salieron á pelear con él. Cortés le envió dos bergantines para que por ellos, como por puente, pasase el ojo de la calzada, que habian rompido los enemigos; dejó Sandoval su gente con Cristóbal de Olid, y fuése para Cortés con diez de caballo; hallóle revuelto con los de México, apeóse á pelear, y atravesáronle un pié con una vara. Otros muchos españoles quedaron aquel día heridos, mas bien se lo pagaron sus enemigos; ca de tal manera los trataron, que de allí adelante mostraban más miedo y ménos orgullo que solian. Con lo que hasta aquí habia hecho, pudo Cortés muy á su placer asentar y ordenar su gente y real en los lugares que mejor le pareció, y proveerse de pan y de otras muchas cosas necesarias; tardó en ellos seis días, que ninguno pasó sin escaramuza, y los bergantines hallaron canales para navegar al rededor de la ciudad, que fué cosa muy provechosa; entraron muy adentro de México, y quemaron muchas casas por los arabales. Cercóse México por cuatro partes, aunque al principio se determinó por tres; Cortés estuvo entre dos torres de la calzada que ataja las lagunas. Pedro de Albarado en Tlacopan, Cristóbal de Olid en Culhuacan, y Gonzalo de Sandoval creo que en Xaltotoca, porque Albarado y

otros dijeron que por aquel cabo se saldrian los de México viéndose en aprieto, si no guardaban una calzadilla que iba por allí. No le pesara á Cortés dejar salida al enemigo, en especial de lugar tan fuerte, sino porque no se aprovechase de la tierra, metiendo por allí pan, armas y gente; ca pensaba él aprovecharse mejor de los contrarios en tierra que en agua, y en cualquiera otro pueblo que no en aquel, y porque dicen: « A tu enemigo, si huye, hazle la puente de plata. »

LA PRIMERA ESCARAMUZA DENTRO EN MEXICO.

Quiso Cortés un dia entrar en México por la calzada y ganar cuanto pudiese de la ciudad, y ver qué ánimo ponian los vecinos; mandó decir á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval que cada uno acometiese por su estancia, y á Cristóbal de Olid que le enviase ciertos peones y algunos de caballo, y que con los demás guardase la entrada de la calzada de Culuacan de los de Xochmilco, Culuacan, Iztacpalapan, Vitcilopuchtli, Mexilcalcinco, Cuitlabac, y otras ciudades allí al de dor, aliadas y sujetas; no le entrase por de-

trás; mandó asimesmo que los bergantines fuesen á raíz de la calzada, haciéndole espaldas por entrambos lados. Salió pues de su real muy de mañana con más de docientos españoles y hasta ochenta mil amigos, y á poco trecho halló los enemigos bien armados y puestos en defensa de lo que tenían quebrado de la calzada, que seria cuanto una lanza en largo y otra en hondo. Peleó con ellos, y defendiéronse muy gran pieza detrás de un baluarte; al fin les ganó aquello y los siguió hasta la entrada de la ciudad, donde habia una torre, y al pié della una puente muy grande alzada, con muy buena albarrada; por debajo de la cual corria gran cantidad de agua. Era tan fuerte de combatir y tan temeroso de pasar, que la vista sola espantaba, y tiraban tantas piedras y flechas, que no dejaban llegar á los nuestros; todavía lo combatió, y como hizo llegar junto los bergantines por la una parte y por la otra, lo ganó con menor trabajo y peligro que pensaba; lo cual fuera imposible sin ayuda dellos; como los contrarios comenzaron á dejar la albarrada, saltaron en tierra los de los bergantines, y luego pasó por ellos y á nado el ejército. Los de Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y Tezcucó cegaron con piedra y adobes aquella puente. Los españoles pasaron adelante y ganaron otra albarrada que estaba en la principal y más ancha calle de la ciudad; y como no tenia agua, pasaron fácilmente, y siguieron los ene-

migos hasta otra puente, la cual estaba alzada y no tenía mas de una sola viga; los contrarios, no pudiendo pasar todos por ella, pasaron por el agua á mas andar, por ponerse en salvo. Quitaron la viga y pusiéronse á la defensa; llegaron los maestros y estancaron, como no podían pasar sin echarse al agua, lo cual era muy peligroso sin tener bergantines; y como desde la calle y baluarte, y de las azoteas peleaban con mucho corazon y les hacían daño, hizo Cortés asestar dos tiros á la calle y que tirasen á menudo las ballestas y escopetas. Recebian con esto mucho daño los de la ciudad, y aflojaban algo de la valentía que al principio tenían; los nuestros lo conocieron, y arrojáronse ciertos españoles al agua, y pasáronla; como los enemigos vieron que pasaban, desampararon las azoteas y la albarrada, que habían defendido dos horas, y huyeron. Pasó el ejército, y luego hizo Cortés á sus indios cegar aquella puente con los materiales de la albarrada y con otras cosas; los españoles con algunos amigos prosiguieron el alcance, y á dos tiros de ballesta hallaron otra puente, pero sin albarrada, que estaba junto á una de las principales plazas de la ciudad; asentaron allí un tiro con que hacían mucho mal á los de la plaza; no osaban entrar dentro, por los muchos que en ellas había; mas al cabo, como no tenían agua que pasar, determinaron de entrar; viendo los enemigos la determinación puesta en obra, vuelven las espaldas, y ca-

da uno echó por su parte, aunque los mas fueron al templo mayor; los españoles y sus amigos corrieron en pos dellos. Entraron dentro, y á pocas vueltas los lanzaron fuera, que con el miedo no sabian de sí. Subieron á las torres, derribaron muchos ídolos, y anduvieron un rato por el patio. Cuahutimoc reprehendió mucho á los suyos porque así huyeron; ellos tornaron en sí, reconocieron su cobardía; y como no habia caballos, revolviéron sobre los españoles, y por fuerza los echaron de las torres y de todo el circuito del templo, y les hicieron huir gentilmente. Cortés y otros capitanes los detuvieron y les hicieron hacer rostro debajo los portales del patio, diciendo cuánta vergüenza les era huir. Mas en fin, no pudieron esperar viendo el peligro y aprieto en que estaban, ca los aquejaban reciamente. Retiráronse á la plaza, donde quisieran rehacerse; mas tambien fueron echados de allí, desampararon el tiro que poco ántes dije, no pudiendo sufrir la furia y fuerza del enemigo. Llegaron á esta sazón tres de caballo, y entraron por la plaza alanceando indios; como los vecinos viesén caballos, comenzaron á huir y los nuestros á cobrar ánimo, y á revolver sobre ellos con tanto ímpetu, que les tornaron á ganar el templo grande, y cinco españoles subieron las gradas y entraron en las capillas, y mataron diez ó doce mexicanos que se hacían fuertes allí, y tornáronse á salir. Vinieron luego otros seis de ca-

ballo, juntáronse con los tres, y ordenaron todos una celada, en que mataron más de treinta mexicanos. Cortés entónces, como era tarde y estaban los suyos cansados, hizo señal de recoger. Cargó tanta multitud de contrarios á la retirada, que si por los de caballo no fuera, peligraran hartos españoles, porque arremetían como perros rabiosos sin temor ninguno, y los caballos no aprovecharan si Cortés no tuviera aviso de allanar los malos pasos de la calle y calzada. Todos huyeron y pelearon muy bien; que la guerra lo lleva. Los nuestros quemaron algunas casas de aquella calle, porque cuando otra vez entrasen no recibiesen tanto daño con piedras, que de las azoteas les tiraban. Gonzalo de Sandoval y Pedro de Albarado pelearon muy bien por sus cuarteles.

EL DAÑO Y FUEGO DE CASAS.

Andaba en este tiempo don Fernando de Tezcucó por su tierra visitando y atrayendo sus vasallos al servicio y amistad de Cortés, que para esto se quedó; y con su maña, ó porque á los españoles les iba

prósperamente, atrajo casi toda la provincia de Cu-luacan, que señorea Tezcuco, y seis ó siete herma-nos suyos, que más no pudo, aunque tenia más de ciento, segun despues se dirá; y á uno de ellos que llamaban Iztlixuchilh, mancebo esforzado y de has-ta veinte y cuatro años, hizo capitan y envióle al cerco con obra de cincuenta mil combatientes muy bien aderezados y armados. Cortés lo recibió ale-gremente, agradesciéndole su voluntad y obra. To-mó para su real treinta mil dellos, y repartió los otros por las guarniciones. Mucho sintieron en México este socorro y favor que don Fernando enviaba á Cortés, porque lo quitaba á ellos, y porque ve-nian allí parientes y hermanos, y aun padres de muchos que dentro en la ciudad estaban con Cua-hutimoccin. Dos dias despues que Iztlixuchilh lle-gó, vinieron los de Xochmilco y ciertos serranos de la lengua que llaman otomitlh, á darse á Cortés, rogando que les perdonase la tardanza, y ofrescien-do gente y vitualla para el cerco. Él holgó mucho con su venida y ofrescimiento, porque siendo aque-llos sus amigos, estaban seguros los del real de Cu-luacan. Trató muy bien los embajadores, díjoles cómo dende á tres dias queria combatir la ciudad; por tanto, que todos viniesen para entónces con armas, y que en aquello conosceria si eran sus ami-gos; y así los despidió. Ellos prometieron de venir, y cumplieronlo. Envió tras esto tres bergantines á Sandoval y otros tres á Pedro de Albarado, para

estorbar que los de México no se aprovecharan de la tierra, metiendo en canoas agua, frutas, centli y otras vituallas por aquella parte, y para hacer espaldas y socorrer á los españoles todas las veces que entrasen por la calzada á combatir la ciudad; ca él tenia muy conocido de cuánto provecho eran aquellos navíos estando cerca de las puentes. Los capitanes dellos corrian noche y dia toda la costa y pueblos de la laguna por allí; hacian grandes saltos, tomaban muchas barcas á los enemigos, cargadas de gente y mantenimiento, y no dejaban á ninguna entrar ni salir. El dia que aplazó los enemigos al combate oyó Cortés misa, informó los capitanes de lo que habian de hacer, y salió de su real con veinte caballos y treientos españoles, y gran muchedumbre de amigos, y dos ó tres piezas de artillería. Encontró luego con los enemigos, que, como en tres ó cuatro dias atrás no habian tenido combates, habian abierto muy á su placer lo que los nuestros cegaron, y hecho mejores baluartes que primero, y estaban esperando con los alaridos acostumbrados. Mas como vieron bergantines por la una parte y por la otra de la calzada, aflojaron la defensa. Conociéron luego los nuestros el daño que hacian: saltan de los bergantines en tierra y ganan el albarrada y puente; pasó luego el ejército y dió en pos de los enemigos, los cuales á poco trecho se guarescieron en otra puente. Mas presto, aunque con harto trabajo, se la ganaron los nuestros, y los si-

guieron hasta otra; y así, peleando de puente en puente, los echaron de la calzada y de la calle, y aun de la plaza. Cortés anduvo con hasta diez mil indios cegando con adobes, piedra y madera todós los caños de agua, y allanando los malos pasos; y fué tanto de hacer, que se ocuparon en ello todos aquellos diez mil indios hasta hora de vísperas. Los españoles y amigos escaramuzaron todo este tiempo con los de la ciudad, de los cuales mataron muchos en las celadas que les echaron. Tambien anduvieron un rato por las calles que no tenían agua ni puentes los de caballo alanceando ciudadanos, y desta manera los tuvieron cerrados en las casas y templos. Era cosa notable lo que nuestros indios hacian y decian aquel dia á los de la ciudad: unas veces los desafiaban; otras los convidaban á cena, mostrándoles piernas y brazos y otros pedazos de hombres, y decian: «Esta carne es de la vuestra, y esta noche la cenaremos y mañana la almorzarémos, y despues vernémos por más: por eso no huyais, que sois valientes, y mas os vale morir peleando, que de hambre.» Y luego tras esto apellidaron cada uno su ciudad y ponian fuego á las casas. Mucho pesar tomaban mexicanos de verse así afligidos por españoles; empero más les pesaba en verse ultrajar de sus vasallos y en oir á sus puertas, victoria, victoria, Tlaxcallan, Chalco, Tezcuco, Xochmilco y otros pueblos así; ca del comer carne no hacian caso, porque tambien ellos se comian los que mataban.

Cortés, viendo los de México tan endurecidos y porfiados en defenderse ó morir, coligió dos cosas: una, que habria poca ó ninguna de las riquezas que en vida de Moteczuma vió y tuvo; otra, que le daban ocasion y le forzaban á los destruir totalmente. De entrambas le pesaba; pero más de la postrera, y pensaba qué forma ternia por atemorizallos y hacerles venir en conoscimiento de su yerro y del mal que podian recibir; y por eso derribó muchas torres y quemó los ídolos; quemó asimesmo las casas grandes en que la otra vez posó, y la casa de las aves, que cerca estaba. No habia español, mayormente de los que ántes las vieron, que no sintiese pena de ver arder tan magníficos edificios; mas porque á los ciudadanos les pesaba mucho, las dejaron quemar. Y nunca mexicanos ni hombre de aquella tierra pensó que fuerza humana, cuanto mas de aquellos pocos españoles, bastara entrar á México á su pesar, y poner fuego á lo principal de la ciudad. Entretanto que ardia el fuego, recogió Cortés su gente y volvióse para su real. Los enemigos quisieran remediar aquella quema, mas no pudieron; y como vieron ir á los contrarios, diéronles grandísima carga y grita, y mataron algunos que, de cargados con el despojo, iban rezagados. Los de caballo, que podian muy bien correr por la calle y calzada, los detenian á lanzadas; y así, ántes que anocheciese estaban los nuestros en su fuerte y los enemigos en sus casas; los unos tristes, y los otros

cansados. Mucha fué la matanza deste dia; pero más fué la quema que de casas se hizo, porque sin las ya dichas, quemaron otras muchas los bergantines por las calles donde entraron. Tambien entraron por su parte los otros capitanes; mas como era solamente para divertir los enemigos, no hay mucho que contar.

LA DILIGENCIA DE CUAHUTIMOC Y DE CORTES.

Otro dia siguiente muy de mañana, y despues de haber oido misa, tornó Cortés á la ciudad con la mesma gente y órden, porque los contrarios no tuviesen lugar de limpiar las puentes ni hacer baluartes. Mas por bien que madrugó, fué tarde, ca no se durmieron en la ciudad; sino luego que tuvieron fuera al enemigo, tomaron palas y picos y abrieron lo cegado, y con lo que sacaban hacian albarradas; y así se fortificaron como estaban primero. Muchos desmayaban, y hartos perescian en la obra, del sueño y hambre que, sobre cansados, pasaban. Mas no podian al hacer, porque Cuahutimoc andaba presente. Cortés combatió dos puentes con sus albarradas; y aunque fueron recias de tomar, las ganó. Duró el combate dellas de las ocho á la una despues de me-

dio día; y como había grandísimo calor y mucho trabajo, padescieron infinito. Gastóse toda la pólvora y pelotas de las escopetas, y todas las saetas y almacén que los ballesteros llevaban. Harto tuvieron que hacer en ganar y cegar estas dos puentes aquel día. Al retirar recibieron algún daño, porque cargaron los enemigos como si los nuestros fueran huyendo. Venían tan ciegos y engolosinados, que no advertían á las celadas que les ponían de los de caballo, en las cuales morían muchos, y los delanteros, que debían ser más esforzados, y aun con todo este daño no cesaban hasta verlos fuera de la ciudad. Pedro de Albarado ganó también este día dos puentes de su calzada, y quemó algunas casas con ayuda de los tres bergantines, y mató hartos enemigos. Algunos españoles culpaban á Cortés porque no iba mudando su real como iba ganando tierra; y las causas que para ello había eran grandes, porque cada día tenía un mismo trabajo, y aun siempre mayor, en ganar de nuevo y cegar otra vez las puentes y caños de agua. El peligro que pasaban en ello era grande y notorio, porque les era forzado echarse á nado todas las veces que ganaban puente; y unos no sabían nadar, otros no osaban, y otros no querían, porque los enemigos no les dejaban salir, á cuchilladas y botes de lanza; y así, se tornaban heridos ó se ahogaban. Otros decían que ya que no pasaba el real adelante, debía sostener las puentes, poniendo en ellas gente que las guar-

dase. Mas él, aunque muy bien conocia esto, no lo queria hacer por mejor; que cierto estaba, si pasara el real á la plaza, que les podian cercar los contrarios, por ser grande la ciudad y muchos los vecinos; y así el cercador quedara cercado, y cada hora del dia y de la noche tuviera rebates y fuera reciamente combatido, y ni pudiera resistir ni tuviera qué comer si la calzada perdia; pues sustentar las puentes era imposible, á lo ménos dudoso, por dos razones: la una, porque eran pocos españoles, y quedando cansados el dia, no podian pelear la noche; la otra, que si las encomendaba á indios era incierta la defensa y cierta la pérdida ó desbarate, de que se podria seguir gran mal. Así que por esto, como porque se confiaba en el buen corazon de sus españoles, que cayendo ó levantando habian de hacer como él, seguia su parecer y no el ajeno.



CÓMO TUVO CORTES DOCIENTOS MIL HOMBRES SOBRE
MEXICO.

Eran los de Chalco tan leales amigos de españoles ó tan enemigos de mexicanos, que convocaron muchos pueblos y hicieron guerra á los de Iztacpálan, Mexicalcinco, Cluitlauac, Vitcilopuchtli, Cu-

luacan y otros lugares de la laguna dulce que no estaban declarados por amigos de Cortés, aunque nunca despues que sitió á México le habian enojado. A esta causa, y por ver que españoles llevaban de vencida á los mexicanos, vinieron embajadores de todos aquellos pueblos á encomendarse á Cortés, y á rogarle los perdonase de lo pasado y que mandase á los de Chalco no les hiciesen más daño. Él los recibió en su amparo, y les dijo que no les seria hecho más mal; y que nunca dellos tuvo enojo, sino de los de México, y que por ver si era cierta ó fingida su embajada, les hacia saber cómo no levantaria el cerco hasta tomar aquella ciudad de paz ó de guerra. Por eso, que les rogaba le ayudasen con acalles, pues tenian muchos, y con la más gente que pudiesen armar en ellos, y le diesen algunos hombres que hiciesen casas á los españoles que no las tenian, y era tiempo de las recias aguas. Ellos prometieron de lo cumplir; y así, vinieron muchos hombres de aquellos lugares, y hicieron tantas casillas en la calzada, de torre á torre, donde era el real, que muy á placer cabian en ellas los españoles y otros dos mil indios que los servian; que los demás en Culucan dormian siempre, que no estaba más de legua y média. Tambien proveyeron éstos el real de algun pan y pescado y de infinitas cerezas; de las cuales hay tantas por allí, que pueden bastecer doblada gente que entónces habia en toda aquella tierra. Duran seis meses del año y son

algo diferentes de las nuestras. No quedaba ya pueblo que algo montase en toda aquella comarca por darse á Cortés, y entraban y salían libremente entre españoles. Veníanse todos á sus reales, unos por ayudar; otros por comer; otros por robar, y muchos por mirar; y así, pienso que habia sobre México docientos mil hombres; y aunque es mucho de ser capitán de tan grande ejército, fué mucho más la destreza y gracia de Cortés en tratar y regirlo tanto tiempo sin motin ni riña. Deseaba Cortés ganar y allanar la calle y calzada que va de Tlacopan, que es muy principal y tiene siete puentes, para que libremente se comunicase con Pedro de Albarado, que con esto pensaba tener hecho lo más; y para hacerlo llamó la gente y barcos de Iztacpalapan y de los otros pueblos de la laguna dulce, y luego vinieron tres mil; mil y quinientos de los cuales echó con cuatro bergantines en la una laguna, y los otros mil y quinientos en la otra con los tres bergantines, para que corriesen la ciudad, quemasen casas, y hiciesen todo el más daño que pudiesen. Mandó á cada guarnicion que entrase por su cuartel y calle, matando, prendiendo y destruyendo lo posible, y él metióse por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres. Ganó tres puentes della, y cególas; las otras dejó para otro dia, y volvióse á su puesto. Tornó luego al siguiente dia por la misma calle con la gente y órden pasada. Ganó muy gran parte de la ciudad, y nunca que Cuahutimoc

diese señal de paz; de que mucho se maravillaba Cortés, y aun le pesaba, así por el mal que recibía como por el que hacía.

LO QUE HIZO PEDRO DE ALBARADO POR AVENTAJARSE.

Quiso Pedro de Albarado pasar su real á la plaza del Tlatelulco, porque pasaba trabajo y peligro en sustentar las puentes que ganaba con españoles á pié y á caballo, teniendo su fuerte léjos dellos tres cuartos de legua; y por aventajarse tanto como su capitan, y porque le importunaban los de su compañía diciendo que les seria afrenta si Cortés ni otro alguno ganase aquella plaza ántes que ellos, pues la tenían más cerca que ninguno; y así, determinó ganar las puentes de su calzada que le faltaban y pasarse á la plaza. Fué pues con toda la gente de su guarnicion; llegó á una puente quebrada, que tenia de largo sesenta pasos; ca porque los nuestros no pasasen la habian alargado y ahondado dos estados en agua. Combatióla, y con ayuda de los tres bergantines pasó el agua y la ganó. Dejó dicho á unos que la cegasen, y siguió el alcance con hasta cincuenta españoles. Como los de la ciudad no vieron más de aquellos pocos, que no podian pasar los de caballo, revolvieron sobre él tan de súbito y con

tanto denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse al agua, sin ver cómo. Mataron muchos de nuestros indios y prendieron cuatro españoles, que luego allí, para que todos los viesen, los sacrificaron y comieron. Albarado cayó de su locura por no creer á Cortés, que siempre le decia no pasase adelante sin dejar primero el camino llano. Los que le aconsejaron pagaron con las vidas, y Cortés sintió la pena; y otro tanto le pudiera entrevenir á él si creyera á los que decian que se pasase al mismo mercado; mas él lo consideraba mejor, porque cada casa estaba ya hecha isla, las calzadas por muchas partes rompidas, y las azoteas llenas de cantos; que destos y otros tales ardidés muchos tuvo Cuahutimoc. Cortés fué á ver dónde habia mudado su real Pedro de Albarado, y á le reprehender por lo sucedido, y avisarle de lo que tenia de hacer; y como lo halló tan metido dentro la ciudad, y consideró los muchos malos pasos que habia ganado, no solo no le culpó, mas loóle. Platicó con él muchas cosas tocantes á la conclusion del cerco, y volvióse á su real.

LAS ALEGRIAS Y SACRIFICIOS QUE HACIAN MEXICANOS POR UNA VICTORIA.

Dilataba Cortés de poner su real en la plaza, aunque cada dia entraba ó mandaba entrar á la

ciudad á pelear con los vecinos, por las razones poco ántes dichas, y por ver si Cuahutimoc se daría, y aun tambien porque no podia ser la entrada sin mucho peligro y daño, por cuanto los enemigos estaban ya muy juntos y muy fuertes. Todos los españoles, juntamente con el tesorero del rey, viendo su determinacion y el daño pasado, le rogaron y requirieron que se metiese en la plaza. Él les dijo que hablaban como valientes; pero que convenia primero mirallo muy bien, ca los enemigos estaban fuertes y determinadísimos de morir defendiéndose. Tanto replicaron, que al cabo otorgó lo que pedian, y publicó la entrada para el dia siguiente. Escribió con dos criados suyos á Gonzalo de Sandoval y á Pedro de Albarado la instruccion de lo que hacer debian; la cual, en suma, era que Sandoval hiciese alzar todo el fardaje de su guarnicion, como que levantaba el real, y que pusiese diez de caballo en la calzada, tras unas casas, porque si de la ciudad saliesen creyendo que huían, los alanceasen, y él que se viniese adonde Pedro de Albarado estaba, con diez á caballo y cien peones y con los bergantines; y dejando allí la gente, tomase los otros tres bergantines y fuese á ganar el paso do fueron desbaratados los de Albarado; y si lo ganaba, que lo cegase muy bien ántes de ir mas adelante; y que si fuese, no se alejase, ni ganase paso que no lo dejase ciego y bien aderezado; y Albarado, que entrase cuanto pudiese á la ciudad, y que le enviasen

ochenta españoles. Ordenó asimismo que los otros siete bergantines guiasen las tres mil barcas, como la otra vez, por entrambas lagunas. Repartió la gente de su real en tres compañías, porque para ir á la plaza habia tres calles. Por la una entraron el tesorero y contador con setenta españoles, veinte mil indios, ocho caballos, doce azadoneros y muchos gastadores para cegar los caños de agua, allanar las puentes y derribar casas. Por la otra calle envió á Jorge de Albarado y Andrés de Tapia con ochenta españoles y mas de diez mil indios. Quedaron á la boca desta calle dos tiros y ocho de caballo. Cortés fué por la otra con gran número de amigos y con cien españoles á pié, de los cuales eran veinte y cinco ballesteros y escopeteros. Mandó á ocho de caballo que llevaba, quedarse, y que no fuesen tras él sin se lo enviar á decir. Desta manera entraron todos á un tiempo y cada cuadrilla por su cabo, y hicieron maravillas, derrocando hombres y albarradas y ganando puentes. Llegaron cerca del Tianquiztli; cargaron tantos indios de nuestros amigos, que entraron por las casas á escala vista y las robaron; y segun iba la cosa, parescia que todo se ganaba aquel dia. Cortés les decia que no pasasen mas adelante, que bastaba lo hecho, no recibiesen algun revés, y que mirasen si dejaban bien cegadas las puentes ganadas, en que estaba todo el peligro ó victoria. Los que iban con el tesorero siguiendo victoria y al-

cance dejaron una quebrada falsamente ciega, que seria doce pasos en anchura y dos estados en hondura. Fué allí Cortés, como se lo dijeron, á remediar aquel mal recado; mas tan presto como llegó vió venir huyendo los suyos y arrojarse al agua por miedo de los muchos y asecutivos enemigos que venian detrás, los cuales se echaban tras ellos por matarlos. Venian tambien por agua barcas, que tomaban vivos muchos de nuestros amigos y aun españoles. No sirvió entónces Cortés y otros quince que allí estaban sino de dar las manos á los caidos; unos salian heridos, otros medio ahogados, y muchos sin armas. Cargó tanta gente enemiga, que los cercó. Cortés y sus quince compañeros, embebescidos en socorrer á los del agua, y ocupados con los socorridos, no se dieron cata del peligro en que estaban; y así, echaron mano dél ciertos mexicanos, y lleváransele si no por Francisco de Olea, criado suyo, que cortó las manos al que le tenia asido, de una cuchillada; al cual mataron luego allí los contrarios; y así, murió por dar la vida á su amo. Llegó en esto Antonio de Quiñones, capitán de la guarda; trabó del brazo á Cortés, y sacóle por fuerza de entre los enemigos, con quien fuertemente peleaba. Ya entónces, á la fama que Cortés era preso, acudian españoles á la brega, y uno de caballo hizo algun tanto de lugar; mas luego le dieron una lanzada por la garganta, que le hicieron dar la vuelta. Estancó un poco la pelea, y Cortés ca-

balgó en un caballo que le trajeron, y porque no se podía pelear allí bien á caballo, recogió los españoles, dejó aquel mal paso, y salióse á la calle de Tlacopan, que es ancha y buena. Murió allí Guzman, camarero de Cortés, por querer darle un caballo; cuya muerte dió mucha tristeza á todos, era honrado y valiente. Anduvo tan revuelta la cosa, que cayeron al agua dos yeguas; la una se remedió, la otra mataron indios, como hicieron al caballo de Guzman. Estando combatiendo una albarrada el tesorero y sus compañeros, les echaron de una casa tres cabezas de españoles, diciendo que otro tanto harían dellos si no alzaban el cerco. Viendo esto y entendiendo el estrago que digo, se retrajeron poco á poco. Los sacerdotes se subieron á unas torres del Tlatelulco, encendieron braseros, pusieron sahumeros de copalli en señal de victoria. Desnudaron los españoles cativos, que serían hasta cuarenta, abrieronlos por el pecho, sacáronles los corazones para ofrescer á sus ídolos, y rociaron el aire con la sangre. Quisieran los nuestros ir allá y vengar aquella crueldad, ya que estorbar no la podían; mas bien tuvieron qué hacer en ponerse en cobro, segun la carga y priesa que les dieron los enemigos, no temiendo á caballos ni espadas. Fueron este dia cuarenta españoles presos y sacrificados. Quedó herido Cortés en una pierna, y más de otros treinta. Perdióse un tiro y tres ó cuatro caballos. Murieron cerca de dos mil indios

amigos nuestros. Muchas de nuestras canoas se perdieron, y los bergantines estuvieron para ello. El capitán y maestro de uno dellos salieron heridos, y el capitán murió de la herida dende á ocho dias. También murieron peleando este mismo dia cuatro españoles del real de Albarado. Fué aciago el dia, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos. Regocijaron aquella tarde y noche los de México con grandes fuegos, con muchas bocinas y atabales, con bailes, banquetes y borracheras. Abrieron las calles y puentes como ántes las tenían. Pusieron velas en las torres, y centinelas cerca de los reales; y luego por la mañana envió el rey dos cabezas de cristianos y otras dos de caballos por toda la comarca, en señal de la victoria habida, rogándoles que dejasen la amistad de españoles, y prometiendo que presto acabaria los que quedaban, y libraria toda la tierra de guerra; lo cual fué causa que algunas provincias tomasen ánimo y armas contra los amigos y aliados de Cortés, como hicieron Malinalco y Cuixco contra Coahunauac. Sonóse luego esto por muchas partes, y temian los nuestros rebelion en los pueblos amigos y motin en el ejército; mas quiso Dios que no lo hubiese. Cortés salió con su gente otro dia á pelear, por no mostrar flaqueza, y tornóse de la primera puente.

LA CONQUISTA DE MALINALCO Y MATALCINCO
Y OTROS PUEBLOS.

A dos dias del desbarato vinieron al real de Cortés los de Coahunauac, que ya de muchos dias eran sus amigos, á decirle cómo los de Malinalco y Cuixco les daban guerra y les destruian los panes y frutas, y le amenazaban á él para despues que los hubiesen á ellos vencido; por tanto, que les diese alguna ayuda de españoles. Cortés, aunque tenia mas necesidad de ser socorrido que de socorrer, les prometió españoles, tanto por no perder crédito, cuanto por la instancia con que los pedian; lo cual contradijeron algunos españoles, que no les parecia bien sacar gente del ejército. Dióles ochenta peones españoles y diez de caballo, y por capitan á Andrés de Tapia, á quien encargó mucho la guerra y la brevedad. Dióle diez dias de plazo para ir y venir. Andrés de Tapiã fué allá, juntóse con los de Coahunauac, halló los enemigos en una aldea cerca de Malinalco, peleó con ellos en campo raso, desbaratólos y siguiólos hasta la ciudad, que es un pueblo grande, abundante de agua, y asentado en un cerro muy alto, donde los caballos no podian subir. Taló lo llano y tornóse. Hizo tanto fruto esta salida, que libró los amigos y atemorizó los enemigos,

que tomaban alas pensando que iban muy de caída los españoles. Al segundo día que Andrés de Tapia llegó de Coahunauac vinieron diez y seis mensajeros de lengua otomitlh, quejándose de los señores de la provincia de Matalcinco, sus vecinos, que les hacían cruda guerra y que les habían destruido la tierra, quemado un lugar y llevado la gente; y que venían hácia México con propósito de pelear con los españoles, para que saliesen entónces los de la ciudad y los matasen ó echasen del cerco; y que proveyese presto de remedio, porque no estaban de allí mas de doce leguas; y eran muchos. Cortés creyó ser así, porque los días atrás, cuando andaban peleando, le amenazaban mexicanos con Matalcinco. Envía allá á Gonzalo de Sandoval con diez y ocho caballos y cien peones y con muchos de aquella serranía que estaban días había en el cerco. Tanto hizo Cortés esto por no mostrar flaqueza á los amigos y enemigos; como por socorrer aquellos; que bien sabia en cuánto peligro andaban los que iban y los que quedaban, y que se quejaban los suyos. Sandoval se partió, durmió dos noches en tierra de Otomitlh, que estaba destruida; llegó después á un río que pasaban los enemigos, los cuales llevaban gran presa de un lugar que acababan de quemar; y como vieron españoles y hombres á caballo, huyeron, dejando buena parte del despojo. Pasaron otro río y repararon en un llano. Sandoval los siguió. Halló en el camino fardales de ro-

pa, cargas de centli y niños asados. Arremetió á ellos con los caballos. Llegaron luego los de pié, y desbaratóles. Huyeron. Siguiólos hasta cerrallos en Matalcinco, que estaba á tres leguas. Murieron en el alcance dos mil. La ciudad se puso en defen- sa para que entre tanto se fuesen mujeres y mo- chachos, y llevasen la ropa á un cerro muy alto, do habia una como fortaleza. Acabaron en esto de llegar nuestros amigos, que serian hasta setenta mil. Entraron dentro, echaron fuera los vecinos, saquearon el pueblo y luego quemáronlo, y en esto se pasó la noche. Los vencidos se recogie- ron al cerro que digo. Tuvieron grandes llantos y alaridos y un estruendo increíble de atabales y bo- cinas hasta media noche; que despues todos se fue- ron de allí. Sandoval sacó todo su ejército luego por la mañana. Fué al cerro, y no halló nadie ni rastro de los enemigos. Dió sobre un lugar que estaba de guerra; mas el señor dejó las armas, abrió las puertas, dióse, y prometió de traer de paz á los de Matalcinco, Malinalco y Cuixco. Y cumpliólo, porque luego les habló y los llevó á Cortés. Él los perdonó, y ellos le sirvieron muy bien en el cerco, de que mucho pesó al rey Cuahutimoc.

DETERMINACION DE CORTES EN ASOLAR A MEXICO.

Chichimecatl, señor tlaxcalteca, que trajo la tablazon de los bergantines, y que estaba con Pedro de Albarado del principio de la guerra, viendo que ya no peleaban españoles como solian ántes, entró con solos los de su provincia, cosa que no se habia hecho, á combatir la ciudad. Acometió una puente con mucha grita, y apellidando su linaje y ciudad, la ganó. Dejó allí cuatrocientos flecheros, y siguió los enemigos, que de industria para cogerle á la vuelta huían. Revolvieron sobre él, y trabóse una muy gentil escaramuza; ca unos y otros pelearon reciamente y á la igual. Pasaron grandes razones. Muchos heridos y muertos de una y otra parte, con que todos cenaron muy bien. Diéronle carga, y pensaron asirle al paso del agua; mas él lo pasó seguramente con el favor de los cuatrocientos flecheros, que detuvieron los contrarios y les hicieron perder la soberbia. Quedaron los de México corridos de aquella entrada y espantados de la osadía de los tlaxcaltecas, y aun los españoles se maravillaron del ardid y destreza. Como no combatian los nuestros segun solian, pensaban en México que de cobardes ó enfermos, ó por ventura de hambrien-

tos: y un día al cuarto del alba dieron en el real de Albarado un buen rebato. Sintieronlo las velas; tocaron al arma, salieron los de dentro á pié y á caballo, y á lanzadas les hicieron huir. Muchos dellos se ahogaron, muchos fueron heridos, y todos escarmenaron. Dijeron tras esto los de México que querian hablar á Cortés. El se llegó á una puente alzada á ver qué decian. Ellos una vez pedian treguas y otra paces, y siempre ahincaban que los españoles se fuesen de toda su tierra. Era todo esto para descubrir qué corazon tenian los nuestros y para tomar algunos dias de treguas á fin de se bastecer; que su voluntad siempre fué de morir defendiendo su patria y religion. Cortés les respondió que las treguas ni á él ni á ellos convenian; mas que la paz, pues en todo tiempo era buena, no se perderia por él, aunque era el cercador y tenia mucho qué comer. Que mirasen ellos cómo la querian, ántes que se les acabase el pan; no se muriesen de hambre. Estando así platicando con el faraute, se puso en el baluarte un viejo anciano, y á vista de todos sacó muy de su espacio de una mochila pan y otras cosas, que comió, dando é entender que no tenian necesidad; y con tanto, se fenesció la plática. Muy largo se le hacia á Cortés el cerco, porque en cerca de cincuenta dias no habia podido ganar á México; y maravillábase que los enemigos durasen tanto tiempo en las escaramuzas y combates, y de que no quisiesen paz ni concordia, sabiendo cuántos mi-

llares dellos eran muertos á manos de los contrarios, y cuántos de hambre y dolencia. Rogábales fuesen sus amigos; si no, que los mataría á todos y los ternia cercados por agua y tierra, para que no les entrasen fruta ni pan ni agua, y se comiesen unos á otros. Ellos decian que primero se morirían los españoles; y cuanto más miedo les ponian, más esfuerzo mostraban, y más reparos y ardides hacian; ca hincheron la plaza y muchas calles de piedras grandes, para que no pudiesen correr los caballos; y atajaron otras calles á piedra seca, para que no entrasen españoles. Cortés, aunque no quisiera destruir tan hermosa ciudad, determinó derribar por el suelo todas las casas de las calles que ganase, y con ellas cegaron muy bien las canales de agua. Comunicólo con sus capitanes, y á todos les pareció bueno, aunque trabajoso y largo. Díjolo tambien á los señores indios del ejército, los cuales se holgaron con aquella nueva, y luego hicieron venir muchos labradores con huictles de palo, que sirven de pala y azada. En esto se pasaron cuatro dias. Cortés, como tuvo gastadores, apercibió su gente y comenzó á combatir la calle que va á la plaza mayor. Los de la ciudad demandaron paz fingidamente. Cortés se detuvo y preguntó por el rey. Respondieron que le habian ido á llamar. Esperó una hora, y al cabo tiráronle muchas piedras, flechas y varas, deshonrándole. Arremetieron entónces los españoles, ganaron una gran

albarrada y entraron en la plaza. Quitaron las piedras que daban estorbo á los caballos, cegaron la agua de aquella calle de tal manera, que nunca más se abrió; derrocaron todas las casas, y dejando la entrada llana y abierta, se volvieron al real. Seis dias á la continua hicieron los nuestros otro tanto como aquel, sin recibir mucho daño, salvo que al postrero les hirieron dos caballos. Cortés les hizo luego al siguiente dia una emboscada. Llamó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos suyos y de Albarado para juntar con otros veinte y cinco que él tenia. Envió los bergantines delante y toda la gente, y él metióse con treinta caballos en unas casas grandes de la plaza. Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y retiráronse. Al pasar de aquella casa soltaron una escopeta, que era la señal de salir la celada. Venian con tanto hervor y grito los contrarios ejecutando el alcance, que pasaron bien adelante de la zalagarda. Salió Cortés con sus treinta caballeros, diciendo: «Sant Pedro y á ellos, Santiago y á ellos;» y hizo grande estrago, matando á unos, derrocando á otros y atajando á muchos, que luego allí prendian los indios amigos. En esta celada, sin los de los combates, murieron quinientos mexicanos y quedaron presos otros muchos. Tuvieron bien qué cenar aquella noche los indios nuestros amigos. No se les podia quitar el comer carne de hombres. Ciertos españoles subieron á una torre de ídolos, abrieron una sepul-

tura y hallaron hasta mil y quinientos castellanos en cosas de oro. Desta hecha cobraron en México tanto temor, que ni gritaban ni amenazaban como ántes, ni osaron de allí adelante esperar en la plaza vez que los nuestros se retirasen por miedo de otra. Y en fin, esto fué causa para mas áina ganarse México.

LA HAMBRE Y DOLENCIAS QUE MEXICANOS PASABAN
CON GRANDE ANIMO.

Dos mexicanos, hombres de poca manera, se salieron de noche, de puros hambrientos, y se vinieron al real de Cortés; los cuales dijeron cómo sus vecinos estaban muy amedrentados, muertos de hambre y dolencias, y que amontonaban los muertos en las casas por encobrillos, y que salian las noches á pescar entre las casas y adonde no los tomasen los bergantines, y á buscar leña y coger yerbas y raíces que comer. Cortés quiso saber aquello mas por entero. Hizo que los bergantines rodeasen la ciudad, y él con hasta quince de caballo y cien peones españoles, y muchos otros amigos, fué allá ántes que amanesciese, metióse tras unas casas, y puso espías que le avisasen con cierta se-

ñal cuando hubiese gente. Como fué dia, comenzó de salir mucha gente á buscar de comer. Salió Cortés, por la seña que tuvo, y hizo gran manzanza en ellos, como los más eran mujeres y muchachos, y los hombres iban casi desarmados. Murieron allí ochocientos. Los bergantines tomaron tambien muchos hombres y barcos pescando. Sintieron el ruido las velas de la ciudad; mas los vecinos, espantados de ver andar por allí españoles á hora desacostumbrada, temiéronse de otra zalagarda, y no pelearon. El dia siguiente, que fué víspera de Santiago, patron de España, entró Cortés á combatir como solia la ciudad. Acabó de ganar la calle de Tlacopan, y quemó las casas de Cuahutimoc, que eran grandes y fuertes y cercadas de agua. Ya con esto estaban, de cuatro partes de México, ganadas las tres, y se podia ir seguramente del real de Cortés al de Albarado. Como se derribaban ó quemaban todas las casas de lo ganado, decian aquellos mexicanos á los de Tlaxcallan y de los otros pueblos: «Así, así, dáos priesa; quemad y asolad bien esas casas, que vosotros las tornaréis á hacer, mal que os pese, á vuestra costa y trabajo; porque si somos vencedores, haréislas para nosotros, y si vencidos, para españoles.» Dende á cuatro dias entró Cortés por su parte y Albarado por la suya; el cual trabajó lo posible por ganar dos torres del Tlatelulco para estrechar los enemigos por su estancia, como hacia su capitan: hizo, en fin, tanto, que las ganó, aunque

perdió tres caballos. Al otro día se paseaban los de caballo por la plaza, y los enemigos mirando desde las azoteas. Andando por la ciudad hallaron montones de cuerpos muertos por las casas y calles y en agua, y muchas cortezas y raíces de árboles roídos, y los hombres tan flacos y amarillos, que hicieron lástima á nuestros españoles. Cortés les movió partido. Ellos, aunque flacos de cuerpo, estaban recios de corazon, y respondiéronle que no hablase en amistad ni esperase despojo ninguno dellos, porque habian de quemar todo lo que tenian, ó echarlo al agua do nunca pareciese, y que uno solo que dellos quedase, habia de morir peleando. Faltaba ya la pólvora, bien que sobraban las saetas y picas, como se hacian cada dia; y para dañar, ó á lo ménos espantar los enemigos, se hizo un trabuco y se puso en el teatro de la plaza, con el cual nuestros indios amenazaban mucho á los de la ciudad. No lo acertaron hacer los carpinteros, y así nó aprovechó. Los españoles disimularon con que no querian hacer más daño de lo hecho. Como habian estado cuatro dias ocupados en hacer el trabuco, no habian entrado á combatir la ciudad, y cuando despues entraron, hallaron llenas las calles de mujeres, niños, viejos y otros hombres mezquinos que se traspasaban de hambre y enfermedad. Mandó Cortés á los suyos no hiciesen mal á personas tan miserables. La gente principal y sana estaba en las azoteas sin armas y con mantas, cosa nueva y que puso admi-

racion. Creo que guardaban fiesta. Requiriéronles con la paz; respondieron con disimulacion. Otro dia dijo Cortés á Pedro de Albarado que combatiese un barrio de hasta mil casas, que estaba por ganar, y que él le ayudaria por la otra parte. Los vecinos se defendieron muy bien un gran rato; mas al cabo huyeron, no pudiendo sufrir la furia y priesa de los contrarios. Los nuestros ganaron todo aquel barrio, y mataron doce mil ciudadanos. Hubo tanta mortandad porque anduvieron tan crueles y encarnizados los indios nuestros amigos, que á ningun mexicano daban vida, por más reprehendidos que fueron. Quedaron tan arrinconados en perdiendo este barrio, que apénas cabian de piés en las casas que tenian, y estaban las calles tan llenas de muertos y enfermos, que no podian pisar sino en cuerpos. Cortés quiso ver lo que tenia por ganar de la ciudad; subiése á una torre, miró y parecióle que una parte de ocho. Otro dia siguiente tornó á combatir lo que quedaba. Mandó á todos los suyos que no matasen sino al que se defendiese. Los de México, llorando su desventura, rogaban á los españoles que los acabasen de matar, y ciertos caballeros llamaron á Cortés á mucha priesa. Él fué corriendo allá, con pensar que era para tratar de algun concierto. Púsose orilla de una puente, y dijéronle: «¡Ah capitán Cortés! pues eres hijo del sol, ¿por qué no acabas con él que nos acabe? ¡Oh sol! que puedes dar vuelta al mundo en tan breve espacio

de tiempo como es un día con su noche, mátanos ya, y sácanos de tanto y tan largo penar; que deseamos la muerte por ir á descansar con Cuetzalcouath, que nos está esperando.» Tras esto lloraban y llamaban sus dioses á grandes voces. Cortés les respondió lo que le pareció, mas no pudo convencellos. Gran compasión les tenían nuestros españoles.

LA PRISION DE CUAHUTIMOC.

Cortés, que los vió en tanto estrecho y males, quiso probar si se darian. Habló con un tío de don Fernando de Tezcuco, que tres días ántes habia tomado preso, y aun estaba herido, y rogóle que fuese á tratar de paz con su rey. El caballero rehusó al principio, sabiendo la determinacion de Cuahutimoc; pero al fin dijo que iria, por ser cosa de honra y bondad. Así que Cortés entró otro día con su gente y envió aquel caballero delante con ciertos españoles; los que guardaban la calle lo recibieron y saludaron con el acatamiento que tal persona merecia; fué luego al rey, y díjole su embajada. Cuahutimoc se enojó y le mandó sacrificar. La respuesta que dió fueron flechazos, pedradas, lanzadas y

alaridos, y que querian morir, y no paz. Pelearon recio aquel dia; hirieron y mataron muchos hombres, y un caballo con un dalle que traía un mexicano hecho de una espada española; pero si muchos mataron, muchos murieron. Otro dia entró tambien Cortés; mas no peleó, esperando que se rendirian. Empero ellos no tenian tal pensamiento. Llegóse á una albarrada, habló á caballo con ciertos señores que conocia, diciendo que los podia muy bien acabar en chico rato, mas que de lástima lo dejaba, y porque los queria mucho; que hiciesen con el señor se diesen, y serian bien recibidos y tratados, y ternian que comer. Con estas y otras razones así les hizo llorar. Respondieron que bien conocian su error y sentian su daño y perdicion; pero que habian de obedescer á su rey y á sus dioses que así lo querian; mas que se esperase allí, que iban á decirlo á su señor Cuahútimoccin. Fueron, y dende á un rato volvieron, diciendo cómo por ser ya tarde no venia el señor, mas que luego al otro dia vernia sin duda ninguna, á hora de comer, á le hablar en la plaza. Con tanto, se tornó Cortés á su real muy alegre, pensando que en las vistas se concertarian. Mandó aderezar el teatro de la plaza con estrado, á la usanza de los señores mexicanos, y de comer para otro dia. Fué con muchos españoles muy apercebidos. No vino el rey, sino envió cinco señores muy principales que tratasen en conciertos, y que le desculpasen por enfermo. Pesó á Cortés que el

rey no viniese; empero holgóse mucho con aquellos señores, creyendo por su medio acabar la paz. Comieron y bebieron como hombres que tenían necesidad; llevaron algun refresco, y prometieron de tornar, porque Cortés se lo rogó, y les dijo que sin la presencia del rey no se podia dar ni tomar asiento ninguno. Volvieron dende á dos horas; trajeron de presente unas mantas de algodón muy buenas, y dijeron cómo en ninguna manera el rey venia, ca tenia vergüenza y miedo; fuéronse, que ya era noche. Volvieron otro dia aquellos mesmos á decir á Cortés que se fuese al mercado, que le haria hablar Cuahutimoc. Fué, y esperó más de cuatro horas, y nunca el rey vino. Viendo la burla, envió Cortés á Sandoval con los bergantines por una parte, y él por otra, combatió las calles y albarradas en que estaban fuertes los enemigos; y como halló poca resistencia, ca no tenían piedras ni flechas, entró y hizo lo que quiso. Pasaron de cuarenta mil personas las que fueron aquel dia muertas y presas, y más tuvieron que hacer los españoles en estorbar que sus amigos no matasen, que en pelear. El saco no se lo estorbaron. Era tanto el llanto de las mujeres y niños, que quebraba los corazones á los españoles; y tan grande la hediondez de los cuerpos que ya estaban muertos, que se retiraron luego. Propusieron aquella noche, Cortés de acabar otro dia la guerra, y Cuahutimoc de huir, que para eso se metió en una canoa de veinte remos. Luego pues

por la mañana tomó Cortés su gente y cuatro tiros y fué al rincón do los enemigos estaban acorralados. Dijo á Pedro de Albarado que se estuviese quedo hasta oír una escopeta, y á Sandoval que entrase con los bergantines á un lago de entre las casas, donde estaban recogidas todas las barcas de México, y que mirase por el rey y no le matase. Mandó á los demás que echasen al enemigo hácia los bergantines; subiése á una torre, y preguntó por el rey. Vino Xihuacoa, gobernador y capitán general. Hablóle, y no pudo acabar con él que se diesen. Todavía se salieron muchos, y los más eran viejos y muchachos y mujeres; y como eran tantos y traían priesa, unos á otros se rempujaban y se echaban al agua y se ahogaban. Rogó Cortés á los señores indios que mandasen á los suyos no matasen aquella mezquina gente, pues se daba; empero no pudieron tanto, que no matasen y sacrificasen más de quince mil dellos. Tras esto hubo grandísimo rumor entre la gente menuda de la ciudad, porque el señor quería huir, y ellos ni tenían ni sabían adónde ir; y así, procuraron todos de meterse en barcas, y como no cabían caían á la agua y ahogábanse. Muchos hubo que se escaparon nadando. La gente de guerra se estaba arrimada á las paredes de las azoteas, disimulando su perdición. La nobleza mexicana y otros muchos estaban en canoas con el rey. Cortés hizo soltar la escopeta para que Pedro de Albarado acometiese por su parte, y luego se ti-

ró la artillería al rincón donde estaban los enemigos. Diéronles tanta priesa, que en chico rato lo ganaron, sin dejar cosa por tomar. Los bergantines rompieron la flota de las barcas, sin que ninguna se defendiese. Antes echaron todas á huir por do mejor pudieron, y abatieron el estandarte real. Garci Holguin, que era capitán de un bergantín, dió tras una canoa grande de veinte remos y muy cargada de gente. Díjole un prisionero que llevaba consigo cómo eran aquellos del rey, y que podía ser ir él allí. Dióle entónces caza, y alcanzóla. No quiso embestir con ella, sino encaróle tres ballestas que tenía. Cuahutimoc se puso en pié en la popa de su canoa para pelear; mas como vió ballestas armadas, espadas desnudas y mucha ventaja en el navío, hizo señal que iba allí el señor, y rindióse. Garci Holguin, muy alegre con tal presa, lo llevó á Cortés, el cual le recibió como á rey; hízole buen semblante, y llególe á sí. Cuahutimoc entónces echó mano al puñal de Cortés, y díjole: «Ya yo he hecho todo mi poder para me defender á mí y á los míos, y lo que obligado era para no venir á tal estado y lugar como estoy; y pues vos podeis agora hacer de mí lo que quisierdes, matadme, que es lo mejor.» Cortés lo consoló y le dió buenas palabras y esperanza de vida y señorío. Subióle á una azotea; rogóle mandase á los suyos que se diesen: él lo hizo, y ellos, que serian obra de setenta mil, dejaron las armas en viéndole.

DE LA TOMA DE MEXICO.

De la manera que dicho queda ganó Fernando Cortés á México Tenuchtitlan, mártes á 13 de Agosto, dia de Sant Hipólito, año de 1521. En remembranza de tan gran hecho y victoria hacen cada año, semejante dia, los de la ciudad fiesta y procesion, en que llevan el pendon con que se ganó. Duró el cerco tres meses. Tuvo en él docientos mil hombres, novecientos españoles, ochenta caballos, decisiete tiros de artillería, y trece bergantines y seis mil barcas. Murieron de su parte hasta cincuenta españoles y seis caballos, y no muchos indios. Murieron de los enemigos cien mil, y á lo que otros dicen, muy muchos más; pero yo no cuento los que mató la hambre y pestilencia. Estaban á la defensa todos los señores, caballeros y hombres principales; y así, murieron muchos nobles. Eran muchos, comian poco, bebian agua salada, dormian entre los muertos, y estaban en perpétua hedentina. Por estas cosas enfermaron y les vino pestilencia, en que murieron infinitos. De las cuales tambien se colige la firmeza y esfuerzo que tuvieron en su propósito; porque llegando á extremo de comer ramas y cortezas, y á beber agua salobre, jamás quisieron paz. Ellos bien la quisieran

á la postre; mas Cuahutimoc no la quiso, porque al principio la rehusaron contra su voluntad y consejo, y porque muriéndose todos, no dieron señal de flaqueza; ca se tenían los muertos en casa porque sus enemigos no los viesen. De aquí tambien se conosce cómo mexicanos, aunque comen carne de hombre, no comen la de los suyos, como algunos piensan; que si la comieran, no murieran así de hambre. Alaban mucho las mujeres mexicanas, y no porque se estuvieran con sus maridos y padres, sino por lo mucho que trabajaron en servir los enfermos, en curar los heridos, en hacer hondas y labrar piedras para tirar, y aun en pelear desde las azoteas; que tan buena pedrada daban ellas como ellos. Dióse México á saco, y españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés hizo hacer muchos y grandes fuegos en las calles, por alegrías y por quitar el mal hedor que los encalabriaba. Enterró los muertos como mejor pudo. Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del rey; los demás dejó libres. Varó los bergantines en tierra; dejó en guarda dellos á Villafuerte con ochenta españoles, porque no los quemasen indios. Estuvo en esto cuatro dias, y luego pasó el real á Culuacan, donde dió las gracias á los señores y pueblos amigos que le habían ayudado. Prometióles de se lo gratificar, y dijo que se fuesen con Dios los que quisiesen, pues al presente no tenia mas guerra, y que los llamaria

si la hobiese. Con tanto, se fueron casi todos ricos, y muy contentos en haber destruido á México, y por ir amigos de españoles y en gracia de Cortés.

SEÑALES Y PROGNÓSTICOS DE LA DESTRUICION
DE MEXICO.

Poco ántes que Fernando Cortés llegase á la Nueva-España, apareció muchas noches un gran resplandor sobre la mar por do entró; el cual parecia dos horas ántes del dia, subíase en alto y deshacíase luego. Los de México vieron entónces llamas de fuego hácia Oriente, que es la Veracruz, y un humo grande y espeso que parecia llegar al cielo, y que mucho los espantó. Vieron eso mesmo pelear por el aire gentes armadas, unas con otras; cosa nueva y maravillosa para ellos y que les dió qué pensar y qué temer, por cuanto se platicaba entre ellos cómo habia de ir gente blanca y barbuda á señorear la tierra en tiempo de Moteczuma. Entónces se alteraron mucho los señores de Tezcoco y Tlacopan, diciendo que la espada que Moteczuma tenia era las armas de aquellas gentes del aire, y los vestidos el traje; y tuvo él harto que apla-

carlos, fingiendo que aquellas ropas y armas fueron de sus antepasados, y porque lo creyesen hizo que probasen á quebrar la espada; y como no pudieron ó no supieron, quedaron maravillados y pacíficos. Parece ser que ciertos hombres de la costa habian poco ántes llevado á Moteczuma una caja de vestidos con aquella espada y ciertos anillos de oro y otras cosas de las nuestras, que hallaron orillas del agua, traídas con tormenta. Otros dicen que fué la alteracion de aquellos señores cuando vieron los vestidos y el espada que Cortés envió á Moteczuma con Teudille, mirando cómo se parescia al vestido y armas de los que peleaban en el aire. Como quiera que fuese, ellos cayeron en que se habian de perder entrando en su tierra los hombres de aquellas armas y vestidos. El mismo año que Cortés entró á México apareció una vision á un malli ó cativo de guerra para sacrificar, que lloraba mucho su desventura y muerte de sacrificio, llamando á Dios del cielo; la cual le dijo que no temiese tanto la muerte, y que Dios, á quien se encomendaba, habria merced dél; y que dijese á los sacerdotes y ministros de los ídolos que muy presto cesaria su sacrificio y derramamiento de sangre humana, por cuanto ya venian cerca los que lo habian de vedar y mandar la tierra. Sacrificáronlo en medio del Tlatelúlco, donde agora está la horca de México. Notaron mucho sus palabras y la vision, que llamaban aire del cielo, y que cuando despues vieron ángeles pintados con

alas y diademas, decían parecer al que habló con el malli. También reventó la tierra el año de 20 cerca de México, y salían grandes peces con el agua, que lo miraron por novedad. Contaban mexicanos cómo viniendo Moteczuma con la victoria de Xochmuxco muy ufano, dijera al señor de Cu-luacan que quedaba México seguro y fuerte, pues había vencido aquella y otras provincias, y que ya no habría quien contra él pudiese. « No confies tanto, buen rey, respondió aquel señor; que una fuerza fuerza otra. » De la cual respuesta se mucho enojó Moteczuma, y lo miraba de mal ojo. Mas después, cuando Cortés los prendió á entrambos, se acordó muchas veces de aquellas pláticas, que fueron profecía.



CÓMO DIERON TORMENTO A CUAHUTIMOC PARA SABER
DEL TESORO.

No se halló todo el oro en México que primero tuvieron los nuestros, ni rastro del tesoro de Moteczuma, que tenía gran fama; de que mucho se dolían los españoles, ca pensaban, cuando acabaron de ganar á México, hallar un gran tesoro, á lo mé-

nos que hallaran cuanto perdieran al huir de México. Cortés se maravillaba cómo ningún indio le descubría oro ni plata. Los soldados aquejaban á los vecinos por sacarles dineros. Los oficiales del rey querían descubrir el oro, plata, perlas, piedras y joyas, para juntar mucho quinto; empero nunca pudieron con mexicano ninguno que dijese nada, aunque todos decían cómo era grande el tesoro de los dioses y de los reyes; así que acordaron dar tormento á Cuahutimoc y á otro caballero y su privado. El caballero tuvo tanto sufrimiento, que, aunque murió en el tormento de fuego, no confesó cosa de cuantas le preguntaron sobre tal cosa, ó porque no lo sabía, ó porque guardan el secreto que su señor les confía constantísimamente. Cuando lo quemaban, miraba mucho al rey, para que, habiendo compasión dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, ó lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite ó baño. Cortés quitó del tormento á Cuahutimoc, paresciéndole afrenta y crueldad, ó porque dijo cómo echara en la laguna, diez días ántes de su prision, las piezas de artillería, el oro y plata, las piedras, perlas y ricas joyas que tenía, por haberle dicho el diablo que sería vencido. Acusaron esta muerte á Cortés en su residencia como cosa fea é indigna de tan gran rey, y que lo hizo de avaro y cruel; mas él se defendía con que se hizo

á pedimento de Julian de Alderete, tesorero del rey, y porque pareciese la verdad; ca decian todos que se tenia él toda la riqueza de Moteczuma, y no queria atormentalle porque no se supiese. Muchos buscaron este tesoro en la laguna y en tierra, por lo que dijo Cuahutimoc, mas nunca se halló; y es cosa notable haber escondido tanta cantidad de oro y plata, y no decirlo.



EL SERVICIO Y QUINTO PARA EL REY, DE LOS DESPOJOS
DE MEXICO.

Hicieron fundicion de los despojos de México. Hubo ciento y treinta mil castellanos, que se repartieron segun el servicio y méritos de cada uno. Cupo al quinto del rey veinte y seis mil castellanos. Cupiéronle tambien muchos esclavos, plumajes, ventalles, mantas de algodón y mantas de pluma, rodela de vimbre aferradas en pieles de tigres y cubiertas de pluma, con la copa y cerco de oro; muchas perlas, algunas como avellanas, pero algo negras las mas, de como quemán las conchas para sacarlas y aun para comer la carne. Sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas, con

una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se se remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata, en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de vaciado, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores; y todas tan al vivo, que habia mucho de ver. Diéronle asimesmo muchas manillas, cercillos, sortijas, bezotes y otras joyas de hombres y de mujeres, y algunos ídolos y cebratanas de oro y de plata; todo lo cual valia ciento y cincuenta mil ducados, aunque otros dicen dos tanto. Enviáronle sin esto, muchas máscaras musáicas de pedrecitas finas, con las orejas de oro y con los colmillos de hueso fuera de los labios. Muchas ropas de sacerdotes, bragas, frontales, palias y otros ornamentos de templos; lo cual era de pluma, algodón y pelos de conejo. Enviaron tambien algunos huesos de gigantes que se hallaron allí en Culuacan, y tres tigres, uno de los cuales se soltó en la nao, y arañó seis ó siete hombres, y aun mató dos, y echóse á la mar. Mataron la otra porque no hiciese otro tanto mal. Otras cosas enviaron, pero esto es lo substancial; y muchos enviaron dineros á sus parientes, y Cortés envió cuatro mil ducados á sus padres con Juan de Ribera, su secretario. Trujeron esta riqueza Alonso de Avila y Antonio de Quiñones, procuradores de México, en tres carabelas. Pero tomó las dos carabelas que traían el oro Florin, cosario frances,

mas acá de los Azores, y aun tambien tomó entón-ces otra nao que venia de las islas, con setenta y dos mil ducados, seiscientos marcos de aljófar y perlas, y dos mil arrobas de azúcar. Escribió el cabildo al emperador en alabanza de Cortés, y él le suplicaba por los conquistadores, para que les confirmase los repartimientos, y que enviase una persona docta y curiosa á ver la mucha y maravillosa tierra que habia conquistado, y que tuviese por bien que se llamase Nueva-España. Que enviase obispos, clérigos y frailes para entender en la conversion de los indios; y labradores con ganados, plantas y simientes, y que no permitiese pasar allá tornadizos, médicos ni letrados.

CÓMO CAZONCIN, REY DE MECHOACAN, SE DIÓ
A CORTES.

Puso muy gran miedo y admiracion en todos la destruicion de México, que era la mayor y más fuerte ciudad de todas aquellas partes, y mas poderosa en reino y riqueza. Por lo cual no solamente se dieron á Cortés los súbditos de mexicanos, pero los enemigos tambien, por desechar de sí la guerra; no les aconteciese como á Cuahutimoc; y

así, venían á Culhuacan embajadores de grandes y diversas provincias y de muy léjos; ca, segun cuentan, eran algunos de más de trecientas leguas de allí. El rey de Mechuacan, por nombre dicho Cazon, antiguo y natural enemigo de los reyes mexicanos y muy gran señor, envió sus embajadores á Cortés, alegrándose de la victoria y dándosele por amigo. Él los recibió muy bien, túvolos consigo cuatro dias. Hizo escaramuzar delante dellos á los de caballo para que lo contasen en su tierra. Dióles algunas cosillas, y dos españoles que fuesen á ver aquel reino y tomar lengua de la mar del Sur, y despidiólos. Tantas cosas dijeron de los españoles aquellos embajadores á su rey, que estuvo por venir á verlos; mas estorbáronselo sus consejeros; y así, envió allí un hermano suyo con mil personas de servicio y muchos caballeros. Cortés lo recibió y trató conforme á la persona que era. Llevóle á ver los bergantines, el asiento y destruicion de México. Anduvieron los españoles el caracol en ordenanza, y soltaron las escopetas y ballestas. Jugó la artillería al blanco, que se puso en una torre. Corrieron los de caballo, y escaramuzaron con lanzas. Quedó maravillado aquel caballero destas cosas y de las barbas y trajes. Fuése dende á cuatro dias que llegó, y tuvo bien qué contar al rey su hermano. Viendo Cortés la voluntad del rey Cazoncin, envió á poblar en Chincicila de Michuacan á Cristóbal de Olid con cuarenta de caballo y

cien infantes españoles, y Cazoncin holgó que poblasen, y les dió mucha ropa de pluma y algodón, cinco mil pesos de oro sin ley, por tener mucha mezcla de plata, y mil marcos de plata revuelta con cobre; todo esto en piezas de aparador y joyas de cuerpo, y ofresció su persona y reino al rey de Castilla, como se lo rogaba Cortés. La cabeza principal y ciudad de Michuacan llaman Chincicila, y está de México poco mas de cuarenta leguas; y en una ladera de sierras, sobre una laguna dulce, tan grande como la de México, y de muchos y buenos peces. Sin esta laguna hay en aquel reino otros muchos lagos, en que hay grandes pesquerías; á cuya causa se llama Michuacan, que quiere decir lugar de pescado. Hay tambien muchas fuentes, y algunas tan calientes, que no las sufre la mano, las cuales sirven de baños. Es tierra muy templada, de buenos aires, y tan sana, que muchos enfermos de otras partes se van á sanar á ella. Es fértil de pan, fruta y verdura. Es abundante de caza, tiene mucha cera y algodón. Son los hombres mas hermosos que sus vecinos, recios y para mucho trabajo. Grandes tiradores de arco y muy certeros, en especial los que llaman teuchichimecas, que están debajo ó cerca de aquel señorío; á los cuales, si yerran la caza, les ponen una vestidura de mujer, que dicen cucitl, por afrenta. Son guerreros y diestros hombres, y siempre tenian guerra con los de México, y nunca ó por maravilla perdian batalla. Hay en

este reino muchas minas de plata y oro bajo, y el año de 1525 se descubrió en él la mas rica mina de plata que se habia visto en la Nueva-España; y por ser tal, la tomaron para el rey sus oficiales, no sin agravio de quien la halló. Mas quiso Dios que luego se perdiese ó acabase; y así, la perdió su dueño, y el rey su quinto, y ellos la fama. Hay buenas salinas, mucha piedra negra, de que hacen sus navajas, y finísimo azabache. Críase grana de la buena. Españoles han puesto morales para seda, sembrado trigo y criado ganados, y todo se da muy bien; que Francisco de Terrazas cogió seiscientas hanegas, de cuatro que sembró.



LA CONQUISTA DE TOCHTEPEC Y COAZACOALCO, QUE HIZO
GONZALO DE SANDOVAL.

Al tiempo que México se rebeló y echó fuera los españoles, se rebelaron tambien todos los pueblos de su bando, y mataron los españoles que andaban por la tierra descubriendo minas y otros secretos. Mas la guerra de México no habia dado lugar al castigo; y porque los mas culpantes eran Huatuxco, Tochtepec y otros lugares de la costa, envió allá desde Culhuacan, por fin de Octubre del año de 21, á Gonzalo de Sandoval con docientos españoles

á pié, con treinta y cinco de caballo y con razonable ejército de amigos, en que iban algunos señores mexicanos. En llegando á Huatuxco se le rindió toda aquella tierra. Pobló en Tochtepec, que está de México ciento y veinte leguas, y llamóle Medellín por mandado de Cortés y en gracia, que así se llama donde nació. De Tochtepec fué despues Sandoval á poblar en Coazacoalco, pensando que los de aquel rio estaban amigos de Cortés, como lo habian prometido á Diego de Ordaz cuando fué allá en vida de Moteczuma. No halló en ellos buen acogimiento ni aun voluntad de su amistad. Díjoles que los iba á visitar de parte de Cortés, y á saber si habian de menester algo. Ellos les respondieron que no tenian necesidad de su gente ni amistad; que se volviese con Dios. Él les pidió la palabra, y les rogó con la paz y religion cristiana, mas no la quisieron; ántes se armaron, amenazándole con la muerte. Sandoval no quiso guerra; pero como no podia al hacer, salteó de noche un lugar, donde prendió una señora, que fué parte para que llegasen los nuestros al rio sin contraste, y se apoderasen de Coazacoalco y sus riberas. A cuatro leguas de la mar pobló Sandoval la villa del Espíritu Santo; ca no se halló ántes buen asiento. Atrajo á su amistad á Quechollan, Ciuatlan, Quezaltepec, Tabasco, que luego se rebelaron, y otros muchos pueblos, que se encomendaron á los pobladores del Espíritu Santo por cédula de Cortés. En

este mismo tiempo se conquistó Huaxacac, con mucha parte de la provincia de Mixtecapan, porque daban guerra á los de Tepeacac y á sus aliados. Hubo tres encuentros, en que murió mucha gente, primero que se diesen y consintiesen á los nuestros poblar en su tierra.

LA CONQUISTA DE TUTUTEPEC.

Deseaba Cortés tener tierra y puertos en la mar del Sur para descubrir por allí la costa de la Nueva-España, y algunas islas ricas de oro, piedras, perlas, especias, y otras cosas y secretos admirables, y aun traer por allí la especería de los Malucos á ménos trabajo y peligro; y como tenia noticia de aquella mar de tiempo de Moteczuma, y entónces se le ofrescian á ello los de Mechuacan, envió allá cuatro españoles por dos caminos con buenas guias; los cuales fueron á Tecoantepec, Zacatollan y otros pueblos. Tomaran posesion de aquel mar y tierra poniendo cruces. Dijeron á los naturales su embajada; pidieron oro, perlas y hombres para la vuelta y para mostrar á su capitan, y tornáronse á México. Cortés trató muy bien aquellos indios; dióles algunas cosas, y muchas encomiendas y ofresci-

mientos para su rey, con que se fueron alegres. Envió luego el señor de Tecoantépec un presente de oro, algodón, pluma y armas, ofresciendo su persona y Estado al emperador; y no mucho despues pidió españoles y caballos contra los de Tututepec, que le hacian guerra por haberse dado á cristianos, mostrándoles la mar. Cortés le envió á Pedro de Albarado, el año de 22, y no 23, con doscientos españoles y cuarenta de caballo y dos tirillos de campo. Albarado fué por Huaxacac, que ya estaba pacífica; tardó un mes en llegar á Tututepec; halló en algunos pueblos resistencia, mas no perseverancia. Recibióle bien el señor de aquella provincia, y quiso aposentarle dentro en Tututepec, que es gran ciudad, en unas casas suyas muy buenas, aunque cubiertas de paja, con pensamiento de quemar los españoles aquella noche; mas Albarado, que lo sospechó ó le avisaron, no quiso quedar allí, diciendo que no era bueno para sus caballos, y aposentóse á lo bajo de la ciudad, y detuvo al señor y á un su hijo; los cuales se rescataron en veinte y cinco mil castellanos de oro; que la tierra es rica de minas y ferias y en algunas perlas. Pobló Albarado en Tututepec; llamóla Segura. Pasó allá los vecinos de la otra Segura de la Frontera, que ya no tenían enemigos, y encomendóles las provincias de Coatztlauac, Tachquianco y otras, con cédulas de Cortés. Vino Albarado á negociar cosas del nuevo pueblo con Cortés; y los vecinos

en su ausencia dejaron el lugar, por las pasiones que hubieron, y metiéronse en Huaxacac; por lo cual envió Cortés allá á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, por pesquisidor, que condenó á uno á muerte; mas Cortés se la mudó en destierro, en grado de apelacion. Murió en esto el señor de Tututepec; tras cuya muerte se rebelaron algunos de la comarca. Tornó allá Pedro de Albarado; peleó, y aunque le mataron ciertos españoles y otros amigos, los redujo como ántes estaban; pero no se pobló más Segura.

LA GUERRA DE COLIMAN.

Como tuvo Cortés entrada y amistad en la costa de la mar del Sur, envió cuarenta españoles carpinteros y marineros á labrar en Zacatullan, ó Zacatula, como dicen ya, dos bergantines para descubrir aquella costa y el estrecho que pensaban entónces, y otras dos carabelas para buscar islas que tuviesen especias y piedras, é ir á los Malucos; y tras ellos envió hierro, áncoras, velas, marmomas, y otras muchas jarcias y aparejos de naos que tenia en la Veracruz, con muchos hombres y mujeres; que fué un gasto y camino muy grande.

Mandó Cortés ir despues allá á Cristóbal de Olid á ver los navíos, y costear aquella tierra en siendo acabados. Cristóbal de Olid caminó luego para Zacatullan desde Chincicila, con más de cien españoles y cuarenta de caballo, y mechuacaneses. Supo en el camino cómo los pueblos de Coliman andaban en armas, y que eran ricos. Fué á ellos, peleó muchos dias; al cabo quedó vencido y corrido, por haberle muerto aquellos de Coliman tres españoles y gran número de sus amigos. Despachó Cortés luego á Gonzalo de Sandoval con veinte y cinco de caballo y setenta peones y muchos indios amigos de guerra y carga, que fuese á vengar esto, y á castigar los de Impilcinco, que hacian guerra á sus vecinos por ser amigos de cristianos. Sandoval fué á Impilcinco, peleó con los de allí algunas veces, y no los pudo conquistar, por ser tierra áspera para los caballos. Fué de allí á Zacatullan, miró los navíos, tomó más españoles, pasó á Coliman, que estaba sesenta leguas, y pacificó de camino algunos lugares. Salieron á él los de Coliman al mismo paso que desbarataran á Olid, pensando desbaratarlo tambien á él. Pelearon reciamente los unos y los otros; mas vencieron los nuestros, aunque con muchas heridas, pero con ningun muerto, sino indios; quedaron heridos muchos caballos. Hago siempre mencion de los caballos muertos ó heridos, porque importaban muy mucho en aquellas guerras; ca por ellos se alcanzaba victoria las

mas veces, y porque valian muchos dineros. Recibieron tanto daño los impilcincos con esta batalla, que, sin aguardar otra, se dieron por vasallos del emperador, y hicieron darse á Colimantlec, Cuatlan y otros pueblos. Poblaron en Coliman veinte y cinco de caballo, y ciento y veinte peones, á los cuales repartió Cortés aquella tierra. Trajeron entendido Sandoval y sus compañeros que á diez soles de allí habia una isla de amazonas, tierra rica; mas nunca se han hallado tales mujeres: creo que nació aquel error del nombre Cuatlan, que quiere decir tierra ó lugar de mujeres.

DE CRISTOBAL DE TAPIA, QUE FUE POR GOBERNADOR
A MEXICO.

Poco despues que México se ganó, fué Cristóbal de Tapia, veedor de Santo Domingo, por gobernador de la Nueva-España. Entró en la Veracruz, presentó las provisiones que llevaba, pensando hallar valedores por amor del obispo de Búrgos, que lo enviaba, y amigos de Diego Velazquez que le favoreciesen. Respondiéronle que las obedescian; mas, quanto al cumplimiento, que vernian los vecinos y

regidores de aquella villa, que andaban en la reedificación de México y conquistas de la tierra, y harían lo que más conviniese al servicio del emperador y rey, su señor. Él tuvo enojo y desconfianza de aquella respuesta: escribió á Cortés, y partióse dende á poco para México. Cortés le respondió que holgaba de su venida, por la buena conversacion y amistad que habian tenido en tiempos pasados, y que enviaba á fray Pedro Melgarejo de Urrea, comisario de la Cruzada, para informarle del estado en que la tierra y españoles estaban, como persona que se habia hallado en el cerco de México, y le acompañase. Informó al fraile de lo que habia de hacer, y proveyó cómo Tapia fuese bien proveido por el camino; mas, porque no llegase á México, determinó salirle al camino, dejando el de Pánuco, que tenia á punto. Los capitanes y procuradores de todas las villas que allí estaban, no le dejaron ir; por lo cual envió poderes á Gonzalo de Sandoval, Pedro de Albarado, Diego de Soto, Diego de Valdenebro y fray Pedro Melgarejo, que ya estaban en la Veracruz, para negociar con Tapia; y todos ellos juntos le hicieron volver á Cempoallan, y allí, presentando sus provisiones otra vez, suplicaron dellas para el emperador, diciendo que así cumplia á su real servicio, al bien de los conquistadores y paz de la tierra, y aun le dijeron que las provisiones eran favorables y falsas, y él incapaz é indigno de tan grande gobernacion. Viendo pues Cristóbal de Tapia

tanta contradiccion y otras amenazas, se volvió por donde fué, con grande afrenta, no sé si con moneda; y aun en Santo Domingo le quisieron quitar el oficio la Audiencia y Gobernador, porque fuera á revolver la Nueva-España, habiéndole mandado que no fuese so gravísimas penas. Tambien fué luego Juan Bono de Quexo, que habia ido con Narvaez por maestro de nao, con despachos del obispo de Búrgos para Cristóbal de Tapia. Llevaba cien cartas de un tenor, y otras en blanco, firmadas del mesmo obispo, y llenas de ofrescimientos para los que recibiesen por gobernador á Tapia, diciendo cómo el emperador era deservido de Cortés; y una para el mesmo Cortés con muchas mercedes si dejaba la tierra á Cristóbal de Tapia, -y si no, que le seria contrario. Muchos se alteraron con estas cartas, que eran ricas; y si Tapia no fuera ido, hubiera novedades; y algunos dijeron que no era mucho haber comunidad en México, pues la habia en Toledo; mas Cortés lo atajó sábia y halagüeñamente. Los indios asimesmo se trocaron con esto, y se rebelaron los cuixtecas y los de Cozacoalco y Tabasco y otros, que les costó caro.

LA GUERRA DE PÁNUCO.

Antes que Moteczuma muriese, y luego que México fué destruido, se habia ofrescido el señor de Pánuco al servicio del emperador y amistad de cristianos; por lo cual queria ir Cortés á poblar en aquel rio cuando llegó Cristóbal de Tapia, y aun porque le decian ser bueno para navíos, y tener oro y plata. Movíale tambien deseo de vengar los españoles de Francisco de Garay que allí mataran, y anticiparse á poblar y conquistar aquel rio y costa primero que llegase el mesmo Garay; ca era fama cómo procuraba la gobernacion de Pánuco, y que armaba para ir allá. Así que, habiendo escrito mucho ántes á Castilla por la juridicion de Pánuco, y pidiéndole agora gente algunos de allí para contra sus enemigos, desculpándose de las muertes de ciertos soldados de Garay y de otros que yendo á la Veracruz dieran allí al través, fué con trecientos españoles de pié y ciento y cincuenta de caballo y cuarenta mil mexicanos. Peleó con los enemigos en Ayotuxtetlatlan; y como era campo raso y llano, donde se aprovechó muy bien de los caballos, concluyó presto la batalla y la victoria, haciendo gran matanza en ellos. Murieron muchos mexicanos, y

quedaron heridos cincuenta españoles y algunos caballos. Estuvo allí Cortés cuatro días por los heridos; en los cuales vinieron á darle obediencia y dones muchos lugares de aquella liga. Fué á Chila, cinco leguas de la mar, donde fué desbaratado Francisco Garay. Envió desde allí mensajeros por toda la comarca allende el rio, rogándoles con la paz y predicacion. Ellos, ó por ser muchos y estar fuertes en sus lagunas, ó pensando matar y comer los de Cortés, como habian hecho á los de Garay, no curaron de tales ruegos ni requerimientos ni amistades; ántes mataron algunos mensajeros, amenazando reciamente á quien los enviaba. Cortés esperó quince días, por atraerlos por bien. Despues dióles guerra; pero, como no les podia dañar por tierra, que se estaban en sus lagunas, mudó la guerra; buscó barcas, y en ellas pasó de noche, por no ser sentido, á la otra parte del rio con cien peones y cuarenta de caballo. Fué luego visto con el día, cargaron sobre él tantos y tan recio, que nunca los españoles vieran en aquellas partes acometer en campo tan denodadamente á indios ningunos. Mataron dos caballos y hirieron diez muy mal; pero con todo eso, fueron desbaratados y seguidos una legua, y muertos en gran cantidad. Los nuestros durmieron aquella noche en un lugar sin gente; en cuyos templos hallaron colgados los vestidos y armas de los españoles de Garay, y las caras con sus barbas desolladas, curtidas y pegadas por las

paredes. Algunas conocieron y lloraron, que ciertamente ponían gran lástima; y bien parecía ser los de Pánuco tan bravos y crueles como mexicanos decían; que como tenían guerra ordinaria con ellos, habían probado semejantes crueldades. Fué Cortés de allí á un hermoso lugar donde todos estaban con armas, como en celada, para tomarle á manos en las casas. Los de caballo que iban delante los descubrieron. Ellos, como fueron vistos, salieron, y pelearon tan fuertemente, que mataron un caballo y hirieron otros veinte, y muchos españoles. Tuvieron gran teson, por el cual duró buen rato la pelea. Fueron vencidos tres ó cuatro veces, y tantas se rehicieron con gentil concierto. Hacíanse mue-
llas, hincaban las rodillas en el suelo, tiraban sus varas, flechas y piedras sin hablar palabra; cosa que pocos indios acostumbran; y ya que todos estaban cansados, echáronse á un río que por allí pasa, y poco á poco lo pasaron, de lo cual no pesó á Cortés. Repararon á la orilla, y estuvieron allí con grande ánimo hasta que cerró la noche. Los nuestros se tornaron al lugar, cenaron el caballo muerto y durmieron con buena guarda. Otro día siguiente fueron corriendo el campo á cuatro pueblos despoblados, donde hallaron muchas tinajas del vino que usan, puestas en bodegas por gentil órden. Durmieron en unos maizales por causa de los caballos. Anduvieron otros dos días; y como no hallaban gente, volvieron á Chila, do estaba el

real. No venía hombre á ver los españoles de cuantos estaban allende el rio, ni les hacian guerra. Tenia Cortés pena de lo uno y de lo otro; y por traerlos á una de las dos cosas, echó de la otra parte del rio los más caballos y españoles y amigos, que salteasen un gran pueblo, orilla de una laguna. Acometiéronlo de noche por agua y tierra y hicieron gran estrago. Espantáronse los indios de ver que de noche y en agua los acometian, y comenzaron luego á rendirse, y en veinte y cinco dias se dió toda aquella comarca y vecinos del rio. Fundó Cortés á Santistéban del Puerto, junto á Chila. Puso en él cien infantes y treinta de caballo. Repartióles aquellas provincias. Nombró alcaldes, regidores y los otros oficiales de concejo, y dejó por su teniente á Pedro de Vallejo. Asoló á Pánuco y Chila y otros grandes lugares, por su rebeldía y por la crueldad que tuvieron con los de Garay; y dió la vuelta para México, que se edificaba. Costóles setenta mil pesos esta ida, porque no hubo despojo. Vendíanse las herraduras á peso de oro ó por doblada plata. Dió al través un navío entónces, que venia con bastimento y municion para el ejército desde la Veracruz, que no se salvó sino tres españoles en una islica, cinco leguas de tierra; los cuales se mantuvieron muchos dias con lobos marinos que salian á dormir en tierra, y con unos como higos. Rebelóse á esta sazón Tututepec del Norte con otros muchos pueblos que están á raya de Pánuco,

cuyos señores quemaron y destruyeron más de veinte lugares amigos de cristianos. Fué á ellos Cortés y conquistólos guerreando. Matáronle muchos indios rezagados, y reventaron doce caballos por aquellas sierras, que hicieron gran falta. Fueron ahorcados el señor de Tututepec y el capitán general de aquella guerra, que se prendieron en batalla, porque habiéndose dado por amigos, y rebelado y perdonado otra vez, no guardaron su palabra y juramento. Vendiéronse por esclavos en almoneda doscientos hombres de aquellos, para rehacer la pérdida de los caballos. Con este castigo, y con darles por señor otro hermano del muerto, estuvieron quedos y sujetos.

CÓMO FUE FRANCISCO DE GARAY A PÁNUCO CON GENTE ARMADA.

Francisco de Garay fué á Pánuco el año de 18, y los de Chila lo desbarataron, y se comieron los españoles que mataron, y aun pusieron los cueros en sus templos por memoria ó voto, segun ya está dicho. Tornó allá con más gente al otro año siguiente, á lo que algunos dicen, y tambien lo echaron por fuerza de aquel rio. Él entónces, por la reputacion y por haber la riqueza de Pánuco, procuró el go-

bierno de allí. Envió á Castilla á Juan López de Torralba con informacion del gasto y descubrimiento que habia hecho, el cual le hubo el adelantamiento y gobernacion de Pánuco. Armó en virtud dello, el año de 23, nueve naves y dos bergantines, en que metió ciento y cuarenta y cuatro caballos y ochocientos y cincuenta españoles, y algunos isleños de Jamaica, donde forneció la flota: muchos tiros, docientas escopetas y trecientas ballestas; y como era rico, bastecia la armada muy bien de carne y pan y mercería. Hizo un pueblo en aire, que llamó Garay. Nombró por alcaldes á Alonso de Mendoza y Fernando de Figueroa; por regidores á Gonzalo de Ovalle; Diego de Cifuentes y un Villagran. Puso alguacil, escribano, fiel, procurador y todos los otros oficios que tiene una villa en Castilla. Tomóles juramento, y tambien á los capitanes del ejército, que no le dejarían ni serían contra él. Y con tanto, se partió de Jamaica por Sant Juan. Fué á Xagua, puerto de Cuba muy bueno, donde supo que Cortés tenia poblado á Pánuco y conquistada aquella tierra; cosa que mucho le pesó y temió; y porque no le aconteciese como á Pánfilo de Narvaez, pensó de tratar de concierto con Fernando Cortés. Escribió á Diego Velazquez y al licenciado Alonso Zuazo sobre ello, rogando al Zuazo que fuese á México á entender por él con Cortés. Zuazo holgó dello: vino á Xagua, habló con Garay, y partiéronse cada uno á su negocio. Zuazo corrió fortuna, y

pasó grandes trabajos ántes de llegar á la Nueva-España. Faray tuvo tambien recio temporal, y llegó al rio de Palmas dia de Santiago. Surgió allí con todos sus navíos, que no pudo al hacer. Envió el rio arriba á Gonzalo de Ocampo, su pariente, con un bergantin, á mirar la disposicion, gente y lugares de aquella ribera. Ocampo subió quince leguas, vió cómo entraban muchos rios en aquel, y volvió al cuarto dia, diciendo que la tierra era ruin y desierta. Fué creido, aunque no supo lo que dijo. Sacó Garay con esto á tierra cuatrocientos compañeros y los caballos. Mandó que los navíos fuesen costa á costa con Juan de Grijalva, y el camino ribera del mar á Pánuco, en órden de guerra. Anduvo tres dias por despoblado y por unas malas ciénagas. Pasó un rio que llamó Montalto, por correr de grandes sierras, á nado y en balsas. Entró en un gran lugar vacío de gente, mas lleno de maíz y de guayabos. Arrodeó una gran laguna, y luego hizo mensajeros con unos de Chila que prendiera, y sabian castellano, á un pueblo para que lo recibiesen de paz. Allí le hospedaron, y bastecieron á Garay de pan, fruta y aves, que toman en lagunas. Los soldados se medio amotinaron porque no les dejaba saquear. Pasaron otro rio crecido, donde se ahogaron ocho caballos. Metiéronse luego por unos lagunajos, que no cuidaron salir; y si hubiera por allí gente de guerra, no escapara hombre dellos. Aportaron, en fin, á buena tierra, despues de ha-

ber sufrido mucha hambre, mucho trabajo, muchos mosquitos, chinches y morciélagos, que se los comían vivos; y llegaron á Pánuco, que tanto deseaban. Mas no hallaron qué comer, á causa de las guerras pasadas que tuvo allí Cortés, ó como ellos pensaban, por haber alzado las vituallas los contrarios, que estaban de la otra parte de rio. Por lo cual, y como no parecían los navíos que traían los bastimentos, se derramaron los soldados á buscar de comer y ropa; Garay envió á Gonzalo de Ocampo á saber qué voluntad le tenían los de Cortés que estaban en Santistéban del Puerto. El cual volvió diciendo que buena, y que podia ir allá; mas empero él se engañó ó lo engañaron; y así, engañó á Garay, que se acercó á los contrarios más de lo que debiera; y decia á los indios, porque les favoreciesen, cómo venia á castigar aquellos soldados de Cortés que les habian hecho enojo y daño. Salieron los de Santistéban á escondidas, que sabian la tierra, y dieron en los de caballo de Garay, que estaban en Nachapalan, pueblo muy grande, y prendieron al capitan Albarado con otros cuarenta, por usurpadores de la tierra y ropa ajena. De lo cual recibió Garay mucho daño y enojo; y como se le perdieron cuatro naos, aunque las otras surgieran á la boca de Pánuco, comenzó á temer la fortuna de Cortés. Envió á decir á Pedro de Vallejo, teniente de Cortés, que venia á poblar con poderes y licencia del emperador; que le volviese sus hombres

y caballos. Vallejo le respondió que le mostrase las provisiones para lo creer, y requirió á los maestros de las naos que entrasen al puerto, no recibiesen el daño que las otras veces pasadas viniendo tormenta, y si no lo hacian que los ternia por cosarios. Mas él y ellos replicaron que no lo querian hacer por decirlo él, y que harian lo que les conviniese.

LA MUERTE DEL ADELANTADO FRANCISCO GARAY.

Pedro de Vallejo avisó á Cortés de la ida y armada de Garay en viéndola, y luego de lo que con él habia pasado, para que proveyese con tiempo de mas compañeros, municiones y consejo. Cortés como lo supo, dejó las armadas que hacia para Higueras, Chiapanac, Cuahutemallan, y aderezóse para ir á Pánuco, aunque malo de un brazo. E ya que partir queria, llegaron á México Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz, con cartas del emperador y con las provisiones de la gobernacion de la Nueva-España y todo lo que hobiese conquistado, y nombradamente á Pánuco. Por las cuales no fué; mas envió á Diego de Ocampo, su alcalde mayor, con aquella provision, y á Pedro de Albarado con mucha gente. Anduvieron en demandas y respues-

tas Garay y Ovando: uno decia que la tierra era suya, pues el rey se la daba; otro que no, pues el rey mandaba que no entrase en ella teniéndola poblada Cortés, y tal era la costumbre en Indias; de suerte que la gente de Garay padecia entretanto, y deseaba la riqueza y abundancia de los contrarios, y aun perescia á manos de indios, y los navíos se comian de broma y estaban á peligro de fortuna; por lo cual, ó por negociacion, Martin de Sant Juan, guipuzcuano, y un Castromocho, maestros de naos, llamaron á Pedro de Vallejo secretamente, y le dieron las suyas: él, como las tuvo, requirió á Grijalva que surgiese dentro el puerto, segun usanza de marineros, ó se fuese de allí; Grijalva respondió con tiros de artillería; mas como tornó Vicente López, escribano, á requerirle otra vez, y vió que las otras naves se entraban por el rio, surgió en el puerto con la capitana; prendiólo Vallejo; mas luego lo soltó Ovando, y se apoderó de los navíos; que fué desarmar y deshacer á Garay; el cual pidió sus navíos y gente, mostrando su provision real, y requiriendo con ella, y diciendo que se queria ir á poblar en el rio de Palmas, y se quejaba de Gonzalo de Ocampo, que le dijo mal del rio de Palmas, y de los capitanes del ejército y oficiales del concejo, que no le dejaron poblar allí en desembarcando como él queria, por no trabar mas pasion con Cortés, que estaba próspero y bienquisto. Diego de Ocampo, Pedro de Vallejo y Pe-

dro de Albarado le persuadieron que escribiese á Cortés en concierto, ó se fuese á Poblax en el río de las Palmas, pues era tan buena tierra como la de Pánuco, que ellos le volverían los navíos y hombres, y le bastecerían de vituallas y armas. Garay escribió y aceptó aquel partido; y así, se pregonó luego que todos se embarcasen en los navíos que fueron, so pena de azotes al peon y los otros de las armas y caballo, y que los que habían comprado armas se las volviesen. Los soldados, como esto vieron, comenzaron á murmurar y á rehusar; unos se metieron la tierra adentro, que los mataron indios, otros se escondieron: y así, se desminuyó mucho aquel ejército, los otros echaron por achaque que los navíos estaban podridos y abromados, y dijeron que no eran obligados á le seguir mas de hasta llegar á Pánuco, ni querían ir á morir de hambre, como habían hecho algunos de la compañía. Garay les rogaba no le desamparasen, prometía grandes cosas, acusábales el juramento. Ellos hacerse sordos; anochescían y no amanescían, y tal noche hubo que se le fueron cincuenta. Garay, desesperado con esto, envió á Pedro Cano y á Juan Ochoa con cartas á Cortés, en que le encomendaba su vida, su honra y remedio, y en teniendo respuesta se fué á Mexico. Cortés mandó que le proveyesen por el camino, y le hospedó muy bien. Capitularon despues de haber dado y tomado muchas quejas y desculpas, que casase el hijo

mayor de Garay con doña Catalina Pizarro, hija de Cortés, niña y bastarda; que Garay poblase en las Palmas, y Cortés le proveyese y ayudase; y reconciliáronse en grande amistad. Fueron ambos á maitines noche de Navidad del año de 1523; almorzaron tras la misa con mucho regocijo. Garay sintió luego dolor de costado con el aire que le dió saliendo de la iglesia; hizo testamento, dejó por albacea á Cortés, y murió quince días despues; otros dicen que cuatro. No faltó quien dijese que le habian ayudado á morir, porque posaba con Alonso de Villanueva; pero fué falso, ca murió de mal de costado, y así lo juraron el doctor Ojeda y el licenciado Pero López, médicos que lo curaron. Así acabó el adelantado Francisco de Garay, pobre, descontento, en casa ajena, en tierra de su adversario, pudiendo, si se contentara, morir rico, alegre, en su casa, á par de sus hijos y mujer.




LA PACIFICACION DE PÁNUCO.

Como Francisco de Garay se fué á México, hizo Diego de Ocampo salir de Santistéban con público pregon los capitanes y hombres principales del ejército de Garay, porque no revolviesen la

tierra y la gente; ca muchos dellos eran grandes amigos de Diego Velazquez, como decir Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina, Juan de Avila, Antonio de la Cerda, Taborda y otros muchos; por lo cual, y por verse sin cabeza, bien que estaba allí un hijo de Garay, comenzó la hueste á desmandarse sin rienda ninguna; íbanse á los lugares, tomaban la ropa y mujeres que podian; en fin, andaban sin órden ni concierto. Enojados los indios dello, se concertaron de matarlos, y en breve tiempo mataron y comieron cuatrocientos españoles: en solo Tamiquitl degollaron los ciento; de lo cual tanto enojo tomó Garay, que apresuró su muerte, y los indios tanta osadía, que combatieron á Santistéban, y la pusieron á punto de perderse; mas como los de dentro tuvieron lugar de salir al campo, los desbarataron, despues de haber peleado muchas veces. En Tucetuco quemaron una noche cuarenta españoles y quince caballos de Fernando Cortés; el cual, como lo supo, envió luego allá á Gonzalo de Sandoval con cuatro tiros, cincuenta de caballo, cien infantes españoles, y dos señores mexicanos con cada quince mil indios é indias. Nombró indias, porque siempre que Cortés ó sus capitanes iban á la guerra, llevaban en el ejército muchas mujeres para panaderas y para otros servicios, y muchos indios no querian ir sin sus mujeres ó amigas. Caminó Sandoval á grandes

jornadas, peleó dos veces con los de aquella provincia de Pánuco; rompiólos, y entró en Santisteban, do ya no habia mas de veinte y dos caballos y cien españoles; y si un poco tardara no los hallara vivos, tanto por no tener qué comer, como por ser mucho y recio combatidos. Hizo luego Sandoval tres compañías de los españoles, que entrasen por tres partes la tierra adelante, matando, robando y quemando cuanto hallasen. En poco tiempo se hizo mucho daño, porque se abrasaron muchos lugares, y se mataron infinitas personas; prendieron sesenta señores de vasallos y cuatrocientos hombres ricos y principales, sin otra mucha gente baja. Hízose proceso contra todos ellos, por el cual, y por sus propias confesiones, los condenó á muerte de fuego. Consultólo con Cortés, soltó la gente menuda, quemó los cuatrocientos cativos y los sesenta señores; llamó á sus hijos y herederos que lo viesen para que escarmentasen, y luego dióles los señoríos en nombre del emperador, con palabra que dieron de siempre ser amigos de cristianos y españoles, aunque ellos poco la guardan, tanto son de mudables y bulliciosos; pero en fin, se allanó Pánuco.



LOS TRABAJOS DEL LICENCIADO ALONSO ZUAZO.

Partiendo el licenciado Zuazo del cabo de Sant Anton, en Cuba, para la Nueva-España, le dió temporal que desatinó al piloto de la carabela, y se perdió en las Víboras, donde algunos fueron comidos de tiburones y lobos marinos, y el licenciado y otros de su compañía se mantuvieron de tortugas, peces como adargas, y que se llevaba una seis hombres sobre la concha andando, y que ponen en tierra quinientos huevos pequeños; pero comíanlo todo crudo, á falta de lumbre. En otra isleta estuvo muchos dias, que se mantuvo de aves crudas, y de la sangre por bebida, donde con la sed y calor grandísimo aína peresciera, mas sacó lumbre con palos, segun indios sacan, que le aprovechó mucho. En otra isleta sacó agua con grandísimo trabajo, y quemó leña cubierta de piedra, cosa nueva; hizo una barquilla de la madera de la carabela quebrada, en la cual envió aviso de su desventura á Cortés con Francisco Ballester, Juan de Arenas, Gonzalo Gomez, que prometieran castidad perpetua en la tormenta, y un indio que agotase la barquilla; los cuales fueron á dar cerca de Aquiahuistlan, y luego á la Veracruz, y despues á Medellin, donde

aparejó Diego de Ocampo un navío y se lo dió, para ir por Zuazo, y lo mesmo mandó Cortés en sabiéndolo, y que si allí viniese Zuazo, le proveyesen muy bien; y tras esto, envió un criado á esperarle en Medellin; que cuando llegó Zuazo le dió diez mil castellanos, vestidos y cabalgaduras, con que se fuese á México; y fué bien recebido y aposentado de Fernando Cortés, de manera que su desdicha paró en alegría.



LA CONQUISTA DE UTLATLAN QUE HIZO PEDRO
DE ALBARADO.

Habíanse dado por amigos, tras la destruicion de México, los de Cuahutemallan, Utlatlan, Chiapa, Xochnuxco y otros pueblos á la costa del Sur, enviando y aceptando presentes y embajadores; mas como son mudables, no perseveraron en la amistad, ántes hicieron guerra á otros porque perseveraban; por lo cual, y pensando hallar por allí ricas tierras y extrañas gentes, envió Cortés contra ellos á Pedro de Albarado; dióle trecientos españoles con cien escopetas; ciento y setenta caballos, cuatro tiros, y ciertos señores de México con alguna gente de guerra y de servicio, por ser el camino

largo. Partió pues Albarado de México á 6 dias del mes de Diciembre, año de 1523. Fué por Tecoantepec á Xochnuxco, por allanar ciertos pueblos que se habian rebelado. Castigó muchos rebeldes, dándolos por esclavos, despues de haberlos muy bien requerido y aconsejado; peleó muchos dias con los de Zapatullan, que es un muy grande y fuerte pueblo, donde fueron heridos muchos españoles y algunos caballos, y muertos infinitos indios de entrambas partes. De Zapatullan fué á Quezaltenanco en tres dias; el primero pasó dos rios con mucho trabajo; el segundo, un puerto muy agro y alto, que duró cinco leguas; en un reventon del cual halló una mujer y un perro sacrificados, que segun los intérpretes y guías dijeron, era desafío. Peleó en una barranca con hasta cuatro mil enemigos, y mas adelante en llano con treinta mil, y á todos los desbarató. No paraba hombre con hombre en viendo cabe sí algun caballo, animal que jamás habian visto. Tornaron luego á pelear con él junto á unas fuentes, y tornólos á romper. Rehiciéronse á la falda de una sierra, y revolvieron sobre los españoles con gran grita, ánimo y osadía; ca muchos dellos hubo que esperaban á uno y aun á dos caballos, y otros que por herir al caballero se asian á la cola del caballo; mas en fin, hicieron tal estrago en ellos los caballos y escopetas, que huyeron lindamente. Albarado los siguió gran rato, y mató muchos en el alcance. Murió un señor, de cua-

tro que son en Utlatlan, que venia por capitán general de aquel ejército. Murieron algunos españoles, y quedaron heridos muchos, y muchos caballos. Otro día entró en Quezaltenanco, y no halló persona dentro; refrescóse allí, y corrió la tierra; al sexto vino un gran ejército de Quezaltenanco, muy en concierto, á pelear con españoles. Albarado salió con noventa de caballo y con docientos de pié, y un buen escuadron de amigos; púsose en un llano muy grande á tiro de arcabuz del real, por si fuese menester socorro. Ordenó cada capitán su gente, segun la disposicion del lugar, y luego arremetieron entrambas haces, y la nuestra venció á la otra. Los de caballo siguieron el alcance mas de dos leguas, y los peones hicieron una increíble matanza al pasar un arroyo. Los señores y capitanes y otras muchas personas señaladas se recogieron á un cerro peleando, y allí fueron presos y muertos. De que los señores de Utlatlan y Quezaltenanco vieron la destruicion, convocaron sus vecinos y amigos, y dieron parias á sus enemigos porque les ayudasen, y así tornaron á juntar otro muy grueso campo; enviaron á decir á Pedro de Albarado que querian ser sus amigos y dar de nuevo obediencia al emperador, y que se fuese á Utlatlan. Todo era cautela para tomar dentro los españoles, y quemarlos una noche; ca ciudad es fuerte á demasía, las calles angostas, las casas espesas, y no tiene sino dos puertas; la una, con treinta es-

calones de subida, y la otra con una calzada, que ya tenían cortada por muchas partes, para que los caballos no pudiesen correr ni servir. Albarado creyó, y fué allá; mas como vió desecha la calzada y la gran fortaleza del lugar, y no mujeres, sospechó la ruindad, y salióse fuera; pero no tan presto, que no recibiese mucho daño. Disimuló el engaño, trató con los señores, y fué, como dicen, á un traidor dos alevosos; ca por buenas palabras y con dádivas los aseguró y prendió; pero no por eso cesaba la guerra, ántes andaba mas recia, porque tenían á los españoles como cercados, que no podían ir por yerba ni leña sin escaramuzar, y mataban cada dia indios y aun españoles. Los nuestros no podían correr la tierra para quemar y talar los panes y huertas, por las muchas y hondas barrancas que alrededor de su fuerte habia; así que Albarado, paresciéndole mas corta via para ganar la tierra, quemó los señores que tenia presos, y publicó que quemaria la ciudad, y para esto y para saber qué voluntad le tenían los de Cuahu-temallan, les envió á pedir ayuda, y ellos se la dieron de cuatro mil hombres, con los cuales, y con los demás que él se tenia, dió tal priesa á los enemigos, que los lanzó de su propia tierra. Vinieron luego los principales de la ciudad y comun á pedir perdon y á darse; echaron la culpa de la guerra á los señores quemados; la cual ellos tambien habian confesado ántes que los quemasen. Albarado los recibió con juramento que hicieron de lealtad; soltó

dos hijos de los señores muertos, que tenía presos, y dióles el Estado y mando de los padres, y así se sujetó aquella tierra, y se pobló Utlatlan como primero estaba. Otros muchos prisioneros se herraron y se vendieron por esclavos, y dellos se dió el quinto al rey, y lo cobró el tesorero de aquel viaje, Baltasar de Mendoza. Es aquella tierra rica, de mucha gente, de grandes pueblos, abundante de mantenimientos; hay sierras de alumbre y de un licor que parece aceite, y de azufre tan excelente, que sin refinar ni otra mezcla hicieron nuestros arcabuceros muy buena pólvora. Esta guerra de Utlatlan se acabó á principio de Abril del año de 1524. Vendióse en ella la docena de herraduras en ciento y cincuenta castellanos.



LA CONQUISTA DE CUAHUTEMALLAN.

De Utlatlan fué Albarado á Cuahutemallan, donde fué recebido muy bien y hospedado. Estaba siete leguas de allí una ciudad muy grande, y orilla de una laguna, que hacia guerra á Cuahutemallan y Utlatlan y á otros pueblos. Albarado envió allá dos hombres de Cuahutemallan á rogarles que no hiciesen mal á sus vecinos, que los tenía por amigos, y á requerirles con su amistad y paz.

Ellos, confiados en la fuerza del agua y multitud de canoas que tenían, mataron los mensajeros sin temor ni vergüenza. Él entónces fué allá con ciento y cincuenta españoles y otros sesenta de caballo y muchos indios de Cuahutemallan, y ni le quisieron recibir ni aun hablar. Caminó cuanto pudo con treinta caballos la orilla de la laguna hácia un peñol, poblado dentro en agua. Vió luego un escuadron de hombres armados; acometiólo, rompiólo y siguiólo por una estrecha calzada, donde no se podía ir á caballo. Apeáronse todos, y á vueltas de los contrarios entraron en el peñol. Llegó luego la otra gente, y en breve tiempo lo ganaron, y mataron mucha gente. Los otros se echaron á la agua, y á nado se pasaron á una isleta. Saquearon las casas y saliéronse á un llano lleno de maizales, donde asentaron real y durmieron aquella noche. Otro dia entraron en la ciudad, que estaba sin gente. Maravilláronse cómo la habian desamparado siendo tan fuerte, y fué la causa perder el peñol, que era su fortaleza, y ver que do quiera entraban los españoles. Corrió Albarado la tierra; prendió ciertos hombres della, y envió tres dellos á los señores á rogarles que viniesen de paz, y serian bien tratados; donde no, que los perseguiria y les talaria sus huertas y labranzas. Respondieron que jamás su tierra habia sido hasta entónces sujeta de nadie por la fuerza de armas; pero que pues él lo habia hecho tan de valiente, ellos querian ser sus amigos; y

así, vinieron y le tocaron las manos, y quedaron pacíficos y servidores de españoles. Albarado se tornó á Cuahutemallan, y dende á tres dias vinieron á él todos los pueblos de aquella laguna con presentes, y ofrescerle sus personas y haciendas, diciendo que por amor suyo, y por quitarse de guerra y enojos con sus vecinos, querian paz con todos. Vinieron asimismo otros muchos pueblos de la costa del Sur á darse porque les favoreciese; y dijéronle cómo los de la provincia de Izcuintepec no dejaban pasar á nadie por su tierra que fuese amigo de cristianos. Albarado fué á ellos con toda su gente; durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de aquella ciudad; y como ninguno tiene contratacion con ella, no habia camino abierto mayor que senda de ganados, y aquel todo cerrado de espesas arboledas. Llegó al lugar sin ser visto, tomólos en las casas, que por la gran agua que caía no andaba ninguno por las calles; mató y prendió algunos; los vecinos no se pudieron juntar ni armar, como fueron salteados así. Huyeron los más; los otros, que esperaron y se hicieron fuertes en ciertas casas, mataron muchos de nuestros indios y hirieron algunos españoles. Quemó el pueblo, avisó al señor que haria otro tanto á los panes, y aun á ellos, si no daban obediencia. El señor y todos vinieron luego y diéronsele. En esto se detuvo allí ocho dias, y acudieron á él todos los pueblos de la redonda, ofresciéndole su amistad y servicio. De

Izcuintepepec fué Albarado á Caetipar, que es de lengua diferente, y de allí á Tatixco, y luego á Necendelan. Mataron en este camino muchos de nuestros indios rezagados; tomaron mucho fardaje, y todo el herraje y filado para las ballestas; que no fué chica pérdida. Envió tras ellos á Jorge de Albarado, su hermano, con cuarenta de caballo; mas no lo pudo cobrar por más que corrió. Todos estos de Necendelan traían sendas campanillas en las manos peleando. Estuvo en aquel pueblo más de ocho días, que no pudo atraer los moradores á su amistad, y fuése á Pazuco, que le rogaban, pero con traicion, para matarle seguro. Topó en el camino muchas flechas hincadas por el suelo, y á la entrada del lugar ciertos hombres que hacían cuartos un perro; y lo uno y lo otro era señal de guerra y enemistad. Vió luego gente armada, peleó con ella hasta sacarla del pueblo; siguióla, mató mucha. Fué á Mopicalanco, y de allí á Acáyucatl, donde bate el mar del Sur; y antes de entrar dentro, halló el campo lleno de hombres armados, que sabiendo su venida, le atendían para pelear con gentil semblante. Pasó por cerca dellos; y aunque llevaba docientos y cincuenta españoles á pié y ciento de caballo, y seis mil indios, no se atrevió á romper en ellos porque los vió fuertes y bien ordenados. Mas ellos, en pasando él, arremetieron hasta trabar de los estribos y colas de los caballos. Revolvieron los de caballo, y luego todo el cuerpo del ejército, y

casi no dejaron ninguno dellos vivo, así porque pelearon bravamente sin tornar un paso atrás, como por llevar pesadas armas, ca en cayendo no se podían levantar, y huir con ellas era por demás. Eran aquellas armas unos sacos con mangas hasta en piés, de algodón torcido, duro, y tres dedos gordo. Parecian bien con los sacos, como eran blancos y de colores, con muy buenos penachos que llevaban en las cabezas. Traían grandes flechas, y lanzas de treinta palmos. Este dia quedaron muchos españoles heridos, y Pedro de Albarado cojo; que de un flechazo que le dieron en la pierna le quedó mas corta que la otra cuatro dedos. Peleó despues con otro ejército mayor y peor, porque traían larguísimas lanzas y enherboladas; mas tambien lo venció y destruyó. Fué á Mahuatlan, y de allí á Athlechuan, donde vinieron á dársele de Cuitlachan; pero con mentiras, por descuidarle, que su intencion era matar los españoles; porque, como eran tan pocos, pensaban todos poderlos fácilmente sacrificar. Albarado supo su mal propósito, y rogóles con la paz. Ellos se ausentaron de la ciudad, y estuvieron muy rebeldes haciéndole la guerra, en la cual mataron once caballos que se pagaron con los cativos que se vendieron por esclavos. Estuvo allí cerca de veinte dias sin los poder atraer, y tornóse á Cuahutemallan. Anduvo Pedro Albarado deste viaje cuatrocientas leguas de trecho, y casi no hubo despojo ninguno; pero pacificó y re-

dujo á su amistad muchas provincias. Padesció mucha hambre; pasó grandes trabajos, y rios tan calientes, que no se dejaban vadear. Parecióle tan bien á Pedro de Albarado la disposicion de aquella tierra de Cuahutemallan y la manera de la gente, que acordó quedarse allí y poblar, segun la órden é instruccion que de Cortés llevaba. Así que fundó una ciudad y llamóla Santiago de Cuahutemallan. Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, y todos los oficios necesarios á la buena gobernacion de un pueblo. Hizo una iglesia del mismo nombre, do agora está la silla del obispado de Cuahutemallan. Encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y dió cuenta á Cortés de todo su viaje y pensamiento, y él le envió otros docientos españoles y confirmó los repartimientos, y ayudó á pedir aquella gobernacion.

LA GUERRA DE CHAMOLLA.

A 8 de Diciembre del año de 23 envió Fernando Cortés á Diego de Godoy con treinta de caballo y cien españoles á pié, dos tiros y mucha gente de amigos, á la villa del Espíritu Santo, contra ciertas provincias de allí cerca que estaban rebeladas. No le dió más gente por estar aquella tierra entre

Chiapa y Cuahutemallan, donde iba Pedro de Albarado, y entre Higueras, á do luego habia de partir Cristóbal de Olid. Diego de Godoy fué y hizo su camino muy bien, y con el teniente de aquella nueva villa hizo algunas entradas y correrías. Llegó á Chamolla, que es un buen pueblo, cabecera de provincia, fuerte y puesto en un cerro, donde los caballos subir no podian, y tiene una cerca de tres estados en alto; la média de tierra y piedra, y la média de tablones. Combatióla dos dias arreo á muy gran peligro y trabajo de sus compañeros; tomóla en fin, porque los vecinos alzaron su ropa y huyeron viendo que no podian resistir. Al principio que fueron combatidos echaron un pedazo de oro por encima el adarbe á los españoles, burlando de su codicia y locura; y dijeron que entrasen por de aquello, que tenian mucho. Para irse, arrimaron muchas lanzas á la cerca, porque los de fuera pensasen que no se iban; pero ni aun con todo esto lo pudieron hacer sin que primero lo supiesen los nuestros; los cuales entraron, mataron y prendieron muchos dellos, especial mujeres y muchachos. No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí se tomó. La principal arma eran lanzas, y unos paveses rodados de algodón hilado con que se cubrian todo el cuerpo, y que para caminar arrollan y para pelear extienden. Chiapa, Huehueiztlan y otras provincias y ciudades se visitaron y hollaron en esta jornada de Godoy; pero no hubo cosas notables.

EL ARMADA QUE CORTES ENVIÓ Á HIGUERAS CON
CRISTÓBAL DE OLID.

Cortés deseaba poblar á Higueras y Honduras, que tenian fama de mucho oro y buena tierra, aunque eran léjos de México; mas como tenia de ir la gente por mar, era fácil la jornada, quiso enviar allá ántes que Francisco de Garay llegase á Pánuco; pero no pudo, por no perder aquel rio y tierra que tenia poblada. Como se vió libre de tan poderoso competidor, y tuvo cartas del emperador, dadas en Valladolid á 6 de Junio del año de 23, en que le mandaba buscar por ambas costas de mar el estrecho que decian, armó de propósito. Dió siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para que fuese á comprar en Cuba caballos, armas y bastimentos, y hacer gente; y despachó luego á Cristóbal de Olid con cinco naves y un bergantin, bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos. Mandóle ir á la Habana á tomar los hombres, caballos y vituallas que Contreras tuviese, y que poblase en el cabo de Higueras, y enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darien, para descubrir el estrecho que todos decian, como el emperador mandaba. Dióle, sin esto, instruccion de lo que

mas hacer debia; y con tanto, se partió Cristóbal de Olid de Chalchicoeca á 11 de Enero, año de 24, segun unos; y Cortés envió dos navíos á buscar estrecho de Pánuco á la Florida, y mandó que tambien fuesen los bergantines de Zacatullan hasta Panamá, buscando muy bien el estrecho por aquella costa; mas habíanse quemado cuando el mandado llegó; y así, cesó aquella demanda.

LA CONQUISTA DE ZAPOTECAS.

Los zapotecas y mixtecas, que son grandes provincias y guerreras, se apartaron de la obediencia que dieron á Cortés, como fué México destruido, y atrajeron otros muchos pueblos contra los españoles, de que se les siguieron muertes y daños. Cortés envió allá á Rodrigo Rangel, el cual, por no llevar caballos, y por las aguas, ó por ser aquellas gentes valientes, no las pudo domar; ántes pidió en la jornada algunos españoles, y les dejó mayor ánimo que ántes tenían, por el cual talaron y robaron muchos pueblos amigos y sujetos de Cortés, que se le quejaron mucho pidiendo remedio y castigo. Cortés tornó á enviar contra ellos al mesmo Rangel con ciento y cincuenta españoles, que

caballos no los sufre aquella tierra para pelear, y con muchos de Tlaxcallan y México. Fué pues Rodrigo Rangel á 5 de Febrero, año de 24, y llevó cuatro tirillos. Hízoles muchos requerimientos, y, como no escuchaban, mucha guerra, en que mató y cativó gran número dellos, y los herró y vendió por esclavos. Hallóles mucha ropa y oro, que trajo á México; dejólos tan castigados y llanos, que nunca más se rebelaron. Otras entradas y conquistas hizo Cortés por sí y por capitanes; empero estas que contado habemos fueron las principales, y que sujetaron todo el imperio mexicano, y otros muchos y grandes reinos que se incluyen en lo que llaman Nueva-España, Guatimala, Pánuco, Xalisco y Honduras, que son gobernaciones por sí.

LA REEDIFICACION DE MEXICO.

Quiso Cortés reedificar á México, no tanto por el sitio y majestad del pueblo, cuanto por el nombre y fama, y por hacer lo que deshizo; y así, trabajó que fuese mayor y mejor y más poblado. Nombró alcaldes, regidores, almotacenes, procurador, escribanos, alguaciles, y los demás oficios que ha menester un concejo. Trazó el lugar; repartió los solares entre

los conquistadores, habiendo señalado suelo para iglesias, plazas, atarazanas y otros edificios públicos y comunes. Mandó que el barrio de españoles fuese apartado del barrio de los indios, y así los ataja el agua. Procuró traer muchos indios para edificar á ménos costa; lo cual tuvo al principio dificultad por andar muchos señores, parientes de de Cuahutimoc y de otros prisioneros, amotinados, y procurando de matarle con todos los capitanes, por librar á su rey. Buscó maneras cómo prender y castigarlos; los demás holgaron de ir con el tiempo. Hizo señor de Tezcucó á don Cárlos Iztlixuchitl con voluntad y pedimento de la ciudad, por muerte de don Hernando, su hermano, y mandóle traer en la obra los más de sus vasallos, por ser carpinteros, canteros y obreros de casas. Dió y prometió solares y heredamientos, franquezas y otras mercedes á los naturales de México, y á todos cuantos viniesen á poblar y morar allí; que convidó muchos á venir. Soltó á Xihuacoa, capitán general; dióle cargo de la gente y edificio, y el señoría de un barrio. Dió también otro barrio á don Pedro Moteczuma, por ganar las voluntades á los mexicanos, que era hijo del rey Moteczuma. Hizo señores á otros caballeros de islas y calles para que las poblasen, y así les repartió el sitio; y ellos se repartieron los solares y tierras á su placer, y comenzaron á edificar con gran diligencia y alegría. Cargó tanta gente á la fama que México Tenuch-

titlan se rehacia, y que habian de ser francos los vecinos, que no cabian de piés en una legua á la redonda. Trabajaban mucho, comian poco, y enfermaron. Sobrevínoles pestilencia, y murieron infinitos. El trabajo fué grande, ca traían á cuestas ó arrastrando la piedra, la tierra, la madera, cal, ladrillos y todos los materiales. Pero era mucho de ver los cantares y música que tenian, el apellidar su pueblo y señor, y el motejarse unos á otros. De la falta de comer fué causa el cerco y guerra pasada, que no sembraron como solian, aunque la muchedumbre causaba hambre, y causó pestilencia y mortandad. Todavía, y poco á poco, rehicieron á México de cien mil casas mejores que las de ántes, y los españoles labraron muchas y buenas casas á nuestra costumbre; y Cortés una, en otra de Moteczuma, que renta cuatro mil ducados ó más, y que es un lugar. Pánfilo de Narvaez lo acusó por ella, diciendo que taló para hacerla los montes, y que le puso siete mil vigas de cedro. Acá parece mucho más; allí que los montes son de cedro, no es nada. Huerto hay en Tezcuco que tiene mil cedros por tapias y cerca. No es de callar que una viga de cedro tenga ciento y veinte piés de largo y doce de gordo de cabo á rabo, y no redonda sino cuadrada, la cual estaba en Tezcuco en casa de Cacama. Labráronse unas muy buenas atarazanas para seguridad de los bergantines y fortaleza de los hombres, parte en tierra y parte en agua, y de tres naves,

donde por memoria están hoy día los trece bergantines. No abrieron las calles de agua, como ántes eran, sino edificaron en suelo seco; y en esto no es México el que solia, y aun la laguna va decreciendo del año de 24 acá, y algunas veces hay hedor; pero en lo demás sanísima vivienda es, templada por las sierras que tiene alrededor, y abastecida por la fertilidad de la tierra y comodidad de la laguna; y así, es aquello lo más poblado que se sabe, y México la mayor ciudad del mundo y la más ennoblescida de las Indias, así en armas como en policía, porque hay dos mil vecinos españoles, que tienen otros tantos caballos en caballerizas, con ricos jaeces y armas, y porque hay mucho trato y oficiales de seda y paño, vidrio, molde y moneda, y estudio, que llevó el virey don Antonio de Mendoza. Por lo cual tienen razon de preciarse los vecinos de México; aunque hay gran diferencia de ser vecino conquistador, á ser vecino solamente. Pues como fué México hecho, aunque no acabado, se pasó Cortés á morar en él desde Culuacan, ó como dicen otros, Coyoacan, y los que vecinos eran y los soldados también. Corrió la fama de Cortés y grandeza de México, y en poco tiempo hubo tantos indios como dicho habemos, y tantos españoles, que pudieron conquistar cuatrocientas y mas leguas de tierra, y cuantas provincias nombramos, gobernándolo todo desde allí Fernando Cortés.

DE CÓMO ATENDIÓ CORTÉS A ENRIQUECER LA NUEVA-
ESPAÑA.

No le parecía á Cortés que la gloria y fama de haber conquistado la Nueva-España con los otros reinos fuese cumplida si no la polia y fortificaba; para lo cual llevó á México á doña Catalina Xua- rez con gran fausto y compañía, que se habia esta- do en Santiago de Cuba todo el tiempo de las guer- ras. Hizo enviar por mujeres á muchos vecinos de México y de las otras villas que poblara. Dió di- neros para llevar de España doncellas, hijasdalgo y cristianas viejas; y así, fueron muchos hombres casados con sus hijas á costa dél, como fué el co- mendador Leonel de Cervantes, que llevó siete hi- jas, y se casaron rica y honradamente. Envió por vacas, puercas, ovejas, cabras, asnas y yeguas á las islas de Cuba, Santo Domingo, Sant Juan del Boriquen, y Jamaica, para casta. Entónces, y aun ántes, vedaron la saca de caballos en aquellas is- las, especial en Cuba, por venderlos mas caros, sabiendo la riqueza, necesidad y deseo de Cortés, para carne, leche, lana y colambre, y para car- ga, guerra y labor. Envió por cañas de azúcar, moreras para seda, sarmientos y otras plantas á las

mesmas islas, y á España por armas, hierro, artillería, pólvora, herramientas y fraguas, para sacar hierro, y por cuescos, pepitas y simientes, que salen vanas en las islas. Labró cinco piezas de artillería, que las dos eran culebrinas, á mucha costa, por haber poco estaño y muy caro. Compró los platos dello á peso de plata; y lo sacó con gran trabajo en Tachco, veinte y seis leguas de México, donde habia unas piececitas dello como de moneda, y aun sacándolo se halló vena de hierro, que le plugo mucho. Con estas cinco y con las que comprara en el almoneda de Juan Ponce de Leon y de Pánfilo de Narvaez, tuvo treinta y cinco tiros de bronce y setenta de fierro colado, con que fortaleció á México, y despues le fueron mas de España, con arcabuces y cosoletes. Hizo eso mesmo buscar oro y plata por todo lo conquistado; y halláronse muchas y ricas minas, que hincheron aquella tierra y esta, aunque costó las vidas de muchos indios que trajeron en las minas por fuerza y como esclavos. Pasó el puerto y descargadero que hacian las naos en la Veracruz, á dos leguas de Sant Juan de Ulúa, en un estero que tiene una ria para barcas y es mas seguro, y mudó allí á Medellin, donde ahora se hace un gran muelle por seguro de los navíos, y puso casa de contratacion, y allanó el camino de allí á México para la recua que lleva y trae las mercaderías.

CÓMO FUE RÉCUSADO EL OBISPO DE BURGOS EN LAS
COSAS DE CORTES.

Tenia el obispo de Burgos, Juan Rodriguez de Fonseca, que gobernaba las Indias, tanta enemiga y odio á Fernando Cortés, ó tanto amor y amistad á Diego Velazquez, que desfavorecia y encubria sus hechos y servicios; por donde fué Cortés disfamado cuando merecia mas fama, y no pudieron Martin Cortés, su padre, ni Francisco de Montejo, ni el licenciado Francisco Nuñez, su primo, y otros sus procuradores, haber respuesta ni despacho ninguno del obispo para lo que cumplia á la conquista de la Nueva-España y contentamiento de los conquistadores. Colgaban del obispo todos los negocios de las Indias; estaba el rey en Alemaña como emperador, y no tenian remedio ni aun esperanza de bien negociar. Así que acordaron de recusarle, aunque mas recio y feo pareciese. Hablaron al papa Adriano, que gobernaba estos reinos ántes que á Italia pasase, y al emperador luego que fué venido. El papa quiso entender aquel negocio muy de raíz, por ser el obispo tan principalísima persona, á suplicacion de mosiur de Lasao, que era de la cáma-

ra del emperador, y habia venido á darle el parabien del pontificado; el cual favorecia á Cortés por la fama; y oidas las partes y vistas las relaciones, mandó al obispo, estando en Zaragoza, que no entendiese mas en negocios de Cortés ni de Indias, á lo que pareció, y el emperador mandó lo mismo, siguiendo la declaracion del Papa. Las causas que dieron y probaron fueron el odio que tuvo siempre á Cortés y á sus cosas, llamándole públicamente traidor; que encubria sus relaciones y torcia sus servicios porque no lo supiese el rey; que mandaba á Juan López de Recalde, contador de la casa de la contratacion de Sevilla, que no dejase pasar á la Nueva-España hombres, ni armas, ni vestidos, ni hierro, ni otras cosas; que proveía los oficios y cargos á hombres que no los merecian, como fué Cristóbal de Tápia, que se apasionó por Diego Velazquez, por casarle con doña Petronila de Fonseca, su sobrina; que consentia y aprobaba las falsas relaciones de Diego Velazquez, que ordenaron Andrés de Duero, Manuel de Rojas y otros contra las de Cortés, y esto fué lo que le dañó y afrentó, 'ca sonó muy mal condennar las relaciones verdaderas y aprobar las falsas. Esta recusacion fué causa para que el obispo se saliese de la corte descontento y enojado, y Diego Velazquez fuese condenado y aun removido de la gobernacion de Cuba, sino que se murió luego, y Cortés se declarase por gobernador de la Nueva-España con grande hon-


ra. Entendió en las cosas de las Indias Juan Rodríguez de Fonseca cerca de treinta años, y mandólas mucho y absolutamente. Comenzó siendo dean de Sevilla, y acabó obispo de Búrgos, arzobispo de Rosano y comisario general de la Cruzada, y fuera arzobispo de Toledo si tuviera ánimo; mas como era riquísimo clérigo y habia servido tanto tiempo, y le favorecía su hermano Antonio de Fonseca, confiése mucho; y hurtóle, como dicen, la bendición don Alonso de Fonseca, sobrino suyo; arzobispo de Santiago, que prestó dineros para lo de Fuenterrabía, por lo cual no se hablaban.

CÓMO FUE CORTES HECHO GOBERNADOR.

El obispo de Búrgos despues que fué habido por recusado, mandó el emperador que viesen y determinasen las diferencias y pleito de Fernando Cortés y Diego Velazquez, Mercurino Gatinara, gran Chanciller, que era italiano; Mosiur de Lasao, y el doctor de la Rocha, flamenco; Fernando de Vega, señor de Grajales y comendador mayor de Castilla; el doctor Lorenzo Galindez de Caravajal y el licenciado Francisco de Vargas, tesorero general de Castilla; los cuales se juntaron muchos dias en las casas

de Alonso de Arguello, donde posaba el gran chanciller. Oyeron á Martin Cortés, Francisco de Montejó, Francisco Nuñez y otros procuradores de Cortés, y á Manuel de Rojas, Andrés de Duero y otros procuradores de Diego Velazquez. Llevaron lo procesado, y despues sentenciaron en favor de Cortés, más por derecho y rigor de justicia que por admiracion de virtud; loando sus hazañas y servicios y aprobando su fidelidad. Pusieron silencio á Diego Velazquez en la gobernacion de la Nueva-España, dejándole su derecho á su salvo, si algo le debia Cortés, y aun pienso que le quitaron el gobierno de Cuba porque envió con armada á Pánfilo de Narvaez. Los descargos, razon y justicia que tuvo Cortés para librarlo de aquel pleito y darle la gobernacion de la Nueva-España y tierras que habia conquistado, la historia las cuenta. Los cargos de la acusacion y culpa eran que habia ido con dineros y poder de Diego Velazquez á descubrir, rescatar y conquistar; que no le acudió con la ganancia y obediencia; que sacó un ojo á Narvaez; que no recibió á Cristóbal de Tapia; que no obedescia las provisiones reales; que no pagaba el quinto real; que tiranizaba los españoles y maltrataba los indios. Por la sentencia que dieron estos señores, y porque se lo aconsejaron así, hizo el emperador á Fernando Cortés adelantado, repartidor y gobernador de la Nueva-España y cuantas tierras ganase, loando y confirmando todo lo que habia hecho en servicio

de Dios y suyo. Firmó las provisiones en Valladolid, á 22 de Octubre, año de 1522. Señalólas el licenciado don García de Padilla, y refrendólas el secretario Francisco de los Cobos. Dióle tambien cédulas para echar de la Nueva-España los tornadizos y letrados; estos porque hubiesen menos pleitos, y aquellos porque no estragasen la conversion. Escribióle tambien al emperador, agradeciéndole los trabajos que habia pasado en aquella conquista, y el servicio de Dios en quitar los ídolos. Prometióle grandes mercedes, animándole á semejantes empresas. Dijo que le enviaria obispos, clérigos y frailes para la conversion, como los pedia, y haria llevar todas las otras cosas que demandaba para fortalecer, cultivar y ennoblecer la tierra. Caminaron luego con estos buenos despachos de su majestad Francisco de las Casas y Rodrigo de Paz. Notificaron la sentencia y provision á Diego Velazquez con público pregon, en Santiago de Barucoa de Cuba, el Mayo adelante de 23 años. De lo cual sintió tanto pesar Diego Velazquez, que vino á morir dello. Murió triste y pobre, habiendo sido riquísimo, y nunca despues de muerto pidieron nada á Cortés sus herederos.



DE LOS CONQUISTADORES.

Repartía siempre Cortés la tierra entre los que la conquistaban, según la costumbre de las Indias, y por confianza que tuvo de ser repartidor general en lo que conquistase, ó por hacer bien á sus amigos, que los tuvo grandes; y como tuvo cédula del emperador de poder encomendar y repartir la Nueva-España á los conquistadores y pobladores della, hizo grandes y muchos repartimientos, mandando á los encomenderos tener un clérigo ó fraile en cada pueblo ó cabecera de pueblos, para enseñar la doctrina cristiana á los indios encomendados; y entender en la conversion, porque muchos dellos pedían el bautismo. No dió á todos repartimiento, que fuera imposible y demasiado, ni tal como ellos deseaban y pretendían; por lo cual algunos se corrieron y otros se quejaron. Ninguna cosa indigna y mueve mas á los conquistadores que los repartimientos, y por ninguna otra cosa han caído tanto en odio y enemistades los capitanes y gobernadores cuanto por esta; de suerte que, siendo el mas necesario y honrado cargo, es el mas dañoso y envidioso. Todos los reyes y repúblicas que señorearon muchas tierras, las repartieron entre sus capitanes y soldados y ciudadanos, haciendo pueblas

para conservacion y perpetuidad de su Estado, y para galardonar los trabajos y servicios de los suyos, y en España se ha siempre usado y guardado despues que hay reyes, y así lo hicieron los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, y aun el emperador, hasta que le aconsejaron al revés; ca en Madrid el año de 25 mandó dar los repartimientos perpetuos, que es mucho mas, sobre acuerdo y parecer de su consejo de Indias y de muchos frailes dominicos y franciscos, y otros letrados que para ello juntaron, segun muchos afirman. Trabajan y gastan mucho los que van á conquistas, y por eso los honran y enriquecen; y así, quedan nobles y afamados, y es buen privilegio ser caballero de conquista. Si la historia lo sufriese, todos los conquistadores se habian de nombrar; mas, pues no puede ser, hágalo cada uno en su casa.

DE CÓMO TRATÓ CORTÉS LA CONVERSION DE LOS INDIOS.

Siempre que Cortés entraba en algun pueblo, derrocaba los ídolos y vedaba el sacrificio de hombres, por quitar la ofensa de Dios é injuria del prójimo; y con las primeras cartas y dineros que envió al emperador despues que ganó á México, pidió obispos, clérigos y frailes para predicar y convertir los indios á su majestad y consejo de Indias. Des-

pues escribió á fray Francisco de los Angeles, del linaje de Quiñones, general de los franciscos, que le enviase frailes para la conversion, y que les haria dar los diezmos de aquella tierra; y él le envió doce frailes con fray Martin de Valencia de Don Juan, provincial de San Gabriel, varon muy santo y que hizo milagros. Escribió lo mismo á fray García de Loaisa, general de los dominicos; el cual no se los envió hasta el año de 26, que fué fray Tomás Ortiz con doce compañeros. Tardaban á ir obispos, é iban pocos clérigos; por lo cual, y porque le parecia mas expediente, tornó á suplicar al emperador le enviase muchos frailes, que hiciesen monasterios y atendiesen á la conversion y llevasen los diezmos; empero su majestad no quiso, siendo mejor aconsejado, pedirlo al Papa, que ni lo hiciera ni convenia hacerlo. Llegó á México en el año de 24 fray Martin de Valencia con doce compañeros, por vicario del Papa. Hízoles Cortés grandes regalos, servicios y acatamiento. No les hablaba vez sino con la gorra en la mano y la rodilla en el suelo, y besáballes el hábito, por dar ejemplo á los indios que se habian de volver cristianos, y porque de suyo les era devoto y humilde. Maravilláronse mucho los indios de que se humillase tanto el que adoraban ellos; y así, les tuvieron siempre en gran reverencia. Dijo á los españoles que honrasen mucho á los frailes, especialmente los que tenian indios de cristianar, lo cual hicieron con grandes limosnas, para redimir sus

pecados; bien que algunos le dijeron cómo hacía por quien los destruyese cuando se viesen en su reino; palabras que despues se le acordaron hartas veces. Llegados pues que fueron aquellos frailes, se avivó la conversion, derribando los ídolos; y como habia muchos clérigos y otros frailes en los pueblos encomendados, segun que Cortés mandara, hacíase grandísimo fruto en predicar, bautizar y casar. Hobo dificultad en saber con cuál de las mujeres que cada uno tenia se debian de velar los que, bautizados, se casaban á puertas de iglesia, segun ha de costumbre la madre santa iglesia; ca, ó no lo sabian ellos decir, ó los nuestros entender; y así, juntó Cortés aquel mesmo año de 24 una sínodo, que fué la primera de Indias, á tratar de aquel y otros casos. Hubo en ella treinta hombres; los seis eran letrados, mas legos, y entre ellos Cortés; los cinco clérigos, y los diez y nueve frailes. Presidió fray Martin, como vicario del Papa. Declararon que por entón-ces casasen con la que quisiesen; pues no se sabian los ritos de sus matrimonios.



DEL TIRO DE PLATA QUE CORTES ENVIÓ AL EMPERADOR.

Escribió tras esto Cortés al emperador, besando los piés de su majestad por las mercedes y favor que

le habia hecho, desde México á 15 de Octubre del año de 24. Suplicóle por los conquistadores; pidió franquezas y privilegios para las villas que él tenia pobladas, y para Tlaxcallan, Tezcucó y los otros pueblos que le habian ayudado y servido en las guerras. Envióle setenta mil castellanos de oro con Diego de Soto, y una culebrina de plata, que valia veinte y cuatro mil pesos de oro; pieza hermosa, y mas de ver que de valor. Pesaba mucho, pero era de plata de Mechuacan. Tenia de relieve una ave fé-nix, con una letra al emperador, que decia:

Aquesta nació sin par;
Yo en serviros sin segundo;
Vos sin igual en el mundo.

No quiero contar las cosas de pluma, pelo y algodón que envió entónces, pues las deshacia el tiro; ni las perlas, ni los tigres, ni las otras cosas buenas de aquella tierra, y extrañas acá en España. Mas contaré que este tiro le causó envidia y malquerencia con algunos de corte, por amor del letrado; aunque el vulgo lo ponía en las nubes, y creo que jamás se hizo tiro de plata sino este de Cortés. La copla él mesmo se la hizo, que cuando queria no trovaba mal. Muchos probaron sus ingenios y vena de coplear, pero no acertaron. Por lo cual dijo Andres de Tapia:

Aqueste tiro á mi ver
Muchos necios ha de hacer.

Y quizá porque costó de hacer más de tres mil castellanos. Envió veinte y cinco mil castellanos en oro y mil y quinientos y cincuenta marcos de plata á Martin Cortés, su padre, para llevarle su mujer, y para que le enviase armas, artillería, hierro, naos con muchas velas, sogas, áncoras, vestidos, plantas, legumbres y semejantes cosas, para mejorar la buena tierra que conquistara; pero tomólo todo el rey con lo demás que vino entonces de las Indias. Con estos dineros que Cortés envió al emperador, quedaba la tesorería del rey vacía y él sin blanca, por lo mucho que habia gastado en los ejércitos y armadas que, como la historia vos ha contado, habia hecho. Llegaron al mismo tiempo á México muchos criados y oficiales del rey, y de Ciudad-Real Alonso de Estrada por tesorero; Gonzalo de Salazar, de Granada, por fator; Rodrigo de Albornoz, de Paradinas, por contador, y Peralmindez Cherino por veedor; que fueron los primeros de la Nueva-España, y aun muchos conquistadores que pretendian aquellos cargos, se agraviaron, quejándose de Cortés. Entraron en cuentas con Julian de Alderete y con los otros que Cortés y el cabildo tenian puestos para cobrar y tener el quinto, rentas y hacienda del rey, y no les pasaban ciertas partidas que habian dado á Cortés, que serian sesenta mil castellanos; mas, como él mostró haberlos gastado en servicio del emperador, y pedia más de otros cincuenta mil que tenia puestos de suyo,

se fenesció la cuenta. Todavía quedaron aquellos oficiales en que Cortés tenía grandes tesoros, así por lo que en España oyeran sobre ello, y porque Juan de Ribera ofresció en su nombre al emperador docientos mil ducados, como porque no faltaba quien les decia al oído que cada día le traían los indios oro, plata, cacao, perlas, plumajes y otras cosas ricas; y que tenía escondido el tesoro de Moteczuma, y robado el del emperador y conquistadores, con indios que de secreto lo sacaban de noche por el postigo de su casa; y así, no considerando lo que habia enviado á Castilla y gastado en las guerras, escribieron á España, especial Rodrigo de Albornoz, que llevó cifras para avisar secretamente de lo que le pareciese, muchas cosas contra él acerca de su avaricia y tiranía; que, como no le conocian y venian mal informados, y hallaban allí personas que no lo querian bien, porque no les daba los repartimientos, ó tantos repartimientos como ellos pedian, creían cuanto oían.



DEL ESTRECHO QUE MUCHOS BUSCARON EN LAS INDIAS.

Deseaban en Castilla hallar estrecho en las Indias para ir á los Malucos, por quitarse de pleito

con Portugal sobre la Especería; y así, mandó el emperador que lo buscasen desde Veragua á Yucatan á Pedrarias de Avila, á Cortés, á Gil Gonzalez de Avila y otros; ca era opinion que lo habia, desde que Cristóbal de Colon descubrió tierra firme; y más de cuando Vasco Núñez de Balboa halló la otra mar, viendo cuán poco trecho de tierra hay del Nombre de Dios á Panamá. Así que lo buscaron, y acertaron á buscarle casi á un mesmo tiempo; aunque Pedrarias mas envió á Francisco Hernandez á conquistar y poblar que á buscar estrecho. El cual Francisco Hernandez pobló á Nicaragua y llegó á Honduras. Fernando Cortés envió á Cristóbal de Olid, segun ya contamos. Gil Gonzalez fué muy de propósito el año de 23. Pobló á San Gil de Buena-Vista, destruyó y despojó á Francisco Hernandez, y comenzó á conquistar aquella tierra.

DE CÓMO SE ALZÓ CRISTÓBAL DE OLID CONTRA
FERNANDO CORTES.

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, segun Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenia compradas, que costa-

ron bien caras. Costaba entónces la hanega de maíz dos pesos de oro, la de frísoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabon otros nueve, un quintal de estopa cuetro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestre de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestía hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entretanto que se cargaban y proveian las naos destos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velazquez para alzarse contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller parada, el provisor Moreno y otros que, despues de muertos Velazquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velazquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas ántes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de Mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en México; tomó la posesion, é hizo otros autos en nombre del emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba.

Todo esto era, á lo que despues pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no habia hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil Gonzalez de Avila, que, como poco ántes dije, estaba en ella, y tenia poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Avila, su sobrino, y prendió al mesmo Gil Gonzalez de Avila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tierra, que no era pobre. Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid habia hecho, envió á gran priesa á Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prendelle, en dos naves muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vió aquellas naos, sospechó lo que traían; metióse en dos carabelas que tenia con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábales. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fué creído. Echó á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelion que se decia, dióse tal maña, que echó á fondo una ca-

rabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, sino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gente que habia ido contra los de Gil Gonzalez. Entretanto sobrevino un recio tiempo y viento que dió con los navíos de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venian en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres dias sin comer y con muchas aguas y frios; murieron cerca de cuarenta españoles. Hízoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como á los de Gil Gonzalez, que le obedecerian en todo y por todo; que nunca serian contra él ni seguirian más á Cortés; y con tanto, los soltó á todos, excepto á Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco, buen pueblo, que destruyeron Albitez y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid á Francisco de las Casas, y ántes, ó como dicen otros, despues, á Gil Gonzalez de Avila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos á entrambos á un mesmo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, así por la reputacion y fama, como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaria con Fernando Cortés. Mas avínole muy al contrario, porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le

soltase para ir á dar razon de sí á Cortés, pues su persona y prision le hacia poco al caso; y como siempre le respondia que no lo haria, díjole que le tuviese á recado, porque de otra manera le mataria; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumia de valiente; y que le tenia sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas. Concertáronse pues ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio ó de escribanías; echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: «No es tiempo de sufrir más este tirano.» Escapóseles al fin, y fué al campo á esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, ca entónces solo estaba, matarian al Francisco de las Casas y al Gil Gonzalez, pero ellos dijeron luego: «Aquí los de Cortés;» y dende á poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicion las armas y personas de todos los españoles á su mando, y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y supose dónde estaba; prendieron y hicieron proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron, fué degollado públicamente en Naco, dentro de pocos dias que preso estuvo; y así, feneció su vida, por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristóbal de Olid

gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á 18 de Mayo, año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras á Cortés, y volvióse á México por tierra, llevando consigo á Gil Gonzalez de Avila. Tenia la audiencia de Santo Domingo autoridad del emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo mas presto que pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos á México, y no pudo ni supo hacer nada; ántes dicen que fué mejor mercader que juez.



DE CÓMO SALIÓ CORTES DE MEXICO CONTRA CRISTÓBAL
DE OLID.

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenia de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenia muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercibe su amigos, adereza su partida y publica su determinacion. Los

oficiales del rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba más la seguridad de México que la de Higueras, y no diese ocasion que con su ausencia se rebelasen los indios y matasen los pocos españoles que quedaban; ca, segun entendian, no estaban muy fuera dello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prision de sus señores y su captiverio; y que perdiéndose México se perderia toda la tierra; y que más le temian y acataban á él solo que á todos juntos; y que á Cristóbal de Olid, ó el tiempo ó Francisco de las Casas ó el emperador lo castigaria. Allende desto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajoso y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondió que dejar sin castigo aquel era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él temia mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarian, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harian excesos en la tierra, por do se rebelase todo, y no bastase despues él ni ellos ni nadie á cobralla. Ellos entonces le requirieron de parte del emperador que no fuese, y él prometió que no iria sino á Coazacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque, como dél colgaban todos los negocios y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien qué pensar y qué proveer. Orde-

nó muchas cosas tocantes á su gobernacion; mandó que la conversion de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió á los concejos y encomenderos que derribasen todos los ídolos; dió repartimientos á los oficiales del rey y á otros muchos por no dejar á nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores á Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dejó á Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveídos los bergantines, y muchas armas y municion, por si algo aconteciese. Acordó llevar con él todos los señores y principales de México y Culúa que podian alterar la tierra y causar algun bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couanacochocin; señor que fué de Tezcuco; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopan; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcincó, hombres muy poderosos para cualquiera revolucion, estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de México por Octubre de 1524 años, pensando que todo se haria bien; pero todo se hizo mal, si no fué la conversion de indios, que fué grandísima y bien hecha, segun despues largamente diremos.

DE CÓMO SE ALZARON CONTRA CORTÉS EN MÉXICO
SUS TENIENTES.

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad á tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un dia, estando en ayuntamiento, llegaron á echar mano á las espadas sobre poner un alguacil, y poco á poco vinieron á no hacer como debian su oficio. El cabildo lo escribió á Cortés por dos ó tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveia de remedio, mas de escrebirles reprehendiéndoles su yerro y desatino, y apereciéndolos que si no se enmendaban y conformaban, que les quitaria el cargo y los castigaria. Ellos ni aun por eso no perdian sus pasiones, ántes crecian las rencillas y el odio; ca Estrada, que presumia de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumia de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando á Cortés la ciudad muy apriesa para que tornase á poner remedio en aquello y á apaciguar á los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados, acordó, por no dejar su camino y empresa,

de dar al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmindez Chirino de Ubeda, igual poder que los otros tenían, para que, no afrentando á ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo á Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parecía que convenia, y los castigasen si tenían culpa. Deste poder secreto que Cortés les dió á buen fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del rey, y nació una guerra civil, en que murieron hartos españoles, y estuvo México para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse á México. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa é informacion contra ellos, y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena á la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen á Cuba á dar cuenta de cierta residencia; y tras esto hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey ni Dios, así se habian con todos los que no andaban á su sabor; y pensando que Cortés no volveria jamás á México, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del emperador, prendieron á Rodrigo de Paz, primo y

mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de México. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, ca no sabia dél ni lo habia, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que pareció muy mal á toda la ciudad. Por lo cual fueron despues condenados á muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmeron, Quiroga, Ceinos y Maldonado, estando por presidente Sebastiau Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho despues los condenó la mesma audiencia de México, siendo virey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como asolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zoatlan, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allá Peralmindez con doscientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobrellos cuarenta dias; porque los del peñol tenian una gran sierpe de oro, muchas rodelas, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fue-

ron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en México públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruelísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de teda por el cuerpo, y le quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es cerimonia de un hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servian. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volvióse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venian de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así, muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mesmo Cortés le hicieron tambien ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oidos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Mé-

xico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que despues hicieron, á imitacion de las del Provincial, dijeron por allá que le habian sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellin, que, á fama de las riquezas de México, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del rey querian enviar en ellas dineros al emperador, que era el toque de su negocio, y escrebir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil Gonzalez de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un dia, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que estaban en Medellin, porque no tuviesen en que enviar á España relaciones, como él decia, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el factor Salazar, que era mafioso, lo prendió, juntamente con Gil Gonzalez; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y si no fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habian apelado para el emperador. Todavía los en-

vió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimismo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de los Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

LA PRISION DEL FATOR Y VEEDOR.

Estando pues Gonzalo de Salazar trunfando desta manera en México, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zoatlan, llegó á la ciudad Martin Dorantes, mozo de espuelas de Cortés, con muchas cartas y poderes del gobernador para que gobernase Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al factor y veedor. Entróse en Sant Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de

Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venian. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salian de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecia México otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, segun la necesidad que tenia, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residia, despues que ahorcó á Rodrigo de Paz, y hízose fuerte con hasta docientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos docientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y á descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzman; y no le quedaron sino doce ó quince, que debian ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; ántes de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mesmo pegó fuego con un tizon á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota.

Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio é injuria, para que todos le viesen; metiéronlo en una red; y pusieronle muy buena guarda, y despues se pasaron á la misma casa el Estrada y Albornoz. Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de Sant Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni seria contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venia á combatir la casa, y hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el fator vencía. Peralmindez Chirino dejó la guerra que hacia, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para México cuanto mas pudo por ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas ántes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fuése á Tlaxcallan, y metióse en Sant Francisco, monasterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en México enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prision destes dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del rey y del pueblo muy en

paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se hermanaron y concertaron de matar un día señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entretanto los presos. Mas como tenían las llaves los mismos gobernadores, no se podía efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzman, hijo de un cerrajero de Sevilla, que hacia vergas de ballesta. El Guzman, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometióles llaves, limas y ganzúas para cuando las pedían, y rogóles que cada día le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se quería hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venían á su tienda muchas veces. El Guzman descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monipodio. Presos confesaron ser verdad que querían soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. A unos cortaron las manos, á otros los piés, á otros azotaron, á muchos dester-

raron, y en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernacion de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de México entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del rey, que son mas de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comision, ni hubiese la menor alteracion de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entónces, que tenían aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase á decir cuando él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, segun despues se dirá.

LA GENTE QUE CORTES LLEVÓ A LAS HIGUERAS.

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en México, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y queria ir cierto camino; que le enviasen algunos hombres pláticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las mas honradas de sus pueblos, y mercaderes,

con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, despues de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un debujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles; y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residia Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenia todos los rios y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias, y le dijeron cómo por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habian ido los naturales á los montes; y así, no se hacian las ferias como solian en aquellas ciudades. Cortés se lo agradesció, y les dió algunas cosas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenian de tierra tan léjos. Teniendo pues guia y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pié muy en órden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de México, mucho maíz, frísoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenia traídas de la Veracruz y de Medellin. Envió los navíos que fuesen costa á costa hasta el

rio de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran río en barcas, y entró en Tunalan; y otras tantas leguas mas adelante pasó otro rio que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó despues otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar, que tuvo novecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta rios y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, á causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxaxuca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Ciuatlan, atravesó unas muy cerradas montañas y un rio, dicho Quezatlapan, bien grande, el cual entra en el de Tabasco, que llaman Grijalva; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron docientos hombres de aquella ciudad, con las cuales pasó el rio. Ahogósele un negro, y perdióse hasta

cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte dias que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, si no fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabian andar sino en barcas. Preguntados si sabian á Chilapan, que estaba en el dibujo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de trecientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta piés, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podia salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro dia entró en Chilapan, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruido. No halló en él mas de dos hombres, que lo guiaron á Tamaxtepec, que por otro nombre llaman Tecpetlican. Antes de llegar allá pasó un rio, dicho por nombre Chilapan, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos dias en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aína se ahogaron tres españoles. Tamzatepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis dias. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y

maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, segun iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapan en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundian los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y tambien porque les habia dicho el señor de Cihuatlan que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del rio que pasa por el pueblo, y muchos dellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les habia metido el señor de Ciuatlan habian hecho aquello. Cortés entónces llamó los que traía de Ciuatlan, Chilapan y Tamaztepec, para que le dijesen el buen tratamiento que se les hacia; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarian seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapan, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho dias que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el rio, y luego se las dieron. Acaesció estando allí que un mexicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cor-

tés, y mandólo luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la causa, y fuéle dicha, y aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermon, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del mas bueno y poderoso príncipe del mundo, á quien toda la tierra reconocia como á monarca, y que así debia hacer él; y que tambien venia á castigar los malos que comian carne de otros hombres, como hacia aquel de México, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentase con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimesmo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el rio abajo con tres españoles y la instruccion de lo que habian de hacer los carabelones, y de cómo tenian de ir á esperarle á la bahía de la Ascension, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navíos á Acalan por un estero. Dióle asimesmo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el rio arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á México, y que nunca más volveria Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralmindez.

DE LOS SACERDOTES DE TATAHUITLAPAN.

De Iztapan fué Cortés á Tatahuitlapan, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debian ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del rio, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado allí para morir con sus dioses, que les decian que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de México con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querian vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entónces y los dos frailes franciscos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querian morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró dó estaba Huatipan, que venia figurado en el paño, diciendo que no sabia andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivian contentos y descansados. Poco despues de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de média legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y mas adelante otra ciénaga de una legua; pero

como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con ménos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde ménos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podían subir en ellos para atalayar la tierra. Anduvieron dos dias por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenia yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que ántes de acertar á poblado habian de morir. Cortés tomó una aguja y carta de marear que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje que le habian señalado en Tahuitlapan, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guateopan ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, despues de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni más ni ménos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa. Estaba el lugar despoblado, y no podia Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que habia enviado el rio arriba, y andando por el pueblo vió una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habian muerto los de allí. Pasaron el rio algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo

vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Ciuatlan habian dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el rio adelante con hombres de Iztapan, que les dieron certinidad del buen tratamiento que los extranjeros hacian á los naturales, y cómo se habia ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo mas arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro dia con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. Tambien vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento, y á verlos, por lo mucho que dellos se decia, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera más. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas; quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenia.

DE LA PUENTE QUE HIZO CORTES.

De Huateopan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalan, por una senda que llevan mercaderes; que otras personas poco andan de un pueblo á otro, segun ellos decian. Pasó el rio con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardales. Anduvo tres dias por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedian á Dios misericordia, ca si no era volando, parecia imposible pasarlo; y tornar atrás, como todos los más querian, era perescer; porque, como habia llovido mucho, se habian llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancon y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mexicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios que cor-

tasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que más no tenían; pero érales tanto trabajo y mohina, que renegaban de la puente y aun del capitán, y murmuraban terriblemente dél por los haber metido locamente adonde no los podría sacar, con toda su agudeza y saber, y decían que la puente no se acabaría, y cuando se acabase serían ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta ántes de acabar las vituallas que tenían, pues así como así se había de volver sin llegar á Higueraş. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco días solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometía de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entónces habló á los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habían de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalan, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navíos con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo á México si hacían aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por

cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrallos, otros para traellos, y otros para hincallos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis días fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima della todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La hechura era comun, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor, y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavaron no hubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumian hasta las orejas, y cuanto más forcejeaban, más se hundian, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metian debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual, aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejon por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pe-

ro tan fatigados, que no se podían tener en piés. Dieron gracias á nuestro señor por tan grandes mercedes como les habia hecho; que sin caballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habian ido adelante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalan, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalon, señor de aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenia gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años habia que tenia noticia dél por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradesció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hízoles ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mismos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no las hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro dia llegaron á Tizapetl, donde los vecinos tenian mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y yerba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis dias, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena disposicion y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalon.

Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque bar-
runtaba no decir verdad, porque cuatro dias ántes estaba vivo y le habia enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes que tenia al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

DE APOXPALON, SEÑOR DE IZANCANAC.

De Tizapetl fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgenes y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversacion con españoles y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle mas entera razon de los españoles que iba buscan-

do y del camino que habia de llevar. Díjole en muy gran poridad cómo Apoxpolon era vivo, y que le queria guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viese sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le queria ver vivo y con su hacienda y Estado. Cortés se lo agradesció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo dia. Apoxpalon se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacia, hasta ver si eran buenos, porque no les destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veía cómo no hacian mal á nadie, le rogaba se fuese con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residia. Cortés se partió otro dia, y dió un caballo á Apoxpalon en que fuese, de lo cual mostró gran placer, aunque al principio pensó caer. Entraron con gran recibimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalon posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. A los de México repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el rio abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco ántes llegara de Santistéban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habian

traido cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de México, hechas ántes que Gonzalo de Salazar y Peralmindez llegasen; con los cuales respondia que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y tambien escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habian de hacer y adonde tenían de ir á esperalle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalan hacer señor al mas caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalon, que tenia grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavían sus personas y sus ídolos; de resina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para defensa del calor y frio, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y ansí, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, factor y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalon muy amigo de españoles; hizo una puente para que pasasen una ciénaga; tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guias con ellos, pláticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para si algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalan es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

LA MUERTE DE CUAHUTIMOC.

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mexicanos, porque no revolviessen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenia alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabian, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á México apellidando libertad, y alzarse por rey, como solia ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de México, para que á un mesmo dia matasen tambien ellos á los españoles que allí habia, pues no eran sino docientos y no tenian más de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de México, y aquellos mal avenidos. Habia tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallan, con Casas á Higuera y á las minas de Michuacan. Los de México se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacian de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era

más y más ordinario que ántes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse dellos, no sé si por indicios ó por certificacion, y salian siempre armados, y aun en las procesiones que hacian por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados. Mexicalcinco, que despues se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuracion y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdian la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcinco, prometióle grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habian dicho ya otros. Era tan cierto, segun Cortés, que no podian negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacocho y Tetepanquezatl habian movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban dello, que no habian consentido de veras ni se habian hallado en la consulta; y que obedescer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecia que nunca podrian tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningun amigo, y que no temian mucho los españoles que estaban en México, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra; de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dio-

ses no lo querian, que los matase. † Tras esta confesion les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, † Tlacatlec y Te-tepanquezatl. † Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, † pues ahorcaron los reyes, † y creían que la aguja y carta de marear se lo habian dicho, y no hombre ninguno; y tenian por muy cierto que no se le podian esconder los pensamientos, pues habia acertado aquello y el camino de Huatopan; y así, vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llaman ellos al aguja, y veria cómo le tenian muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. Él y todos los españoles les hacian creyente ser así verdad porque temiesen. Hízose esta justicia por Carnestollendas del año de 1525 en Izancanac. † Fué Cuahutimoc valiente hombre, segun de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazon real, tanto al principio de la guerra para la paz, † quanto en la perseverancia del cerco, y ansí cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, † y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los piés con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero mas infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso;

es verdad que se preciaba mucho dél, ca los indios le honraban mucho por su amor y respecto, y le hacian aquella mesma reverencia y cerimonias que á Moteczuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pié como él iba. Apoxpalon quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le habia dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar mas las estatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.



DE CÓMO CANEC QUEMÓ LOS ÍDOLOS.

De Izancanac, que es cabecera de Acalan, habian de ir nuestros españoles á Mazatlan, pueblo que tambien se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escrebir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higueras, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le falta-

se provision, hizo mochila para seis dias, aunque no habia de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmentado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dió Apospalon. Pasó la ciénaga y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que habia buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corredores mas sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalan, mercaderes, segun iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlan no habia memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traía de Izancanac, y llevó por guia aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro dia los españoles que descubrian toparon cuatro hombres de Mazatlan, que estaban por^o escuchas, y tenian arcos y flechas, y que como los vieron; desembrazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogiéronse á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronle á los indios, y prosiguieron el camino por ver si habia mas. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios,

que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos, corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlan, en un brazo, de una gran cuchillada, y prendiéronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabian nada en su lugar de aquella gente barbuda, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenian muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltar al pueblo ni labranzas, y que no estaba léjos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amanesciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habian huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frísoles, maíz y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene mas de una puerta, pero llana la entrada; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que tambien entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un petril de madera hasta los pechos, y despues una cerca de tablones y vigas, dos estados en alto, por la cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos ga-

ritas que sobrepujan la cerca otro Estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto más se holgaron los nuestros cuanto más fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente que era frontera y tenía guarnición de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalan á llamar al señor y á la gente. Vino el gobernador, dijo que el señor era niño y tenía mucho miedo, y fuése con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eran idos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que había visto otros hombres barbudos y otros ciervos; así llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guía, dió licencia y paga á los de Acalan, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Apoxpalon. De Tiac fué á dormir á Xuncahuitl, que también era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco días que había de camino y despoblado,

hasta Taica, según la nueva guía. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto día llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que según la guía dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podía entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabía nada de semejantes hombres, y que si querían entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrían tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pié siguió por donde le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y más arriba. Como tardó mucho en el mal camino, y no podía ir encubierto, vieronle los labradores y metieronse en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guía cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temía; y si quería, que él iría en aquella su canoita á la isleta, y entraría en el lugar y hablaría con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocía, y le diría su intención y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues,

y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo ántes. Trujo dos personas, á lo que mostraban, honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitán de aquel ejército y á saber lo que queria. Cortés les habló alegremente; dióles un español que quedase en rehenes, porque viniese Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuéronse. Otro día de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostracion de miedo ni de guerra. Cortés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solenidad, y tañer los menestri-les, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atencion, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hiciéronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharia sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debia honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darian, como hacian en cada parte que llegaban, y

que presto le enviarían religiosos que lo doctrinasen en la ley de Cristo, pues por entónces no podía ser. Cortés tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del emperador; y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de México Tenuchtitlan. Él dijo que desde allí se daba portal, y que había algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habían dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habían vencido en tres batallas. Cortés entónces le dijo cómo era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decían, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de fierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóle si sabía algo de ciertos españoles suyos que habían destar no muy aparte de allí, en la costa de mar. Él dijo que tenía mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si quería, que le daría persona que lo llevase allá sin errar el camino; pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no sería tan tra-

bajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guías, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni lios ni tanta gente, y por eso le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desecharía, y entretanto que el ejército la andaba, se fuese con él á la ciudad á ver su casa, y vería quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadía fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos ídolos; tomó guía, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pié, y salióse á dormir con el campo que ya habia bojado la laguna.



UN TRABAJOSO CAMINO QUE LOS NUESTROS
PASARON.

Otro día que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo dieciocho gamos: tantos habia. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza.

Tomaron cuatro cazadores que traían muerto un leon, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un leon cuatro hombre-cillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, grande y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenian en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa con hasta una docena de gallipavos, mas no quisieron juntarse á tierra, aunque hablaban, por mas que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y así llegaron al lugar bien cansados, porque habian caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tlec-can, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro dias esperando si vernia el señor ó los vecinos; como no vinieron, bastecióse para seis dias; que, segun las guias decian, tantos tenian de caminar por despoblado. Partióse, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que

era de Ainohan, donde hacían jornada los mercaderes. Allí reposaron un día, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el río, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomáronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesquería. Otro día anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para ferrallos fué necesario estar allí un día entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuín, donde estuvieron dos días; de Axuncapuín fueron á dormir á Taxaitetl, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro día tenían andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho días, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni día de todo aquel tiempo; fué maravilla la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió: fué harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron allí los duelos, que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias pasadas muy crecido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque

no habia barcas, é ya que las hubiera, no aprovecharan: hacer puente era imposible; tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el rio arriba á mirar si se estrechaba ó se podria vadear, los cuaies volvieron muy alegres con haber hallado paso. No vos podria contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer, con tan buena nueva; abrazáronse unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorria á tal angustia, y cantaron el *Te-Deum laudamus* y *Letanía*; y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga quanto el rio ancho, con más de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula ó encantamiento como los de Amadís de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro; mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la mesma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca habia muchos árboles, y trajeron más de docientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entónces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente. Tardaron en hacerla y en pasar dos dias: hacia tanto ruido la agua en aquellos ojos de la peña, que ensordescia los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua

mansa. Fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó más; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué harto desconsuelo porque iban muy hambrientos, como no habian comido en ocho dias sino palmitos y sus dátiles magrillos; é yerbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el rio arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Tauican, que tenia muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el rio, y ellos no sabian cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podia pasar; que le diesen una guia: y envió treinta españoles y mil indios, los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guia, á descubrir el camino que habian de llevar para Azuzulin, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquin; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debia ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparacion del pasado. Entre aquellos siete venia uno de Acalan, mercader, y que habia morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo habia un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pié y á caballo, y que la saquearon, maltratando

á los vecinos y mercaderes, y que entónces se salió un hermano de Apoxpalon, que tenia la fatoria, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahulquin para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habian perdido, y los mercaderes destruido, despues que aquellos extranjeros vinieron. Cortés le rogó que le guiase allá, y que se lo gratificaria muy bien; y como le prometió, de sí soltó los presos, y pagó las otras guias que traía y enviólos con Dios: despachó luego cuatro de aquellos siete con dos de Teucix, que fuesen á rogar á Aquiahulquin que no se ausentase, porque deseaba hablalle, y no le hacer mal. Quando otro dia amanesció era ido el acalanés y los otros tres; y así, quedó sin guias. Partióse en fin, y fué á dormir á un monte, cinco leguas de allí. Desjarretóse un caballo en un mal paso del camino; otro dia anduvo el ejército seis leguas, pasáronse dos rios, y el uno con canoas, en el cual se ahogaron dos yeguas. Aquella noche tuvieron en una aldea de hasta veinte casas todas nuevas, que era de los mercaderes de Acalan, mas habíanse ido ellos; de allí fueron á Azuzulin, que estaba desierta y sin ninguna cosa de comer, que fué doblar la pena. Estuvieron buscando por aquella tierra hombres de que tomar lengua para ir á Nito, y en ocho dias no hallaron sino unas mujercillas, que hicieron poco al propósito; ántes dañaron, porque una dellas dijo que los lle-

varia á un pueblo, dos jornadas léjos, donde les darian nuevas de lo que buscaban; fueron con ella ciertos españoles, mas no hallaron á nadie en el lugar; y así, se volvieron muy tristes, y Cortés estaba desesperado, ca no podia atinar por dó tenia de ir, por más que miraba la aguja: tan altas montañas habia delante y tan sin rastro de hombres. Acaso atravesó un muchacho por aquellos montes, y fué tomado; el cual los guió á unas estancias de tierra de Tuniha, que era una provincia de las que por memoria llevaban en el dibujo. Llegó en dos dias á ellas, y despues los guió un vejecico, que no pudo huir, otras dos jornadas hasta un pueblo, donde se tomaron cuatro hombres, que los demás habian huido de miedo, y estos dijeron cómo á dos soles de allí estaba Nito y los españoles; y porque mejor los creyesen, fué uno y trujo dos mujeres naturales de Nito, las cuales nombraron los españoles á quien habian servido, que fué harto descanso para quien lo oía, segun iban, porque cuidaron perecer de hambre en aquella tierra de Tuniha, como no comian sino palmitos verdes ó cocidos con puerco fresco, sin sal, y aun de aquellos no se hartaban, y tardaban un dia dos hombres á cortar una palma, y média hora á comerse el palmito ó pimpollo que tenia encima. Juan de Abalos, primo de Cortés, rodó con su caballo por una sierra abajo, las postreras jornadas, y se quebró un brazo.

LO QUE HIZO CORTES EN NITO.

Cortés despachó luego que supo cuán cerca estaba de Nito, quince españoles con uno de aquellos cuatro hombres, que fuesen á buscar si toparian algun español ó indio del pueblo, que más particularmente le declarasen cúyos y cuántos eran. Los quince españoles anduvieron hasta llegar á un rio grande; tomaron una canoa de indios mercaderes, esperaron allí dos dias, y al cabo salió una barca con cuatro españoles que pescaban, y tomáronlos sin ser sentidos del pueblo; los cuales dijeron cómo estaban allí sesenta españoles y veinte mujeres, y los más enfermos, y que eran de Gil Gonzalez, y tenian por capitan á Diego Nieto, y que Cristóbal de Olid era muerto, y Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, que le mataron, idos á México por tierra y gobernacion de Pedro de Albarado. Dios sabe cuánto Cortés de tales nuevas se holgó; escribió á Diego Nieto cómo estaba allí y queria ir á verle, que tuviese algunas barcas para pasar el rio, luego partióse. Tardó en llegar tres dias, y en pasar el rio con todo su ejército cinco, porque no tenian mas de un esquife y una ó un par de Canoas. Muy gran consolacion fué para todos llegar

allí Cortés, porque los que iban no podían más andar, y los que estaban no tenían salud ni qué comer. Érale pues forzado á Cortés proveer de comida para tanta gente. Envió por muchas partes á la buscar; pero de ninguna la trajeron, sino las cabezas rotas. Tornó á enviar otra vez, y tampoco trajeron sino á un principal mercader con cuatro esclavos, que toparon en la mar en unas canoas. Así que, pues eran tantos los comedores y tan poca la vianda que habia, que perescian de hambre, y verdaderamente perescieran sino por unos pocos puercos que aun duraban, y por las yerbas y raíces que cogian los mexicanos. Mas quiso Dios, que á nadie olvida, que aportase allí á tal tiempo un navío que traía treinta españoles, sin los marineros, trece caballos, setenta y cinco puercos, doce botas de carne salada y muchas cargas de maíz. Dieron todos muchas gracias á Jesucristo, y comenzaron á sacar el vientre de mal año. Cortés compró aquel navío con todo el bastimento, que los caballos dueños traían; adobó luego una carabela que aquellos españoles tenían casi perdida, y labró un bergantin de la madera de otros navíos quebrados, y así tuvo presto aparejo para navegar si le conviniese. Espanta la diligencia que en todas sus cosas Cortés ponía, y cuán vivo estaba siempre. Salían desde Nito á correr la tierra despues que Cortés allí llegó, que ántes ni osaban ni podían, y andando por unas partes y otras, se halló una vereda entre unas muy

ásperas sierras, que iba á dar á Lequela, buen lugar y abastado; pero como estaba deciocho leguas, y casi todas de mal camino, era imposible proveerse de allí. Vista por Cortés la ruin disposicion y manera de poblar allí, y por tener otro la posesion, apareja sus tres navíos para irse á la bahía de Sant Andrés; envia á Gonzalo de Sandoval con casi toda su gente y caballos, si no fueron dos, á Naco, que estaba á veinte leguas, para apaciguar los españoles, que con las revueltas pasadas estaban algo alborotados. No quiso embarcarse sin llevar más copia de bastimentos, por si se detenia mucho en navegar; tomó cuarenta españoles y cincuenta indios; metióse con ellos en el bergantin y en dos barcas y cuatro canoas; entró por el rio; topó un golfo ó estero hasta doce leguas de circuito, sin poblacion ninguna, por ser las orillas anegadas. De aquel fué á otro golfo que boja más de treinta leguas, y que por estar en asperísimas sierras era notable cosa. Saltó en tierra con obra de treinta españoles y otros tantos indios; fué á un pueblo, donde ni halló gente ni pan; tornóse á las barcas con el maíz y ají que pudo coger y llevar; atravesó el golfo; hubo tormenta; perdióse una canoa, y ahogóse un indio. Otro dia entró por un riatillo; dejó allí las barcas y el bergantin, con algunos españoles en guarda, y él con todos los demás metióse á la tierra. A média legua topó un pueblo yermo y caido, que muchos estaban así con la

buena vecindad de los españoles; anduvo aquel día cinco leguas por unos montes, casi siempre á gatas; salió á unas hazas; halló tres mujeres en una casilla, y un hombre, cuya debia ser aquella labranza, el cual lo guió á otra, donde se tomaron otras dos mujeres. Llegó á una aldea de cuarenta casillas ruines, aunque nuevas; habia en ellas gallinas sueltas, muchas palomas, perdices y faisanes en jaulas; maíz seco, ni sal, que era lo que buscaban, no lo habia, ni hombres tampoco; mas vinieron á la sazón dos vecinos, muy descuidados de hallar tales huéspedes en sus casas, y fueron presos; los cuales llevaron á Cortés por otro camino peor que el pasado; porque, demás de ser tan espeso y cerrado, se pasaron en espacio de siete leguas cuarenta y cinco rios, sin otros muchos arroyos que no contaron, que todos iban á vaciar en el estero. A puesta del sol sintieron los nuestros gran ruido, y temieron: preguntó Marina qué era, y respondieron que fiesta y bailes. No osó Cortés entrar en el lugar; estuvo con mucha guarda y cuidado, que dormir era imposible, segun picaban los mosquitos, y por la mucha agua, truenos y relámpagos que aquella noche hacia. En amaneciendo entraron en el pueblo; tomaron durmiendo los vecinos, y si no fuera por un español que de miedo, ó maravillado de ver tantos hombres juntos en una casa y armados, comenzó á decir á grandes voces: «Santiago, Santiago,» se hiciera una hermosa cabalgada, y quizá sin

sangre. Todavía se prendieron quince hombres y veinte mujeres, y se mataron otros tantos, y entre ellos el señor; estaban echados debajo un gran tejado sin paredes, donde como á casa de concejo se juntan á danzar. Tampoco se halló allí grano de maíz; y dos dias despues que llegaron, se partieron para otro lugar más grande, que decian los presos ser muy proveido de todo género de bastimentos. Anduvieron ocho leguas; tomaron ciertos leñadores y ocho cazadores; pasaron un rio hasta los pechos: iba tan recio, que si no se asieran de las manos unos á otros, peligraran muchos. Durmieron en el campo; mas porque hubo una recia arma, entraron peleando de noche en el pueblo: remolináronse en la plaza, y los vecinos huyeron. En la mañana miraron las casas, y hallaron mucho algodón hilado y por hilar, mantas y otra ropa; mucho maíz seco y en grano; mucha sal, que era lo que andaban buscando, ca muchos dias habia que no la comian. Hallaron mucho cacao, ají, frísoles, fruta y otras de comer; gallipavos y muchos faisanes y perdices en jaulas, y perros en caponera. Si estuvieran cerca las barcas bien las cargaran, y aun las naos; pero como estaban veinte leguas, y ellos muy cansados, no podian llevar casi nada. Este pueblo tiene los templos á la manera de México, y es lenguaje muy diferente: pasa por él un rio que cae en el golfo, y por eso envió Cortés dos españoles con uno de aquellos ocho cazadores por guia, á traer el ber-

gantín y barcas por el mismo río, para las cargar de vituallas; y entretanto, hizo él cuatro balsas grandes, que cogían á cincuenta cargas de grano, con diez hombres. Volvieron los dos españoles, dejando las barcas muy abajo por la gran corriente del río. Cargáronse las balsas; envió Cortés la gente por tierra, y él fuése por agua. Harto peligro corrieron hasta llegar al bergantín, y mucha grita y flechas desde la orilla; pero aunque Cortés y otros muchos fueron heridos, no murió ninguno. De los que venían por tierra, murió un español casi súbitamente, de ciertas yerbas que comió por el camino. Vino con ellos un indio de la mar del Sur, que dijo cómo no había más de sesenta leguas de Nito hasta sus tierra, donde estaba Pedro de Albarado, que fué alegre nueva. Estaba aquella ribera de una parte y otra llena de árboles de cacao y otros muchos frutales; tenía muy gentiles huertas y heredamientos; y en fin, era de las mejores cosas que hay en aquellas partes. En un día y una noche anduvieron los balsas veinte leguas: tan corriente va el río; y no solamente hubo Cortés este maíz y vituallas que arriba digo, sino que aun tomó mucho más de otros pueblos, con que basteció medianamente sus navíos. Tardó á tornar á Nito treinta y cinco días.

CÓMO LLEGÓ CORTÉS A NOCO.

Embarcó Cortés luego que fué llegado cuantos españoles allí estaban, así suyos como de Gil Gonzalez, y fuése á la bahía de Sant Andrés, donde ya le esperaban los suyos que enviara á Noco. Estuvo allí veinte dias, y por ser buen puerto y hallarse alguna muestra de oro en aquella comarca y rios, pobló un lugar con cincuenta españoles, entre los cuales habia veinte de caballo. Llamóle Natividad de nuestra Señora. Hizo cabildo é iglesia. Dejó clérigo y aparejo para decir misa, y unos tirillos de artillería, y fuése á puerto de Honduras, que por otro se dice Trujillo, en sus naos, y envió por tierra, que habia buen camino aunque algunos rios de pasar, veinte de caballo y diez ballesteros. Estuvo nueve dias en la mar, por algunos contrastes de tiempo que tuvo. Llegó en fin allá, y en peso le sacaron del batel los españoles de allí, que se metieron en agua mostrando mucha alegría. Fué luego á la iglesia á dar gracias á Dios, que le habia traído adonde deseaba, y dentro en ella le dieron muy larga cuenta de todas las cosas que habian pasado Gil Gonzalez de Avila y Francisco Hernandez, Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y el

bachiller Moreno, segun ya tengo relatado. Pidiéronle perdon por haber seguido algun tiempo á Cristóbal de Olid, no pudiendo hacer más, y rogáronle los remediase, que estaban perdidos. Él los perdonó y restituyó los oficios á los que primero los tenian, y nombró de nuevo los otros, y comenzó á edificar casas; y á dos dias que llegó, envió un español de aquellos, que entendia la lengua, y dos mexicanos, á unos pueblos siete leguas de allí, que se llaman Chapaxina y Papaica, y que son cabeza de provincias, á decirles cómo el capitan Cortés, que estaba en México Tenuchtitlán, era venido allí. Oyeron aquellos pueblos la embajada con atencion, y enviaron ciertos hombres con el español, á saber mas por entero si era así verdad. Cortés los recibió muy bien, y les dió cosillas de rescate. Hablóles con Marina, rogándoles mucho que viniesen sus señores á verle, ca lo deseaba en gran manera; y que no iba allá porque no huyesen. Aquellos mensajeros holgaron mucho de hablar con Marina, porque su lengua y la mexicana no difieren mucho, excepto en el pronunciar; y prometieron á Cortés de hacer su posibilidad, y fuéronse. Dende á cinco dias vinieron dos personas principales. Trajeron aves, frutas, maíz y otras cosas de comer; y dijeron al capitan que tomase aquello de parte de sus señores, y les dijese lo que queria de ellos, ó buscaba por aquella tierra, y que no venian ellos á verle, porque tenian temor de que los lle-

vasen en los navíos, como habian hecho á otros poco tiempo ántes; que, segun se supo, era el bachiller Moreno y Juan Ruano. Cortés respondió que no era su venida para mal, sino para mucho bien y provecho de la tierra y de la gente, si le escuchaban y creían; y á castigar los que hurtaban hombres, y que él trabajaria de cobrar aquellos sus vecinos y restituirlos; y que no tuviesen miedo de venir ante él los señores, y sabrian muy por entero lo que buscaba; porque no se lo sabrian decir ellos, aunque lo oyesen; y que solamente les dijese cómo venia para la conservacion de sus personas y haciendas, y para salvacion de sus ánimas. Con tanto, los despidió, y rogó le trajesen gastadores para talar un monte. No tardaron á venir muchos hombres de mas de quince pueblos, señoríos por sí, con bastimentos, y á trabajar donde les mandase. En este tiempo despachó Cortés cuatro navíos; tres que él traía, y otro carabelon de los que arriba nombramos. Con uno envió á la Nueva-España los dolientes, escribió á México y á todos los concejos su viaje, y cómo cumplia al servicio del emperador detenerse por aquellas partes algunos dias. Encargóles mucho el gobierno y quietud de todos. Mandó á Juan de Avalos, su primo, que iba por capitán de aquel navío, que tomase de camino sesenta españoles que estaban en Acuzamil, que dejó allí aislados un Valenzuela, cuando robó el triunfo de la Cruz, que fundó Cris-

tóbal de Olid. Este navío tomó los españoles de Acuzamil, y dió al través en Cuba, en la punta que llaman de Sant Anton. Ahogáronse Juan de Avalos, dos frailes franciscos y mas de otras treinta personas. De los que escaparon la fortuna y se metieron la tierra adentro, no quedaron vivos sino quince, que aportaron á Cuaniguanigo, y aquellos con comer yerba. De suerte que murieron ochenta españoles, sin algunos indios, en este viaje. Al bergantin envió á la Isla Española con cartas para los oidores, sobre su venida allí y sobre lo de Cristóbal de Olid, y para que mandase al bachiller Moreno volver los indios que llevó por esclavos de Papaica y Chapacina. Los otros envió á Jamaica y á la Trinidad de Cuba por carne y ropa y pan; pero tampoco hubieron buen viaje, aunque no se perdieron.



LO QUE HIZO CORTES CUANDO SUPO LAS REVUELTAS
DE MEXICO.

Dos oidores de Santo Domingo, teniendo cada dia nueva sorda que Cortés era muerto, enviaron á saber si era cierto, en un navío que venia á la

Nueva-España, de mercaderes, con treinta y dos caballos, muchos aderezos de la gineta, y otras muchas cosas para vender. El cual navío, sabiendo que era vivo y estaba en Honduras, que así se lo dijieran los del bergantín en la Trinidad de Cuba, dejó la derrota de Medellín, y vino á Trujillo, creyendo vender mejor su mercadería. Con este navío escribió el licenciado Alonso Zuazo á Cortés cómo en México había muy grandes males, y bandos y guerra entre los mismos españoles y oficiales del rey que dejó por sus tenientes, y cómo Gonzalo de Salazar y Peralmindez se habían hecho pregonar por gobernadores, y echado fama que él era muerto; y otros le habían hecho las honras por tal. Que habían prendido al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, ahorcado á Rodrigo de Paz; y que habían puesto otros alcaldes y alguaciles; y que le enviaban preso á Cuba, á tener residencia del tiempo que allí fué juez, y que los indios estaban para levantarse; en fin, le relató cuanto en aquella ciudad pasaba. Cuando estas cartas leía Cortés, reventaba de pesar y dolor, y dijo: «Al ruin ponedle en mando, y veréis quién es; yo me lo merezco que hice honra á desconocidos, y no á los míos, que me siguieron toda su vida.» Retrájose á su cámara á pensar, y aun á llorar aquel triste caso, y no se determinaba si era mejor ir ó enviar, por no dejar perder aquella buena tierra. Hizo hacer tres días

procesion y decir misas del Espíritu Santo, para que le encaminase lo mejor y que mas servicio de Dios fuese. A la fin pospuso todo lo otro por ir á México á remediar aquel mal tan grande; que muy enojado estaba de los que le habían revuelto. Dejó allí en Trujillo á Hernando de Saavedra, primo suyo, con cincuenta peones españoles y treinta y cinco de caballo. Envió á decir á Gonzalo de Sandoval que se fuese de Naco á México por tierra, con los de su compañía, por el camino que llevó Francisco de las Casas, que era, yendo á la mar del Sur á Cuahutemallan, camino hecho, llano y seguro; y embarcóse él en aquel navío que le trujo tan tristes nuevas, para ir á Medellin. Estando sobre una ancla no mas, muy á pique de partir, no hizo tiempo. Volvió al pueblo por apaciguar cierta revolucion entre los vecinos. Allanólos con castigar los revoltosos, y pasados dos dias, tornóse á la nao. Alzó áncoras y velas, y navegando con buen tiempo, quebróse la antena mayor, no dos leguas del puerto; fuéle forzado tornar donde partió. Estuvo tres dias en adobarla. Salió del puerto con viento muy próspero. Anduvo cincuenta leguas en dos noches y un dia. Recreció un norte tan recio y contra rio, que rompió el mástil del trinquete por los tamboretas. Convínole, aunque pasó trabajo y peligro, volver al mismo puerto. Tornó á decir misas y hacer procesiones, y asentósele que Dios no queria que dejase aquella tierra ni que fuese á Mé-

xico, pues tantas veces, saliendo con buen tiempo, se habia vuelto al puerto. Así que determinó de quedarse, y enviar á Martin Dorantes, su lacayo, en aquel mismo navío, que habia de ir á Pánuco con cartas para los que le pareció, y muy bastantes poderes para Francisco de las Casas, con revocacion de todos cuantos poderes hasta allí habia dado y hecho de la gobernación. Envió asimismo algunos caballeros y otras personas principales de México, para crédito que no era muerto, como publicaban. El Martin Dorantes, como en otro lugar dije, llegó á México, aunque por muchos peligros, y á tiempo que Francisco de las Casas era ido preso á España; pero bastó su llegáda á que los de la ciudad creyesen que Cortés estaba vivo.

LA GUERRA DE PAPAICA.

Despachado y partido aquel navío, mandó Cortés á Hernando de Saavedra que entrase por la tierra á ver qué cosa era, con treinta compañeros á pié y otros tantos á caballo. El cual fué y anduvo hasta treinta y cinco leguas por un valle de muy buena tierra y pueblos abundosos de toda co-

sa de comer y pastos; y sin reñir con nadie, atrajo muchos lugares á la amistad de cristianos, y vinieron veinte señores ante Cortés á ofrecérsele por amigos, y cada dia traían á Trujillo mantenimientos dados, y trocados. Los señores de Papaica y Chapaxina estaban rebelados, aunque enviaban algunos de sus pueblos. Cortés los requirió muchas veces, asegurándoles las vidas y haciendas. No quisieron escuchar. Hubo á las manos por buenas maneras que tuvo, tres señores de Chapaxina; echóles grillos. Dióles cierto término, dentro del cual poblasen sus pueblos, con apercibimiento que no lo haciendo serian bien castigados. Ellos mandaron luego venir toda la gente y ropa, y él los soltó. Llamábanse Chicueilt, Potlo y Mendereto. Los de Papaica ni sus señores no quisieron venir ni obedecer. Envió allá una compañía de españoles á pié y á caballo, y muchos indios, que saltearon una noche á Pizacura, uno de los dos señores de aquella ciudad, y prendiéronle; el cual, preguntado por qué habia sido malo é inobediente, dijo que ya se hobiera él venido á dar, sino que Mazatl era mas parte con la comunidad, y no consentia en la paz, ni amistad de cristianos; pero que lo soltasen, y espiarlo hia, para que le prendiesen y ahorcasen; y que si lo hacian luego, la tierra estaria pacífica y poblada; mas no fué así, aunque le soltaron y se prendió Mazatl, á quien fué dicho lo que Pizacura decia, y mandado que dentro un cierto plazo

hiciese venir de la sierra sus vasallos á poblar á Papaica, y como no se pudiese acabar con él, trajéronlo á Trujillo. Procesaron contra él, y sentencióse á muerte, lo cual se ejecutó en su propia persona, que fué gran miedo para los otros señores y pueblos; porque luego dejaron los montes, y se vinieron á sus casas con sus hijos, mujeres y haciendas, si no fué Papaica, que jamás quiso asegurarse despues que Pizacura estuvo suelto; contra el cual se hizo proceso; porque estorbaba la paz, y contra ellos porque no volvian á su ciudad; y así, se les hizo guerra, habiéndolos primero requerido con paz y protestado justicia. Prendieron en ella obra de cien personas, que fueron dados por esclavos. Prendióse Pizacura, y aunque estaba condenado á muerte, no le mataron, sino tuviéronle preso, con otros dos señorcetes y con un mancebo que, segun pareció, era el señor verdadero, y no Mazatl ni Pizacura, que con nombre de curadores, eran usurpadores. A esta sazón vinieron á Trujillo veinte españoles de Naco, de los de Gonzalo de Sandoval y de Francisco Hernandez, y dijeron cómo habia llegado allí un capitán con cuarenta compañeros, de parte del Francisco Hernandez, teniente de Pedrarias, y que venia al puerto ó bahía de Sant Andrés, do estaba la villa de la Natividad de nuestra Señora, en busca del bachiller Moreno, que escribiera á Francisco Hernandez que tuviese la gente, tierra y gobierno por la chancillería, y no por Pe-

drarias; y á esta causa hubo motines entre aquellos españoles, y pensaban que Francisco Hernandez se alzaba contra el gobernador Pedrarias; aunque todo pudo ser, que muy ordinario es en Indias los tenientes quedarse por propios. Cortés escribió á Francisco Hernandez rogándole tuviese aquella tierra y gente que le fué encomendada por Pedrarias, y no por otro; con tanto, que tuviese por el rey, y envióle cuatro acémilas cargadas de herraje, y algunas herramientas para trabajar en minas; lo cual fué una de las causas por que Pedrarias degolló despues al Francisco Hernandez. Idos estos, vinieron unos de la provincia de Huictlato, que es sesenta y cinco leguas de Trujillo, á quejarse á Cortés de que ciertos españoles les tomaban sus mujeres, hacienda y hombres de trabajo, y les hacian otras muchas demasías; por tanto, que le suplicaban los remediase, pues remediaba á todos en semejantes males. Cortés, que ya desto tenia aviso de Hernando de Saavedra, que estaba pacificando la provincia de Papaica, despachó un alguacil y dos indios de aquellos querellantes á Grabiél de Rojas, que así se llamaba el capitan de Francisco Hernandez, con mandamiento y cartas que dejase aquella tierra de Huictlato en paz, y volviese las personas que habia tomado. El Rojas, ó porque estaba cerca Fernando Cortés, ó porque le llamaba Francisco Hernandez, se volvió luego adonde vino; que, segun pareció, Francisco Hernandez estaba

en aprieto con un motin que hacian contra él los capitanes Sosa y Andrés Garabito, porque se queria quitar de Pedrarias. Considerando pues estas disensiones y bollicios entre españoles, y que aquella provincia de Nicaragua era muy rica y estaba cerca, queria ir allá Fernando Cortés, y comenzó de aderezarse y aderezar el camino por una sierra muy áspera.



LO QUE AVINO A CORTES VOLVIENDO A LA NUEVA-
ESPAÑA.

Estando en esto llegó fray Diego Altamirano, primo de Cortés, fraile francisco, hombre de negocios y honra; el cual dijo á Cortés cómo venia á llevarle á México para remediar el fuego que andaba entre españoles; por tanto, que luego á la hora se partiese. Contóle la muerte de Rodrigo de Paz, la prision de Francisco de las Casas, los azotes de Juana de Mansilla, el sacco de su casa, la nigromancia del fator Salazar, la ida de Juan de la Peña á España con dineros para el rey y cartas para Cobos; y en fin, le dijo todo lo que pasaba, y le hizo llamar señoría, y poner estrado, dosel y salva, que hasta allí no lo habia hecho, diciendo que por no tratarse como gobernador, sino llanamente, le tenian

muchos en poco. Cortés recibió grandísima pena y tristeza con aquellas nuevas tan ciertas; pero descansaba platicando con fray Diego, que lo quería mucho, y era cuerdo y aun animoso. Y como tenía muchos indios trabajadores para aderezar el camino de Nicaragua, hizo que fuesen con algunos españoles á adobar el de Cuahutemallan, proponiendo de ir por allí la via que hizo Francisco de las Casas. Envió mensajeros por todas las ciudades que están en el camino, haciéndoles saber cómo iba, y rogándoles tuviesen qué comer y abiertos los caminos. Todas ellas se holgaron mucho que por su tierra pasase Malinxe, que así le llamaban, ca le tenían en grandísima estimacion por haber ganado á México Tenuchtitlan; y así, aderezaron los caminos hasta el valle de Ulancho y las sierras de Chindon, que son muy fragosas, y todos los caciques estaban aparejados y proveidos para le hospedar y festejar en sus pueblos y tierras. Mas empero á importunacion de fray Diego Altamirano dejó aquel largo viaje, y aun por estar escarmentado del que hizo desde la villa del Espíritu Santo hasta la villa de Trujillo, donde estaba, y acordó de ir por mar á la Nueva-España. Y luego comenzó á bastecer dos navíos, y á proveer lo que convenia á los nuevos pueblos de Trujillo y de la Natividad. En este medio tiempo llegaron allí ciertos hombres de Huitilo y otras islas, que llaman Guanajos, y que están entre puerto de Caballos y puerto de Honduras, aunque bien

desviadas de la costa, á dar las gracias á Cortés de una buena obra que les habia hecho, y á pedirle un español para cada isla, diciendo que así estarían seguros. Él les dió sendas cartas de amparo; y porque no podia detenerse, ni tenia los españoles que demandaban, encargó á Hernando de Saavedra, que dejaba por su teniente en Trujillo, que se los enviase cuando hubiese acabado la guerra de Papaica. La causa desto fué que en Cuba y Jamaica armaron y fueron á cativar de aquellos isleños para trabajar en minas, azúcar y labranza, y para pastores. Cortés lo supo, y envió allá una carabela con mucha gente, por si fuesen menester las manos, á rogar al capitán de aquella nao, que se llamaba Rodrigo de Merlo, no hiciese presa de aquellos mezquinos; y si la hubiese hecho, que la dejase. Rodrigo de Merlo, por lo que Cortés le prometió, se vino á Trujillo á vivir, y los indios fueron restituidos á sus islas. Tornando pues á Cortés, digo que como tuvo los navíos á punto, metió en ellos veinte españoles y otros tantos caballos, muchos mexicanos y á Pizacura con los otros señores sus comarcanos, porque viesen á México y la obediencia que tenían á los españoles, para que vueltos, hiciesen ellos así: mas el Pizacura se murió ántes de volver. Partió Cortés del puerto de Trujillo á 25 de Abril de 1526. Trajo buen tiempo hasta casi doblar toda la punta de Yucatan y pasar los Alacranes. Dióle luego un muy recio

vendaval, amainó por no tornar atrás; pero reforzaba cada hora, como suele hacer; tanto, que deshacia los navíos; y así, le fué forzado ir á la Habana de Cuba, donde estuvo diez dias holgándose con los del pueblo, que eran sus conocidos del tiempo que él moró en aquella isla, y recorriendo las naves, que traían alguna necesidad. Allí supo, de unos navíos que venian de la Nueva-España, cómo México estaba mas en paz despues de la prision del fator Salazar y de Peralmindez; que no fué para él poco contentamiento. Partido de la Habana, llegó en ocho dias á Chalchicoeca con muy buen viento que tuvo. No pudo entrar en el puerto á causa de mudarse el tiempo, ó por correr mucho viento terral. Surgió dos leguas en la mar; salió luego á tierra en los bateles; fué á pié á Medellín, que estaba cinco leguas, entróse en la Iglesia á hacer oracion, dando gracias á Dios, que le habia tornado vivo á la Nueva-España. Luego lo supieron los de la villa, que estaban durmiendo; levantáronse por verle, á gran priesa y placer, que no lo creían. y muchos lo desconocieron, como iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar; y á la verdad él habia trabajado y padescido mucho, así en el cuerpo como en el espíritu. Caminó sin camino más de quinientas leguas, aunque no hay sino cuatrocientas de Trujillo á México por Cuahutemallan y Tecoantepec, que es el derecho y usado camino. Comió muchos meses yerbas solas cocidas sin sal;

bebió malas aguas; y así, murieron muchos españoles, y aun indios, entre los cuales fué Couana-cohcin. Podrá ser que á muchos no aplacerá la letura deste viaje de Cortés, porque no tiene novedades que deleiten, sino trabajos que espanten.



LAS ALEGRIAS QUE HICIERON EN MEXICO POR CORTES.

Luego que Cortés llegó á Medellin despachó mensajeros á todos los pueblos, y á México principalmente, haciéndoles saber su llegada; y en todos, quando se supo, hicieron alegrías. Los indios de aquella costa y comarca vinieron luego á verle cargados de gallipavos, frutas y cacao, que comiese, y le traían plumajes, mantas, plata y oro, ofreciéndole su ayuda si queria matar los que le habian enojado. Él les agradecia los presentes y amor, y les decia que no habia de matar á nadie, porque el emperador los castigaria. Estuvo en Medellin once ó doce dias, y tardó á llegar á México quince. En Cempoallan le recibieron muy bien. A do quiera que llegaba, aunque era despoblado lo más, hallaba bien qué comer y beber. Saliéronle al camino indios de más de ochenta leguas léjos, con presentes, ofre-

cimientos, y aun quejas, mostrando grandísimo contento que fuese venido, y limpiábanle el camino, echando flores: tan querido era; y muchos le lloraban los males que les habian hecho en su ausencia, como fueron los de Huaxacac, pidiendo venganza. Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué una jornada á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad fué alegrísimamente recibido. Entró en México con el mayor regocijo y alegría que podia ser, porque al recibimiento salieron todos los españoles con Alonso de Estrada fuera de la ciudad, en ordenanza de guerra; y todos los indios, como si él fuera Moteczuma, salieron á verie. No cabian por las calles. Hicieron alegrías grandísimas y muchas danzas y bailes; tañian atabales, vocinas de caracol, trompetas y muchas flautas, y no cesaron aquel dia ni la noche de andar por el pueblo y hacer hogueras é iluminarias. Cortés no cabia de placer viendo el contento de los indios, el triunfo que le hacian, y el sosiego y paz de la ciudad. Fuése derecho á Sant Francisco á posar y á dar gracias á Dios, que de tantos trabajos y peligros lo habia traído á tanto descanso y seguridad.

DE CÓMO ENVIÓ EL EMPERADOR A TOMAR RESIDENCIA
A CORTES.

Era Cortés el mas nombrado entónces de nuestra nacion; pero infamábanle muchos, en especial Pánfilo de Narvaez, que andaba en corte acusándole; y como habia mucho que no tenian los del Consejo cartas suyas, sospechaban, y aun creían, cualquier mal; y así, proveyeron de gobernador de México al almirante don Diego Colon, que pleiteaba con el rey, y pretendia aquel gobierno y otros muchos, con que llevase ó enviase mil hombres á su costa para prender á Cortés. Proveyeron asimismo por gobernador de Pánuco á Nuño de Guzman, y de Honduras á Simon de Alcazaba, portugués. Ayudó mucho á esto Juan de ribera, secretario y procurador de Cortés, que como riñó con Martin Cortés sobre los cuatro mil ducados que le trajo, y no se los daba, decia mil males de su amo y era muy creido. Mas comió una noche un torrezno en Cadahalso, y murió dello andando en aquellos tratos. No pudieron ser hechas tan secretas las provisiones, ni los proveidos supieron guardar el secreto cual convenia, que no se rugese por la corte, que á la sazón estaba en Toledo; y á muchos

que sentían bien de Cortés les parecía mal. Y el comendador Pedro de Pina lo dijo al licenciado Núñez, y fray Pedro Melgarejo lo descubrió también posando en casa de Gonzalo Hurtado, á la Trinidad; así que luego reclamaron de las provisiones, suplicando que aguardasen algunos días á ver qué venía de México. El duque de Béjar, don Alvaro de Zúñiga, favoreció mucho el partido de Fernando Cortés, porque ya le tenía casado con doña Juana de Zúñiga, su sobrina. Abonóle, fióle y aplacó al emperador. Llegó á Sevilla, estando en esto, Diego de Soto con setenta mil castellanos y con el tiro de plata, que, como cosa nueva y rica, hinchó toda España y otros reinos de fama. Este oro fué, para decir verdad, quien hizo que no le quitasen la gobernación, sino que le enviasen un juez de residencia. Llegado, como digo, aquel presente tan rico y acordado de enviar juez que tomase residencia á Cortés, buscaron una persona de letras y linaje, que supiese hacer el mandado y que le tuviesen respeto, porque soldados son atrevidos; y como estaban en Toledo, tuvieron noticia y crédito del licenciado Luis Ponce de Leon, teniente y pariente de Martín de Córdoba, conde de Alcaudete y corregidor de aquella ciudad, el cual, aunque mancebo, tenía muy buena fama, y enviáronle á la Nueva-España con bastantes poderes y confianza. Él, por no errar y acertarlo todo mejor, llevó consigo al bachiller Marcos de Aguilar, que había estado al-

gunos años en la isla de Santo Domingo, alcalde mayor por el almirante don Diego. Partiéndose pues el licenciado Luis Ponce, y con buena navegacion que tuvo llegó á la Villarica poco despues que Cortés partiera de Medellin. Simon de Cuenca, teniente de aquella villa, avisó luego á Cortés de cómo eran llegados allí ciertos pesquisidores y jueces del rey á tomalle residencia; y fué con tan buena diligencia, que llegaron las cartas á México en dos dias, por postas que habia puestas de hombres. Cortés estaba en Sant Francisco confesado y comulgado cuando recibió este despacho, y ya habia hecho otros alcaldes, y prendido á Gonzalo de Ocampo y á otros bandoleros y valedores del fator, y hacia pesquisas secretamente de todo lo pasado. Dos ó tres dias despues, que fué Sant Juan, estando corriendo toros en México, le llegó otro mensajero con cartas del licenciado Luis Ponce, y con una del emperador, por las cuales supo á qué venia. Despachó luego con respuesta, y para saber por cuál camino queria ir á México, por el poblado ó por el otro, que era más corto. El licenciado no replicó, y queria reposar allí algunos dias, que venia muy fatigado de la mar, como hombre que hasta entónces no la habia pasado. Mas porque le dieron á entender que Cortés haria justicia del fator Salazar y de Peralmindez y de los otros que presos tenia, si se tardaba, y que no lo recibiria sino que saldria á le prender en el camino, que para eso queria saber

por dónde habia de ir, tomó la posta con algunos de los caballeros y frailes que con él iban, y el camino de los pueblos, aunque era más largo, porque no le hiciesen alguna fuerza ó afrenta: tanto pueden las chismeras. Anduvo tan bien, que llegó en cinco dias á Iztacpalapan, y que no dió lugar á los criados de Cortés, que habian ido por entrambos caminos, que le tuviesen buen recaudo y aparejo de mesa y posada. En Iztacpalapan se le hizo un banquete con gran fiestas y alegrías. Tras la comida revesó el licenciado y casi todos los que con él iban, cuanto tenia en el cuerpo; y juntamente con el vómito tuvieron cámaras. Pensaron que fuesen yerbas, y así lo decia fray Tomás Ortiz, de la orden de Santo Domingo, afirmando que las yerbas iban en unas natas, y que el licenciado le daba el plato dellas; y Andrés de Tapia, que servia de maestresala, dijera: «Otras traerán para vuestra reverencia;» y respondió el fraile: «Ni desas ni de otras.» Tambien se tocó esta malicia en las coplas del Provincial, de que ya hice mencion, y se acusó en residencia; pero á la verdad ello fué mentira, segun despues dirémos; porque el comendador Proaño, que iba por alguacil mayor, comió de cuanto comió el licenciado, y en el mismo plato de las natas ó requesones, y ni revesó ni le hizo mal. Creo que como venian calorosos, cansados y hambrientos, que comieron demasiado y bebieron asaz frio, que les revolvió el estómago y les causó aque-

llas cámaras y vómito. Daban allí al licenciado Ponce un buen presente de ricas cosas por parte de Cortés; mas él no lo quiso tomar. Salió Cortés á recibirle con Pedro de Albarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Estrada, Rodrigo de Albornoz, y con todo el regimiento y caballería de México. Tomóle á la man derecha hasta Sant Francisco, donde oyeron misa; que fué la entrada de mañana. Díjole que presentase las provisiones que llevaba, y como respondió que otro dia, llevóle á su casa y aposentóle muy bien. Otro dia siguiente se juntaron en la iglesia mayor el cabildo y todos los vecinos, y por auto de escribano presentó Luis Ponce las provisiones; tomó las varas á los alcaldes y alguaciles, y luego se las tornó á todos; y dijo con mucha crianza: «Esta del señor Gobernador quiero yo para mí.» Cortés y todos los del cabildo besaron las letras del emperador, pusiéronlas sobre sus cabezas, y dijeron que cumplirian lo en ellas contenido, como mandamiento de su rey y señor, y tomaronlo por testimonio. Luego tras esto se pregonó la residencia de Cortés, para que viniese querellando quien estuviese agraviado y quejoso dél. Entónces viérades el bullir y negociar de todos y de cada uno por sí, unos temiendo, otros esperando, y otros zizañando.

LA MUERTE DE LUIS PONCE.

Fué un día el licenciado Ponce á oír misa á Sant Francisco, y volvió á la posada con una gran calentura, que realmente fué modorra. Echóse en la cama, estuvo tres días fuera de seso, y siempre le crecía el calor y el sueño. Murió al septeno; recibió los sacramentos; hizo testamento, y dejó por sustituto al bachiller Marcos de Aguilar. Cortés hizo tan gran llanto como si fuera su padre. Enteróle en Sant Francisco con mucha pompa, luto y cera. Los que no querían bien á Cortés publicaban que murió de ponzoña; mas el licenciado Pero López y el doctor Ojeda, que lo curaron, llevaron los términos y cura de la modorra; y así, juraron que habia muerto della, y trajeron por consecuencia cómo la tarde ántes que muriese hizo que le tañesen una baja; y él así, echado como estaba en la cama, la anduvo con los piés señalando los compases y contracompasses, cosa que muchos la vieron; y que luego perdió la habla, y aquella noche espiró ántes del alba. Pocos mueren bailando como este letrado. De cien personas que embarcaron con el licenciado Luis Ponce de Leon, las más murieron en la mar y en el camino, y á muy pocos días que llegaron á

la tierra; y de doce frailes dominicos, los dos. Sospecha se tuvo que fuese pestilencia, ca pegaron el mal á otros que allí estaban, del cual muriéron. Fueron con él muchos hidalgos y caballeros, y con cargo del rey, Proaño, que arriba nombré, y el capitán Salazar de la Pedrada, por alcaide de México. Pasó fray Tomás Ortiz con doce frailes dominicos por provincial, que habia estado en la Boca del Drago siete años; el cual para religioso era escandaloso, porque dijo dos cosas harto malas: la una fué afirmar que Cortés dió yerbas al licenciado Luis Ponce; y la otra, decir que el Luis Ponce llevaba mandamiento expreso del emperador para cortar á Cortés la cabeza en tomándole la vara; y desto avisó al mesmo Cortés ántes de llegar á México con Juan Xuarez, con Francisco de Orduña y con Alonso Valiente; y llegado, se lo dijo en Sant Francisco en presencia de fray Martin de Valencia y fray Toribio y otros muchos religiosos; pero Cortés fué muy cuerdo en no lo creer. Quería el fraile con esto ganar con el uno gracias y con el otro blancas; mas Ponce se murió y Cortés no le dió nada.

CÓMO ALONSO DE ESTRADA DESTERRÓ DE MEXICO A CORTÉS.

Muerto que fué Luis Ponce de Leon, comenzó el bachiller Marcos de Aguilar á gobernar y proceder

en la residencia de Cortés: unos holgaban dello, otros no; aquellos por destruir á Cortés, estos por conservar, diciendo que no valian nada los poderes, y por consiguiente lo que hiciese, pues que Luis Ponce no los pudo dar; y así, el cabildo de México y los procuradores de las otras villas que allí estaban, apelaron y contradijeron aquella gobernacion, y requirieron á Cortés en forma de derecho, ante escribano, que tomase el gobierno y justicia como ántes lo tenia, hasta que su majestad otra cosa mandase. Mas él no lo quiso hacer, confiado en su limpieza, y porque el emperador entendiese de veras sus servicios y lealtad; ántes defendia y sostuvo al Marcos de Aguilar en el cargo, y le requirió procediese la residencia contra él. Pero el bachiller, aunque hacia justicia, llevaba las cosas del Gobernador al amor del agua. El cabildo, ya que más no pudo, le dió por acompañado á Gonzalo de Sandoval, porque mirase las cosas de Cortés, que era su muy gran amigo; mas de Sandoval no quiso serlo, con acuerdo del mesmo Cortés. Gobernó Marcos de Aguilar con muchos trabajos y pesadumbre, no sé si fué por sus dolencias, ó malicias de otros, ó por hallarse engolfado en muy alta mar de negocios. Púsose muy flaco; sobrevínole calentura, y como tenia las bubas, mal suyo viejo, murió dos meses despues, ó poco más, que Luis Ponce de Leon; y dos ántes que no él, murió tambien un hijo suyo, que llegó malo del camino. Nombró y sustituyó por goberna-

dor y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada, que Albornoz era ido á España y los otros dos oficiales del rey presos estaban, y entónces el cabildo y casi todos reprobaron la sustitucion, que les parecia juego de entre compadres; y diéronle por acompañado á Gonzalo de Sandoval, y que Cortés tuviese cargo de los indios y de las guerras. Duró esto algunos meses. El emperador, con parecer de su consejo de Indias, y por relacion de Rodrigo de Albornoz, que partió de México muerto Luis Ponce y enfermo Marcos de Aguilar, mandó y proveyó que gobernase quien hubiese nombrado el bachiller Aguilar, hasta que su voluntad otra fuese; y así, gobernando solo Alonso de Estrada, no tuvo aquel respeto que se debia á la persona de Cortés por haber ganado aquella ciudad y conquistado tantas tierras, ni el que él le debia por haberle hecho gobernador al principio; ca pensaba que por ser regidor de México, tesorero del rey, y tener aquel oficio, aunque de prestado, era su igual y le podia preceder y mandar, administrando justicia derechamente; y así, usaba con él muchos descomedimientos, palabras y cosas que ni al uno ni al otro estaban bien. De manera pues, que hubo entre ellos muchas cosquillas, y se enconaron á que hubiera de ser peor que la pasada. El Alonso de Estrada, conociendo que si se tomaba con Fernando Cortés habia de poder ménos, hízose amigo de Gonzalo de Salazar y de Peralmindez, dándoles esperanza de

soltallos; y con esto era más parte que primero, aunque con bandos, que no convienen al buen juez, y con fealdad de la persona, que tanto se preciaba, del Rey Católico. Sucedió que ciertos criados de Cortés acuchillaron un capitán sobre palabras. Prendióse uno dellos, y luego aquel mesmo le hizo Estrada cortar la mano derecha, y tornar á la cárcel á purgar las costas, ó por hacer aquella befa de Cortés, su amo. Desterró asimesmo á Cortés porque no le quitase el preso, cosa escandalosa, y que estuvo México para ensangrentarse aquel dia y aun perderse. Mas Cortés lo remedió todo con salir de la ciudad á cumplir su destierro; y si tuviera ánimo de tiranno, como le achacaban, ¿qué mejor ocasion ni tiempo queria para serlo que entónces, pues casi todos los españoles y todos los indios tomaban armas en su favor y defensa? Y no digo aquella vez, mas otras muchas pudiera alzarse con la tierra; empero ni quiso, ni creo que lo pensó, segun por obra lo mostró; y cierto se puede preciar de muy leal á su rey, que si no lo fuera, castigáranlo. Puesto caso que sus muchos y grandes émulos le acusaban siempre de desleal, y por otras mas infames palabras, de tiranno y de traidor, para indignar al emperador contra él; y pensaban ser creidos con tener favor en corte y aun en consejo, segun en otros lugares he dicho, y con que cada dia perdian muchos españoles de Indias la vergüenza á su rey. Empero Fernando Cortés siempre traía en la boca estos dos refranes viejos:

« El rey sea mi gallo, » y « Por tu ley y por tu rey morirás. » El mismo día que cortaron la mano al español, llegó á Tezcucó fray Julian Garcés, de la órden dominica, que iba hecho obispo de Tlaxcallan, cuya diócese se dijo Carolense, por honra del emperador Cárlos, nuestro señor el rey. Supo el fuego que se encendia entre españoles, metióse en una canoa con su compañero fray Diego de Loaisa, y en cuatro horas llegó á México; donde le salieron á recibir todos los clérigos y frailes de la ciudad, con muchas cruces, ca era el primer obispo que allí entraba. Entrevino luego entre Cortés y Estrada, y con su autoridad y prudencia los hizo amigos, y así cesaron los bandos. Poco despues vinieron cédulas del emperador para que soltasen al fator Salazar y al veedor Peralmindez, y les volviesen sus oficios y hacienda; de que no poco se afligió Cortés, que quisiera alguna enmienda de la muerte de su primo Rodrigo de Paz, y que le restituyeran lo que le habian tomado de su casa. Pero quien á su enemigo popa, á sus manos muere, y no miró que perro muerto no muerde. Él pudiera, ántes que llegara el licenciado Luis Ponce de Leon, degollarlos, como algunos se lo aconsejaron; que en su mano fué; mas dejólo por evitar el decir, por no ser juez en su proprio caso, por ser hombre de ánimo, por estar clarísima la culpa que aquellos tenian de haber muerto á sin razon á Rodrigo de Paz; confiado que cualquiera juez ó go-

bernador que viniese los castigaria de muerte, por la guerra civil que movieron é injusticias que hicieron, y aun porque tenian, como dicen, el alcalde por suegro; que eran criados del secretario Cobos, y no lo queria enojar porque no le dañase en otros sus negocios que le importaban mucho mas.



CÓMO ENVIÓ CORTES NAOS A BUSCAR LA ESPECIERIA.

Mandaba el emperador á Cortés por la carta hecha en Granada á 20 de Junio de 1526, que enviase los navíos que tenia en Zacatula á buscar la nao Trinidad y á fray García de Loaisa, comendador de Sant Juan, que era ido al Maluco y á Gaboxo, y á descubrir camino para ir á las islas de la Especieria desde la Nueva-España por el mar del Sur, segun él se lo habia prometido por sus cartas, diciendo que enviaria ó iria, si su majestad fuese servido, con tal armada que compitiese con cualquiera potencia de príncipe, aunque fuese del rey de Portugal, que en aquellas islas hubiese, y que las ganaria, no solo para rescatar en ellas las especias y otras mercaderías ricas que tienen, mas aun para cogellas y traellas por propias suyas; y que

haria fortalezas y pueblos de cristianos que sojuzgasen todas aquellas islas y tierras que caen en su real conquista, conforme á la demarcacion, como eran Gilolo, Borney, entrambas Jabas, Zamotra, Malaca y toda la costa de la China; con tanto, que le concediese ciertos capítulos y mercedes. Así que, habiendo Cortés ofrescídose á esto, y queriéndolo el emperador; y no teniendo otra guerra ni cosa en que entender, determina enviar tres navíos á los Malucos, y hacer camino allá una vez para cumplir despues su palabra, y tambien porque aportó á Ciuatlan Hortunio de Alango, de Portogalete, con un patache que fué con la armada del dicho Loaisa, estando malo Márcos de Aguilar, por sobra de muchos vientos, ó por falta de no saber la navegacion del Tidore. Echó pues al agua tres navíos. En la nao capitana, dicha Florida, metió cincuenta españoles; en otra, que nombraron Santiago, cuarenta y cinco, con el capitan Luis de Cárdenas, de Córdoba; y en un bergantin, quince, con el capitan Pedro de Fuentes, de Jerez de la Frontera. Armólas de treinta tiros. Basteciólas de provision en abundancia, como para tan largo y no sabido viaje se requeria, y de muchas cosas de rescate. Hizo capitan dellas á Alvaro de Saavedra Ceron, su pariente, el cual se partió del puerto de Ciuatlanejo, dia ó víspera de Todos Santos del año de 1527. Anduvo dos mil leguas, segun la cuenta de los pilotos, aunque por derecha nave-

gacion hay mil y quinientas. Llegó con sola su nao capitana; que las otras el viento las desparció de la conserva, á unas muchas islas, que por ser tal dia cuando llegaron, les dijeron de los Reyes; las cuales están poco más ó ménos en once grados á este cabo de la Equinocial. Son los hombres crecidos de cuerpo, cariluengos, morenos, muy bien barbados. Traen cabellos largos, usan cañas por lanzas, hacen esteras muy primas de palma, que de lejos parecen oro, cobijan sus vergüenzas con bragas de aquello, en lo al desnudos andan; tienen navíos grandes. De aquellas islas de los Reyes fué á Mindanao y Bizaya, otras islas que están ocho grados, y que son ricas de oro, puercos, gallinas y pan de arroz. Las mujeres hermosas, ellos blancos. Andan todos en cabello largo. Tienen alfanges de fierro, tiros de pólvora, flechas muy largas y cebratanas, en que tiran con yerba; cosoletes de algodón, corazas de escamas de peces. Son guerreros; confirman la paz con beber sangre del nuevo amigo, y aun sacrifican hombres á su dios Anito. Traen los reyes coronas en la cabeza como acá; y el que entónces allí reinaba se decia Catonao; el cual mató á don Jorge Manrique y á su hermano don Diego y á otros. De allí se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastian del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que fuera con Loaisa. Sirvió de faraute, y dijo cómo su amo le llevó á Cebut, donde supo cómo llevaran de allí ocho cas-

tellanos de Magallanes á vender á la China, y que aun habia otros. En fin, contó todo aquel viaje. Tambien rescató Saavedra otros dos españoles del mesmo Loaisa, en otra isla que llaman Candiga, por setenta castellanos en oro; en la cual hizo paces con el señor, bebiendo y dando á beber sangre del brazo, que tal es la costumbre de por allí, cual entre scitas. Pasó por Terrenate, donde portugueses tenian una fortaleza, y llegó á Gilolo, do estaba Fernando de la Torre, natural de Búrgos, por capitan de ciento y veinte españoles de Loaisa, y alcalde de un castillo. Allí aderezó Albaro de Saavedra su nao, tomó vituallas y todo matalotaje, que le faltaba, y veinte quintales de clavo de lo del emperador, que le dió Fernando de la Torre. Y partióse á 3 de Junio de 1528. Anduvo mucho tiempo de acá para allá. Tocó en las islas de los Ladrones, y en unas con gente negra y crespa, y otras con gente blanca, barbada y los brazos pintados, en tan poca distancia del lugar, que se mucho maravilló. Fuéle forzado volver á Tidore, donde estuvo muchos dias. Partióse de allí para la Nueva-España á ocho dias de Mayo de 1529, y murió navegando, 19 de Octubre de aquel mesmo año. Por cuya muerte, y por falta de hombres y aires, se tornó la nave á Tidore con solas deciocho personas, de cincuenta que sacó de Cihuatlanejo; y porque ya Fernando de la Torre habia perdido su castillo, se fueron aquellos deciocho españoles á

Malaca, donde los prendió don Jorge de Castro, y los tuvo presos dos años, y allí se murieron los diez; que así tratan portugueses á los castellanos. De manera que no quedaron mas de ocho. En esto paró la armada de Fernando Cortés que envió á la Especiería.

CÓMO VINO CORTES A ESPAÑA.

Como Alonso de Estrada gobernaba por la sustitucion de Márcos de Aguilar, segun el emperador mandó, parecióle á Cortés que no habria órden de tornar él al cargo, pues su majestad aquello proveyó, si no iba él á negociarlo, y estaba muy afligido; y aunque pensaba estar sin culpa, no se le cocia el pan, porque tenia muchos adversarios en España, y de malas lenguas y poco favor, que en ausencia era como nada. Así que acuerda de venir á Castilla á muchas cosas muy importantes á sí principalmente, y al emperador y á la Nueva-España. Ellas eran muchas, y diré de algunas. A casarse por haber hijos y mucha edad; á parescer delante el rey su cara descubierta, y á darle cuenta y razon de la mucha tierra y gente que habia conquistado y en parte convertido, é informarle á boca de la

guerra y disensiones entre españoles de México, temiéndose que no le habrían dicho verdad; á que le hiciese mercedes conforme á sus servicios y méritos, y le diese algun título para que no se le igualasen todos, á dar ciertos capítulos al rey, que tenia pensados y escritos sobre la buena gobernacion de aquella tierra, que eran muchos y provechosos. Estando en este pensamiento le fué una carta de fray García de Loaisa, confesor del emperador y presidente de Indias, que despues fué cardenal, en la cual le convidaba por muchos ruegos y consejos á venir á España á que le viese y conociese su majestad, prometiéndole su amistad é intercesion. Con esta carta apresuró la partida, y dejó de enviar á poblar el rio de las Palmas, que está más allá de Pánuco, aunque tenia enhilado ya el camino, y despachó primero docientos españoles y sesenta de caballo con muchos mexicanos á tierra de los chichimecas, para si era buena, como le decian, y rica de minas de plata, poblasen en ella; y si no los recibian de paz, hiciesen guerra y cativasen para esclavos; que son gente bárbara. Escribió á la Veracruz que le aprestasen dos buenas naos, y envió delante á ello á Pero Ruiz de Esquivel, un hidalgo de Sevilla; mas no llegó allá, que al cabo de un mes le hallaron enterrado en una isleja de la laguna, con una mano de fuera de tierra, comida de perros ó aves; estaba en calzas y jubon, tenia una sola cuchillada en la frente; nunca pareció un negro

que llevaba, ni dos barras de oro, ni la barca, ni los indios, ni se supo quién le mató ni por qué. Hizo Cortés inventario de su hacienda mueble, que la valieron en docientos mil pesos de oro; dejó por gobernadores de su Estado y mayordomos al licenciado Juan Altamirano, pariente suyo, á Diego Docampo, y á un Santa Cruz. Basteció muy bien dos navíos, dió pasaje y matalotaje franco á cuantos entónces pasaron; embarcó mil y quinientos marcos de plata, y veinte mil pesos de buen oro, y otros diez mil de oro sin ley, y muchas joyas riquísimas. Trajo consigo á Gonzalo de Sandoval, Andrés de Tapia, y otros conquistadores de los mas principales y honrados. Trajo un hijo de Moteczuma, y otro de Maxixca, ya cristiano, y don Lorenzo por nombre, y muchos caballeros y señores de México, Tlaxcallan y otras ciudades. Trajo ocho volteadores del palo, doce jugadores de pelota, y ciertos indios é indias muy blancos, y otros enanos, y otros contrechos. Y sin todo esto traía para ver, tigres, alcatraces, un aiotochtli, otro tlacuaci, animal que ensena ó embolsa á sus hijos para comer; cuya cola, segun las indias, ayuda mucho á parir las mujeres, y para dar, gran suma de mantas de pluma y pelo, ventalles, rodela, plumajes, espejos de piedra, y cosas así. Llegó á España en fin del año de 1528, estando la corte en Toledo. Hinchó todo el reino de su nombre y llegada, y todos le querian ver.

LAS MERCEDES QUE HIZO EL EMPERADOR
A FERNANDO CORTES.

Hizo el emperador muy buen acogimiento á Fernando Cortés, y aun le fué á visitar á su posada, por mas le honrar, estando enfermo y desahuciado de los médicos. Él dijo á su majestad cuanto traía pensado, y le dió los memoriales que tenia escritos, y le acompañó hasta Zaragoza, que se iba á embarcar para Italia por coronarse. El emperador, conociendo sus servicios y valor de persona, le hizo marqués del valle de Huaxacac, como se lo pidió, á 6 de Julio de 1528 años; y capitan general de la Nueva-España, de las provincias y costa de la mar del Sur, y descubridor y poblador de aquella misma costa é islas, con la docena parte de lo que conquistase, en juro de heredad para sí y para sus descendientes: dábale el hábito de Santiago, y no lo quiso sin encomienda. Pidió la gobernacion de México, y no se la dió, porque no piense ningun conquistador que se le debe; que así lo hizo el rey don Fernando con Cristóbal Colon, que descubrió las Indias; y con Gonzalo Hernandez de Córdoba, gran capitan, que conquistó á Nápoles. Mucho merecia Cortés, que tanta tierra ganó, y mucho le dió el em-

perador por le honrar y engrandecer, como grátísimo príncipe, y que nunca quita lo que una vez da. Dábale todo el reino de Michuacan, que fué de Cazoncín, y él quiso mas á Cuahunahuac, Huaxacac, Tecoantepec, Coyoacan, Matalcinco, Atlacupaía, Toluca, Huaxtepec, Utlatepec, Etlan, Xalapan, Teuquilaiacoan, Calimaia, Autepec, Tepuztlan, Cuitlapan, Accapiztlan, Cuetlaxca, Tuxtla, Tepecan, Atloixtan, Izcalpan, con todas sus aldeas, términos, vecinos, juridicion civil y criminal, pechos, tributos y derechos. Todos estos son grandes pueblos y tierra gruesa. Otros favores y mercedes le hizo tambien; mas las nombradas fueron las mayores y mejores.

DE CÓMO SE CASÓ CORTES.

Murió doña Catalina Xuarez sin hijos; y como en Castilla se supo, trataron muchos de casar á Cortés, que tenia mucha fama y hacienda. Don Alvaro de Zúñiga, duque de Béjar, trató con mucho calor de casarle; y así, le casó con doña Juana de Zúñiga, sobrina suya é hija del conde de Aguilar, don Carlos Arellano, por los poderes que tuvo Martin Cortés. Era doña Juana hermosa mujer, y el conde don Alonso y sus hermanos muy valerosos y favorecidos del emperador; por lo cual,

que colmaba la nobleza y antigüedad de aquel linaje, se tuvo por bien casado y emparentado. Traía Cortés cinco esmeraldas, entre otras que hubo de los indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como rosa, la otra como corneta, y otra un pece con los ojos de oro, obra de indios maravillosa; otra era como campanilla, con una rica perla por badajo, y guarnecida de oro, con « Bendito quien te crió » por letra; la otra era una tacica con el pié de oro, con cuatro cadenas para tenerla, asidas en una perla larga por boton, tenia el bebedero de oro, y por letrero, *Inter natos mulierum non surrexit major*. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco; pero no las dió él entónces por ningun precio; aunque despues las perdió en Argel, cuando fué allá el emperador, segun lo contamos en las guerras de mar de nuestro tiempo. Dijéronle cómo la emperatriz deseaba ver aquellas piezas, y que se las pidiria y pagaria el emperador; por lo cual las envió á su esposa con otras muchas cosas, ántes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Diólas á su esposa por joyas, que fueron las mejores que nunca en España tuvo mujer. Casóse pues con doña Juana de Zúñiga, y volvióse á México con ella y con título de marqués.

DE CÓMO PUSO EL EMPERADOR AUDIENCIA EN MEXICO.

Estaba en España Pánfilo de Narvaez; negociaba la conquista del rio de las Palmas y la Florida, donde al fin murió; y á vueltas no hacia otro que dar quejas de Cortés en corte, y aun al mismo emperador dió un memorial que contenia muchos capítulos, y entre ellos uno que afirmaba cómo Cortés tenia tantas barras de oro y plata como Vizcaya de fierro, y ofrecióse á proballo; y aunque no era cierto, era sospecha. Insistia en que le castigasen, diciendo que le sacó un ojo, y que mató con yerbas al licenciado Luis Ponce de Leon, como habia hecho á Francisco de Garay; y por sus muchas peticiones se trataba de enviar á México á don Pedro de la Cueva, hombre feroz y severo, y que era mayordomo del rey, y despues fué general de la artillería y comendador mayor de Alcántara, para que si aquello era verdad le degollase. Pero como llegaron á la sazón cartas de Cortés, hechas en México á 3 de Setiembre de 1526, y los testimonios del doctor Ojeda y licenciado Pero López, médicos, que curaron á Luis Ponce, no se efetuó; y cuando Cortés vino á Castilla, se reía mucho con don Pedro de la Cueva, sobre esto, diciendo: « A luengas

vias luengas mentiras.» El emperador y todo su consejo de Indias hizo chancillería en México, adonde recorriesen con pleitos y negocios todos los de la Nueva-España; y por quitar y castigar los bandos entre españoles, y para tomar residencia á Cortés, que se queria satisfacer de sus servicios y culpas, y tambien para visitar los oficiales y tesorería real. Mandó á Nuño de Guzman, gobernador de Pánuco, ir por presidente y gobernador, con cuatro licenciados por oidores. Nuño de Guzman fué á México luego el año de 29. Comenzó luego á entender en negocios con el licenciado Juan Ortiz de Matienzo, y Delgadillo; que los otros murieron. E hizo una terrible residencia y condenacion contra Cortés; y como estaba ausente, metíale la lanza hasta el regaton. Hicieron almoneda de todos sus bienes á ménos precio; llamáronle con pregones; encartáronle, y si allí estuviera, corriera riesgo de la vida; aunque barba á barba honra se cata, y ordinario es embravecerse los jueces contra el ausente. Pero aquellos creo que le fatigaran, porque persiguieron tanto á sus amigos, que aun andar por las calles no osaban; y así, prendieron á Pedro de Albarado, recien llegado de España, solamente porque hablaba en favor de Cortés, y achacándole la rebelion de México cuando vino Narvaez. Prendió tambien á Alonso de Estrada y á otros muchos, haciéndoles manifestos agravios. En breve tiempo tuvo el emperador más quejas de Nuño de Guzman y sus oidore

que de todos los pasados; y así, le quitó el cargo, año de 30. Y no solo se probó su injusticia y pasión en México, mas aun en la corte y en muchos lugares de España lo probó el licenciado Francisco Núñez con personas que de allá entónces vinieron. Y despues pronunciaron los oidores y presidente que fueron tras ellos, por parciales y enemigos de Cortés, al Nuño de Guzman y licenciados Matienzo y Delgadillo, y los condenó la Audiencia á que le pagasen lo que le mal vendieron. Entendiendo Nuño de Guzman que le quitaban de la presidencia, temió y fuése contra los teuchichimecas en demanda de Culuacan, que segun algunos, es de donde vinieron los mexicanos. Llevó quinientos españoles, los mas dellos á caballo. Unos presos, otros contra su voluntad; y los que iban de grado eran novicios en la tierra, y casi todos los que con él pasaron. En Mechoacan prendió al rey Cazancin, amigo de Cortés, servidor de españoles y vasallo del emperador, y que estaba en paz. Y sacóle, segun fama, diez mil marcos de plata y mucho oro. Y despues quemóle con otros muchos caballeros y hombres principales de aquel reino, porque no se quejasen; que perro muerto no muerde. Tomó seis mil indios para carga y servicio de su ejército. Comenzó la guerra, y conquistó á Xalixco, que llaman Nueva-Galicia, como en otro cabo dije. Estuvo Nuño de Guzman en Xalixco hasta que el virey don Antonio de Mendoza y la chancillería de México le hizo prender y traer

á España á dar cuenta de sí; y nunca más le dejaron volver allá. Si Nuño de Guzman fuera tan gobernador como caballero, habia tenido el mejor lugar de Indias; empero húbose mal con indios y con españoles. El mismo año de 1530, que salió de México Nuño de Guzman, fué allá por presidente y á visitar y reformar la Audiencia, ciudad y tierra, Sebastian Ramirez de Fuenleal, natural de Villascusa, que era obispo y presidente de la isla de Santo Domingo. Diéronle por oidores á los licenciados Juan de Salmeron, de Madrid; Vasco Quiroga, de Madrigal; Francisco Reinos, de Zamora, y Alonso Maldonado, de Salamanca; los cuales rigieron con justicia la tierra. Poblaron la ciudad de los Ángeles, que los indios llaman Cuetlaxcoapan, que quiere decir culebra en agua, y por otro nombre Vicilapan, que significa pájaro en agua. Y esto á causa de dos fuentes que tiene, una de agua mala y otra de buena. Está á veinte leguas de México, y en el camino para la Veracruz. El obispo comenzó á poner los indios en libertad, y por eso muchos españoles de los pobladores dejaban la tierra y se iban á buscar las vidas á Xalixco, Honduras, Cuahutemallan y otras partes que habia guerras y entradas.

VUELTA DE CORTÉS A MEXICO.

En esto llegó Cortés á la Veracruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marques y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de México, con achaque de salir á recibirle. En pocos dias se le juntaron más de mil españoles, y se le quejaban que no tenían qué comer, y decían que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habian destruido á ellos y á él, y que viese si queria que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiólos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de la laceria con las armadas que habia de hacer, y porque no hiciesen algun motin ó saco entreteníalos con regocijos. El presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviesen á México, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitarlos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movian los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Veracruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méxi-

co. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadron de españoles é indios, en que habia gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcucó mandáronle que no entrase en México, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del rey. Obedesció y cumplió con toda la prudencia que convenia al servicio del emperador y bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcucó muy acompañado, y con tanta corte y más que habia en México. Escrebia al presidente y oidores que mirasen mejor su buena intencion y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podian estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogian en descampado; y no en muchos dias faltaban más de docientos, todos muertos á manos suyas, así en pueblos como en caminos, é ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni más cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en México. Él fué luego muy acompañado de gente de guerra, y de veras parecia capitán general. Salieron todos á recibirle, que entraba tambien la marquesa, y fué aquel un dia de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo

remediarían tanto mal. Tomó Cortés la mano; prendió á muchos indios; quemó algunos; aporreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merecía galardón romano.

DE CÓMO ENVIÓ CORTÉS Á DESCUBRIR LA COSTA DE LA
NUEVA-ESPAÑA POR LA MAR DEL SUR.

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instrucción y conveniencia que traía del emperador, hecha en Madrid á 27 de Octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contratara con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de México, como porque cumpliera lo que había capitulado con el emperador; que bien sabía cómo tenía siempre muchos carpinteros y navíos en el astillero, pero querían que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haría. Dió pues muy gran prisa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entretanto, anduvo un sarampion que llamaron zauatltepiton,

que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narvaez, segun ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué tambien enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envió por capitan dellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de Sant Miguel y otra de Sant Marcos. Fueron, por tesorero Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchior Fernandez. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco dia Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hácia el Poniente, que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalixco, y quiso tomar agua, no por necesidad sino por henchir las vasijas que hasta allí habian vencido. Nuño de Guzman, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, ó por ser de Cortés, ó porque nadie entrase en su juridicion sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien docientas leguas costeano lo más y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiólos en el un navío, y enviólos á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navío prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que

dél se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contrario y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venian, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzman les habian hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desque lo supo fuése á Teoantepec, villa suya, que está de México ciento y veinte leguas. Aderezó dos navíos que sus oficiales acababan de hacer, bastecióslos muy cumplidamente, y envió por capitan de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortun Jimenez, vizcaino; y del otro á Hernando de Grijalva, y piloto á un portugués que se decia Acosta: creo que partieron año y medio despues que Diego Hurtado. Iban á tres efectos: á vengar los muertos, á buscar y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa. Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca más se vieron. Fortun Jimenez se concertó con muchos vizcainos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debió ser que riñeron, y hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía

de Santa Cruz. Saltó á tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlan de Xalixco en el batel, y dijeron á Nuño de Guzman cómo habian hallado muchas muestras de perlas. Él fué allá; aderezó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalva anduvo trecientas leguas por el norueste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaria islas, y topó con una, que llamó Sancto Tomás porque tal dia la descubrió. Estaba, segun él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto parraron aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.



LO QUE PADESCIÓ CORTES CONTINUANDO EL DESCUBRIMIENTO DEL SUR.

Cortés, entretanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navíos muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Teoantepec, para cumplir lo capitulado con el emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra.-

Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al presidente y oidores, de Nuño de Guzman, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provision, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. Él entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzman sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navíos para Chiametlan, que se llamaba Santa Agueda, Sant Lázaro y Santo Tomás, y él fuése por tierra desde México muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuanto en ella iba, que con el casco del navío valia todo quince mil ducados. Llegaron tambien los tres navíos; embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitan, ca tenia trecientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó adónde mataron á Fortun Jimenez. Tomó tierra primero dia de Mayo del año de 1536, y por ser tal dia nombró aquella punta, que es alta, sierras de Sant Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó Santiago. A tres dias entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos aires, y llámóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortun Jimenez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles despues de embarcados un viento que los llevó hasta dos rios, que agora llaman Sant Pedro y Sant Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos

tres navíos. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban Sant Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió á México. Cortés esperó muchos dias sus naos, y como no venian, llegó á mucha necesidad porque en ellos tenia los bastimentos, y en aquella tierra no cogen maíz sino viven de frutas y yerbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navío á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantin, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arrecifes ó bajos, que ni sabia por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimóse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancon. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron tambien el navío, y enviáronle su batel con Anton Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navío, saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que habia harta hondura por encima de una reventazon, que por ella pasó su nao. En diciendo esto,

encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navío muerto y trastornado. Allí viérades llorar al más esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse pensando guarescer á nado ó en tablas; é ya estaban para hacerlo, cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decia el piloto, mas abierta por en medio. Llegaron, en fin, al otro navío surto, vaciando el agua con la bômba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabestranes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbon. Trabajan de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en Sant Miguel, decisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culuacan, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buen oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao Sant Lázaro en la barra con la patilla, y desgobernóse el gobernalle. Fué menester hacer otra vez carbon y fraguar de nuevo los fierros. Partióse Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalva por capitan de la otra, que no pudo salir tan presto. A dos dias que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesena, que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Anton Cordero, que dormia al pié del árbol. Cortés hubo de guiar la navegacion; que no habia quien mejor la hiciese.

Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un norueste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sueste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entretanto el norueste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortun Jimenez, que está junto á la de Santiago. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar: y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí habia dejado estaban trasiados de hambre, y aun se habian muerto mas de cinco, y no podian buscar marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenia. Comian yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querian. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenian los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalva, y que era llegado á México don Antonio de Mendoza por virey, segun los de Sant Miguel le dijieran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitan de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle na-

víos y mas hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalva. Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva-España, que le venia á buscar, y que le dijo cómo venian atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperóles dos dias, y no viniendo, fuése con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalisco, y llevólas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalva atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hízola limpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y los ojos, que no podian ver. Levantó el navío, púsolo en hondura; y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles; que cerca habia buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Coliman; donde, ántes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la marquesa tenia grandísima pena, iban á saber dél. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan desta navegacion de Cortés, que á unos parecerian milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo creedero. Estando Cortés en Acapulco, á México de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virey en

aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que habia escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallan, que así habia hecho á otros gobernadores, en que le hacia saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, y que si no era por mar, no podia salir, y que le combatian cada dia, y que si no le socorrian presto, se perderia. Cortés dejó de enviar recaudo entónces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalva, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos sitiales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenia para sí aquella jornada, é ya que estaba en su tierra, no los habia mucho menester. Hernando de Grijalva fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y Cortés hizo en Cuaunauac sesenta hombres. y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, decisiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballestas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca dellas hubo recompensa, como mataron no mucho despues al Francisco Pizarro, aunque Pizarro tambien envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalva.



DE LA MAR DE CORTES, QUE TAMBIEN LLAMAN
BERMEJO.

Por el mes de Mayo del mismo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucan, que vuelve al Norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Agueda, la Trinidad y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navío, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa mas de docientas leguas hasta do fenescce, que llamaron ancon de Sant Andrés, por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancon en treinta y dos grados de altura, y aun algo mas; es allí la mar bermeja, cresce y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos vulcanejos, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pes-

can en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y trasquilados como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque tambien las tienen de barro muy bueno. Del ancon de Sant Andrés, siguiendo la costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el Ancon de Sant Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: más fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España, pero no hizo mas de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fué allá él mismo. Créese que hay grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó docientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como despues diremos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio, y tener pleito con el rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

DE LAS LETRAS DE MEXICO.

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideracion; solamente hay en la Nueva-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades. Semejan mucho á los jeraglifos de Egipto, mas no encubre en tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser ménos. Estas figuras que usan los mexicanos por letras son grandes, y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; píntalas en paredes, en papel que hacen de algodón y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos tambien arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b*, *g*, *r*, *s*; y así, usan mucho de *p*, *c*, *l*, *x*; esto es la lengua mexicana y nahuatl, que es la mejor, mas copiosa y mas extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. Tambien se hablan y entienden algunos de México por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

Los nombres de contar.

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Nauí.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconauí.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactlioce.	Once.
Matlactliome.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinauí.	Catorce.
Matlactlimacuíl.	Quince.
Matlactlichicoace.	Deciseis.
Matlactlichicome.	Decisiete.
Matlactlichicuei.	Deciocho.
Matlachtchiconauí.	Decinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez equino, y diez y seis uno, diez y seis dos, diez y seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

Del año mexicano.

El año de aquestos mexicanos es de treientos y sesenta dias, porque tienen deocho meses de á veinte dias cada uno; los cuales hacen treientos y sesenta. Tiene mas otros cinco dias que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devocion. No podian dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos dias; empero harto atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

Los nombres de los meses.

Tlacaxipcualiztli.

Tozçuztli.

Huei tozçuztli.

Toxcalt.

Tepupoçuiliztli.

Eçalcoaliztli.

Tecuil huicintli.

Huei tecuilhuitl.

Miccahuicintli.

Vei miccailhuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.
Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panqueçaliztli.	
Hateztli.	
Tititlh.	
Izcalli.	
Coauitleauc.	Ciuaihuilt.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, segun quedan señalados por sí; mas la órden que llevan es la comun.

Nombres de los dias.

Cipactli.	Espadarte.
Hecatli.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.

Acatlh.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Aguila.
Coazcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpathl.	Cuchillo.
Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son mas que dias tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa de ello es los cinco dias intercalares, que andan por sí, y tambien porque tienen semana de trece dias, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipactli, no puede correr mas de hasta matltalomei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlactlinaui ocelotl, que es catorceno dia, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte dias, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es desta manera:

Ce cipactli.
Ome hecatl.
Ei calli.

Nauí cuezpali.
Macuil couatl.
Chiocoacen mizquintli.
Chicome meçatl.
Chicoey tochtli.
Chiconauí atl.
Matlacizcuintli.
Matlactlioce oçumatli.
Matlactliome malinalli.
Matlactlomei acath.

La semana siguiente tras esta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen:

Ce ocelotl.
Ome coautli.
Ei cozcaquahutli.
Nauí olin.
Macuil tecpatl.
Chicoacen quiauitl.
Chicome xuchitl.
Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero.

Ce maçatl.
Ome tochtli.
Ei atl.
Nauí izcuintli.
Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana; en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué septimo dia en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el dia primero desta tercera semana. No es mas escura cuenta esta que la nuestra que tenemos por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque tambien ellos se mudan y andan de tal manera, que la *a*, que fué primer dia de un mes, viene á ser el quinto dia del otro mes adelante, y al tercer mes, es tercero dia; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años.

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos, tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo quanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acathl, tecpatli, calli, que son conejo, caña, cuchillo, casa; y dicen:

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acathl.	Dos años.
Ei tecpatlh.	Tres años.
Nauí calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacen acathl.	Seis años.
Chicome tecpatlh.	Siete años.
Chicuei calli.	Ocho años.
Chiconauí tochtli.	Nueve años.

259

Matlactli acathl.	Diez años.
Matlactlioce tecpathl.	Once años.
Matlactliome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta mas de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana.

Ce acathl.	Un año.
Ome tecpathl.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nauí tochtli.	Cuatro años.
Macuil acathl.	Cinco años.
Chicoacen tecpathl.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicuei tochtli.	Ocho años.
Chiconauí acathl.	Nueve años.
Matlactli tecpathl.	Diez años.
Matlactlioce calli.	Once años.
Matlactliome tochtli.	Doce años.
Matlactliomei acathl.	Trece años.

La tercera semana de años.

Ce tecpathl.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Nauí acathl.	Cuatro años.
Macuil tecpathl.	Cinco años.
Chicoacen calli.	Seis años.

Chicome tochtli.	Siete años.
Chicuei acath.	Ocho años.
Chiconau tecpatlh.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactliome tochtli.	Once años.
Matlactliome acath.	Doce años.
Matlactlomei tecpatlh.	Trece años.

La cuarta semana.

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acath.	Tres años.
Nau tecpatlh.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacen tochtli.	Seis años.
Chicome acath.	Siete años.
Chicuei tecpatlh.	Ocho años.
Chiconau calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactlioce acath.	Once años.
Matlactliome tecpatlh.	Doce años.
Matlactlomei calli.	Trece años.

Cada semana destas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias, segun

despues tratarémos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la órden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otros y otros; pero siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en qué año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

CINCO SOLES, QUE SON EDADES.

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, segun ellos fingen y creen por las figuras ó fábulas que dello tienen, afirman que han pasado, despues acá de la creacion del mundo, cuatro soles, sin este que agora los alumbra. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perescieron todas las cosas criadas; el segundo sol peresció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caida mató toda la gente y toda cosa viva; y dicen que habia entónces gigantes, y que son dellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulcros, de cuya medida y pro-

porcion parece como eran aquellos hombres de veinte palmos en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego, porque ardió muchos dias todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto sol fenesció con aire: fué tanto y tan recio el viento que hizo entónces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perescieron los hombres, sino convirtiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se escureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinte y cinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa escuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recién criado, y nacido en dia de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel dia y figura. Así que, contando de entónces hasta el año de 1552, ha su sol ochocientos y cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y dia del quinto sol, mas tambien la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debian ser todas las otras cosas. Tambien cuentan que, tres dias despues que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veais

cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencian los religiosos que los convertian á nuestra santa fe.

CHICHIMECAS.

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la más antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculuacan, que es más allá de Xalixco, cerca de los años de 720 que Cristo nació, reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos dellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlan; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenían rey cuando entraron aquí; no hacian lugar, ni aun casa; moraban en cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comian maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte; manteníanse de raíces, yerbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos y otros animales y aves, y comian toda esta caza no guisada, sino cruda y seca al sol; tambien comian culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy dia hay muchos dellos

allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animales; ofrecíanle asimesmo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacian sacrificio con sangre; no tenian ídolos, ni aun del sol, á quien tenían por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.



ACULUAQUES.

Setecientos y setenta ó más años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policia y razon, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron luego en viniendo á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y habia entre ellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancinco, que fué su primera puebla; y porque venian de Tulla, poblaron luego á Tullan, y despues á Tezcuco, y de allí á Couatlichan, de donde fueron á Culuacan, que otros

dicen Coyoacan, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y enjuta de la laguna, alrededor de la cual habia ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban México; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad México Tenuchtitlan. Habia cerca de docientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenian, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones, que ántes ó no habian querido ó no osaban.

MEXICANOS.

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mexicanos, nacion tambien extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mesmos de Aculúa, por quanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron tambien ellos por Tullan, y caminaron hácia la laguna: poblaron Azcapuzalco, y luego á Tlacopan y Chapultepec, y de allí edificaron á México, cabecera de su señorío, por oráculo del diablo. Crescieron

tanto en hacienda y reputacion, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerras á sus vecinos; vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que á los que se les daban, ponian ciertos tributos ó párias, y á los que les resistian, robaban y servíanse dellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por via de religion; añadiéronle luego las armas y fuerza, y despues codicia, y así se quedaron señores de todo, y pusieron la silla de su imperio en México. Traían cuenta y razon con el tiempo por escrito de figuras, si ya no la tomaron de aquellos otros de Aculuacan despues que trabaron con ellos amistad y parentesco.

Segun los libros desta gente, y comun opinion de sus hombres sabios y leidos, salieron estos mexicanos de un pueblo llamado Chicomuztoth, y todos nacieron de un padre, dicho por nombre Iztacmixcoath, el cual tuvo dos mujeres. En Ilancueitl, que fué la una, hubo seis hijos: el primero se llamó Xelhúa, el segundo Tenuch, el tercero Ulmecath, el cuarto Xicalancath, el quinto Mixtecatlh, el sexto Otomitlh. En Chimalmath, que fué la otra mujer, hubo á Quezalcoath.

Xelhúa, que era el primogénito y mayorazgo, fundó y pobló á Cuahuquechulan, Izcuzan, Epatlan, Teupantlan, Teouacan, Cuzcatlan, Teutitlan y otros muchos lugares.

Tenuch pobló á Tenuchtitan, y dél se dijeron al

principio Tenuchca, segun algunos cuentan, y despues se llamaron México. Deste Tenuch salieron muchas personas muy excelentes, y sus descendientes vinieron á mandar toda la tierra y á ser señores de todo su linaje y de otras muchas gentes.

UlmeCATlh pobló tambien muchos lugares en aquella parte á do agora está la ciudad de los Ángeles, y nombró los Totomiuacan, Vicilapan, Cueltaxcoapan, y otros así.

XicalancATlh anduvo más tierra, llegó á la mar del Norte, y en la costa hizo muchos pueblos; pero á los dos mas principales llamó de su mismo nombre. El un Xicalanco está en la provincia de Maxcalcinco, que es cerca de la Veracruz, y el otro Xicalanco está cerca de Tabasco. Este es gran pueblo y de mucho trato, donde se hacen grandes ferias, á las cuales van muchos mercaderes de léjos tierras; y los de allí andan por toda la tierra contratando. Hay gran distancia del un pueblo destos al otro.

MixteCATlh echó por la otra parte y corrió hasta la mar del Sur, donde pobló á Tututepec; edificó á Acatlan, que hay del uno al otro cerca de ochenta leguas; y todo aquel trecho de tierra se llama Mixtecapan. Es un gran reino, rico, abundante, de mucha gente y buenos pueblos.

Otomitlh subió á las montañas que están á la redonda de México. Pobló muchos lugares. Los mejores y el riñon de todos ellos es Xilotepec, Tullan y Otompan. Esta es la mayor generacion de toda la

tierra de Anauac; la cual, allende de ser muy diferente en la bahía, andan los hombres chamorros. Tambien hay quien dice que los chichimecas vienen desde Otomitlh, por ser entrambas naciones de baja suerte y la más suez y servil gente que hay en toda esta tierra.

Quezalcoatlh edificó, ó como dicen algunos, reedificó á Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla y otras muchas ciudades. Fué aqueste Quezalcoatlh hombre honesto, templado, religioso, santo, y, como ellos tienen, dios. No fué casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, segun se dice, la ley natural, y enseñóla con obra, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que ántes no lo usaban, y fué el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como agora lo usan estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia, por castigo y por remedio contra el vicio del mentir y del escuchar la mentira, que no son pequeños vicios entre esta gente. Creen que no murió, sino que se desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar. Tal lo pintan cual yo cuento, á Quezalcoatlh; y porque no saben, ó porque encubren su muerte, lo tienen por el dios del aire, y lo adoran en toda esta tierra, y principalmente en Tlaxcallan y Chololla, y en los demás pueblos que fundó; y así le hacen en ellos

extraños ritos y sacrificios.—Tanto como dicho es poblaron y anduvieron estos siete hermanos, ó conquistaron; que tambien se cuenta dellos haber sido hombres muy guerreros. Va todo ello muy en suma, así porque basta para declaracion del linaje y tierra destes mexicanos, como por acortar muchos cuentos que sobre esto tienen los indios, que presumen de sangre, y de leidos en sus antigüedades. Los españoles, aunque han procurado saber muy de raíz la origen de los reyes mexicanos, no se determinan á certificar las opiniones; solamente afirman que así como todos los de México y Tezcuco se precian de llamar Aculuaques, así los que son de aquel linaje y lenguaje son hombres de más cualidad y estofa que los otros, y así tambien son más estimados y temidos, y su lengua, costumbres y religion es lo mejor y lo que más se usa.

POR QUÉ SE DICEN ACULUAQUES.

Los señores de Tezcuco, que verdaderamente son señores de Aculuacan y mas antiguos que mexicanos, se jatan decender de un caballero que era más alto que ninguno de todos los de aquella tierra, de los hombros arriba, por lo cual le llamaron Aculli,

como si dijésemos el hombrudo ó el alto de hombros, que aculli es hombro, aunque tambien quiere decir el hueso que baja del hombro al codo. Allende que este Aculli fué hombre de gran estatura, fué asimismo grande en todas sus cosas, y especialmente en las guerras, que venció de animoso y valiente.

Los señores de México, que son los mayores y los grandes, y en fin, los reyes de los reyes, se precian de ser y de se llamar de Culúa, diciendo que decienden de un Chichimecatlh, caballero muy esforzado, el cual ató una correa al brazo de Quezalcoatlh por junto al hombro cuando andaba y conversaba entre los hombres. Lo que tuvieron por un gran hecho y decian: «Hombre que ató á un dios, atará á todos los mortales;» y así, de allí adelante le llamaron Aculhuatli, que como poco há dije, aculli es el hueso del codo al hombro, y el mismo hombro. Valió, y pudo mucho despues aquel Aculhuati, y dió comienzo á sus hijos de tal manera, que vinieron sus descendientes á ser reyes de México en aquella grandeza que Moteczuma estaba cuando Fernando Cortés le prendió. Así que parece que vienen de Chichimecatlh, aunque por diversos efectos, y dicen que por diferenciarse tienen aquel cuento los de Tezcuco, y este los de México.



DE LOS REYES DE MEXICO.

Cuenta su historia que vinieron á esta tierra los chichimecas el año, segun nuestra cuenta, de 721 despues que Cristo nació. El primer señor y hombre principal que nombran y señalan en la órden y sucesion de su reino y linaje, es Totepeuch, y es de pensar que ó se estuvieron sin rey, como ya en otra parte dije, ó que no declaran el capitan que traían, ó que Totepeuch vivió muy mucho tiempo; que pudo ser, pues murió mas de cien años despues que entraron en esta tierra. Muerto que fué Totepeuch, se juntó toda la nacion en Tullan, é hicieron señor á Topil, hijo de Totepeuch y de edad de veinte y dos años. Fué rey cincuenta años, ó casi.

Estuvieron sin señor, despues que Topil murió, mas de ciento y diez años; pero no cuentan la causa; ó quizá se olvidan el nombre del rey ó reyes que fueron en aquel espacio de tiempo. Al cabo del cual, estando allí en Tullan, sobre ciertas diferencias y pasiones que los advenedizos tuvieron con los naturales, se hicieron dos señores. Piensan algunos que entre los mismos chichimecas hubo bandos sobre quién mandaria; que como de Topil no quedaban hijos, habia muchos deseosos de man-

dar. Empero de cualquiera manera que fué, se tiene por cierto que eligieron dos señores, y que cada uno dellos echó por su camino con los de su parcialidad ó linaje. Uemac fué un señor, y salió de Tullan por una parte. Nauchiocin, que fué el otro señor, y natural chichimeca, se salió tambien del pueblo, y se vino hácia la laguna con los de su valía; fué rey mas de setenta años, y acaece vivir los hombres mucho tiempo.

Por muerte de Nauhiocin reinó Cuauhtexpetlatl.

Tras Cuauhtexpetlatl fué rey Uecin.

Nonoualcatl sucedió á Uecin.

Reinó despues dél Achitometl.

Tras Achitometl heredó Cuauhtonal, y á los diez años de su reinado llegaron los mexicanos á Chapultepec. Esto es segun la cuenta de algunos; por ende parece que no tienen mucha antigüedad.

Sucedió en el señorío á este Achitometl Mazazin.

A Mazazin heredó Queza.

Tras Queza fué rey Chalchinhtona.

Por muerte de Chalchinhtona vino á reinar Cuauhtlix.

A Cuauhtlix sucedió Johuallatonac.

Reinó tras Johuallatonac Ciuhtetl.

Al tercer año que reinaba se metieron los mexicanos á do es agora México.

Muerto Ciuhtetl, fué rey Xiuiltemoc.

Cuxcux sucedió á Xiuiltemoc.

Murió Cuxcux, y heredóle Acamapichtli. Al sexto año de su reinado se levantó Achitometl, hombre muy principal, y con deseo y ambicion de reinar le mató, y tiranizó aquel señorío de Aculucan cerca de doce años; y no solamente mató al rey, sino tambien á seis hijos y herederos. Illancueitl, que era la reina, ó segun algunos, ama, huyó con Acamapichcin, hijo ó sobrino, pero heredero forzoso de Cuautlichan. Doce años despues que Achitometl señoreaba, se fué á los montes desesperado, y por miedo no le matasen los suyos, que andaban muy revueltos. Con su ida, ó con las crueldades, muertes, agravios y otros malos tratamientos que habia hecho á los vecinos, se despobló aquella ciudad de Culucan, y por falta del rey comenzaron á gobernar la tierra los señores de Azcapuzalco, Cuaunahuac, Chalco, Couatlichan y Huexocinco.

Despues que Acamapich se crió algunos años en Couatlichan, le llevaron á México, donde le tuvieron en mucho, por ser de tan alto linaje y legítimo heredero y señor de la casa y Estado de Culúa; y como habia de ser tan gran príncipe, luego que fué de edad para se casar, procuraron muchos caballeros de México darle sus hijas por mujeres. Acamapich tomó hasta veinte mujeres de aquellas mas nobles y principales, y de los hijos que tuvo en ellas vienen los mas y mayores señores de toda es-

ta tierra; y porque no se perdiese la memoria de Culuacan, poblóla, y puso en ella por señor á su hijo Nauhiocin, que fué segundo de tal nombre. Y él asentóse y residió en México; fué un excelente príncipe y un gran varon, y cuantas cosas quiso se le hicieron á su sabor, que, como ellos dicen, tenia la fortuna en la mano. Tornó á ser señor de Culuacan, como su padre lo fué; fué asimesmo rey de México, y en él se comenzó á extender el imperio y nombre mexicano; y en cuarenta y seis años que reinó se ennobleció muy mucho aquella ciudad Mexicotenuchtitlan. Dejó Acamapich tres hijos, que todos tres reinaron tras él, uno en pos de otro.

Muerto Acamapich, sucedió en el señorío de México su hijo mayor Viciliuitl, el cual casó con heredera del señorío de Cuauhnauac, y con ella señoreó aquel Estado.

A Viciliuitl sucedió su hermano Chimapopoca.

A Chimapopoca sucedió el otro su hermano, dicho Izcona. Este Izcona señoreó á Azcapuzalco, Cuauhnauac, Chalco, Coautlichan y Huexocinco. Mas tuvo por acompañados en el gobierno á Nezaualcoyocin, señor de Tezcucó, y al señor de Tlacopan, y de aquí adelante mandaron y gobernaron estos tres señores cuantos reinos y pueblos obedecian y tributaban á los de Culúa; bien que el principal y el mayor dellos era el rey de México, el segundo el de Tezcucó, y el menor el de Tlacopan.

Por muerte de Izcona reinó Moteczuma, hijo de Viciliuitl, que tal costumbre tenían en las herencias, de no suceder en el señorío los hijos á los padres que tenían hermanos, hasta ser muertos los tios; mas en muriendo, heredaban los hijos del hermano mayor, como hizo este Moteczuma.

Tras este Moteczuma vino á suceder en el reino una su hija, ca no habia otro heredero mas cercano; la cual casó con un su pariente, y parió dél muchos hijos, de los cuales fueron reyes de México tres, uno tras otro, como habian sido los hijos de Acamapich.

Axayaca fué rey despues de su madre, y dejó un hijo, que llamó Moteczuma por amor de su agüelo.

Por muerte de Axayaca reinó su hermano Tizocica.

A Tizocica sucedió Auhizo, que tambien era su hermano.

Como fué muerto Auhizo, entró á reinar Moteczuma, y comenzó el año de 1503. Este fué á quien prendió Cortés. Quedaron muchos hijos deste Moteczuma, á lo que dicen algunos. Cortés dice que dejó tres hijos varones con muchas hijas. El mayor dellos murió entre muchos españoles al huir de México. De los otros dos, era uno loco y otro perlático. Don Pedro Moteczuma, que aun vive, es su hijo, y señor de un barrio de México; el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor

señor. De las hijas, una fué casada con Alonso de Grado y otra con Pedro Gallego, y despues con Juan Cano, de Cáceres; y primero que con ellos, casó con Cuetlauac. Fué bautizada, y llamóse doña Isabel. Parió de Pedro Gallego un hijo, que llamaron Juan Gallego Moteczuma, y de Juan Cano parió muchos. Otros dicen que no tuvo Moteczuma mas de dos hijos legítimos: á Axayaca, varon, y á esta doña Isabel; aunque hay bien que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Moteczuma eran legítimos.

Muerto que fué Moteczuma, y echados de México los españoles, fué rey Cuetlauac, señor de Iztacpalapan, su sobrino, ó como algunos quieren, hermano. No vivió mas de sesenta dias, aunque otros dicen muchos ménos. Murió de las viruelas que pegó el negro de Narvaez.

Por muerte de Cuetlauac reinó Cuahutimoc, sobrino de Moteczuma y sacerdote mayor; el cual, por reinar descansado, mató á Axayaca, á quien pertenecia el reino; y tomó por mujer á la doña Isabel que arriba dije. Este Cuahutimoc perdió á México, aunque la defendió esforzadamente.

LA MANERA COMUN DE HEREDAR.

Muchas maneras hay de heredar entre los de la Nueva-España, y mucha diferencia entre nobles y villanos, por lo cual porné aquí algo dello. Es costumbre de pecheros que el hijo mayor herede al padre en toda la hacienda raíz y mueble, y que tenga y mantenga todos los hermanos y sobrinos, con tal que hagan ellos lo que él les mandare. A esta causa hay siempre en cada casa muchas personas. La razon por donde no parten la hacienda es por no la desminuir con la particion y particiones que una tras otra se harian; lo cual aunque es muy bueno, trae grandes inconvenientes. El que así hereda paga al señor los tributos y pechos que su casa y heredad es obligada, y no mas; y si está en lugar que pagan al señor por cabezas, da entón-ces aquel hermano mayor tantos cacaoos por cada hermano y sobrino que tiene en casa, ó tantas plumas ó mantas ó cargas de maíz, ó las otras cosas que suelen pechar; y así, pecha mucho, y parece á quien no lo sabe que es un desaforado pecho. Y á la verdad, muchas veces no lo pueden pagar, y los venden ó toman por esclavos. Cuando no hay hermanos ni sobrinos que hereden forzosamente, vuel-

ven las haciendas al señor ó al pueblo, y entónces las da el señor ó el pueblo á quien bien les place, con la carga de tributo y servicio que tiene, y no mas; bien que siempre hay respecto á darlas á parientes de los que las tuvieron. Y aunque los pueblos hereden á los vecinos, no es para concejo la renta, sino para el señor, del cual tienen tomado á renta, ó como decimos acá, á censo perpetuo, todo el término. Repártenlo por suertes, y contribuyen por rata. En otros lugares heredan al padre todos los hijos, y reparten entre sí la hacienda, que parece mas justo y mas libertad. Algunos señoríos hay que, aunque hereda el hijo mayor, no entra en posesion sin decreto y voluntad del pueblo, ó sin licencia del rey, á quien debe y reconoce vasallaje; á cuya causa muchas veces venian á heredar los otros hijos; y de aquí debe ser que en semejantes Estados, los padres nombran cuál hijo les heredará; y dicen que en muchos lugares dejaba mandado el padre qué hijo tenia de sucederle en el señorío. En los pueblos de república, que se gobernaban en comun, tenian diferentes maneras de heredar los Estados, pero siempre se miraba el linaje. La general costumbre entre reyes y grandes señores mexicanos es heredar primero los hermanos que los hijos, y luego los hijos del hermano mayor, y tras ellos los hijos del primer heredero; y si no habia hijos ni nietos, heredaban los parientes mas propincos. Los reyes de México, Tezcuco y otros sacaban del

Estado lugares para dar á hijos y para dotar las hijas; y aun como eran poderosos, querian que siempre los hijos de las mujeres mexicanas, hijas y sobrinas del rey heredasen el señorío de los padres, si bien no fuesen los mayores ni á los que pertenecía el Estado.

LA JURA Y CORONACION DEL REY.

Aunque heredaban unos hermanos á otros, y tras ellos el hijo del primer hermano, no usaban del mando ni creo que del nombre de rey hasta ser ungidos y coronados públicamente. Luego pues que el rey de México era muerto y sepultado, llamaban á cortes al señor de Tezcucó y al de Tlacopan, que eran los mayores y mejores, y á todos los otros señores súbditos y sufraganos al imperio mexicano; los cuales venian muy presto. Si habia duda ó diferencia quién debia de ser rey, averiguábase lo mas áína que podian, y si no poco tenian que hacer. En fin, llevaban al que pertenecía el reino, desnudo todo, excepto lo vergonzoso, al templo grande de Vitcilopuchtli. Iban todos muy callando y sin regocijo ninguno. Subíanlo de brazo las gradas arriba dos caballeros de la ciudad que para esto nombraban, y delante dél iban los señores de Texcucó y de Tlacopan sin entrometerse nadie en medio; los cuales llevaban sobre sus mantas

ciertas enseñas de sus ditados y oficios en la coronación y ungimiento. No subían á las capillas y altar sino pocos seculares, y aquellos para vestir al nuevo rey y para hacer algunas ceremonias; que todos los demás miraban de las gradas y del suelo, y aun de los tejados, y todo se henchía: tanta gente cargaba á la fiesta. Llegaban pues con mucho acatamiento, hincábanse de rodillas al ídolo de Vitcilopuchtli, tocaban el dedo en tierra y besábanlo. Venía luego el gran sacerdote vestido de pontifical, con otros muchos revestidos también de los sobrepellices que, según en otra parte dije, ellos usan; y sin hablalle palabra, le tiñía todo el cuerpo con una tinta muy negra, hecha para aquel efecto; y tras esto saludando y bendiciendo al ungido, rociábale cuatro veces de aquella agua bendita y á su modo consagrada, que dije guardaban en la consagración del dios de masa, con un hisopo de ramas y hojas de caña, cedro y saz, que hacían por algún significado ó propiedad. Poníanle después sobre la cabeza una manta toda pintada y sembrada de huesos y calavernas de muerto, encima de la cual le vestía otra manta negra, y luego otra azul, y ambas estaban con cabezas y huesos de muerto muy al natural pintados. Echábale al cuello unas correas coloradas, largas y de muchos ramales, de cuyos cabos colgaban ciertas insignias de rey, como pinjantes. Cargábale también á las espaldas una calabacita llena de ciertos polvos, en cuya virtud no le toca-

se pestilencia, ni le cayese dolor ni enfermedad ninguna, y para que no le aojasen viejas, ni encantasen hechiceros, ni engañasen malos hombres, y en fin, para que ninguna cosa mala le empeciese ni dañase. Poníale asimesmo en el brazo izquierdo una taleguilla con el encienso que ellos usan, y dábale un brasero con ascuas de corteza de encina. El rey se levantaba entónces, echaba de aquel incienso en las brasas, y con gran mesura y reverencia sahumaba á Vitcilopuchtli, y sentábase. Llegaba luego el gran sacerdote, y tórnabale juramento de palabra, y conjurábale que ternia la religion de sus dioses, que guardaria los fueros y leyes de sus antecesores, que manternia justicia, que á ningun vasallo ni amigo agraviaria, que seria valiente en la guerra, que haria andar al sol con su claridad, llover las nubes, correr los rios, y producir la tierra todo género de mantenimientos. Estas y otras cosas imposibles prometia y juraba el nuevo rey. Daba las gracias al gran sacerdote, encomendábase á los dioses y á los miradores, y con tanto le abajaban los mismos que le subieron, por la órden que primero. Comenzaba luego la gente á decir á voces que fuese para bien su reinado, y que le gozase muchos años con salud de todo el pueblo. Entónces viérades bailar á unos, tañer á otros, y á todos que mostraban sus corazones con las muchas alegrías que hacian. Antes de abajar las gradas llegaban todo los señores que estaban en las cortes y en corte á darle obediencia. Y

en señal del señorío que sobre ellos tenia, le presentaban plumajes, sartas de caracoles, collares y otras joyas de oro y plata, y mantas pintadas con la muerte. Acompañábanle hasta una gran sala, é íbanse. El rey se asentaba en uno como estrado, que llaman tlacatecco. No salia del patio y templo en cuatro dias, los cuales gastaba en oracion, sacrificios y penitencia. No comia mas de una vez al dia; y aunque comia carne, sal, ají y todo manjar de señor, ayunaba. Bañábase una vez al dia y otra la noche en una gran alberca, donde se sangraba de las orejas, é incensaba al dios del agua Tlaloc. Tambien incensaba los otros ídolos del patio y templo, ofreciéndoles pan, fruta, flores, papeles y cañuelas tintas en sangre de su propia lengua, narices, manos y otras partes que se sacrificaba. Pasados aquellos cuatro dias, venian todos los señores á llevarle á palacio con grandísima fiesta y placer del pueblo; mas pocos le miraban á la cara despues de la consagracion. Con haber dicho estas cerimonias y solemnidad que México tenia en coronar su rey, no hay que decir de los otros reyes, porque todos ó los mas siguen esta costumbre, salvo que no suben en alto, sino al pié de las gradas. Venian luego á México por la confirmacion del Estado, y vueltos á sus tierras, hacian grandes fiestas y convites, no sin borracheras ni sin carne humana.



LA CABALLERIA DEL TECUITLI.

Para ser tecuitli, que es el mayor ditado y dignidad tras los reyes, no se admiten sino hijos de señores. Tres años y más tiempo antes de recibir el hábito desta caballería, convidaba á la fiesta á todos sus parientes y amigos, y á los señores y tecuitles de la comarca. Venian, y juntos miraban que el dia de la fiesta fuese de buen signo, por no comenzarla con escrúpulo. Acompañaban al caballero novel todos los del pueblo hasta el templo grande del dios Camaxtle, que era el mayor ídolo de las repúblicas. Los señores, los amigos y parientes que convidados estaban, lo subian por las gradas al altar, hincábanse todos de rodillas delante el ídolo, y el caballero estaba muy devoto, humilde y paciente. Salia luego el sacerdote mayor, y con un aguzado hueso de tigre, ó con una uña de águila, le horadaba las narices, entre cuero y ternillas, de pequeños agujeros, y metíale en ellos unas pedrezuelas de azabache negro, y no de otra color; hacíaale tras esto un gran vejámen, injuriándole mucho de palabras y obras, hasta desnudarlo en carnes, salvo lo deshonesto. El caballero se iba entónces así desnudo á una sala del templo, y comenzaba á

velar las armas, asentábase en el suelo, y allí se estaba rezando. Comian los convidados muy de regocijo; pero en acabando, se iban sin hablarle. Como anochece, le traían ciertos sacerdotes unas mantas groseras y viles que vistiese; una estera y un tajoncillo por almohada, en que se recostase, y otro por silla para sentarse: traíanle tinta con que se tiznase, puas de metl con que se punzase las orejas, brazos y piernas; un braserillo y resina para incensar los ídolos; y si habia gente con él, echábanla fuera, y no le dejaban más de tres hombres, soldados viejos y diestros en la guerra, que le industria- sen y tuviesen en vela. No dormia en cuatro dias sino algunos ratillos, y aquellos asentado; que los soldados le despertaban, picándole con puas de metl. Cada média noche sahumaba los ídolos, y ofrecía- les gotas de sangre que de su cuerpo sacaba. Andaba todo el patio y templo una vuelta al rededor; cava- ba en cuatro partes iguales, y allí soterraba papel, copalli, y cañas con sangre de sus orejas, manos, piés y lengua. Tras esto comia; que hasta entón- ces no se desayunaba. Era la comida cuatro bollicos ó buñue- los de maíz, y una copa de agua. Alguno destes ta- les caballeros no comia bocado en cuatro dias. Aca- bados estos cuatro dias, pedia licencia á los sacerdotes para ir á cumplir su profesion á otros templos; que á su casa no podia, ni llegar á su mujer, aunque la tuviese, durante el tiempo de la penitencia. Al ca- bo del año, y de allí adelante, cuando queria salir,

aguardaba á un dia de buen signo para que saliese en buen pié, como habia entrado. El dia que habia de salir venian todos los que primero le honraron, y luego por la mañana le lavaban y limpiaban muy bien, y le tornaban al templo de Camaxtle con mucha música, danzas y regocijo. Subíanle á cerca del altar; desnudábanle las mantillas que traía; atábanle los cabellos con una tira de cuero colorado al colodrillo, de la cual colgaban algunas plumas; cobríanlo de una fina manta, y encima della le echaban otra manta riquísima, que era el hábito é insignia de tecuitli. Poníanle en la mano izquierda un arco, y en la derecha unas flechas. Luego el sacerdote le hacia un razonamiento, del cual era la suma que mirase la órden de caballería que habia tomado, y así como se diferenciaba en el hábito, traje y nombre, así se aventajase en condicion, nobleza, liberalidad, y otras virtudes y obras buenas; que sustentase la religion; que defendiese la patria; que amparase los suyos; que destruyese los enemigos; que no fuese cobarde, y en la guerra que fuese como águila ó tigre, pues por eso le agujeraba con sus uñas y huesos la nariz, que es lo más alto y señalado de la cara, donde está la vergüenza del hombre. Dábale tras esto otro nombre, y despedíale con bendicion. Los señores y convidados forasteros y naturales se sentaban á comer en el patio, y los ciudadanos tañian y cantaban conforme á fiesta, y bailaban el netoteliztli. La comida era muy

abastada de toda suerte de viandas, mucha caza y volatería; ca de solos gallipavos se comian á yantar mil, y mil y quinientos. No hay número de las cordornices que allí se gastaban, ni de los conejos, liebres, venados, perrillos capados y cebones. Tambien servian culebras, víboras y otras serpientes guisadas con mucho ají; cosa que parece increíble, pero es cierta. No quiero decir las muchas frutas, las guirnaldas de flores, los mazos de rosas y cañutos de perfumes que ponian en las mesas; pero digo que gentilmente se embeodaban con aquellos sus vinos. En fin, en semejantes fiestas no habia pariente pobre. Daban á los señores tecuitles y principales convidados, plumajes, mantas, tocas, zapatos, bezotes, y orejeras de oro ó plata ó piedras de precio. Esto era más ó ménos, segun la riqueza y ánimo del nuevo tecuitli, y conforme á las personas que se daba. Tambien hacia grandes ofrendas al templo y á los sacerdotes. El tecuitli se ponía en los agujeros de la nariz que le hizo el sacerdote, granillos de oro, perlezuelas, turquesas, esmeraldas y otras piedras preciosas; ca en aquello se conoscián y diferenciaban de los otros los tales caballeros. Atábanse los cabellos en la guerra á la coronilla. Era primero en los votos, en los asientos y presentes; era el principal en los banquetes y fiestas, en la guerra y en la paz, y podia traer tras de sí un banquillo para sentarse do quiera que le pluguiese. Este ditado tenian Xicotencatl y Maxixca, que fué

gran amigo de Cortés, y por eso eran capitanes, y tan preeminentes personas en Tlaxcallan y su tierra.

LO QUE SIENTEN DEL ÁNIMA.

Bien pensaban estos mexicanos que las ánimas eran inmortales, y que penaban ó gozaban segun vivieron, y toda su religion á esto se encaminaba; pero donde más claramente lo mostraban, era en los mortuorios. Tenian que habia nueve lugares en la tierra donde iban á morar los defuntos: uno junto al sol, y que los hombres buenos, los muertos en batalla y sacrificados iban á la casa del sol, y que los malos se quedaban acá en la tierra, y repartíanse desta manera: los niños y mal paridos iban á un lugar; los que morian de vejez ó enfermedad iban á otro; los que morian súbita y arrebatadamente iban á otro; los muertos de heridas y mal pegajoso iban á otro; los ahogados á otro; los justiciados por delitos, como eran hurto y adulterio, á otro; los que mataban á sus padres, hijos y mujeres, tenian casa por sí. Tambien estaban por su cabo los que mataban al señor y á sacerdote alguno. La gente menuda comunmente se enterraba. Los señores y ricos hombres se quemaban, y quemados, los sepultaban.

En las mortajas habia gran diferencia, y más vestidos iban muertos que anduvieron vivos. Amortajaban las mujeres de otra manera que á los hombres, ni que á los niños. Al que moria por adúltero vestian como al dios de la lujuria, dicho Tlazolteutli; al ahogado, como á Tlaloc, dios del agua; al borracho, como á Ometochtli, dios del vino; al soldado, como á Vitcilopuchtli; y finalmente, á cada oficial daban el traje del ídolo de aquel oficio.



ENTERRAMIENTO DE LOS REYES.

Cuando enferma el rey de México ponen máscaras á Tezcatlipuca ó Vitcilopuchtli, ó á otro ídolo, y no se la quitan hasta que ó sana ó muere. Cuando espiraba enviábanlo á decir á todos los pueblos de su reino para que lo llorasen, y á llamar los señores que le eran parientes y amigos, y que podian venir á las honras dentro de cuatro dias; que los vasallos ya estaban allí. Ponian el cuerpo sobre una estera, velábanlo cuatro noches gimiendo y plañiendo. Lavábanlo, cortábanle una guedeja de cabellos de la coronilla y guardábanlos, diciendo que en ellos quedaba la memoria de su ánima. Metíanle en la boca una fina esmeralda; amortajábanle con decisiete

mantas muy ricas y muy labradas de colores, y sobre todas ellas iba la devisa de Vitcilopuchtli ó Tezcatlipuca, ó la de algun otro ídolo su devoto, ó la del dios en cuyo templo se mandaba enterrar. Poníanle una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas. Mataban luego allí el esclavo lamparero, que tenia cargo de hacer lumbré y sahumeros á los dioses de palacio, y con tanto llevaban el cuerpo al templo. Unos iban llorando y otros cantando la muerte del rey; que tal era su costumbre. Los señores, los caballeros y criados del defunto llevaban rodelas, flechas, mazas, banderas, penachos y otras cosas así, para echar en la hoguera. Recebíanlos el gran sacerdote con toda su clerecía á la puerta del patio, en tono triste; decia ciertas palabras, y hacía le echar en un gran fuego que para lo quemar estaba hecho, con todas las joyas que tenia. Echaban tambien á quemar todas las armas, plumajes y banderas con que le honraban, y un perro que lo guiase adonde habia de ir, muerto primero con una flecha que le atravesase el pescuezo. Entretanto que ardia la hoguera, y quemaban al rey y el perro, sacrificaban los sacerdotes docientas personas, aunque en esto no habia tasa ni ordinario. Abríanlos por el pecho; sacábanles los corazones, y arrojábanlos en el fuego del señor, y luego echaban los cuerpos en un carnero. Estos, así muertos por honra y para servicio de su amo, como ellos dicen, en el otro siglo, eran por la mayor parte

esclavos del muerto y de algunos señores que se los ofrescían; otros eran enanos, otros contrechos, otros monstruosos, y algunas eran mujeres. Ponían al defunto en casa, y en el templo muchas rosas y flores, y muchas cosas de comer y de beber, y nadie las tocaba sino sacerdotes, ca debía ser ofrenda. Otro día cogían la ceniza del quemado, y los dientes, que nunca se queman, y la esmeralda que llevaba á la boca; todo lo cual metían en una arca pintada por dentro de figuras endiabladas, con la guedeja de cabellos, y con otros pocos cabellos que cuando nació le cortaron, y tenían guardados para esto. Cerrábanla muy bien, y ponían sobre ella una imagen de palo, hecha y ataviada al propio como el defunto. Duraban las obsequias cuatro días, en los cuales llevaban grandes ofrendas las hijas y mujeres del muerto, y otras personas, y poníanlas donde fué quemado y delante la arca y figura. Al cuarto día mataban por su alma quince esclavos, ó más ó menos, según que les parecía; á los veinte días mataban cinco; á los sesenta tres; á los ochenta, que era como cabo de año, nueve.

DE CÓMO QUEMAN PARA ENTERRAR LOS REYES
DE MICHUACAN.

El rey de Michuacan, que era grandísimo señor, y que competía con el de México, cuando estaba muy á la muerte y desafiuzado de los médicos, nombraba al hijo que quería por rey; el cual luego llamaba todos los señores del reino, gobernadores, capitanes y valientes soldados que tenían cargos de su padre, para enterralle: al que no venía castigábase como á traidor. Todos venían, y le traían presentes, que era como aprobacion del reinado. Si el rey estaba enfermo en artículo de muerte, cerraban las puertas de la sala porque ninguno entrase allá. Ponían la divisa, silla y armas reales en un portal del patio de palacio, para que allí se recogiesen los señores y los otros caballeros. En muriendo, alzaban todos ellos y los demás un gran llanto; entraban do estaba su rey muerto; tocábanle con las manos; bañábanlo con agua olorosa; vestíanle una camisa muy delgada; calzábanle unos zapatos de venado, que es el calzado de aquellos reyes; atábanle cascabeles de oro á los tobillos; poníanle ajorcas de turquesas en las muñecas, en los brazos braceletes de oro, en la garganta gargantillas de turquesas y otras piedras, en las orejas cercillos de oro, en el

bezo un bezote de turquesas, y á las espaldas un gran trenzado de muy linda pluma verde. Echábanle en unas anchas andas, que tenían una muy buena cama; poníanle al un lado un arco y un carcax de piel de tigre, con muchas flechas; y al otro un bulto tamaño como él, hecho de mantas finas, á manera de muñeca, que llevaba un grande plumaje de plumas verdes, largas y de precio. Llevaba su trenzado, zapatos, braceletes y collar de oro. Entretanto que unos hacían esto, lavaban otros á las mujeres y hombres que habían de ser muertos para acompañar al rey al infierno. Dábanles muy bien de comer, y emborrachábanlos para que no sintiesen mucho la muerte. El nuevo señor señalaba las personas que habían de ir á servir al rey su padre, porque muchos no holgaban de tanta honra y favor, aunque algunos había tan simples ó engañados que tenían por gloriosa muerte aquella. Eran principalmente siete mujeres nobles y señoras: una para que llevase todos los bezotes, arracadas, manillas, collares y otras joyas así ricas que solía ponerse el muerto; otra era para copera, otra que le sirviese aguamanos, otra que le diese el orinal, otra para cocinera, y la otra por lavandera. También mataban otras muchas esclavas, y mozas de servicio, que eran libres. No lleva cuenta los hombres esclavos y libres que mataban el día del enterrorio del rey, ca mataban uno y aun más de cada oficio. Limpios pues estos escogidos, hartos y beodos, se teñían los ros-

tros de amarillo, y se ponian en las cabezas sendas guirnaldas de flores, é iban como en procesion delante del cuerpo muerto, unos tañendo caracoles, otros huesos, otros en conchas de tortugas, otros chiflando, y creo que todos llorando. Los hijos del muerto y los señores principales tornaban en hombros las andas, y caminaban paso á paso al templo de su dios Curicancri; los parientes rodeaban las andas y cantaban ciertos cantares tristes y revesados; los criados, los hombres valientes y de cargos de justicia ó guerra, llevaban ventalles, pendones y diversas armas. Salian de palacio á média noche con grandes tizones de teda y con grandísimo ruido de trompetas y atabales. Los vecinos de las calles por do pasaban, barrian y regaban muy bien el suelo. En llegando al templo daban cuatro vueltas á una hacina de leña de pino, que tenian hecha para quemar el cuerpo; echaban las andas encima del monton de leña, y poníanle fuego por debajo; y como era seca, presto ardia. Achocaban entretanto los engrinaldados con porras, y enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y cosas que llevaban, detrás del templo, á raíz de las paredes. En amaneciendo, que ya el fuego era muerto, cogian la ceniza, huesos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo; salian los sacerdotes, bendecian las endemoniadas reliquias, envolvíanlas en aquella y otras mantas, hacian una muñeca, vestíanla muy bien como hombre, poníanle

máscara, plumaje, cercillos, sartales, sortijas, bezotes y cascabeles de oro; arco, flechas, y una rodela de oro y pluma á las espaldas, que parecia un ídolo muy compuesto. Abrian luego una sepultura al pié de las gradas, ancha y cuadrada, y honda dos estados; emparamentábanla de esteras nuevas y buenas por todas cuatro paredes y el suelo; armaban dentro una cama, entraba cargado de la muñeca un religioso, cuyo oficio era tomar á cuestras los dioses, y tendíala en la cama con los ojos hácia levante. Colgaba muchas rodelas de oro y plata sobre las esteras, y muchos penachos, saetas y algun arco. Arrimaba tinajas, ollas, jarros y platos. En fin, él hinchia la huesa de arcas encoradas, con ropa y joyas, de comida y armas. Salíanse, y cerraban el hoyo con vigas y tablas, echábanle por encima un suelo de barra, y con tanto se iban. Lavábanse mucho todos aquellos señores y personas que habian llegado al sepultado y hecho algo en el enterramiento, y luego comian en el patio de palacio, asentados, pero sin mesa. Alimpiábanse con sendos copos de algodón. Tenian las cabezas bajas; estaban mustios, y no hablaban sino «Dame á beber.» Esto les duraba cinco dias, y en todos ellos no se encendia fuego en casa ninguna de aquella ciudad Chincicila, si no era en palacio y en templos; ni se molia maíz sobre piedra, ni se hacia mercado, ni andaban por las calles; y en fin, hacian todo el sentimiento posible por la muerte de su señor.

DE LOS NIÑOS.

Es costumbre en esta tierra saludar al niño recién nacido, diciendo: «¡Oh criatura! ¡Ah chiquito! Venido eres al mundo á padecer; sufre, padesce y calla.» Pónenle luego un poco de cal viva en las rodillas, como quien dice: «Vivo eres, pero morir tienes, ó por muchos trabajos has de ser tornado polvo como esta cal, que piedra era.» Regocijan aquel dia con bailes y cantares y colacion.

Es general costumbre no dar leche las madres á sus hijos el primer dia todo entero que nacieran, porque con la hambre tomasen despues la teta de mejor gana y apetito; pero mamaban ordinariamente cuatro años arreo, y tierras habia que doce. Las cunas son de cañas ó palillos muy livianos, por no hacer pesada la carga. Tambien se los echan las madres y amas al cuello sobre las espaldas, con una mantilla que les toma todo el cuerpo, y que se la atan ellas á los pechos por las puntas, y de aquella manera los llevan camino, y les dan la teta por el hombro; huyen de empreñarse criando, y la viuda no se casa hasta destetar el hijo; que mal contado les era lo contrario haciendo.

En algunas partes zabullen los niños en albercas

ó fuentes ó rios ó en tinajas el primer día que nacen, por les endurecer el cuero y carne, ó quizá por lavarles la sangre, hedor y suciedad que sacan del vientre de las madres; la cual costumbre algunas naciones de por acá la tuvieron. Hecho esto, les ponen, si es varon, una saeta en la mano derecha, y si hembra, un huso ó una lanzadera, denotando que se habian de valer, él por las armas, y ella por la rueca.

En otros pueblos bañaban las criaturas á los siete dias, y en otros á los diez que nacieron; y allí ponian al hombre una rodela en la izquierda y una flecha en la derecha. A la mujer ponian una escoba, para entender que el uno ha de mandar y el otro obedecer. En este lavatorio les ponian nombre, no como querian, sino el del mismo dia en que nacieron; y dende á tres meses suyos, que son de los nuestros dos, los llevaban al templo, donde un sacerdote que tenia la cuenta y ciencia del calendario y signos, les daba otro sobrenombre, haciendo muchas cerimonias, y declaraba las gracias y virtudes del ídolo cuyo nombre les ponía; pronosticándoles buenos hados. Comian estos tales dias muy bien, bebían mejor, y no era buen convidado el que no salía borracho. Sin estos nombres de los dias siete y sesenta, tomaban algunos señores otro, como era de Tecuitli y Pille; mas esto acontecia raras veces.

El castigo de los hijos toca á los padres, y el de las hijas á las madres. Azótanlos con ortiga, dán-

les humo á narices, estando colgados de los piés; atan á las mochachas de los tobillos, porque no salgan fuera de casa; hiérenlas en el labio y pico de la lengua, por la mentira; son muy apasionados por mentir todos estos indios, y por enmienda y por quitarles deste vicio ordenó Quezalcoalt el sacrificio de la lengua. Caro les costó á muchos el mentir al principio que nuestros españoles ganaron la tierra; porque preguntados dónde habia oro, y sepulturas ricas, decian que en tal y tal cabo; y como no se hallasen por mas que cavaban, descoyuntábanlos á tormentos y golpes, y aun los aperreaban.

Los pobres enseñaban á sus hijos su oficio, no porque no tuviesen libertad para mostralles otro, sino porque los aprendiesen sin gastar con ellos. Los ricos, en especial caballeros y señores, enviaban á los templos sus hijos como habian cinco años, y á esta causa habia tantos hombres en cada templo, cuantos en otra parte dije. Allí habia un maestro para doctrinallos; tenia esta congregacion de mancebos tierras propias en que coger pan y fruta; tenia sus estatutos, como decir, ayunar tantos dias de cada mes, sangrarse las fiestas, rezar, y no salir sin licencia.



ENCERRAMIENTO DE MUJERES.

A las espaldas de los templos grandes de cada ciudad habia una gran sala y aposento por sí, donde comian, dormian y hacian su vida muchas mujeres; y aunque las tales salas no tenian puerta, porque no las usan, están seguras. Bien que nuestros españoles hablaban lo que pensaban de aquella abertura y libertad, sabiendo que aun do hay puertas saltan los hombres paredes. Diversas intenciones y fines tenian las que dormian en casa de los dioses; pero ninguna dellas entraba para estar allí toda su vida, aunque habia entrellas mujeres viejas. Unas entraban allí por enfermedades, otras por necesidad, y otras por ser buenas. Algunas porque los dioses les diesen riquezas, muchas porque les diesen larga vida, y todas porque les diesen buenos maridos y muchos hijos. Prometian de servir y estar en el templo un año, y dos, y tres, ó mas tiempo, y despues casábanse. Lo primero que hacian luego en entrando era trasquilar-se, á diferencia de las otras, ó porque los ministros del mismo templo traían cabellos. Su oficio era hilar algodón y pluma, y tejer mantas para sí y para los ídolos, barrer el patio y salas del templo;

que las gradas y capillas altas los ministros las barrian. Tenian sus ciertas sangrías del cuerpo con que aplacar al diablo: iban las fiestas solemnes, ó siendo menester, en procesion con los sacerdotes, ellos por una hilera y ellas por otra; pero no subian las gradas ni cantaban; vivian de por amor de Dios, que sus parientes, y los ricos y devotos, las sustentaban, y les daban carne cocida y pan caliente, que ofresciesen á los ídolos, ca siempre se ofrecia así porque subiese el olor y vaho en alto, y gustasen los dioses; comian en comunidad, y dormian juntas en una sala, como monjas, ó por mejor hablar, como ovejas; no se desnudaban, dicen por honestidad, y por levantarse mas presto á servir los dioses y á trabajar; aunque no sé qué se habian de desnudar las que andaban casi en carnes; bailaban las fiestas ante los dioses, segun el dia. La que hablaba ó se reía con algun hombre ó religioso, era reprendida, y la que pecaba con alguno mataban, juntamente con el hombre; tenian que se les habian de podrir las carnes á las que perdian allí su virginidad, y por el miedo del castigo é infamia eran buenas mujeres estando allí; y las que hacian aquel mal recado de su persona, hacian grandísima penitencia y permanecian en la religion.

DE LAS MUCHAS MUJERES.

Casan especialmente los hombres ricos, y soldados, y los señores, con muchas mujeres; unos con cinco, otros con treinta, quién con ciento, quién con ciento y cincuenta, y tal rey habia que con muchas mas. Por do no es de admirar que haya en aquella tierra muchos hermanos, todos hijos de un mismo padre, pero no de madre; y así Nezaualpíntli y su padre Nezaualcoyo, que fueron señores de Tezcuco, tuvieron cada cien hijos, y cada otras tantas hijas. Algunas provincias y generaciones hay, como son chichimecas, mazatecas, otomís y pinoles, que no toman mas de una sola mujer, y aquella no parienta, aunque tambien es verdad que los señores y caballeros toman cuantas quieren, á fuer de México. En unas partes compran las mujeres, en otras las roban, y generalmente las piden á los padres, y esto en dos maneras, ó para mujeres, ó por amigas. Cuatro causas dan para tener tantas mujeres: la primera es el vicio de la carne, en que mucho se deleitan; la segunda es por tener muchos hijos; la tercera por reputacion y servicio; la cuarta es por granjería; y esta postrera usan mas que otros, los hombres de guerra, los de pala-

cio, los holgazanes y tahures; hácenlas trabajar como esclavas, hilando, tejiendo mantas para vender, con que se mantienen y juegan; casan ellos á los veinte años y aun ántes, y ellas á diez. No casan con su madre ni con su hija ni con su hermana; en lo demás poco parentesco guardan; aunque algunos se hallaron casados con sus propias hermanas, cuando venidos al santo bautismo, dejaban las muchas mujeres, y quedaban con sola una; casaban con cuñadas, con las madrastras en quien sus padres no tuvieron hijos; pero dicen que no era lícito. Nezaualcoyo, señor de Tezcucó, mató cuatro de sus hijos porque durmieron con sus madrastras. En Michuacan tomaban por mujer á la suegra, estando casados primero con la hija, y desta manera tenían á hija y á madre. Aunque toman muchas mujeres, á unas tienen por legítimas, á otras por amigas, y á otras por mancebas. Amiga llaman á la que despues de casados demandaban, y manceba á la que ellos se tomaban. Los hijos de las mujeres que traen dote heredan al padre, y entre grandes señores heredaban los hijos de las del linaje del rey de México, aunque tuviesen otros hijos mayores en mujeres dotadas.

•

LOS RITOS DEL MATRIMONIO.

Siempre va la mujer á velarse á casa del marido, y ordinariamente va á pié, aunque en algunas partes traían la novia á cuestras, y si es señora, en andas sobre hombros. Sale á recibirla al umbral de la puerta el desposado, é inciénsala con un brasero de ascuas y resina olorosa; dánle á ella otro, y sahúmale tambien á él; tómalala por la mano y métela al tálamo, y asiéntanse ambos á dos junto al fuego en una estera nueva; llegan entónces unos como padrinos, y átanle las mantas una con otra; estando así atados, da el novio á la novia unos vestidos de mujer, y ella á él vestidos de hombre. Traen luego la comida, y el esposo da de comer á la esposa de su mano, y tambien la desposada da de comer al desposado. Entretanto que pasaban todas estas cosas y ritos de desposorio, bailaban y cantaban los convidados, y en alzando la mesa, hacíanles presentes porque los habian honrado; y no mucho despues cenaban largamente, y con el regocijo y calor de las viandas, guisadas con mucho ají, bebían de tal suerte, que cuando venia la noche pocos faltaban de borrachos. Los novios solamente estaban en seso, por haber comido muy poco, que bien se mostraban en aquellos novios, y casi no comen en los cuatro dias primeros; que todo su

hecho era rezar, y sangrarse para ofrecer la sangre al dios de las bodas. No consumen matrimonio en todo aquel tiempo, ni salen de la cámara sino para la necesidad natural que nadie puede excusar, ó para el oratorio de casa, á sahumar los ídolos; creían que saliendo de otra manera fuera de la cámara, en especial ella, que habia de ser mala de su cuerpo; sahuman la cama cuando quieren dormir, y entónces; y cuando visitan los altares, se vestian de la devisa del dios de las bodas. A la cuarta noche venian ciertos sacerdotes ancianos, y hacian la cama á los novios. Juntaban dos esteras nuevas flamantes, que nadie las hubiese estrenado; ponian en medio dellas unas plumas, una piedra chalchihuitl, que es como esmeralda, y un pedazo de cuero de tigre; tendian luego encima de todo ello las mejores mantas de algodón que habia en casa, ponian asimesmo á las esquinas de la cama hojas de cañas y puas de metl, decian ciertas palabras, é íbanse. Los novios sahumaban la cama y acostábanse. Esta era la propia noche de novios. Otro dia luego por la mañana llevaban la cama con cuantas cosas tenia, y la sangre que el novio habia sacado á la novia, y la que entrambos se sangraron, sobre las hojas de caña, á ofrecer al templo; volvian los sacerdotes, y estándose bañando los novios sobre unas esteras verdes de espadañas, les echaba uno dellos con la mano cuatro veces agua, á manera de bendicion, en reverencia de Tlaloc, dios del agua, y otras cuatro

á reverencia de Ometochtli, dios del vino. Empero si eran señores los novios, echábanles agua con un plumaje; vestian tras esto los novios de ropa nueva ó limpia; daban al novio un incensario bendito con que sahumase los ídolos de su casa, y ponian á la novia pluma blanca sobre la cabeza, y en las manos y piés pluma colorada; y en estando así emplumada, cantaban y bailaban los convidados, y bebian mejor que la otra vez; no hacian estas cerimonias los pobres ni esclavos; pero hacian algunas, y aquellas eran las que ligaban; ni tampoco guardaban estos ritos los que se casaban con sus mancebas; y dicen que si la madre ó padre de la amancebada requerian al que la tenia se casase con ella, pues tenia hijos, que el tal hombre, ó la tomaba por mujer, ó nunca mas á ella tornaba.

En Tlaxcallan y en otras muchas ciudades y repúblicas, por principal cerimonia y señal de casados se trasquilan los novios, por dejar los cabellos y lozanía de mozos, y criar de allí adelante otra manera de cabello. La esencial cerimonia que tienen en Michuacan es mirarse mucho y en hito los novios al tiempo que los velan, ca de otra manera no es matrimonio, pues parece que dicen no.

En Mixtecapan, que es una gran provincia, llevaban cierto trecho á cuestas al desposado cuando se casa, como quien dice: « Por fuerza te has de casar, aunque no quieras, para haber hijos.» Dánse las manos los novios en fe y señal que se han de ayu-

dar el uno al otro. Atanles asimesmo las mantas con un gran ñudo, para que sepan cómo no se han de apartar.

Los mazatecas no se acuestan juntos la noche que los casan, ni consumen matrimonio en aquellos veinte dias; ántes están todo aquel tiempo en ayuno y oracion, y como ellos dicen, en penitencia, sacrificándose los cuerpos, y untando los hocicos de los ídolos con su propia sangre.

En Pánuco compran los hombres las mujeres por un arco y dos flechas y una red. No hablan los suegros con los yernos el primer año que se casan. No duermen con las mujeres despues de paridas en dos años, porque no se tornen á empreñar ántes de haber criado los hijos, aunque maman doce años; á esta causa tienen muchas mujeres. Nadie come de lo que tocan y guisan las que están con su camisa, si no son ellas mismas.

El divorcio no se hacia sin muy justas causas ni sin autoridad de justicia. Esto era en las mujeres legítimas y públicamente casadas: que las ctras con tanta facilidad se dejaban como se tomaban. En Michuacan se podian apartar jurando que no se miraban. En México probando que era mala, sucia y estéril; mas, empero, si las dejaban sin causa ni mandamiento de los jueces, chamuscábanles los cabellos en la plaza, por afrenta y señal que no tenia seso. La pena del adulterio era muerte natural; moria tambien ella como él. Si el adúltero era hidalgo ,em-

plúmanle, despues de ahorcado, la cabeza. Pónenle un penacho verde, y quémanlo. Castigan tanto este delito, que no excusa la ley al borracho, ni á la mujer, aunque la perdone su marido. Por evitar adulterios consienten cantoneras, pero no hay mancebías públicas.

COSTUMBRES DE LOS HOMBRES.

Hablando de mexicanos, es hablar en general de toda la Nueva-España. Son los hombres de mediana estatura, mas rehechos, leonados en color, los ojos grandes, las frentes anchas, las narices muy abiertas, los cabellos gordos, negros, largos, mas con garceta. Hay muy pocos crespos ni bien barbados, porque se arrancan y untan los pelos para que no nazcan. Algunos blancos hay, que se tienen por maravilla. Píntanse mucho y feo en guerra y bailes. Cúbrense de pluma la cabeza, brazos y piernas, ó con escamas de peces ó pieles de tigres y otros animales. Hácense grandes agujeros en las orejas y narices, y aun en la barbilla, en que ponen piedras, oro y huesos. Unos se meten allí uñas ó picos de águilas, otros colmillos de animales, otros espinas de peces. Los señores, caballeros y ricos traían esto de oro ó piedras finas hecho al propio; con lo cual andan galanes y bravos, á su pensar. Calzan

unos zapatos como alpargates, pañitos por bragas. Visten una manta cuadrada, añudada al hombro derecho, como gitanas. Los ricos, ó en fiestas, usan traer muchas mantas y de colores; en lo demás, desnudos van. Casan á los veinte años, aunque los de Pánuco primero habian cuarenta. Toman muchas mujeres con ritos de matrimonio y muchas sin él. Puédenlas dejar, mas no sin causa, mayormente las legítimas. Son celosísimos; y así, las aporrean mucho. No traen armas sino en la guerra, y allí averiguan sus pependencias por desafíos. Los chichimecas no admiten mercaderes de fuera, que los demás hombres mucho tratan; empero sin verdad ninguna, y por eso compran y venden á daca y toma. Son muy ladrones, mentirosos y holgazanes. La fertilidad de la tierra debe causar tanta pereza, ó por no ser ellos codiciosos. Tienen ingenio, habilidad y sufrimiento en lo que hacen; y así, han aprendido muy bien todos nuestros oficios, y los más sin maestros y con la vista solamente. Son mansos, lisonjeros y obedientes, especial con los señores y reyes. Religiosísimos sobremanera, aunque cruelmente, segun luego dirémos. Dánse muy mucho á la carnalidad, así con hombres como con mujeres, sin pena ni vergüenza. Agüerán mucho y á menudo; y así, tienen libros y doctores de los agüeros.

COSTUMBRES DE LAS MUJERES.

Son las mujeres del color y gesto que sus maridos. Van descalzas; traen camisas de medias mangas, lo al descubierto anda. Crian largo el cabello; hácenlo negro con tierra por gentileza y porque les mate los piojos. Las casadas se lo rodean á la cabeza con ñudo á la frente; las vírgines y por casar lo traen suelto y echado atrás y adelante. Pélanse y úntanse todas, para no tener pelo sino en la cabeza y cejas; y así, tienen por hermosura tener chica frente y llena de cabello, y no tener colodrillo. Casan de diez años, y son lujuriosísimas. Paren presto y mucho. Presumen de grandes y largas tetas; y así, dan leche á sus hijos por las espaldas. Entre otras cosas con que se adoban el rostro, es leche de las pepitas de tezonzapotl ó mamey, aunque más lo hacen por no ser picadas de mosquitos, que huyen de aquella leche amarga. Cúranse unas á otras con yerbas, no sin hechicerías; y así, abortan muchas de secreto. Las parteras hacen que las criaturas no tengan colodrillo, y las madres las tienen echadas en cunas de tal suerte que no les crezca, porque precian sin él. En lo demás, recias cabezas tienen, á causa de ir destocadas. Lávanse mucho, y entran en baños frios en saliendo de baños calientes, que parece da-

ñoso. Son trabajadoras, de miedo, y obedientes. No bailan en público, aunque escancían y acompañan á sus maridos en las danzas, si no se lo manda el rey. Hilan teniendo el copo en una mano y el huso en la otra. Tuercen al revés que acá, estando el huso en una escudilla. No tiene hueca el huso; mas hilan apriesa y no mal.

DE LA VIVIENDA.

Viven muchos casados en una casa, ó por estar juntos los hermanos y parientes, que no parten las heredades, ó por la estrechura del pueblo, aunque son los pueblos grandes, y aun las casas. Pican, alisan y amoldan la piedra con piedra. La mejor y más fuerte piedra con que labran y cortan es pedernal verdinegro. Tambien tienen hachas, barrenas y escoplos de cobre mezclado con oro ó plata ó estaño. Con palo sacan piedra de las canteras, y con palo hacen navajas de azabache y de otra más dura piedra; que es cosa notable. Labran pues con estas herramientas tan bien y primo, que hay mucho que mirar. Pintan las paredes por alegría. Los señores y ricos usan paramentos de algodón con muchas figuras y colores de pluma, que es lo más

rico y vistoso, y esteras de palma sotilísimas, que es lo comun. No hay puertas ni ventanas que cerrar, todo es abierto; y por eso castigan tanto á los adúlteros y ladrones. Alumbranse con tea y otros palos, teniendo cera; que no es poco de maravillar. Así estiman y loan mucho ellos agora las candelas de cera y sebo, y los candiles que arden con aceite. Sacan aceites de chiya y otras cosas, para pinturas y medicinas, y saín de aves, peces y animales; mas no saben alumbrarse con ello. Duermen en pajas ó esteras, ó cuando mucho, mantas y pluma. Arriman la cabeza á un palo ó piedra, ó cuando más á un tajoncillo de hoja de palmas, en que tambien se sientan. Tienen unas silletas bajas, con espaldas de hojas de palma, para sentarse, aunque comunmente se asientan en tierra. Comen en el suelo y suciamente, ca se limpian á los vestidos, y aun agora parten los huevos en un cabello que se arrancan, diciendo que así lo hacian ántes, y que les basta. Comen poca carne, creo que por tener poca, pues comen bien tocino y puerco fresco. No quieren carnero ni cabron, porque les hiede; cosa de notar, comiendo cuantas cosas vivas hay, y aun sus mismos piojos, que es grandísimo asco. Unos dicen que los comen por sanidad; otros que por gula; otros que por limpieza, creyendo ser más limpio comerlos que matarlos entre las uñas. Comen toda yerba que mal no les huela; y así, saben mucho en ellas para medicinas, que sus curas simples son. Su prin-

cipal mantenimiento es centli y chilli; su bebida ordinaria agua ó atulli.



DE LOS VINOS Y BORRACHEZ.

No tienen vino de uvas, aunque se hallaron vides en muchas partes; y es de maravillar que habiendo cepas con uvas, y siendo ellos tan amigos de beber más que agua, cómo no plantaban viñas y sacaban vino dellas. La mejor, más delicada y cara bebida que tienen, es de harina de cacao y agua. Algunas veces la mezclan miel y harina de otras legumbres; esto no emborracha, ántes refresca mucho, y por eso lo beben con calor y sudando. Hacen vino de maíz, que es su trigo, con agua y miel. Llámase atulli, y es muy comun bebraje en cada parte, y lo mesmo es de todas las otras semillas; pero no emborracha si no lo cuecen ó confeccionan con algunas yerbas ó raíces. En las comidas ordinarias contentáanse con ello, y aun con agua, que basta para sustentacion de la vida; mas en partos, bodas y fiestas de sacrificios quieren bebida que les embeode y desatine; y entónces mezclan ciertas yerbas, ó con su mal zumo ó con el olor pestífero que tienen, encalabrian y desatinan al hombre muy peor

que vino puro de San Martín, y no hay quien les pueda sufrir el hedor que les sale de la boca, ni la gana que tienen de reñir y matar al compañero. Cuando se quieren embriagar de veras, comen unas setillas crudas, que llaman teunanacatlh, ó carne de Dios, y con el amargor que les ponen, beben mucha aguamiel ó su comun vino, y en chico rato quedan fuera de sentido; ca se les antoja ver culebras, tigres, caimanes y peces que los tragan, y otras muchas visiones que les espantan. Parésceles que se comen vivos de gusanos, y como rabiosos, buscan quien los mate, ó ahórcanse. Cuecen tambien ajajos con agua y harina de chiyan, que es como zagatona, y hacen un vino amarguillo, que muchos lo beben sin que les amargue. Barrenan palmas y otros árboles, para beber lo que lloran. Beben el licor que destila un árbol, llamado metl, cocido con ocpatli, que es una raíz á quien, por su bondad, llaman medicina del vino. Poco es saludable, mucho es dañoso y emborracha gentilmente. No hay perros muertos ni bomba que así hiedan como el aliento del borracho deste vino. A los que se emborrachaban fuera de las fiestas públicas y convites que hacian, con licencia del señor ó jueces, trasquilan en medio de la plaza y le derriban la casa, porque quien pierde el seso por su culpa no merece tener morada entre hombres de razon. Bebian para enloquecer, y locos, matábanse ó mataban á otros. Echábanse con sus hijas, madres y hermanas sin

diferencia, y para tanto mal chica pena era. También se toman de vino despues que son cristianos, ca les sabe mejor que los suyos; y para quitarles la embriaguez, á que tanto se dan, los hacian por justicia esclavos, y los vendian á cuatro ó cinco reales por un mes.

DE LOS ESCLAVOS.

Quiero contar la manera que mexicanos tienen en hacer esclavos, porque es muy diferente de la nuestra. Los cativos en guerra no servian de esclavos, sino de sacrificados, y no hacian más de comer para ser comidos. Los padres podian vender por esclavos á sus hijos, y cada hombre y mujer á sí mesmo. Cuando alguno se vendia, habia de pasar la venta delante á lo ménos de cuatro testigos.

El que hurtaba maíz, ropa ó gallinas, era hecho esclavo, no teniendo de qué pagar, y entregado á la persona á quien primero hurtó. Si despues de esclavo tornaba á hurtar, ó lo ahorcaban ó la sacrificaban.

El hombre que vendia al libre por esclavo, era dado por esclavo á quien él queria vender; y esta ley se guardaba mucho, porque no vendiesen ni comiesen niños.

Tomaban por esclavos á los hijos, parientes y sabidores del traidor.

El hombre libre que dormia con esclava y la empañaba, era esclavo del dueño de la tal esclava; aunque algunos contradicen esto, por cuanto muchas veces acontecia casarse los esclavos con sus amas, y las esclavas con sus señores; mas debia ser lícito en caso de casamiento, y no en deshonor del señor de la esclava.

Los hombres necesitados y haraganes se vendian, y los tahures se jugaban; pero no iban á servir hasta ser pasado un año de como hicieron la venta.

Las malas mujeres de su cuerpo, que lo daban de balde si no las querian pagar, se vendian por esclavas por traerse bien, ó cuando ninguno las queria por viejas ó feas ó enfermas; que nadie pide por las puertas.

Los padres vendian ó empeñaban un hijo que sirviese de esclavo; pero podian sacar aquel dando otro hijo, y aun habia linajes encensados á sustentar un esclavo, pero era grande el precio que se daba por el tal esclavo.

Cuando uno moria con deudas, tomaba el acreedor, si no habia hacienda, al hijo ó á la mujer por esclavo; pero muchos dicen que no era así, y pudo ser que se obligasen con tal condicion, pues era permitido que se pudiesen vender los hombres libres á sí mismos, y los padres á los hijos.

Ningun hijo del esclavo ni esclava, que es mucho

más, quedaba hecho esclavo, ni aunque fuese hijo de padre y madre esclavos.

Nadie podía vender su esclavo sin echarle primero argolla, y no se la echaban sin tener causa, y licencia de la justicia. Era la argolla una collera de palo delgada, como arzon, que ceñía la garganta y salía al colodrillo, con unas puntas tan largas, que sobrepujaban la cabeza, á que no se las pudiese desatar el argollado. A estos esclavos de argolla podían sacrificar, y á los que compraban de otras naciones, y ellos ser libres si podían acogerse á palacio en ciertas fiestas del año, y aun dicen que no se lo podían estorbar sino los amos ó sus hijos; que si otros los detenían, tenían pena de ser esclavos, y el esclavo era todavía libre.

Cada esclavo podía tener mujer y pegujal, del cual muchas veces se redemían; aunque pocos se rescataban, como ellos no trabajaban mucho y los mantenían los amos.



DE LOS JUECES Y LEYES.

Los jueces eran doce, todos hombres ancianos y nobles. Tienen renta y lugares, que son propios de la justicia: determinan las causas sentados. Las

apelaciones iban á otros dos jueces mayores, que llaman tecuitlato, y que siempre solian ser parientes del señor, y están con él, y llevan racion de su despensa y plato. Consultan con los señores cada mes una vez todos los negocios, y en cada ochenta dias vienen los jueces de la provincia á comunicar con los de la ciudad y con el rey ó señor los casos arduos y cosas ocurrientes, para que proveyese y mandase lo que más convenia. Habia pintores, como escribanos, que notaban los puntos y términos del litigio; pero ningun pleito dicen que pasaba de ochenta dias. Los alguaciles eran otros doce, cuyo oficio era prender y llamar á juicio, y su traje mantas pintadas que de léjos se conociesen. Los recaudadores del pecho y tributos traían ventallas, y en algunas partes unas varas cortas y gordas. Las cárceles eran bajas, húmedas y oscuras, para que temiesen de entrar allí. Juraban los testigos poniendo el dedo en tierra y luego en la lengua, y este era el juramento de todos; y es como decir que dirán verdad con la lengua y por la tierra que los mantiene; otros lo declaran así: «Si no dijéremos verdad, lleguemos á tal extremo que comamos tierra.» Algunas veces nombran, cuando así juran, el dios del crimen y cosa sobre que es el pleito ó negocio que se trata. Trasquilan al juez que cohecha ó toma presentes, y quítanle el cargo, que era grandísima mengua. Cuentan de Nezaualpiltintli que ahorcó en Tezcucó un juez por una injusta senten-

cia que dió, sabiendo lo contrario, y hizo ver á otros el pleito.

Matan al matador, sin excepcion ninguna.

La mujer preñada que lanzaba la criatura, moria por ello: era este un vicio muy comun entre las mujeres que sus hijos no habian de heredar.

La pena del adulterio era muerte.

El ladron era esclavo por el primer hurto, y ahorcado por el segundo.

Muere por justicia con grandes tormentos el traidor al rey ó república.

Matan la mujer que anda como hombre, y al hombre que anda como mujer.

El que desafía á otro, si no estando en la guerra, tiene pena de muerte.

En Tezcuco, segun algunos dicen, mataban á los putos. Debieron establecer esta pena Nezaualpiltli y Nezaualcoyo, que fueron justicieros, y libres de aquel pecado; y tanto más son de loar, cuanto no se castiga en otros pueblos que lo usan públicamente, habiendo mancebía como en Pánuco.

DE LAS GUERRAS.

Los reyes de México tenian continua guerra con los de Tlaxcallan, Pánuco, Michuacan, Tecoantepec

y otros para ejercitarse en las armas, y para, como ellos dicen, haber esclavos que sacrificar á los dioses y cebar á los soldados; pero la causa mas cierta era porque ni les querian obedecer ni recibir sus dioses; ca el estilo por do crecieron tanto los mexicanos en señorío fué por dar á otros sus dioses y religion, y si no los recibian rogándoles con ellos, dábanles guerra hasta subjectarlos y introducir su religion y ritos. Movian tambien guerra cuando les mataban sus embajadores y mercaderes; pero no la hacian sin primero dar parte al pueblo, y aun dicen que entraban en la consulta mujeres viejas, que, como vivian más que los hombres, se acordaban de cómo se habian hecho las guerras pasadas. Determinada pues la guerra, enviaba el rey mensajeros á los enemigos á pedir las cosas robadas y tomar alguna satisfaccion de los muertos, ó requerir que pusiesen entre sus dioses al de México, y tambien porque no dijesen que los tomaban desapercebidos y á traicion. Entónces los enemigos, que se sentian poderosos á resistir, respondian que aguardarian en el campo con las armas en mano; y si no, allegaban muy buenos plumajes, tejuelos de oro y plata, piedras y otras cosas de precio, y enviábanselas y demandaban perdon, y á Vitcilopuchtli, para lo poner y tener igual de sus dioses provinciales. Tomaban á los que hacian esto por amigos, y poníanles algunos tributos; á los que se defendian, si los vencian, tenian por esclavos, que llaman ellos, y éranles muy pecheros.

Al soldado que revelaba lo que su señor ó capitán queria hacer, castigaban como á traidor, y crudelísimamente, ca le cortaban entrambos bezos, las narices, las orejas, las manos por junto al cobdo, y los piés por los tobillos; en fin, lo mataban y repartian por barrios, ó por escuadrones si era en los ejércitos, para que viniese á noticia de todos; y hacian esclavos á los hijos y parientes, y á los que habian sido sabidores de la traicion. No bebian vino que emborrachase los que andaban en guerra, sino el que hacian de cacao, maíz y semillas. Emplazábanse los unos enemigos á los otros para la batalla, la cual siempre era campal, y se daba entre términos. Llaman quiahtlaie al espacio y lugar que dejan yermo entre raya y raya de cada provincia para pelear, y es como sagrado. Juntas las huestes, hacia señal el rey de México de arremeter al enemigo, con un caracol que suena como corneta; el señor de Tezcuco con un atabalejo que llevaba echado al hombro, y otros señores con huesos de pescados que chiflan mucho como caramillos, al recoger hacian otro tanto. Si el estandarte real caía en tierra, todos huían. Los tlaxcaltecas tiraban una saeta; si sacaban sangre al enemigo, tenian por muy cierto que vencerian la batalla, y si no, creían que les iria muy mal; aunque, como eran valientes, no dejaban de pelear. Tenian como por reliquias unas dos flechas que diz que fueron de los primeros pobladores de aquella ciudad, que habian si-

do hombres victoriosos. Llévanlas siempre á la guerra los capitanes generales, y tiraban con ellas ó con la una á los enemigos para tomar agüero ó para encender los suyos á la batalla; unos dicen que las echaban con trailla, porque no se perdiese; otros que sin ella; para que su gente, en arremetiendo luego, no diese vagar á los contrarios que la tomasen y quebrasen. Daban gritos, que los ponian en el cielo cuando acometian; otros aullaban, y otros silbaban de tal suerte, que ponian espanto á quien no estaba hecho á semejante vocería. Los de tierra de Teouacan de una vez tiraban dos y tres y cuatro flechas; todos en general traían liadas al brazo las espadas; huían para revolver de nuevo y con mayor ímpetu; ántes querian cativar que matar enemigos; jamás soltaban á ninguno, ni tampoco le rescataban, aunque fuese capitan. El que prendia señor ó capitan contrario, era muy galardonado y estimado; quien soltaba ó daba á otro el cativo que prendia en batalla, moria por justicia, por ser ley que cada uno sacrificase sus prisioneros; el que hurtaba ó quitaba por fuerza algun preso en guerra, moria tambien, porque robaban cosa sagrada y la honra, y, como ellos dicen, el esfuerzo ajeno. Mataban á los que hurtaban las armas del señor y capitan general ó los atavíos de guerra; porque lo tenian por señal de ser vencidos. No querian, ó no podian, los hijos de señores, siendo mancebos, traer plumajes, vestidos ricos, ni ponerse collares ni

joyas de oro, hasta haber hecho alguna valentía ó hazaña en la guerra, muerto ó prendido algun enemigo. Saludaban primero al cativo que á quien le cativó, y toda la tierra le daba el parabien al tal caballero, como si triunfara. Dende en adelante se ataviaba ricamente de oro, pluma y mantas de color ó pintadas; poníase en la cabeza ricos y vistosos plumajes, atados á los cabellos de la coronilla con correas coloradas de tigre; que todo era señal de valiente.



DE LOS SACERDOTES.

A los sacerdotes de México y toda esta tierra llamaron nuestros españoles papas, y fué que, preguntados por qué traían así los cabellos, respondían papa, que es cabello; y así, les llamaban papas; ca entre ellos tlamacazque se dicen los sacerdotes; ó tlenamacaque, y el mayor de todos, que es su perlado, achcauhtli, y es grandísima dignidad. Aprenden y enseñan los misterios de su religion á boca y por figuras; mas no los comunican ni descubren á legos, so gravísima pena. Hay entre ellos muchos que no se casan, por la dignidad, y que son muy notados y castigados si llegan á mujer.

Dejan crecer todos estos sacerdotes el cabello sin jamás lo cortar ni peinar ni lavar, á cuya causa tenían la cabeza sucia y llena de piojos y liendres; pero los que hacían esto eran santones; que los otros lavábanse las cabezas cuando se bañaban, y bañábanse muy á menudo; y así, aunque traían los cabellos muy largos, traíanlos muy limpios; bien que criar cabellos, de suyo es sucio. El hábito de los sacerdotes es una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta por capa, añudada al hombro derecho, con madejas de algodón hilado por orlas y rapacejos. Tiznábanse los días festivos, y cuando su regla mandaba, de negro las piernas, brazos, manos y cara, que parecían diablos. Había en el templo de Vitcilopuchtli de México cinco mil personas al servicio de los ídolos y casa, según en otra parte dije; pero no todos llegaban á los altares. Las herramientas, vasos y cosas que tenían para hacer los sacrificios, eran los siguientes: muchos braseros grandes y pequeños, unos de oro, otros de plata, y los más de tierra; unos para incensar las estatuas, y otros en que tener lumbre; la cual nunca se había de matar, caera ruin señal morirse, y castigaban reciamente á los que tenían cargo de hacer y atizar el fuego. Gastábanse ordinariamente quinientas cargas de leña, que son mil arrobas de nuestro peso, y muchos días había de entre año, de quemar mil y quinientas arrobas. También incensaban con los braseri-

cos á los señores; que así hicieron á Cortés y á los españoles cuando entró en el templo y derrocó los ídolos; incensaban asimesmo los novios, los consagrados, las ofrendas y otras mil cosas. Perfuman los ídolos con yerbas, flores, polvos y resinas; pero el mejor humo y lo comun es el que llaman copalli, el cual parece incienso, y es de dos maneras: uno era arrugado, que llaman xolochcopalli; en México está muy blando, en tierra fria estaria duro; quiere nacer en tierras calientes, y gastarse en frias. El otro es una goma de Copalquahuitlan, que muchos españoles la tienen por mirra. Punzan el árbol, y sin punzarlo, sale y destila gota á gota un licor blanco que luego se cuaja, y dello hacen unos panecillos como de jabon que se traslucen; este era su perfecto olor en sacrificios, y preciada ofrenda de dioses. Desta goma, mezclada con aceite de olivas, se hace muy buena trementina, y los indios hacen della sus pelotas. Tienen lancetas de azabache negro, y unas navajas de á jeme, hechas como puñal, mas gordas en medio que á los filos, con que se jasan y sangran de la lengua, ~~brazos,~~ piernas, y de lo que tienen en devocion ó voto. Es aquella piedra dura en grandísima manera, y hay otras de la mesma suerte y metal de piedra, pero de muchos colores. Cortan las navajas por entrambas partes, y cortan bien y dulcemente; y si aquella piedra no fuese tan vidriosa, es como hierro, pero luego salta y se mella. Destas navajas hay

infinitas en el templo, y cada uno las tiene en su casa para sus sacrificios y para cortar otras cosas. Tienen asimesmo los sacerdotes puas de metl, con que se pican; y para tomar la sangre que se sacan, Tienen papel, hojas de caña y metl; tienen pajuelas, cañas y sogas para tocar y pasar por las heridas y agujeros que se hacen en las orejas, lenguas, manos, y otros miembros que no son para decir. Hay en cada espacio de los templos que está de las gradas del altar, una piedra como tajon, hincada en el suelo y alta una vara de medir; sobre la cual recuestan á los que han de ser sacrificados. Tienen un cuchillo de pedernal, que llaman ellos tecpactl; con estos cuchillos abren los hombres que sacrifican, por las ternillas del pecho. Para coger la sangre tienen escudillas de calabazas, y para rociar con ella los ídolos unos hisopillos de pluma colorada; para barrer las capillas y placeta donde está el tajon tienen escobas de pluma, y el que barre nunca vuelve las nalgas á los dioses, sino va siempre barriendo cara atrás. Con tan pocos ornamentos y aparejos hacian la carnicería que despues oiréis.

DE LOS DIOSES MEXICANOS.

Ya puse la hechura y grandeza de los templos, cuando conté la magnificencia de México; aquí diré solamente que los tenían siempre muy limpios, blancos y bruñidos, y los altares muy adornados y ricos. Colgaban de las paredes cueros de hombres sacrificados, embutidos de algodón, en memoria de la ofrenda y cativerio que dellos había hecho el rey; mas cuantos los templos eran limpios, tanto estaban sucios los ídolos, de la mucha sangre que continuamente les echaban y de la goma que les pegaban. No había número de los ídolos de México, por haber muchos templos, y muchas capillas en las casas de cada vecino, aunque los nombres de los dioses no eran tantos; mas empero afirman pasar de dos mil dioses, que cada uno tenía su propio nombre, oficio y señal, como decir Ometochtli, dios del vino, que preside á los convites, ó causa que haya vino; tiene sobre la cabeza uno como mortero, donde le echan vino cuando celebran su devota fiesta, y celébranla muy á menudo y como el santo lo manda. A la diosa del agua, que dicen Matlalcuie, visten camisa azul, que es el color de agua. A Tezcatlipuca ponían antojos, porque sien-

do la providencia, debia de mirarlo todo. En Acapulco habia ídolos con gorras como las nuestras; adoran el sol, el fuego, la agua y la tierra, por el bien que les hacen; adoran los truenos, los relámpagos y rayos, por miedo; adoran á unos animales por mansos y á otros por bravos, aunque no sé para qué tenian ídolos de mariposas; adoraban la langosta porque no les comiese los panes; las pulgas y mosquitos porque no los picasen de noche, y las ranas porque les diesen peces. Y aconteció á unos españoles que iban á México, en un pueblo de la laguna, que pidiendo de comer otra cosa que pan, les dijeron que no tenian peces despues que su capitan Cortés les llevó su dios del pescado; y era porque entre los ídolos que les derribó, como hacia en cada lugar, estaba el de la rana; á la cual tenian por diosa del pescado, que cantando los convidaba á ello. Si la respuesta fué de lo creer así, simples eran; mas si fué de maliciosos, gentilmente se excusaron de darles á comer. Quizá adoraban la rana porque, siendo todos los otros peces mudos, ella sola parece que habla.

CÓMO EL DIABLO SE APARESCE.

Hablaba el diablo con los sacerdotes, con los señores y con otros, pero no á todos. Ofrecian cuan-

to tenían al que se le aparecía; aparecíaseles de mil maneras, y finalmente, conversaba con todos ellos muy á menudo y muy familiar, y los bobos tenían á mucho que los dioses conversasen con los hombres; y como no sabían que fuesen demonios, y oían de su boca muchas cosas ántes que aconteciesen, creían cuanto les decían; y porque él se lo mandaba, le sacrificaban tantos hombres, y le traían pintado consigo de tal figura, cual se les mostró la primera vez; pintábanle á las puertas, en los bancos y en cada parte de la casa; y como se les aparecía de mil trajes y formas, así lo pintaban de infinitas maneras, y algunas tan feas y espantosas, que se maravillaban nuestros españoles; pero ellos no lo tenían por feo. Creyendo pues estos indios al diablo, habían llegado á la cumbre de crueldad, so color de religiosos y devotos; y éranlo tanto, que ántes de comenzar á comer, tomaban un poquillo, y lo ofrecían á la tierra ó al sol; de lo que bebían, derramaban alguna gota para dios, como quien hace salva; si cogían grano, fruta ó rosas, quitábanle alguna hojuela ántes de olerla, para ofrenda; el que no guardaba estas y semejantes cosas, no tenía á dios en su corazón, y como ellos dicen, era malcriado con los dioses.

DESOLLAMIENTO DE HOMBRES.

De veinte en veinte días es fiesta festival y de guardar, que llaman tonalli, y siempre cae el día postrero de cada mes. Pero la mayor fiesta del año, y donde más hombres se matan y comen, es cincuenta y dos en cincuenta y dos años. Los de Tlaxcallan y otras repúblicas celebran estas fiestas, y otras muy solemnes, de cuatro en cuatro años.

El postrer día del mes primero, que llaman tlacaxipeualiztli, matan en sacrificio cien esclavos, los más cativos de guerra, y se los comen. Juntábase todo el pueblo al templo. Los sacerdotes, después de haber hecho muchas ceremonias, ponían los sacrificados uno á uno de espaldas sobre la piedra, y vivos los abrían por los pechos con un cuchillo de pedernal; arrojaban el corazón al pié del altar como por ofrenda, untaban los rostros al Vitcilopuchtli, ó á otro con la sangre caliente, y luego desollaban quince ó veinte dellos, ó menos, según era el pueblo y los sacrificados; revestíanse los otros tantos hombres honrados, así sangrientos como estaban; ca eran abiertos los cueros por las espaldas y hombros; cosíanse los que viniesen justos, y des-

pues bailaban con todos los que querian. En México se vestia el rey un cuero destes, que fuese de principal cativo, y regocijaba la fiesta bailando con los otros desfrazados. Toda la gente se andaba tras él por verle tan fiero, ó como ellos dicen, tan devoto. Los dueños de los esclavos se llevaban sus cuerpos sacrificados, con que hacian plato á todos sus amigos; quedaban las cabezas y corazones para los sacerdotes; embutian los cueros de algodón ó paja, y ó los colgaban en el templo, ó en palacio, por memoria; mas esto era habiéndolo prendido el rey, ó algun tecuitli; iban al sacrificadero los esclavos y cativos de guerra con los vestidos ó divisa del ídolo á quien se ofrescian; y sin esto, llevaban plumajes, guirnaldas y otras rosas, y las mas veces los pintaban ó emplumaban, ó cubrian de flores é yerba. Muchos dellos, que mueren alegres, andan bailando, y pidiendo limosna para su sacrificio por la ciudad; cogen mucho, y todo es de los sacerdotes. Cuando ya los panes estaban un palmo altos, iban á un monte que para tal devocion tenian diputado, y sacrificaban un niño y una niña de cada tres años, á honra de Tlaloc, dios del agua, suplicándole devotamente por ella si les faltaba, ó que no les faltase. Estos niños eran hijos de hombres libres y vecinos del pueblo; no les sacaban los corazones, sino degollábanlos. Envolvíanlos en mantas nuevas, y enterrábanlos en una caja de piedra.

La fiesta de Tezoztli, que ya los maizales estaban crecidos hasta la rodilla, repartían cierto pecho entre los vecinos, de que compraban cuatro esclavitos, niños de cinco hasta siete años, y de otra nación. Sacrificábanlos á Tlaloc porque lloviese á menudo, cerrábanlos en una cueva que para esto tenían hecha, y no la abrían hasta otro año. Tuvo principio el sacrificio destes cuatro mochachos, de cuando no llovió en cuatro años, ni aun cinco, á lo que algunos cuentan; en el cual tiempo se secaron los árboles y las fuentes; y se despobló mucha parte desta tierra, y se fueron á Nicaragua.

El mes y fiesta de Hueitozatli, estando ya los panes criados, cogía cada uno un manojo de maíz, y venían todos á los templos á ofrecerlo con mucha bebida, que llaman atulli y que se hace del mismo maíz, y con mucho copalli para sahumar los dioses que crían el pan. Bailaban toda aquella noche, y ni sacrificaban hombres ni hacían borracheras.

Al principio del verano y de las aguas celebran una fiesta que llaman Tlaxuchimaco, con todas las maneras de rosas y flores que pueden; ofrécenlas en el templo, enguirnaldando los ídolos con ellas. Gastan todo aquel día bailando. Para celebrar la fiesta de Tecuihuitlh se juntaban todos los caballeros y principales personas de cada provincia, á la ciudad que era la cabeza; la vigilia en la noche vestían una mujer de la ropa é insignias de la diosa de la sal, y bailaban con ella todos. En la mañana sacrificá-

banla con las ceremonias y solemnidad acostumbrada, y estaban el día en mucha devoción, echando incienso en los braseros del templo. Ofrecían y comían grandes comidas en el templo el día de Teutleco, diciendo: «Ya viene nuestro dios, ya viene.» Debía ser que llamaban al diablo á comer con ellos.

Los mercaderes, que tenían templo por sí, dedicado al dios de la ganancia, hacían su fiesta en Miccailhuitl, matando muchos esclavos comprados; guardaban fiesta, comían carne sacrificada y bailaban.

Solemnizaban la fiesta de Ezalcoaliztli, que también era consagrada á los dioses del agua, con matar una esclava y un esclavo, no de guerra, sino de venta. Treinta días ó más ántes de la fiesta ponían dos esclavos, hombre y mujer, en una casa, que comiesen y durmiesen juntos como casados, y llegando el día festival, vestían á él las ropas y divisa de Tlaloc, y á ella las de Matlalcuie, y hacíanles bailar todo el día, hasta la media noche, que los sacrificaban: no los comían como á otros, sino echábanlos en un hoyo que para esto tenía cada templo.

La fiesta Uchpaniztli sacrificaban una mujer. Desollábanla, y vestían el cuero á uno; el cual bailaba con todos los del pueblo dos días arreo, y ellos ataviábanse muy bien de mantas y plumajes.

Para la fiesta de Quecholli salía el señor de cada pueblo con los sacerdotes y caballeros á caza, para ofrecer y matar todo lo que cazasen, en los templos

del campo. Llevaba gran repuesto y cosas que dar á los que más fieras tomasen, ó más bravas fuesen, como decir leones, tigres, águilas, víboras y otras grandes sierpes: toman las culebras á manos, y mejor hablando, á piés; porque se atan los cazadores la yerba picieth á los piés, con la cual adormecen las culebras; no son tan enconadas ni ponzoñosas como las nuestras, si no son las de Almeria. Toman eso mesmo las culebras del cascabel, que son grandes, tocándoles con cierto palo. Sacrificaban este dia todas las aves que tomaban, desde águilas hasta mariposas; toda suerte de animalías, de leon á raton, y de las que andaban arrastrando, de culebra hasta gusanos y arañas: bailaban, y volvíanse al pueblo.

El dia de Hatamuztli guardaban la fiesta en México entrando en la laguna con muchas barcas, y anegando un niño y una niña metidos en una acalli, que nunca más pareciesen, sino que estuviesen en compañía de los dioses de la laguna. Comian en los templos; ofrecian muchos papeles pintados; untaban los carrillos á los ídolos con ulli, y tal estatua habia que le quedaba la costra de dos dedos de aquella goma.

Cuando hacian la fiesta de Tititlh bailaban todos los hombres y mujeres tres dias con sus noches, y bebían hasta caer: mataban muchos cativos de los dresos en las guerras de léjos tierras.

SACRIFICIOS DE HOMBRES.

Por honra y servicio del ídolo de fuego regocijaban la fiesta que llaman Xocotheueci, quemando hombres vivos. En Tlacopan, Coyoacan, Azcapuzalco y otros muchos pueblos, levantaban la víspera de la fiesta un gran palo rollizo como mástil; hincábanlo en medio del patio ó á la puerta del templo; hacían aquella noche un ídolo de toda suerte de semillas; envolvíanlo en mantas benditas, y liábanlo porque no se deshiciese, y á la mañana poníanlo encima del palo. Traían luego muchos esclavos de guerra ó comprados, atados de piés y manos; echábanlos en una muy grande hoguera que para tal efecto tenían ardiendo, y medio asados los sacaban del fuego y los abrian y sacaban los corazones para hacer las otras solemnidades; bailaban tras esto el día todo alrededor del palo, y á la tarde derribaban el mástil con su dios en tierra; cargaba luego tanta gente por tomar algun granillo ó migaja del ídolo, que muchos se ahogaban. Creían que comiendo de aquello los hacia valientes hombres.

En la fiesta de Izcalli sacrificaban muy muchos hombres, y todos esclavos y cativos, á reverencia del dios del fuego. La principal cerimonia era vestir á un prisionero los vestidos del dios del fuego,

y bailar mucho con él, y cuando andaba cansado matábanlo también como á sus compañeros.

Donde más cruelmente solemnizan esta fiesta, es en Cuahutitlan, aunque no la celebran cada año sino de cuatro en cuatro años. A las vísperas desta fiesta hincaban seis árboles muy altos en el patio, que todos los viesan, y los sacerdotes degollaban dos mujeres esclavas delante los ídolos en lo alto de las gradas: desollábanlas enteras y con sus caras; hendíanles los muslos y sacábanles las canillas. Otro día luego de mañana tornaban todos al templo á los oficios; subian dos hombres principales del pueblo á lo alto, y vestíanse los cueros de aquellas desolladas; cubrian sus caras con las dellas, como máscaras; tomaban sendas canillas en cada mano, y muy paso á paso bajaban las gradas, pero bramando. Estaba la gente como atónita de verlos abajar así, y todos á voz en grito decian: «Ya vienen nuestros dioses, ya vienen nuestros dioses, ya vienen.» En llegando al suelo tañian los atabales, huesos y bocinas, y ataban á los enmascarados cada sendas codornices sacrificadas, por unos agujeros que les hacian en los cueros del brazo de las muertas; y muchos pliegos de papel pintados, y pegados uno con otro á la fila, y prendidos de las espaldas. Iban estos dos hombres bailando por todo el pueblo, y á cada puerta y canton les echaban codornices, como en ofrenda, sacrificándolas; cogian las codornices, que infinitas eran, cenábanselas los dos revestidos, y los

sacerdotes y hombres principales del pueblo con el señor: la razón por qué había tanta codorniz era porque venían á la fiesta con mucha devoción los de la comarca, y aun de diez y más leguas aparte. Aspaban también el mismo día seis presos en guerra; empicotábanlos en lo más alto de los seis árboles que habían puesto el día ántes; asaeteábanlos luego muchos flecheros; derribaban los árboles, y hacíanse mil pedazos los huesos, y así como estaban los sacrificaban, sacándoles el corazón y haciendo las otras ceremonias que suelen: arrastrábanlos después, y en fin, los degollaban. De la manera que mataban estos, mataban otros ochenta y aun ciento aquel mismo día, y todos de seis en seis: jamás se oyó semejante crueldad. Dejaban á los sacerdotes las cabezas y corazones que comiesen ó enterrasen, y llevábanse los cuerpos á casa de los señores, y otro día tenían banquete con ellos, y grandes borracheras. También sacrificaban más allá de Xalisco hombres á un ídolo como culebra enroscada, y quemándolos vivos, que es lo más cruel de todo, y se los comían medio asados.

OTROS SACRIFICIOS DE HOMBRES.

La mayor solemnidad que hacían por año en México era al fin de su catorceno mes, á quien

llaman panquezaliztli; y no solo allí, pero en toda su tierra la celebraban pomposamente, ca estaba consagrada á Tezcatlipuca y á Vitcilopuchtli, los mayores y mejores dioses de todas aquellas partes; dentro del cual tiempo se sangran muchas veces de noche, y aun entre dia, unos de la lengua, por donde metian pajuelas; otros de las orejas; otros de las pantorrillas, y finalmente, cada uno de donde queria y más en devocion tenia. Ofrescian la sangre y oraciones con mucho incienso á los ídolos, y despues sahumábanlos. Eran obligados de ayunar todos los legos ocho dias, y muchos entraban al patio como penitentes para ayunar todo un año entero y para sacrificarse de los miembros que más pecaban. Entraban asimesmo algunas mujeres devotas á guisar de comer para los ayunadores. Todos estos tomaban su sangre en papeles, y con el dedo rociaban ó pintaban los ídolos de Vitcilopuchtli y Tezcatlipuca y otros sus abogados. Antes que amanesciese el dia de la fiesta venian al templo todos los religiosos de la ciudad y criados de dioses, el rey, los caballeros y otra infinita gente: en fin, pocos hombres sanos dejaban de ir. Salia del templo el gran Achcahutli con una imágen pequeña de Vitcilopuchtli muy arreada y galana, poníanse todos en rengle y caminaban en procesion. Los religiosos iban con las sobrepellices que usan, unos cantando, otros incensando; pasaban por el Tlatelulco; iban á una ermita de Acolman, donde sacrificaban cuatro cativos.

De allí entraban en Azcapuzalco, en Tlacopan, en Chapultepec y Vitcilopuchco, y en un templo de aquel lugar, que estaba fuera en el camino, hacian oracion, y mataban otros cuatro cativos con tantas cerimonias y devocion que lloraban todos. Volvíanse con tanto á México, despues de haber andado cinco leguas en ayunas, á comer. A la tarde sacrificaban cien esclavos y cativos, y algunos años doscientos. Un año mataban ménos, otro más, segun la maña que se daban en las guerras á cativar enemigos. Echaban á rodar los cuerpos de cativos las gradas abajo. A los otros, que eran de esclavos, llevaban á cuestas. Comian los sacerdotes las cabezas de los esclavos y los corazones de los cativos. Enterraban los corazones de los esclavos, y descarnaban los de los cativos para poner en el hosar. Daban con los corazones destos en el suelo, y echaban los de aquellos hácia el sol, que tambien en esto los diferenciaban, ó tirábanlos al ídolo cuya era la fiesta; y si le acertaban en la cara era buena señal. Por festejar la carne de hombres que comian, hacian grandes bailes y se emborrachaban.

Por el mes de Noviembre, cuando ya habian cogido el maíz y las otras legumbres de que se mantienen, celebran una fiesta á honor de Tezcatlipuca, ídolo á quien más divinidad atribuyen. Hacian unos bollos de masa de maíz y simiente de ajenjos, aunque son de otra suerte que los de acá, y echábanlos á cocer en ollas con agua sola. Entretanto que

hervian y se cocian los bollos, tañian los mochachos un atabal, y cantaban sus ciertos cantares alrededor de las ollas; y en fin, decian: «Estos bollos de pan ya se tornan carne de nuestro dios Tezcatlipuca;» y despues comíanselos con gran devocion.

En los cinco dias que no entran en ningun mes del año, sino que se andan por sí para igualar el tiempo con el curso del sol, tenian muy gran fiesta, y regocijábanla con danzas y canciones y comidas y borracheras, con ofrendas y sacrificios que hacian de su propia sangre á las estatuas que tenian en los templos y tras cada rincon de sus casas; pero lo sustancial y principalísimo della era ofrecer hombres, matar hombres y comer hombres; que sin muerte no habia alegría ni placer.

Los hombres que sacrificaban vivos al sol y á la luna porque no se muriesen, como habian hecho otras cuatro veces, eran infinitos, porque no les sacrificaban un dia solamente, sino muchos entre año; y al lucero que tienen por la mejor estrella mataban un esclavo del rey el dia que primero se les demostraba, y descúbrenlo en otoño, y venle docientos y sesenta dias. Atribúyenle los hados; y así, agüeran por unos signos que pintan para cada dia de aquellos docientos y sesenta. Creen que Topilcin, su rey primero, se convirtió en aquella estrella. Otras cosas y poesías razonaban sobre este planeta; mas porque para la historia bastan las dichas, no las cuento; y no solo matan un hombre

al nacimiento desta estrella, mas hacen otras ofrendas y sangrías, y los sacerdotes le adoran cada mañana de aquellas, y sahuman con inciensos y sangre propia que saean de diversas partes del cuerpo.

Cuando más se sangraban estos indios, ántes cuando nadie quedaba sin sangrías ni lancetadas, era habiendo eclipse del sol, que de la luna no tanto, ca pensaban que se queria morir. Unos se punzaban la frente, otros las orejas, otros la lengua; quién se jasaba los brazos, quién las piernas, quién los pechos; porque tal era la devocion de cada uno, aunque tambien iban aquellas sangrías segun usanza de cada villa; ca unos se picaban en el pecho y otros en el muslo, y los más en la cara; y entre los mismos vecinos de un pueblo era más devoto el que más señales tenia de haberse sangrado, y muchos andaban agujeradas las caras como harnero.



DE UNA FIESTA GRANDÍSIMA.

La fiesta que con más sacrificados solemnizaban en México era de cincuenta y dos en cincuenta y dos años; y como á dia de grandísima santidad, venian á ella de diez y de veinte leguas aparte los que no la celebraban en sus pueblos. Mandaba el achcahu-

tli mayor que matasen con agua todos los fuegos de los templos y casas, sin quedar una sola brizna, y tambien aquel gran brasero del dios de masa, que nunca se moria; que si moria, mataban al religioso que tenia cargo de atizarlo, sobre el mismo brasero. Este matar de fuegos hacian la postrera tarde de los cincuenta y dos años. Iban muchos tlama-
cazques de Vitcilopuchtli á Iztacpalapan, dos leguas de México. Subian á un templo que está en el serrejon Vixachtla, á quien Moteczuma tuvo grandísima devocion; y despues de média noche, ya que comenzaba dia, año y tiempo nuevo, sacaban lumbre de tlecuahuitl, que es palo de fuego, y sacábanla con un palillo como jugadera, metido de punta por entre dos leños secos, atados juntos y echados en el suelo, y traído á la redonda muy apriesa como taladro. Aquel mucho mecer y frotar causa tanto calor, que se encienden los leños. Sacada pues la nueva lumbre, y hechas todas las otras cerimonias que se requieren y usan, tornaban aquellos sacerdotes á México muy corriendo con los tizones ó ascuas; poníanlas delante el altar de Vitcilopuchtli con mucha reverencia; hacian gran fuego; sacrificaban un cativo en guerra, con cuya sangre rociaba el sacerdote mayor el nuevo fuego, á manera de bendicion. Tras esto llegaban todos, y cada uno llevaba lumbre á su casa, y los forasteros á sus pueblos. Luego, en siendo dia, sacrificaban en el lugar acostumbrado y con los ritos que suelen cua-

trocientos esclavos y cativos, si los habia de guerra, y comíanselos.



LA GRAN FIESTA DE TLAXCALLAN.

Casi las mismas fiestas de México y ritos de sacrificar hombres tenían en Tlaxcallan, Huexocinco, Chololla, Tepeacac, Zacatlan y otras ciudades y repúblicas, sino que variaban los nombres á los más dias y dioses. Es verdad que mataban más niños por año para los dioses del agua Tlaloc, Matlalcuie y Xuchiquezatl, y que en una fiesta asaeteaban un hombre puesto en una cruz, y en otra acañavereaban otro en una cruz baja, y en otra desollaban dos mujeres muertas en sacrificio; vestíanse los cueros dos sacerdotes mozos y ligeros; corrian por el patio y por las calles de la ciudad tras los caballeros y bien vestidos, y al que alcanzaban quitábanles las mantas, plumajes y joyas que para honrar la fiesta se habian puesto. Empero la gran fiesta suya era de cuatro en cuatro años, que llaman Teuxiuitl, y que quiere decir año de Dios, y que cae al principio de un mes correspondiente á Marzo. Al dios en cuyo honor se hacia dicen Camaxtle, y por otro nombre Mixcouath. Trae la fiesta ciento y sesenta

días de ayuno para los sacerdotes, y para los legos ochenta. Antes de comenzar el ayuno predicaba el achcahutli mayor á sus hermanos, esforzándolos al trabajo venidero, amonestándoles fuesen los criados de Dios que debían, pues habían entrado allí á servirle; y en fin, les decía cómo era llegado el año de su dios para hacer penitencia. Por tanto, el que se sintiese flaco ó indevoto saliese del patio de Dios dentro de cinco días, y no sería culpado ni amenguado por ello; mas que si después se salía, habiendo comenzado el ayuno y penitencia, sería tenido por indigno del servicio de los dioses y de la compañía de sus siervos, y privado del oficio y honra clerical, y sus bienes confiscados. Pasado el quinto día de plazo, preguntábales si estaban todos y si querían ir con él. Respondían que sí; y con tanto iban con el achcahutli docientos y trecientos y aun más clérigos á una sierra, cuatro leguas de Tlaxcallan, muy áspera y alta. Quedábanse todos los tlenamacaques, ántes de acabarla de subir, orando, y el achcahutli subía solo. Entraba en un templo de Matlalcui, y ofrecía al ídolo con grandísima reverencia esmeraldas, plumas verdes, incienso y papel. Tornábase á la ciudad. Ya para entónces estaban en el templo todos los servidores de ídolos que había en el pueblo, con muchos haces de palos. Comían todos muy bien y bebían no poco; que aun el ayuno estaba por entrar. Llamaban luego muchos carpinteros, que también hubiesen ayunado y re-

zado cinco días, para alisar y aguzar aquellos palos. Ibanse estos despues de haber hecho su oficio, y venian los navajeros, ayunos asimesmo. Sacaban y afilaban muchas navajas y lancetas de azabache, y poníanlas sobre mantas limpias y nuevas. Si alguna dellas se quebraba primero que se acabase, vituperaban al maestro, diciendo que no habia ayudado. Los sacerdotes perfumaban aquellas nuevas navajas, y poníanlas al sol en las mismas mantas. Cantaban unos cantares regocijados al son de ciertos atabalejos. Callaban los atabales, y cantaban otro cantar triste, y luego lloraban muy recio. Iban entónces todos, unos tras otros, como quien toma ceniza, á un sacerdote que estaba en la mas alta grada; el cual horadaba, como hombre diestro en el oficio, la lengua de cada uno por medio con su navaja, que para eso hacian tantas. Arrodi-llábase á Camaxtle, y comenzaban á pasar palos por las lenguas. Cada uno pasaba segun su estado, ó tiempo que servia al ídolo; quién ciento, quién docientos; pero el Achcahutli y los viejos metian aquel dia cada cuatrocientos y cinco palos de aquellos mas gordos por el agujero de las lenguas. Cuando acababan este sacrificio era mas de media noche. Cantaba luego el Achcahutli, y respondian los otros barbullando; que la sangre y dolor no les dejaba libre la voz. Ayunaban veinte dias, comiendo muy poquito, y hacian de manera que no se les cerrase el agujero de la lengua; porque á

los veinte días, y cuarenta, y á los setenta, y á los ochenta habian de sacar por él otras cada tantas varas cuantas el primero. Así que se sacrificaban cinco veces desta manera en ochenta días, y montaban las varas, que solo el Achcahutli ensangrentaba dos mil y veinte. Al cabo de los ochenta días ponian un ramo en el patio; que todos lo viesen, para que todos ayunasen los otros ochenta días que quedaban hasta la Pascua. Y no dejaba nadie de ayunar, como era su costumbre, comiendo poco y bebiendo agua. No podian comer chili, que es manjar caliente, ni bañarse, ni tocar á mujer, ni apagar el fuego, y en casa de los señores, como Maxixcacin y Xicotencatl, si el fuego se moria, mataban al esclavo que lo atizaba, y derramaban la sangre en el hogar. Aquel mesmo día que ponian el ramo hincaban ocho varales grandes en el patio, como virlos, y echaban en medio dellos todas sus varas ensangrentadas para quemar despues; pero primero las presentaban á Camaxtle como ofrenda. En los segundos ochenta días se metian eso mesmo pajas aquellos sacerdotes por las lenguas; mas no tantas como ántes, ni tan gordas, sino como cañones. Cantaban siempre y respondian con voz lastimera. Salian á pedir por las aldeas con ramos en las manos, y dábanles como en limosna mantas, plumas y cacao. Encalaban y lucian muy bien todas las paredes del templo, patio y salas; y tres días ántes de la fiesta se pintaban los

sacerdotes, unos de blanco, otros de negro, otros de verde, otros de azul, otros de colorado, otros de amarillo, y otros de otro color; en fin, ellos parecían extrañamente, porque allende de las muchas colores, se hacían mil figuras por el cuerpo, de diablos, sierpes, tigres, lagartos y semejantes cosas. Bailaban todo el día de la víspera sin parar; venían algunos clérigos de Chololla con las vestiduras de Cuezalcoatlh, vestían á Camaxtle y otro diosecillo á par dél. Camaxtle era tres estados alto, y el otro ídolo parecía niño; pero teníanle tanto respecto, que no le miraban á la cara. Ponían á Camaxtle muchas mantillas, y sobrellas una tecuxicoalli grande, y abierta por delante, á manera de loba, con aberturas para los brazos, y con un ruedo muy bien labrado, de hilo de pelos de conejo, que llaman tochomitl, y luego una capa sin capilla, como allá usan. Una máscara que diz que trajeron de Puyahutla, veinte y ocho leguas de allí, los primeros pobladores, de donde fué natural el mismo Camaxtle. Poníanle un grandísimo penacho verde y colorado, una muy gentil rodela de oro y pluma en el brazo izquierdo, y en la mano derecha una gran saeta con la punta de pedernal. Ofrecíanle muchas flores, rosas é incienso. Sacrificábanle muchos conejos, codornices, culebras, langostas, mariposas y otras cazas. A media noche se revestía un sacerdote, y sacaba lumbre nueva, y santificábala con la sangre de un cativo principal,

que degollaba, á quien decían hijo del sol, por haber muerto en tan bendito día. Ibanse los sacerdotes cada uno á su templo con de aquella nueva lumbré, y allá sacrificaban hombres á sus ídolos. En el templo de Camaxtle, que está en el barrio de Ocolelulco, mataban cuatrocientos y cinco presos de guerra, que tantas varas se pasó por la lengua el gran Achcahutli. En el barrio de Tepetiepac mataban ciento, y casi cada otros tantos en los barrios de Tizatlan y Quiahuyztlan, y no habia pueblo, de veinte y ocho que tiene, donde no matasen algunos. En fin, dicen que mataban y comian los de Tlaxcallan y su provincia aquel día y fiesta de Camaxtle, que celebran de cuatro en cuatro años, novecientos y aun mil hombres. Los sacerdotes se desayunaban con aquella bendita carne, y los legos hacian grandes banquetes y borracheras. Eran grandísimos carniceros estos de Tlaxcallan, y muy valientes en la guerra. Tenian por valentía y honra haber prendido y sacrificado muchos enemigos, como quien dice haber vencido muchos campos, ó tener muchas heridas por la cara, recibidas en batalla. Tal tlaxcalteca habia cuando Cortés entró allí, que tenia muertos en sacrificio cien hombres, presos con sus propias manos.

LA FIESTA DE QUEZALCOATL.

Chololla es el santuario desta tierra, donde iban en romería de cincuenta y cien leguas; y dicen que tenia trecientos templos entre chicos y grandes, y aun para cada dia del año el suyo. El templo que comenzaron para Quezalcoatl era el mayor de toda la Nueva-España, que segun cuentan, lo querian igualar con el serrejon que llaman ellos Popocatepec, y con otro que por tener siempre nieve, dicen Sierra-Blanca. Querian ponelle su altar y estatua en la region del aire, pues le adoraban por dios de aquel elemento; empero no lo acabaron, á causa, á lo que ellos mismos afirmaban, que edificando á la mayor priesa vino grandísima tempestad de agua, truenos, relámpagos, y una piedra con figura de sapo. Parescióles que los otros dioses no consentian que aquel se aventajase en casa; y así, cesaron. Todavía quedó muy alto. Tuvieron de allí adelante al sapo por dios, aunque lo comen: aquella piedra que dicen, tenian por rayo; porque muchas veces, despues que son cristianos, han caido terribles rayos allí. Celebran la fiesta del año de Dios, que cae de cuatro en cuatro años, en nombre de Quezalcoatl; ayuna el gran Achcahutli cuatro

días, sin comer mas de una vez al día, y aquella un poco de pan y un jarro de agua; gasta todo aquel tiempo en oraciones y sangrías. Tras aquellos cuatro días comienzan el ayuno de ochenta días arreo, ántes de la fiesta. Enciérranse los tlamacazques en las salas del patio con sendos braseros de barro, mucho incienso, puas y hojas de metl, y tizne ó tinta de bija. Siéntanse por órden en unas esterres á raíz de las paredes; no se levantan sino para hacer sus necesidades; no comen sal ni ají, ni ven mujeres; no duermen en los primeros sesenta días mas de dos horas á prima noche y otras tantas á primo día. Su oficio era rezar, quemar incienso, sangrarse muchas veces al día de muchas partes de su cuerpo, y cada media noche bañarse y teñirse de negro. Los postreros veinte días, ni ayunaban tanto ni comían tan poco. Ataviaban la imágen de Quezalcoatl riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas, y para esto venían algunos sacerdotes de Tlaxcallan, con las vestimentas de Camaxtle; ofrecíanle la noche postrera muchas sartales y guirnaldas de maíz y otras yerbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. Para celebrar la fiesta vestíanse todos luego por la mañana muy galanes; no mataban muchos hombres, porque Quezalcoatl vedó el tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos.



LOS AYUNOS DE TEOUACAN.

Otra manera de ayuno tenían en la provincia de Teouacan, muy grande y muy diversa de todas las dichas. De cuatro en cuatro, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos á servir en el templo; no vestían mas de una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían á medio día sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban los dos, y otra los otros dos; pero no dormían en toda la noche de la vela, y sangrábanse cuatro veces para ofrecer la sangre con oraciones. Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas, cada sesenta cañas largas. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil y trecientas y veinte cañas metidas por sus orejas. Montaban las de todos cuatro ayunadores diez y siete mil y docientas y ochenta cañas. Quemábanlas en acabando su ayuno con mucho incienso para que los dioses gustasen de aquella suavidad. Si alguno dellos moría durante los cuatro años, entraba otro en su lugar; pero tenían que sería mortandad de señores. Si

participaba con mujer, matábanlo á palos de noche, y á furia de pueblo, y delante los ídolos; quemábanlo y esparcían los polvos por el aire para que no quedase memoria de tal hombre, pues no pudo pasar cuatro años sin llegar á mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. Con estos ayunadores se holgaba mucho Moteczuma, y los tenia por santos. Cuentan dellos que conversaban siempre con el diablõ, que adivinaban grandes cosas y que veían maravillosas visiones: pero la mas continua era una cabeza con muy largos cabellos, por lo cual debían de criar cabello largo todos los sacerdotes desta tierra.

No dejaré de contar otro sacrificio de moradores, aunque feo, por ser extrañísimo. Habia muchos mancebos por casar de Teouacan, Teutitlan Cuzcatlan y otras ciudades, que ó por devotos ó por animosos ayunaban muchos dias, y despues hendíanse con agudas navajas el miembro por entre cuero y carne cuanto podían, y por aquella abertura pasaban muchos bejucos, que son como sarmientos ó mimbres, gordos y largos, segun la devocion del penitente; unos diez brazas, otros quince, y algunos veinte; quemábanlos luego, ofreciendo el humo á los dioses. Si alguno desmayaba en aquel paso no le tenían por vírgen ni por bueno, y quedaba infamado por fementido.

Tal cual veis era la religion mexicana. Nunca hubo, á lo que parece, gente mas, ni aun tan idó-

latra como esta; tan matahombres, tan comehombres; no les faltaba para llegar á la cumbre de crueldad sino beber sangre humana, y no se sabe que la bebiesen.

DE LA CONVERSION.

¡Oh, cuántas gracias deben dar estos hombres á nuestro buen Dios, que tuvo por bien alumbrarlos para salir de tanta ceguedad y pecados, y darles gracia que conociendo y dejando su error y crueldades, se volviesen cristianos! ¡Oh, cuánto deben á Fernando Cortés que los conquistó! ¡Oh, qué gloria de españoles haber arrancado tamaños males y plantado la fe de Cristo! ¡Dichosos los conquistadores y dichosísimos los predicadores; aquellos en allanar la tierra, estos en cristianar la gente! ¡Felicidad grandísima de nuestros reyes, en cuyo nombre tanto bien se hizo! ¡Qué fama, qué loa será de Cortés! Él quitó los ídolos, él predicó, él vedó los sacrificios y tragazon de hombres. Quiero callar; no me achaquen de aficion ó lisonja. Empero si yo no fuera español, loara los españoles, no cuanto ellos merecen, sino cuanto mi ruda lengua é ingenio supieran. Tantos en fin han convertido cuantos conquistado. Unos dicen que se han bautizado en la Nueva-España seis millones de personas, otros ocho, y algunos diez. Mejor acertarian diciendo cómo no hay por cristianar persona en cua-

trocientas leguas de tierra, muy poblada de gente: loado nuestro Señor en cuyo nombre se bautizan; así que son españoles dignísimos de alabar, ó mejor hablando, alaben ellos á Jesucristo, que los puso en ello. Comenzóse la conversion con la conquista, pero convertíanse pocos, por atender los nuestros á la guerra y al despojo, y porque habia pocos clérigos. El año de 24 se comenzó de veras con la ida de fray Martin de Valencia y sus compañeros; y el de 27, que fueron allá fray Julian Garcés, dominico, por obispo de Tlaxcallan, y fray Juan Zumárraga, francisco, por obispo de México, se llevó á hecho; ca hubo muchos frailes y clérigos. Fué trabajosa la conversion al principio por no entender ni ser entendidos; y así, procuraron de mostrar el castellano á los mas nobles mochos de cada ciudad, y de aprender el mexicano para predicar. Tuvo eso mesmo dificultad grandísima en quitar del todo los ídolos, porque muchos no los querian dejar habiéndolos tenido por dioses tanto tiempo, y diciendo que bien bastaba poner con ellos la cruz y á María, que así llamaban entónces á todos los santos y aun á Dios; y que tambien podian tener ellos muchos ídolos, como los cristianos muchas imágenes; por lo cual los escondian y soterraban, y para encobrirlo ponian una cruz encima, y porque si los tomasen orando pareciese que adoraban la cruz; mas como eran por esto aperreados y perseguidos, y porque habiéndoles quebrado los ídolos y destrui-

do los templos, les hacian ir á las iglesias, dejaron la idolatría. Sosteníanlos mucho el diablo en aquello, diciéndoles que si le dejaban no lloveria, y que se levantasen contra los cristianos; que les ayudaria él á matarlos. Algunos hubo que tomaron su consejo, y libraron mal. Dejar las muchas mujeres fué lo que mas sintieron, diciendo que ternian pocos hijos en sendas, y así habria ménos gente, y que hacian injuria á las que tenian, pues se amaban mucho, y que no querian atarse con una para siempre si fuese fea ó estéril, y que les mandaban lo que ellos no hacian, pues cada cristiano tenia cuantas queria, y que fuese lo de las mujeres como lo de los ídolos, que ya que les quitaban unas imágenes les daban otras. Hablaban finalmente como carnalísimos hombres; y así, dispensó con ellos el papa Pablo en tercer grado para siempre. Fácilmente, á lo que se alcanza, dejaron la sodomía, aunque fué con grandes amenazas y castigo. Dejaron asimismo de comer hombres, aunque pudiendo, no lo dejan, segun dicen algunos; mas como anda sobre ellos la justicia con mucho rigor y cuidado, no cometen ya tales pecados, y Dios los alumbrá, y ayuda á vivir cristianamente. Hay en esta tierra que Fernando Cortés conquistó, ocho obispados. México fué obispado veinte años, y el año de 47 lo hizo arzobispado Pablo, papa tercio; Cuahutemallan y Tlaxcallan tienen obispos; Huaxacac es obispado, y túvolo Juan López de Zárate; Michuacan, que po-

sée el licenciado Vasco Quiroga; Xalixco, que tuvo Pero Gomez Malaber; Honduras, donde está el licenciado Pedraza; Chiapa, que resignó fray Bartolomé de las Casas con cierta pension. Tienen los reyes de Castilla por bula del Papa, el patronazgo de todos los obispados y beneficios de las Indias, que engrandesce mucho el señorío; y así, los dan ellos y sus consejeros de Indias. Hay tambien muchos monasterios de frailes mendigantes, mayormente franciscos, aunque no hay carmelitas; los cuales pueden en aquella tierra cuanto quieren, y quieren mucho. No hay lugar, á lo menos no pueden estar, sin clérigo ó fraile que administre los sacramentos, predique y convierta.

LA PRIESA QUE TUVIERON A BAUTIZARSE.

Fué principal causa y medio para que los indios se convirtiesen, deshacer los ídolos y los templos en cada lugar. Dicen que les dolia mucho la destruccion de sus templos grandes, perdiendo esperanza de poderlos rehacer; y como eran religiosísimos y oraban mucho en el templo, no se hallaban sin casa de oracion y sacrificios; y así, visitaban las iglesias á menudo. Oían de gana los predicadores, miraban las cerimonias de la misa, deseando saber sus misterios, como novedad grandísima; por

manera que, con la gracia del Espíritu Santo, y con la solicitud de los predicadores, y con su mansedumbre, cargaban tantos á bautizarse, que ni cabian en las iglesias ni bastaban á bautizarlos; y así, bautizaron dos sacerdotes en Xochmilco quince mil personas en un dia; y tal fraile francisco hubo que bautizó él solo, aunque en muchos años, cuatrocientos mil hombres; y á la verdad los frailes franciscos han bautizado, á lo que dicen ellos mismos, más que nadie. Tambien aconteció en muchas ciudades velarse mil novios en un solo dia; priesa grandísima. Dicen que un Calixto, de Huexocinco, criado en la doctrina, fué el primero que se veló á puerta de iglesia. La confesion, como cosa espaciosa, tuvo más que hacer. Todavía la procuraron muchos; y así, cuentan por cosa grande cómo hubo en Teouacan el año de 40, doce diferencias de naciones y lenguajes á oir los oficios de la Semana Santa y á confesarse, y algunos vinieron de sesenta leguas. Quien primero se comulgó fué Juan de Cuauhquecholla, caballero, y comulgáronle con gran recelo. La disciplina y penitencia de azotes tomaron presto y mucho, con la costumbre que tenian de sangrarse á menudo por devocion, para ofrecer su sangre á los ídolos; y así, acontece ir en una procesion diez mil, y cincuenta mil, y aun cien mil disciplinantes. Todos, en fin, se disciplinan de buena gana, y mueren por ello, como les come y crece la sangre cada año por aquel mesmo tiempo que se suelen azotar en las espaldas,

que natural cosa es; bien es que se disciplinen en remembranza de los muchos azotes que dieron á nuestro buen Jesus, pero no que parezca recaer en sus viejas sangrías, y por eso algunos se lo querrian quitar, á lo ménos templar.

DE CÓMO ALGUNOS MURIERON POR QUEBRAR
LOS ÍDOLOS.


Metian en la doctrina cristiana los hijos de señores y principales hombres, para ejemplo á los demás. No contradecian sus padres, por amor de Cortés, aunque algunos los escondian hasta ver en qué paraba la nueva religion, ó enviaban otros por ellos. Acxotencatl, señor de Tlaxcallan, tenia cuatro hijos y aun sesenta mujeres. Dió los tres á la doctrina y retúvose al mayor, que seria de doce años ó trece; mas al cabo lo dió, porque se supo, no le tuviesen por falso. Aprendió muy bien el mochacho la doctrina y el romance; bautizóse, y llamáronle Cristóbal: derramaba el vino que tenia su padre, reprendiendo la borrachez; acusábale la multitud de mujeres, quebraba los ídolos de casa y pueblos que podia coger. Acxotencatl tenia enojo dello, pero pasábalo por quererlo bien y ser su mayorazgo.

Entró el diablo en él, y á persuasion de Xochipaloacin, una de sus mujeres lo apaleó, acuchilló y echó en el fuego, que se quemase, de lo cual murió al otro dia siguiente. Enterróle secretamente en una su casa de Atlihuacan, pueblo suyo, dos leguas de Tlaxcallan. Hizo matar, porque no lo dijese, á Tlapalxicin, madre de Cristóbal, y su mujer, en Quimichuca, que está cerca de la venta de Tecouac. Esto fué año de 27, y estuvo mucho que no se supo. Maltrató despues á un español porque hizo ciertas demasías pasando por unos pueblos suyos. Fué sobre ello Martin de Calahorra desde México por pesquisidor, y averiguó las muertes de Cristóbal y de Tlapalxilo, y ahorcólo. Tambien mataron otros de la doctrina que iban por ídolos á los lugares, hasta que la justicia puso remedio con grandes castigos. En Ezatlan, que andaban levantados, mataron el año de 41 á fray Juan Calero, que llamaban de Esperanza, fraile francisco, porque les hacia abatir un ídolo que habian alzado y adoraban; y en Amecca mataron á fray Antonio Cuellar, francisco, porque les predicaba. En Quivira mataron á fray Juan de Padilla y á su compañero, que se quedaron á predicar. En la Florida mataron á fray Luis Cancel, dominico, que fué á convertir: en fin, matan á cuantos predicadores pueden coger si no hay soldados que temer.

DE CÓMO CESARON LAS VISIONES DEL DIABLO.

Aparescia y hablaba el diablo á estos indios muchas veces, segun se ha contado, especialmente al principio de la conversion; sabiendo que se habian de convertir. Persuadíalos á sustentar los ídolos y sacrificios en aquella religiosa costumbre que tuvieron sus padres, abuelos y antepasados. Aconsejábales que no dejaran su buena conversacion y amistad por quien nunca vieron. Amenazábales que no lloveria, ni les daria sol ni salud ni hijos. Reprendíales de cobardes, porque no mataban aquellos pocos españoles que predicaban. Ellos, engañados con las dulces palabras, ó con las sabrosas comidas de carne humana, ó con la costumbre, que como otra naturaleza los tiranizaba, deseaban complacerle y estarse en su religion antigua; así que mataron algunos por esto, y defendian los ídolos ó los escondian, diciendo que Vitcilopuchtli ni los dioses no buscó oro. Ponian cruces sobre los ídolos escondidos para engañar los españoles, y el diablo huía dellas, cosa de que los indios se maravillaban; y así, comenzaban á creer la virtud del Crucificado, que les predicaban. Pusieron los nuestros el Santísimo Sacramento en muchos lugares, que ahuyentó

del todo al diablo, como él mismo lo confesó á los sacerdotes que le preguntaron la causa de su ausencia y esquiveza. De manera que no se llegaba el diablo, como solia, á los indios que, bautizados, tenian el Sacramento y cruces, y poco á poco se desapareció. Aprovechaba mucho el agua bendita contra las visiones y supersticion de la idolatría. Dieron á la marquesa doña Juana de Zúñiga en Teoacualco una pilica de buena piedra, en que solia haber ídolos, ceniza y otras hechicerías. Ella, por haber servido de aquello, mandó que bebiese allí un gatillo muy regalado, el cual nunca jamás quiso beber en la pilica hasta que le echaron agua bendita; cosa notable, y que se publicó entre los indios para la devocion. Muchas veces ha faltado agua para los panes, y en haciendo rogarias y procesiones llovía. Llovía tanto el año de 28, que se perdian los panes y ganados, y aun las casas. Hicieron procesion y oraciones en México, Tezcucó y otros pueblos, y cesaron las lluvias; que fué gran confirmacion de la fe. Llovía pues, y serenaba, y habia salud, contra las amenazas del diablo, aunque se quebraban los ídolos y se derribaban los templos.



QUE LIBRARON BIEN LOS INDIOS EN SER CONQUISTADOS.

Por la historia se puede sacar cuán sujetos y despechados eran los indios; y por tanto, no hay mucho que contar aquí; mas para cotejar aquel tiempo con este, replicaré algunas cosas. Los villanos pechaban, de tres que cogian, uno, y aun les tasaban á muchos la comida. Si no pagaban la renta y tributo que debian, quedaban por esclavos hasta pagar; y en fin, los sacrificaban cuando no se podian redimir. Tomábanles muchas veces los hijos para sacrificios y banquetes, que era lo tirano y lo cruel. Servíanse dellos como de bestias en las cargas, caminos y edificios. No osaban vestir buena manta ni mirar á su señor. Los nobles y señores tributaban tambien al rey de México en hacienda y en persona. Las repúblicas no podian librarse de la servidumbre, por causa de la sal y otras mercaderías; por manera que vivian muy trabajados, y como lo merecian en la idolatría, y no habia año que no muriesen veinte mil personas sacrificadas, y aun cincuenta mil, segun la cuenta que otros hacen, en la que Cortés conquistó; pero, que fuesen diez mil, era gran carnicería, y uno solo gran inhumanidad. Agora, que por la misericordia de Dios son cristianos, no hay tal sacrificio ni comida de hom-

bres. No hay ídolos ni borracheras que saquen de seso. No hay sodomía, pecado aborrescible, por todo lo cual deben mucho á los españoles que los conquistaron y convirtieron. Agora son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando; ca el emperador se los tasa. Tienen hacienda propia, y granjerías de seda, ganados, azúcar, trigo y otras cosas. Saben oficios y venden bien y mucho las obras y las manos. No les fuerza nadie, que no le castiguen, á llevar cargas ni trabajar: si algo hacen, son bien pagados. No hacen nada sin mandárselo el señor que tienen indio, aunque lo mande el señor español á quien están encomendados, ni aunque lo mande el virey; y esta es grandísima exención. Todos los pueblos, aunque sean del rey, tienen señor indio que manda y veda, y muchos pueblos dos y tres, y más señores; los cuales son del linaje que eran cuando fueron conquistados; y así, no se les ha quitado el señorío ni mando. Si faltan hombres de aquella casta, escogen ellos al que quieren, y confírmalo el rey. Obedéscenlos en grandísima manera y como á Moteczuma; así que nadie piense que les quitan los señoríos, las haciendas y libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que los cristianaron, y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, no por necesidad sino por honestidad, si quisieren, y de carne para que

comán, ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y tienen. Hanles enseñado latin y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron, porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechaban mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos.

COSAS NOTABLES QUE LES FALTAN.

No tenían peso, que yo sepa, los mexicanos; falta grandísima para la contratacion. Quién dice que no lo usaban por excusar los engaños; quién, porque no lo habian menester; quién, por ignorancia, que es lo cierto. Por donde parece que no habian oído cómo hizo Dios todas las cosas en cuenta, peso y medida. Así que carescen de peso todos los indios; aunque se halló cierta manera de peso en la costa de Cartagena, y en Túmbez halló Francisco Pizarro una romana con que pesaban el oro, la cual tuvo en mucho.

No tenían moneda, teniendo mucha plata, oro y cobre, y sabiéndolo hundir y labrar, y contratando

mucho en ferias y mercados. Su moneda usual y corriente es cacauatl ó cacao, el cual es una manera de avellanas largas y amelonadas: hacen dellas vino, y es el mejor, y no emborracha. El árbol no fructifica sin compañero, como las palmas; pero en llevando fruta, se le puede quitar sin daño: echa la fruta en racimos como dátiles; requiere tierra caliente, pero no demasiado.

Carecian del uso de hierro, habiendo grandísimas minas dello, y esto por rudeza.

No tenían otra candela para se alumbrar de noche que tizones; barbaria grandísima, y tanto más grande cuanto más cera tenían; que aceite no alcanzaban; y así, cuando los nuestros les mostraron el uso y el provecho de la cera, confesaron su simpleza, teniéndolos por nuevos dioses.

No hacian navíos sino de una sola pieza, aunque buscaban grandes árboles: la causa era falta de hierro, pez y ingenios para calafatearlos.

Que no hiciesen vino teniendo vides y procurando beber otro que agua, es de maravillar: ya lo van haciendo los nuestros, y presto habrá mucho, mayormente si los indios se dan á plantar viñas.

Carecian de bestias de carga y leche; cosas tan provechosas como necesarias á la vida; y así, estimaron mucho el queso, maravillados que la leche se cuajase. De la lana no se maravillaron tanto, pareciéndoles algodón. Espantáronse de los caballos y toros; quieren mucho los puercos, por la car-

ne; bendicen las bestias, porque los relievan de carga, y ciertamente les viene dellas gran bien y descanso, porque ántes ellos eran las bestias.

No tenían letras más de las figuras, y aquellas pocas en respecto de todas las Indias, por donde algunos dicen no haber llegado en estas tierras hasta nuestro tiempo la predicacion del santo Evangelio.

Otras muchas cosas les faltaban de las que son menester á la vivienda política del hombre; pero las dichas son las de gran falta, y que á muchos espantan; mas quien considerare que pueden vivir sin ellas los hombres, como ellos vivian, no se espantará, en especial si considera que, así como es nueva tierra para nosotros, así son diferentes todas las cosas que produce, de las nuestras, y que produce cuantas le bastan á mantener y aun á regalar á los hombres.

Muchas cosas les faltaban tambien de las que acá preciamos, que son más deleitosas que necesarias, como decir, seda, azúcar, lienzo y cáñamo; hay ya tanta abundancia como en España.

No tenían pastel, y agora sí; mas tenían linda grana y finos colores de flores, que no quemaban lo que teñian; y aun su pintura no la gasta ni daña el agua, si la untan con olio de chiyan.

DEL TRIGO Y DEL MOLINO.

En la historia tratamos del pan de los indios que comen ordinaria y generalmente; en esta tierra multiplica mucho, y algun grano echa seiscientos; cómolo verde, crudo, cocido y asado, en grano y amasado. Es ligero de criar, y sirve tambien de vino; y así, nunca lo dejarán, aunque más trigo haya. Del meollo de las cañas del centli ó tlaulli, que otros dicen maíz, hacen imágenes, que siendo grandes, pesan poco. Un negro de Cortés, que se llamaba, según pienso, Juan Garrido, sembró en un huerto tres granos de trigo que halló en un saco de arroz; nacieron los dos, y uno dellos tuvo ciento y ochenta granos. Tornaron luego á sembrar aquellos granos, y poco á poco hay infinito trigo: da uno ciento, y trecientos, y aun más lo de regadío y puesto á mano; siembran uno, siegan otro, y otro está verde, y todo á un mesmo tiempo; y así, hay muchas cogidas por año. A un negro y esclavo se debe tanto bien. No se da, ni da tanto la cebada, que yo sepa. Cuando en México hicieron molino de agua, que ántes no lo habia, tuvieron gran fiesta los españoles y aun los indios, especial mujeres, que les era principio de mucho descanso;

mas empero un mexicano hizo mucha burla de tal ingenio, diciendo que haria holgazanes los hombres é iguales, pues no se sabia quién fuese amo ni quién mozo, y aun dijo que los necios nacia para servir y los sabios para mandar y holgar.

DEL PAJARITO VICICILIN.

La mejor ave para carne que hay en la Nueva-España son los gallipavos: quíselos llamar así por cuanto tienen mucho de pavon y mucho de gallo. Tienen grandes barbas ó paperas, que se mudan de muchos colores; tómanse aunque los tengan en las manos; mansedumbre ó apetito grande; todos las conocen, no hay qué decir. No habia de nuestras gallinas; hay agora tantas, que traen á un solo mercado ocho mil dellas á vender. El año de 39 les dió un mal que se murieron súbitamente casi todas; casa hubo donde murieron mil, sin docientos capones. El mas extraño pájaro es vicicilin, el cual no tiene mas cuerpo que abejon, pico largo y delgado. Mantiénese del rocío, miel y licor de flores, sin sentarse sobre la rosa; la pluma es menuda, linda y entrecolores; précianla mucho para labrar con oro, especialmente la del pecho y pescuezo; muere ó adormécese por Octubre, asido de una ramita con los piés en lugar abrigado; despierta ó re-

vive por Abril, cuando hay muchas flores, y por eso lo llaman el resucitado, y por ser tan maravilloso hablo dél.

DEL ARBOL METL.

Arboles hay en las sierras de México muy olorosos, y que los nuestros pensaron luego en viéndolos, tener especias; empero la corteza es bastardísima, y el grano flojo. Habia cañafístolos, mas ruines y no estimados; españoles los crían muy buenos. Hay árboles que llevan hojas coloradas y verdes, que parecen bien; otros que llaman de los vasos, por la fruta; y otros cuyas espinas sirven de alfileres. Elo es grande árbol, y lleva las hojas como nogal, mas como el brazo de largo; no echa fruta, sino una flor blanca, verde y clara; tiene pena de muerte quien la trae si no es señor ó si no ha licencia; la mesma pena tiene el que trae la iolo, rosa de gran árbol, hechura de corazon, color blanquizca, olor de camuesa. Es buena con cácauatl para las calenturas, aunque sean de frio; conforta el corazon, segun el nombre y hechura. Quien come la iolo que tiene las vetas moradas, enloquece. De aquestos árboles y otros así eran los huertos de Moteczuma, que tenia para recreacion. Vacalxuchitl es una rosa de muchos colores, que adoba e

agua, y la encarnada se escalfa las tardes; propiedad rarísima. Ocozotles es árbol grande y hermoso, las hojas como hiedra; cuyo licor, que llaman liquidámbar, cura heridas, y mezclado con polvos de su misma corteza, es gentil perfume y olor suave. Xilo es otro árbol, de que sacaban indios el licor que los nuestros llaman bálsamo. Pero ¿qué voy contando, pues son cosas naturales que piden mas tiempo? Solamente quiero poner el metl, por ser provechosísimo. Metl es un árbol que unos llaman maguey y otros cardon; crece de alto mas de dos estados, y en gordo cuanto un muslo de hombre. Es mas ancho de bajo que de arriba, como ciprés. Tiene hasta cuarenta hojas, cuya hechura parece de teja, ca son anchas y acanaladas, gruesas al cimiento, y fenecen en punta. Tienen uno como espinazo, gordo en la comba, y van adelgazando la halda. Hay tantos árboles destos, que son allá como acá las viñas. Plántanlo, echa espiga, flor y simiente. Hacen lumbre, y muy buena ceniza para lejía. El tronco sirve de madera, y la hoja de tejas. Córtales antes que mucho crezca; y engorda mucho la cepa. Excávanla por de dentro, donde se recoge lo que llora y destila, y aquel licor es luego como arropo. Si lo cuecen algo es miel; si lo purifican es azúcar; si lo destemplan, es vinagre, y si le echan la ocpatli, es vino. De los cogollos y hojas tiernas hacen conserva. El zumo de las pencas asadas, caliente, y exprimido sobre llá-

ga ó herida fresca, sana y encorece presto. El zumo de los cogollitos y raíces, revuelto con jugos de ajenjos de aquella tierra, guarece la picadura de víbora. De las hojas deste metl hacen papel, que corre por todas partes para sacrificios y pintores. Hacen asimesmo alpargatas, esteras; mantas de vestir, cinchas, jáquimas, cabestros, y finalmente son cáñamo y se hilan. Las puas son tan recias, que las hincan en otra madera, y tan agudas, que cosen con ellas como con agujas cualquier cuero, y para coser sacan con la pua la veta, ó hacen como con lesna ó punzon. Con estas puas se punzan los que se sacrifican, segun muchas veces tengo dicho, porque no se quiebran y despuntan en la carne, y porque, sin hacer gran agujero, entran cuanto es menester. ¡Buena planta, que de tantas cosas sirve y aprovecha al hombre!



DEL TEMPLE DE MEXICO.

Todo lo que conquistó Fernando Cortés está de doce hasta veinticinco grados de altura; y así, es mas caliente que frio, aunque dura la nieve todo el año en algunas sierras, y se quemán los árboles y maizales como aconteció el año de 40. Está Mé-

xico en decinueve grados de la línea Equinocial y ciento de Canaria, por do echó Ptolomeo la raya meridional, á la cuenta de muchos; y así, hay ocho horas de diferencia en el sol de México á Toledo, segun se prueba y conoce por los eclipses; lo cual es que sale ántes el sol aquellas ocho horas en Toledo que en México. Pasa el sol á 8 de Mayo por sobre México hácia el Norte, y vuelve á 15 de Julio. Echa las sombras todo aquel tiempo al mediodia. No angustia en él la ropa ni escuece la desnudez. Es sana vivienda y apacible, y hay mucho deporte en las sierras que lo rodean y laguna que lo baña.

QUE HA VENIDO TANTA RIQUEZA DE LA NUEVA-ESPAÑA
COMO DEL PERU.

Muy poca plata y oro fué lo que Cortés y sus compañeros hallaron y hubieron en las conquistas de la Nueva-España, en comparacion de lo que despues acá se ha sacado de minas. Todo lo cual, ó muy poco ménos se ha traído á España; y aunque las minas no han sido tan ricas, ni las partidas traídas tan gruesas como las del Perú, han sido continas y grandes, y el tiempo doblado; y aun si sacan los años de las guerras civiles, que no vino

nada, tres tanto. No se puede afirmar esto sin la casa de la contratacion de Sevilla, pero es opinion de muchos. Sin oro y plata, se ha tambien traído muchísimo azúcar y grana, dos mercaderías bien ricas. La pluma y algodón y otras muchas cosas algo valen. Pocas naves van, que no vuelvan cargadas; lo cual no es en el Perú, que aun no está lleno de semejantes granjerías y provechos; así que tan rica ha sido la Nueva-España para Castilla como el Perú, aunque tiene la fama él. Es verdad que no han venido tan ricos mexicanos como peruleros; pero así no han muerto tantos. En la cristiandad y conservacion de los naturales lleva grandísima ventaja la Nueva-España al Perú, y está mas poblada y mas llena de gentes. Lo mesmo es en los ganados y granjerías; ca llevan de allí al Perú caballos, azúcar, carne y otras veinte cosas. Podrá ser que se hincha el Perú y enriquezca de nuestras cosas como la Nueva-España, que buena tierra es si lloviese para ello; mas el regadío es mucho. He dicho esto por la competencia de los unos conquistadores y de los otros.



DE LOS VIREYES DE MEXICO.

La grandeza de la Nueva-España, la majestad de México y la calidad de los conquistadores re-

querían personas de sangre y valor para la gobernación; y así, envió allá el emperador á don Antonio de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, por virey, y se vino Sebastian Ramirez, que gobernaba bien; el cual fué luego presidente de la chancillería de Valladolid y obispo de Cuenca. Fué proveído don Antonio de Mendoza el año, pienso, de 34. Llevó muchos maestros de oficios primos para ennoblecer su provincia, y á México principalmente; como decir, molde y emprenta de libros y letras; vidrio, que los indios no conocían; cuños de batir moneda. Engrandeció la granjería de seda, mandándola traer y labrar toda en México; y así, hay muchos telares é infinitos morales, aunque los indios la procuran mal y poco, diciendo que es trabajosa; y es por ser ellos perezosos, con la mucha libertad y franqueza que tienen. Juntó los obispos, clérigos, frailes y otros letrados, sobre cosas eclesiásticas y que tocaban á la enseñanza de los indios; donde se ordenó que no se les mostrase mas de latin, el cual aprendían bien, y aun el español; mas no le quieren hablar sino poco. La música toman bien, especial flautas. Tienen malas voces para cantar por punto. Podrían ser clérigos, mas aún no los dejan. Pobló don Antonio algunos lugares á uzansa de las colonias romanas, en honra del emperador, entallando su nombre y el año en mármol. Comenzó el muelle para el puerto de Medellin, cosa costosa y necesaria. Redujo los chichimecas á

vida política, dándoles propio, que no lo tenían ni querían, ni creo lo había menester. Gastó mucho en la entrada de Sibola, como ya contamos, sin haber provecho ninguno, y quedó enemigo de Cortés. Descubrió gran trecho de tierra en la costa del Sur, por Xalixco; envió naos á la Especiería, que también se le perdieron. Húbose prudentemente con las ordenanzas de las Indias cuando se revolvió al Perú; por cuanto había muchos pobres y descontentos que deseaban revuelta y guerra. Mandóle ir el emperador al Perú con el mismo cargo de virey, porque se vino el licenciado Gasca, entendiendo su buena gobernacion, aunque algunas quejas le dieron dél los de la Nueva-España. No quisiera dejar á México; que lo conocia, ni á los indios, que se hallaba bien con ellos, y le habían sanado con baños de yerba, estando tollido; ni á sus haciendas, ganados y otras granjerías ricas, ni deseaba conocer nuevos hombres y condiciones, sabiendo que los peruleros son recios; mas en fin, hubo de ir, y fué por tierra desde México á Panamá, que hay mas de quinientas leguas, el año de 1551. Fué aquel mismo año á México por virey don Luis de Velasco, que era veedor general de las guardas y caballero de mucho gobierno. Es este vireinado muy gran cargo en honra, mando y provecho.



MUERTE DE FERNANDO CORTES.

Riñeron malamente Cortés y don Antonio de Mendoza sobre la entrada de Sibola, pretendiendo cada uno ser suya por merced del emperador; don Antonio como virey, y Cortés como capitán general. Pasaron tales palabras entre los dos, que nunca tornaron en gracia, sobre haber sido muy grandes amigos; y así, dijeron y escribieron mil males el uno del otro; cosa que á entrambos dañó y desautorizó. Tenia pleito Cortés sobre la cantidad de sus vasallos, con el licenciado Villalobos, fiscal de Indias, que le pusiera mala voz al privilegio; y el virey comenzóelos á contar, que era mal hacerle, aunque con cédula del emperador; por lo cual hubo Cortés de venir á España el año de 40. Trajo á don Martin, el mayorazgo, que habria ocho años, y á don Luis para servir al príncipe. Vino rico y acompañado, mas no tanto como la otra vez. Trabó grande amistad con el cardenal Loaisa y con el secretario Cobos, que no le aprovechó nada para con el emperador, que habia ido á Flandes sobre lo de Gante por Francia. Fué luego, el año de 41, el emperador sobre Argel, con grande armada y caballería. Pasó allá Cortés con sus hijos don Martin y don Luis, y

con muchos criados y caballos para la guerra. Tomóle la tormenta, con que se perdió la flota, en mar, y en la galera Esperanza, de don Enrique Enriquez. Por el miedo de no perder los dineros y joyas que llevaba, dando al través, se ciñó un paño con las riquísimas cinco esmeraldas que dije valer cien mil ducados; las cuales se le cayeron por descuido, ó necesidades y se le perdieron entre los grandes lodos y muchos hombres; y así, le costó á él aquella guerra mas que á ninguno, sacando á su majestad, aunque perdió Andrea de Oria once galeras. Mucho sintió Cortés la pérdida de sus joyas; empero mas sintió que no le llamasen á consejo de guerra, metiendo en él otros de ménos edad y saber; que dió que murmurar en el ejército. Como se determinó en consejo de guerra de levantar el cerco é irse, pesó mucho á muchos; é yo, que me hallé allí, me maravillé. Cortés entónces se ofrecia de tomar á Argel con los soldados españoles que habia, y con los medios tudescos é italianos, siendo dello servido el emperador. Los hombres de guerra amaban aquello, é loabanle mucho. Los hombres de mar y otros no lo escuchaban; y así, pienso que no lo supo su majestad, y se vino. Anduvo Cortés muchos años congojado en la corte tras el pleito de sus vasallos y privilegio, y aun fatigado con la residencia que le tomaron Nuño de Guzman y los licenciados Matienzo y Delgadillo, y que se veía en consejo de Indias; pero nunca se declaró, que fué gran contentamien-

to para él. Fué á Sevilla con voluntad de pasar á la Nueva-España y morir en México, y á recibir á doña María Cortés, su hija mayor, que la tenia prometida y concertada de casar con don Alvar Perez Osorio, hijo heredero del marqués de Astorga don Perálvarez Osorio, con cien mil ducados y vestidos. Mas no se casaron por culpa de don Alvaro y de su padre. Iba malo de cámaras é indigestion, que le duraron mucho tiempo. Empeoró allá, y murió en Castilleja de la Cuesta, á 2 de Diciembre del año de 1547, siendo de sesenta y tres años. Fué depositado su cuerpo con los duques de Medina Sisonia. Dejó Cortés en doña Juana de Zúñiga un hijo y tres hijas: el hijo se llama don Martin Cortés, que heredó el Estado, y casó con doña Ana de Arellano, prima suya, y hija del conde de Aguilar don Pedro de Arellano, por concierto que dejó su padre. Las hijas se llaman doña María Cortés, doña Catalina y doña Juana, que es la menor, prometida por el mesmo concierto á don Felipe de Arellano, con setenta mil ducados de dote. Dejó tambien otro don Martin Cortés, que hubo en una india, y á don Luis Cortés que tuvo en una española, y tres hijas cada una de su madre, y todas indias. Hizo Cortés un hospital en México, mandó hacer un colegio allí, y monesterio para mujeres en Coyoacan, donde mandó por testamento que llevasen sus huesos á costa del mayorazgo. Situó cuatro mil ducados de renta, que va-

len sus casas de México cada año, para estas tres obras, y los dos mil son para los colegiales.

DON MARTIN CORTES A LA SEPULTURA DE SU PADRE.

Padre, cuya suerte impropriamente
Aqueste bajo mundo poseía;
Valor que nuestra edad enriquecía,
Descansa agora en paz eternamente.

CONDICION DE CORTES.

Era Fernando Cortés de buena estatura, rehecho y de gran pecho; el color ceniciento, la barba clara, el cabello largo. Tenia gran fuerza, mucho ánimo, destreza en las armas. Fué travieso cuando muchacho, y cuando hombre fué asentado; y así, tuvo en la guerra buen lugar, y en paz fué alcalde de Santiago de Barucoa, que era y es la mayor honra de la ciudad entre vecinos. Allí cobró reputacion para lo que despues fué. Fué muy dado á mujeres, y dióse siempre. Lo mesmo hizo al juego, y jugaba á los dados á maravilla bien y alegremente. Fué muy gran comedor, y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufria mucho la hambre con necesidad, segun lo mostró en el camino de Higueras y en la mar que llamó de su nombre. Era recio porfiando, y así tuvo mas pleitos que convenia á su estado.

Gastaba liberalísimamente en la guerra, en mujeres, por amigos y en antojos, mostrando escaseza en algunas cosas; por donde le llamaban río de avenida. Vestía mas polido que rico, y así era hombre limpísimo. Deleitábase de tener mucha casa y familia, mucha plata de servicio y de respeto. Tratábase muy de señor, y con tanta gravedad y cordura que no daba pesadumbre ni parecía nuevo. Cuentan que le dijeron, siendo muchacho, cómo había de ganar muchas tierras y ser grandísimo señor. Era celoso en su casa, siendo atrevido en las ajenas; condicion de putañeros. Era devoto, rezador, y sabía muchas oraciones y salmos de coro: grandísimo limosnero; y así, encargó mucho á su hijo, cuando se moría, la limosna. Daba cada un año mil ducados por Dios de ordinario; y algunas veces tomó á cambio dineros para limosna, diciendo que con aquel interese rescataba sus pecados. Puso en sus reposteros y armas: *Judicium Domini apprehendit eos, et fortitudo ejus corroboravit brachium meum*: letra muy á propósito de la conquista. Tal fué, como habeis oído, Cortés, conquistador de la Nueva-España; y por haber yo comenzado la conquista de México en su nacimiento, la fenezco en su muerte.

FIN.

ÍNDICE

Los españoles que sacrificaron en Tezcucó.....	3
Cómo trajeron los bergantines á Tezcucó los de Tlaxcallan.....	7
La vista que dió Cortés á México.....	8
La guerra de Accapichtlan.....	12
El peligro que los nuestros pasaron en tomar dos peñoles.....	15
La batalla de Xochmilco.....	19
De la zanja que Cortés hizo para echar los bergantines al agua	24
El ejército de Cortés para cercar á México.....	27
La batalla y victoria de los bergantines contra los acalles.....	30
Cómo puso Cortés cerco á México.....	36
La primera escaramuza dentro en México.....	38
El daño y fuego de casas.....	42
La diligencia de Cuahutimoc de Cortés.....	47
Cómo tuvo Cortés docientos mil hombres sobre México.....	49
Lo que hizo Pedro de Albarado por aventajarse....	52
Las alegrías y sacrificios que hacian mexicanos por una victoria	53
La conquista de Malinalco y Matalcineo y otros pueblos.....	59
Determinacion de Cortés en asolar á México.....	62
La hambre y dolencias que mexicanos pasaban con grande ánimo	66
La prision de Cuahutimoc.....	70

II

De la toma de México.....	75
Señales y prognósticos de la destruicion de México.	77
Cómo dieron tormento á Cuahutimoc para saber del tesoro.....	79
El servicio y quinto para el rey, de los despojos de México.....	81
Cómo Cazoncin, rey de Mechoacan, se dio á Cortés.	83
La conquista de Tochtepec y Coazacoalco, que hizo Gonzalo de Sandoval.....	86
La conquista de Tututepec.....	88
La guerra de Coliman.....	90
De Cristóbal de Tapia, que fué por gobernador á México.....	92
De la guerra de Pánuco.....	95
Cómo fué Francisco de Garay á Pánuco con gente armada.....	99
La muerte del adelantado Francisco Garay.....	103
La pacificacion de Pánuco.....	106
Los trabajos del licenciado Alonso Zuazo.....	109
La conquista de Utlatlan que hizo Pedro de Alba- rado	110
La conquista de Cuahutemallan.....	114
La guerra de Chamolla.....	119
El armada que Cortés envió á Higueras con Cris- tóbal de Olid.....	121
La conquista de Zapotecas.....	122
La reedificacion de México.....	123
De cómo atendió Cortés á enriquecer la Nueva-Es- paña.....	127
Cómo fué recusado el obispo de Búrgos en las cosas de Cortés.....	129
Cómo fué Cortés hecho gobernador.....	131
De los conquistadores.....	134

III

De cómo trató Cortés la conversion de los indios...	135
Del tiro de plata que Cortés envió al emperador...	137
Del estrecho que muchos buscaron en las Indias...	140
De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés.....	141
De cómo salió Cortés de México contra Cristóbal de Olid.....	146
De cómo se alzaron contra Cortés en México sus tenientes.....	149
La prision del fator y veedor.....	154
La gente que Cortés llevó á las Higueras.....	158
De los sacerdotes de Tatahuitlapan.....	164
De la puente que hizo Cortés.....	167
De Apoxpalon, señor de Izancanac.....	171
La muerte de Cuahutimoc.....	174
De cómo Canec quemó los ídolos.....	177
Un trabajoso camino que los nuestros pasaron.....	184
Lo que hizo Cortés en Nito.....	191
Cómo llegó Cortés á Noco.....	197
Lo que hizo Cortés cuando supo las revueltas de México.....	200
La guerra de Papaica.....	203
Lo que avino á Cortés volviendo á la Nueva-España.	207
Las alegrías que hicieron en México por Cortés.....	211
De cómo envió el emperador á tomar residencia á Cortés.....	213
La muerte de Luis Ponce.....	218
Cómo Alonso de Estrada desterró de México á Cortés.....	219
Cómo envió Cortés naos á buscar la Especiería.....	224
Cómo vino Cortés á España.....	228
Las mercedes que hizo el emperador á Fernando Cortés.....	231

IV

De cómo se casó Cortés.....	232
De cómo puso el emperador audiencia en México...	234
Vuelta de Cortés á México.....	238
De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur.....	240
Lo que padesció Cortés continuando el descubri- miento del Sur.....	243
De la mar de Cortés, que tambien llaman Bermejo.	250
De las letras de México.....	252
Los nombres de contar.....	253
Del año mexicano.....	254
Los nombres de los meses.....	id.
Nombres de los dias.. ..	255
Cuenta de los años.....	258
Otra semana.....	259
La tercera semana de años.	id.
La cuarta semana.....	260
Cinco soles, que son edades.....	261
Chichimecas.	263
Aculuaques	264
Mexicanos	265
Por qué se dicen aculuaques.....	269
De los reyes de México.....	271
La manera comun de heredar.	277
La jura y coronacion del rey.....	279
La caballería del tecuitli.....	283
Lo que sienten del ánima.....	287
Enterramiento de los reyes.....	288
De cómo quemán para enterrar los reyes de Mi- chuacan	291
De los niños.....	295
Encerramiento de mujeres.....	298
De las muchas mujeres.....	300

V

Los ritos del matrimonio.....	302
Costumbres de los hombres.....	306
Costumbres de las mujeres.....	308
De la vivienda.....	309
De los vinos y borrachez.....	311
De los esclavos.....	313
De los jueces y leyes.....	315
De las guerras.....	317
De los sacerdotes.....	321
De los dioses mexicanos.....	325
Cómo el diablo se aparece.....	326
Desollamiento de hombres.....	328
Sacrificios de hombres.....	333
Otros sacrificios de hombres.....	335
De una fiesta grandísima.....	339
La gran fiesta de Tlaxcallan.....	341
La fiesta de Quezalcoatl.....	347
Los ayunos de Teouacan.....	349
De la conversion.....	351
La priesa que tuvieron á bautizarse.....	354
De cómo algunos murieron por quebrar los ídolos.....	356
De cómo cesaron las visiones del diablo.....	358
Que libraron bien los indios en ser conquistados....	360
Cosas notables que les faltan.....	362
Del trigo y del molino.....	365
Del pajarito Vicicilin.....	366
Del árbol metl.....	367
Del temple de México.....	369
Que ha venido tanta riqueza de la Nueva-España como del Perú.....	370
De los vireyes de México.....	371
Muerte de Fernando Cortés.....	374
Condicion de Cortés.....	377